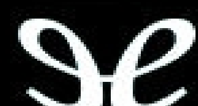
WARHAMMER 40,000

EL ADEPTUS OSCURO

BEN COUNTER



La secuela de la afamada novela de Ben Coutner, Los Caballeros Grises, lleva al Juez Alaric y a sus hermanos de batalla a una nueva aventura. Los Caballeros Grises son enviados a Chaeroneia, un planeta que se había esfumado hace cien años y que ha reaparecido misteriosamente, para investigar si ha sido corrompido por el Caos. Lo que encuentran es más siniestro que sus peores pesadillas. Marcada por la acción y por un ritmo trepidante, El Adeptus oscuro enfrenta cara a cara a los Caballeros Grises con los Sirvientes de la Oscuridad y sus monstruosas máquinas poseídas.



Ben Counter

El adepto oscuro

Warhammer 40000. Los Caballeros Grises 02

ePub r1.0
epublector 16.09.14



Título original: *Dark Adeptus*
Ben Counter, 2005
Traducción: Traducciones Imposibles, S. L.

Editor digital: epublector
ePub base r1.1



Para Helen



Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado de la Tierra durante más de cien siglos. Es el señor de la humanidad por deseo de los dioses, y dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología.

Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

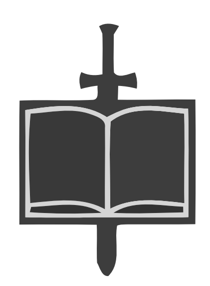
En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. Su camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Sus mejores guerreros son los Adeptus Astartes, los Marines Espaciales, supersoldados modificados genéticamente.

Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial y las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicum por mencionar tan sólo unos pocos.

A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes... y enemigos aun peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de personas. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Éste es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra.

No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas y carnicerías, y las carcajadas de los dioses sedientos de sangre.



UNO

Anhelo la muerte, no porque busque la paz, sino porque busco la guerra eterna.

Cardenal Armandus Helfire,
Reflexiones sobre la Muerte Eterna

El cielo de Chaeroneia se estremeció y comenzó a mutar inundado de sonido estático y dejando entrever un nuevo canal de figuras geométricas. Los hexágonos sagrados que representaban el espíritu del Omnissiah se entrelazaron con los círculos que simbolizaban la totalidad del conocimiento que el culto a la Máquina perseguía. Hélices dobles, proyecciones fractales de reliquias de información sagradas, oraciones escritas en el idioma de la Máquina… Todo aquello se entrelazaba en el cielo del mundo forja lanzando una luz blanquecina de conocimiento sobre el valle de centrales de datos. Enormes chimeneas de construcciones titánicas se alzaban entre las proyecciones sagradas, gigantescos puentes de hierro se extendían entre las grandes torres de las fábricas y altísimos obeliscos parecían perforar el cielo. Desde lo más alto, los tecnosacerdotes observaban la bóveda celeste empleando las antenas de radiofrecuencia para intentar oír la voz del Omnissiah en medio de la radiación solar. Todo aquel valle,

rodeado por los enormes acantilados de obsidiana que formaban las centrales de datos, era como una gran cicatriz profunda y oscura.

Proyectados sobre las espesas nubes de polución de la atmósfera del mundo forja, los arcos y ángulos sagrados eran una representación visual de las oraciones de datos de aquella tarde, entonadas desde las Catedrales del Conocimiento por los servidores devotos, santificados hasta tres veces. Bajo los minaretes recubiertos de titanio, hileras interminables de servidores idénticos permanecían inmóviles mientras sus unidades vocales emitían caudales de información digital, entonando las oraciones del Omnissiah en el código binario de la lingua technis.

El magos Antigonus sabía que aquello significaba el comienzo de un nuevo ciclo solar.

La nube de polución que cubría Chaeroneia era tan espesa que no se veía el sol, de manera que sólo mediante los servicios del Culto Mechanicus, llevados a cabo con regularidad sistemática, se conseguía dar al tiempo algún significado en aquel mundo forja. Eso significaba que llevaba escondiéndose tres días estándar. Demasiado tiempo sin comer ni dormir.

Aquel valle de centrales de datos era un buen lugar para ocultarse. Los sensores visuales eran incapaces de distinguir nada en medio de la oscuridad de las centrales y la profundidad de las tinieblas que se extendían entre ellas. La información que emanaba de aquellos bloques era tan pura que los sensores quedaban cegados ante tal intensidad, mientras que los órganos de visión augméticos no podrían distinguir a un hombre solo en medio de aquella oscuridad. Pero Antigonus sabía que aún estaba muy lejos de encontrarse a salvo.

Se volvió hacia el servidor que había junto a él. Al igual que todos los servidores, aquel ingenio había sido construido en torno a una base humana que en algún tiempo anterior había tenido vida; las funciones más básicas de su cerebro dirigían el sistema nervioso que enviaba órdenes a sus miembros augméticos. Era un modelo de ayudante básico, programado para seguir a su dueño y ejecutar órdenes sencillas.

—Ypsilon tres-doce —dijo Antigonus. El servidor giró la cabeza para mirarlo, sus enormes y redondeados implantes oculares zumbaban al

intentar focalizar al tecnosacerdote—. Añadir al diario.

Las manos de Ypsilon tres-doce produjeron un chasquido y sus largos dedos mecánicos se introdujeron en la cavidad pectoral y extrajeron un pergamino. Un delgado brazo mecánico emergió de su boca sosteniendo una pluma.

—Tercer día estándar —dijo. El servidor introdujo la pluma en un tintero oculto en su cavidad ocular izquierda y comenzó a escribir las palabras de Antigonus con una caligrafía estilizada y artificial—. Investigación suspendida. Se confirma la existencia de una célula hereje. Objetivo primario alcanzado.

Había pensado que encontrarlos sería lo más difícil, pero resultó estar muy equivocado, y eso era algo imperdonable.

—El número de herejes es de entre diez y treinta —continuó Antigonus —. Representan a todos los adeptos del Mechanicus, incluyendo genetistas, lexicomecánicos, xenobiólogos, metalurgus, pecunius, digitalis y otros muchos aún desconocidos. Abarca desde rangos menores hasta archimagos, quizá incluso esferas más altas. Puede llegar a afectar a los estratos más elevados de la casta dominante en Chaeroneia.

Antigonus se detuvo de pronto y dirigió sus órganos de visión hacia arriba. Su enorme esfera de cristal escudriñó el cielo que se alzaba sobre él, aún cubierto por toda aquella imaginería sagrada. Estaba seguro de que había oído algo, pero llevaba tres días escondiéndose y desde algún tiempo antes no había podido dejarse ver demasiado, de modo que quizá sus receptores auditivos estaban empezando a fallar, de igual manera que sus unidades de movimiento y circulación.

Ypsilon tres-doce aguardaba pacientemente con la pluma lista sobre el pergamino. Antigonus esperó unos momentos más; su órbita ocular inspeccionó el cielo y el valle. Las paredes del abismo, enormes y negras, absorbían la tenue luz. El suelo estaba repleto de restos oxidados e irreconocibles de infinidad de máquinas. Antigonus estaba convencido de que tanto él como su servidor estaban bien escondidos tras aquel descomunal bloque que parecía ser el motor de algún enorme vehículo de elevación. Sin embargo, sabía que eso no significaba que estuvieran a salvo;

un tecnosacerdote hereje equipado con un escáner podría detectar sus signos vitales.

—La naturaleza de esta herejía no está del todo clara. Objetivo secundario no alcanzado.

Antigonus negó con la cabeza. Los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus discutían con frecuencia sobre los designios del Dios Máquina, pero seguía sin comprender cómo algunos de ellos podían caer en herejías tan terribles como la que acababa de contemplar.

—Sospecho de la hechicería y de las artes de la disformidad, pero no he podido confirmarlo. Los herejes veneran al Omnissiah, pero a través de un avatar o portavoz. Desconozco la naturaleza de ese avatar, pero hay referencias cruzadas en entradas previas de presencias preimperiales en Chaeroneia.

Un viento caliente y seco se levantó en el interior del valle haciendo que se movieran algunas de las piezas de metal oxidado. Un servidor de mantenimiento pasó volando sobre sus cabezas en una unidad gravítica, cuyos depósitos inferiores estaban llenos de espuma antioxidante destinada a apagar cualquier incendio que pudiera amenazar las valiosas centrales. En lo alto, el sermón de datos estaba tocando a su fin y las figuras geométricas sagradas comenzaban a desaparecer. En su lugar surgieron las listas de trabajos y los diagramas de procedimientos de emergencia, asegurándose de que la población de aquel mundo forja nunca olvidara sus obligaciones para con el Mechanicus. Mucha gente llevaba una vida normal en las fábricas y en las minas, ignorantes de las monstruosas blasfemias que se habían enraizado entre los tecnosacerdotes que constituían la casta dominante.

—Se desconocen los orígenes de la herejía y los individuos responsables de su propagación. Objetivo terciario no alcanzado. Ver nota sobre presencia preimperial.

Aquello era lo más frustrante de todo. Las pruebas que Antigonus había conseguido recabar eran muy reveladoras pero estaban incompletas. Había leído los salmos de datos que describían al Omnissiah como una fuerza de destrucción en lugar de una fuente de conocimiento. Había visto a tecnosacerdotes menores, rebosantes de órganos augméticos prohibidos,

emplear hechicería maligna para escapar de la dotación de tecnoguardias encabezada por el propio Antigonus. Había visto cómo sus propios tecnoguardias habían perdido la cordura por culpa de una magia disforme que cualquier tecnosacerdote aborrecería. Sin embargo, conocía muy pocos detalles. No sabía quiénes eran los herejes ni tampoco qué querían. No sabía cómo había empezado todo aquello, y tampoco sabía cómo detenerlo.

Ahora sólo quedaba él, oculto en las entrañas de Chaeroneia y acompañado de un servidor cuyos sistemas augméticos fallaban por la falta de mantenimiento. Iban tras ellos, de eso estaba seguro. Los herejes estaban por todo el planeta, habían infectado todos los estratos, desde los barracones hasta las torres de control.

—Nota personal. —Antigonus oyó cómo cambiaba el sonido de la pluma al escribir, pues el servidor había pasado a emplear una caligrafía menos precisa—. La célula no es muy grande pero está bien organizada, muy motivada y profundamente enraizada en la sociedad de Chaeroneia. Tan sólo sus miembros o aquellos a quienes controla conocen su existencia. Puede haber alcanzado a miembros de muy alto rango. Tan sólo puedo esperar que no se extienda fuera de este mundo. Con el objetivo primario ya alcanzado, creo que lo mejor es intentar abandonar el planeta en cuanto se presente una oportunidad y solicitar una purga total sobre Chaeroneia ante la autoridad del archimagos supremo. También solicitaré que el fabricador general sea informado de la situación de Chaeroneia, dado que la naturaleza de la herejía es tal que…

Antigonus volvió a hacer una pausa. Notó como algo enorme y oscuro sobrevolaba el valle, cubriendo por un momento las proyecciones que se alzaban sobre su cabeza.

—No hay lógica en el miedo —dijo para sí mismo. El servidor escribió esas palabras automáticamente, pero Antigonus lo ignoró.

Antigonus se puso en pie, sus mecadendritas chasquearon debajo de sus ropajes mugrientos de color rojizo. Aquellos implantes biónicos no estaban diseñados para el combate, pero aun así podría defenderse si fuera necesario. Cada una de sus mecadendritas podía extraer una hoja

monomolecular, y tenía suficientes órganos superfluos como para mantenerse con vida en caso de que sufriera heridas de gravedad.

Lo estaban vigilando.

Antigonus se volvió cuando otra sombra pasó sobre él. Introdujo la mano izquierda, la que no era biónica, entre sus ropajes y extrajo un rifle automático con recubrimiento de bronce. Se trataba de una buena arma, un arma con un diseño sólido que seguía los patrones más puros de la armería de Marte; sin embargo, Antigonus nunca la había disparado. Él era un buscador de conocimiento, un metalurgo al servicio del sacerdocio de Marte. Había sido enviado a Chaeroneia porque poseía una mente aguda e inquisitiva, no porque fuera un guerrero capaz de enfrentarse por sí solo a unos herejes vengativos. ¿Sería capaz de sobrevivir cuando llegara el momento?

Antigonus bajó el cañón y apuntó hacia las sombras que se extendían entre la chatarra que cubría el valle.

—Pregunta —dijo la voz chirriante de Ypsilon tres-doce—. ¿Procedimiento finalizado?

—Sí, finalizado —respondió Antigonus, molesto.

Los miembros del servidor guardaron el pergamino en su cavidad pectoral y se plegaron.

De pronto la luz mutó inundando el valle con un brillo pálido y verdoso. Antigonus buscó la fuente de aquel resplandor; sabía que tenía que ser el reflector de algún servidor de rastreo o de alguna plataforma gravítica que los buscaba como un animal busca a su presa. Pero no había nada.

Antigonus levantó la vista hacia el cielo.

Magos Antigonus —rezaban unas enormes letras de cientos de metros proyectadas sobre las nubes—. *Únete a nosotros.*

Las letras brillaron durante unos momentos y después desaparecieron, siendo sustituidas por un nuevo mensaje.

Eres ignorante y ciego, eres como un niño, como un servidor. Eres incapaz de ver la luz. El avatar del Omnissiah está entre nosotros. Cuando lo veas comprenderás su hermosura y su pureza. Tú serás quien lleve el entendimiento a Marte. Tú podrás ser nuestro profeta.

Antigonus hizo un gesto de incredulidad con la cabeza, miró a su alrededor y sintió cómo el pánico se apoderaba de él. Su dedo temblaba sobre el gatillo. Entonces extendió su brazo biónico para empuñar el arma con sus dedos de acero y poder apuntar con un pulso más firme.

—¡No! —gritó—. ¡Ya he visto lo que sois!

Somos el futuro. Somos el camino. Todo lo demás es oscuridad y muerte.

Antigonus comenzó a correr sobre los montones de chatarra intentando encontrar un lugar donde ocultarse. Debían de tener alguna plataforma gravítica vigilándolo constantemente, quizá incluso un vehículo en órbita con sensores capaces de atravesar las espesas nubes de polución. Ypsilon tres-doce iba tras él, moviéndose sobre sus débiles piernas y con su mente infrahumana ignorante del peligro que se cernía sobre ellos.

Jamás tendrás una oportunidad tan buena, magos Antigonus. Tu vida no tiene por qué seguir siendo una mera estadística irrelevante.

Antigonus aceleró el paso. Si eran capaces de seguirlo a través del valle, eso significaría que estaba atrapado. En un extremo del valle se alzaba un enorme cogitador en el que los contenidos de las centrales de datos se filtraban y se organizaban. Seguramente estaría administrado por tecnosacerdotes especializados en el manejo de información. Si se escondía allí, los herejes darían con él con toda seguridad. Pero el otro extremo del valle desembocaba en un conjunto de talleres y fábricas, casi todas ellas medio ruinosas y habitadas prácticamente en su totalidad por sirvientes y servidores. Puede que allí estuviera seguro. Comenzó a correr seguido por el servidor; los maltrechos servos de sus piernas chirriaban por el esfuerzo.

Esta oportunidad es más de lo que el Adeptus nunca te dará, magos Antigonus. Contempla el rostro del Omnissiah, Antigonus, y comprende.

Antigonus corría tan rápido como podía, y el servidor avanzaba tras él. Sus articulaciones necesitaban lubricante y sus reservas de energía estaban muy bajas, pero había redireccionado sus sistemas secundarios para poder seguir moviéndose. Su visión se volvió más oscura cuando los implantes oculares redujeron al mínimo el consumo de energía, y su sistema digestivo se desactivó temporalmente. El enorme complejo de fábricas ya se extendía

frente a él; su laberíntico interior y la población de sirvientes le permitirían ocultarse. Era su única oportunidad.

Parece que eres tan mezquino y pertinaz como todos los de tu clase. Eres decepcionante. Has quedado obsoleto.

¿Quién podría orquestar el secuestro de las unidades de proyección y de la tecnología de rastreo necesaria para perseguir a Antigonus? La lista de nombres era muy corta: Scraecos, el archimagos veneratus que dirigía las interminables redes de datos y las formidables reservas de información de Chaeroneia. El archimagos supremo Vengaur, responsable de los enlaces con las autoridades imperiales respecto a los diezmos del mundo forja y a su sometimiento a las leyes imperiales. Otro archimagos veneratus llamado Thulharn, cuya jurisdicción incluía las instalaciones orbitales de Chaeroneia y el tráfico espacial. Tan sólo había unos pocos miembros más con veteranía y autoridad suficientes como para poder hacerlo.

Pero ¿podría una célula herética dominar a esos hombres? Se trataba de hombres que habían llegado tan alto en la jerarquía del Adeptus Mechanicus que difícilmente podían ser considerados como seres humanos.

Ypsilon tres-doce. Ejecutar.

Antigonus se volvió justo a tiempo para ver cómo Ypsilon tres-doce extendía sus miembros mecánicos. Esta vez sus manos articuladas se habían convertido en unas tenazas amenazantes. Se abalanzó sobre Antigonus lleno de ira y lo hizo caer al suelo. La cabeza del magos golpeó con fuerza contra el rococemento oscuro y sucio.

Las partes mecánicas del servidor hacían que fuera muy pesado, y habían convertido su cuerpo en una masa fuerte y resistente. Antigonus cayó de espaldas y quedó atrapado bajo aquel enorme torso; tuvo que soltar su arma para evitar ser asfixiado por sus enormes tenazas. Estaba cara a cara con Ypsilon tres-doce, las cavidades oculares del servidor aún mostraban sus huesos, pero la boca y la nariz que había bajo ellas no eran más que restos inexpresivos de carne sin vida.

Antigonus extendió una mecadendrita y el tentáculo mecánico envolvió su arma; acto seguido, lo movió rápidamente para golpear la cabeza del servidor con la culata.

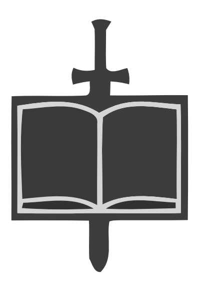
Una nube de chispas salió del cráneo de latón del servidor, pero aun así no se movió y continuó aplastando con su peso al tecnosacerdote, que sintió que una de sus costillas se quebraba en medio de una explosión de dolor. Su corazón biónico comenzó a bombear analgésicos y pronto el daño pareció desaparecer. Antigonus aprovechó ese momento de claridad para rodear la garganta del servidor con otra de sus mecadendritas, su enemigo movió la cabeza hacia atrás mientras forzaba los servomotores de su espina dorsal. Acto seguido, el tecnosacerdote desplegó otro de sus miembros mecánicos y perforó la frente del servidor, alcanzando su cerebro biológico.

Ypsilon tres-doce comenzó a retorcerse. Sus tenazas dejaron libre a Antigonus y se movieron descontroladas. El servidor abrió la boca y su unidad vocal dejó salir un grito agudo y entrecortado. Los espasmos que sufría consiguieron arrancar la mecadendrita que tenía incrustada en el cráneo, que comenzó a agitarse en el aire como una serpiente.

Antigonus intentó golpear al servidor con la rodilla para sacárselo de encima y coger su arma, pero éste se resistió y volvió a aprisionar al tecnosacerdote contra el suelo. El dolor volvió a apoderarse de él cuando golpeó de nuevo contra el rococemento.

El servidor se puso en pie dejando salir un chorro de sangre y partes mecánicas a través de la enorme herida que tenía entre los dos ojos. De pronto, una mano mecánica agarró a Antigonus por la garganta y lo arrojó contra uno de los muros. El cristal negruzco que componía el material de las centrales de datos se quebró formando miles de pequeñas agujas que se clavaron en los gruesos ropajes de Antigonus y en la piel pálida de su espalda.

Allí no podría ser vigilado desde arriba. Pero habían conseguido hacerse con el control de las unidades de proyección, controlaban las esferas más altas del tecnosacerdocio y habían saboteado a su servidor personal, enviado con él desde Marte. No necesitaban tener ojos en el cielo para tenerlo controlado. Encontrarían el modo.



DOS

Algunos diríais que es imposible que un hombre se parezca a la Máquina. Y yo os contestaría que sólo la mente más torpe lucha por comprender sus límites.

Fabricador general Kane

El magos Antigonus no debía morir de esa manera.

Dentro del complejo la luz era muy tenue. Una única bombilla parpadeaba lanzando una luz pardusca sobre el taller abandonado en el que se encontraba. Junto a uno de los muros había arrinconados infinidad de bancos de trabajo repletos de equipamiento oxidado; el techo, que era muy bajo, estaba cubierto por un sistema de cableado corroído. Antigonus estaba apoyado contra el muro del lado opuesto, y por su espalda corrían unos pequeños regueros de agua enrojecida por el óxido que brotaban de la pared. El tecnosacerdote intentaba reparar los servos de sus unidades motoras. Sus piernas estaban atrofiadas y casi sin fuerza, y sin los implantes apenas sería capaz de andar. Él no había sido diseñado para luchar. Estaba allí por su habilidad para manejar sistemas de información y porque podría acceder a las bases de datos de Chaeroneia con facilidad. El propósito de su presencia en aquel mundo era desmentir los rumores que se habían extendido sobre

posibles prácticas heréticas entre los tecnosacerdotes de aquel planeta. Después debería llevar las noticias a Marte para que todo el tecnosacerdocio decidiera si el mundo forja estaba libre de la marca de la blasfemia.

«Objetivo primario no alcanzado», pensó.

Antigonus estaba sentado con la espalda apoyada contra el muro. La voz llegó desde todas partes al mismo tiempo. Se encontraba solo en aquel viejo taller, pero había algo con él. Volvió a desenfundar el rifle, aunque sabía que eso no le serviría de nada.

—¡Herejes! —gritó Antigonus mientras intentaba ponerse en pie—. ¡Podréis esconderos de mí, pero el Mechanicus os encontrará! ¡Después de mí vendrán muchos otros! ¡Marte enviará a muchos más!

La única respuesta que obtuvo fue el eco de su propia voz al resonar en el taller vacío.

Antigonus comenzó a andar a través de las tinieblas, intentando reducir al mínimo los chirridos de sus servos. Allí no había nadie, pero tenían que estar cerca. Sabía que no podría luchar durante mucho tiempo, pero estaba decidido a no dejarse atrapar fácilmente. Si querían acabar con él tendrían que esforzarse.

—Vendrán muchos más, y muchos más morirán. Ésos son los designios de nuestro Dios Máquina.

Aquella voz provenía de un lugar muy cercano, era poco más que un susurro musitado al oído de Antigonus. Tenía que tratarse de alguien que estuviera en aquella misma habitación, o eso o una máquina que alguien manejaba desde el exterior, como un servidor o un espíritu máquina, algo complejo, algo capaz de hablar. Pero Antigonus había registrado la zona antes de sentarse a descansar, allí no había nada de aquello.

Nada, aparte de sus propios miembros biónicos.

—Chico listo.

Antigonus dejó caer su arma y cogió el destornillador que había usado para intentar repararse a sí mismo. Los herejes estaban haciendo con él lo mismo que habían hecho con Ypsilon tres-doce, se habían apoderado de sus sistemas y ahora los controlaban por completo. O se habían hecho con el control de sus partes biónicas o las habían infectado con una maldición de la

máquina, un sistema maligno de órdenes de reproducción automática que podía hacer que un sistema se autodestruyera.

Pero ¿qué sistema? Como todos los tecnosacerdotes que habían superado los rangos inferiores, el magos Antigonus tenía varios augméticos muy complejos, incluyendo enlaces de datos, puntos idóneos para comenzar una infección. Por lo menos no habían conseguido acceder a su corazón biónico, de lo contrario ya estaría muerto. Su ojo biónico había quedado completamente destruido, pero los circuitos de control seguían allí, moviéndose alrededor del nervio óptico. ¿Y sus mecadendritas? Estaban directamente conectadas a su sistema nervioso a través de un enlace de impulsos. ¿Y sus miembros biónicos? ¿Y los sistemas de filtración inteligentes de su garganta y pulmones?

—Estás cerca, muy cerca. Pero no lo suficiente. Descubre los designios del Omnissiah, compañero de viaje. El avatar se está comunicando con nosotros y nos habla de tu muerte.

Antigonus introdujo el destornillador en las juntas de su ojo biónico y extrajo la unidad de visión de su cavidad, obligándose a sí mismo a ignorar el dolor frío y extraño que le producía el implante. Finalmente consiguió extraer el ojo y lo arrojó al suelo con un sonido húmedo debido a la carne artificial que tenía adherida. Antigonus tuvo que ahogar un grito al notar cómo los nervios de la cavidad ocular se estremecían al entrar en contacto con el aire frío.

—Cerca.

Antigonus comenzó a palpar el suelo, aturdido y mareado a causa del dolor punzante que sentía en la cara. Finalmente encontró el arma con su única mano humana, la levantó y apoyó el cañón directamente en su sien.

—No dejes que te atrapen —murmuró para sí mismo—. Te convertirán en uno de los suyos.

—Incluso aunque estés muerto, compañero de viaje.

—¡Fuera! —gritó Antigonus frenéticamente—. ¡Fuera! ¡El Dios Máquina te lo ordena! ¡Mediante la luz del entendimiento y la ley de Marte yo destierro este maleficio impío de la máquina!

Cualquier visioingeniero destinado por el Adeptus Mechanicus a mantener en buen funcionamiento las máquinas de la Guardia Imperial conocería los rituales de exorcismo de memoria. Pero ese tipo de cosas no se necesitaban en Marte, el corazón del tecnosacerdocio donde Antigonus había aprendido su papel dentro del Culto Mechanicus. El magos Antigonus sabía que no podría librarse de aquello armado solamente con esas palabras, pero en aquellos momentos eran lo único que tenía.

Si aún tuviera control sobre su brazo biónico ahora podría usarlo para apartar el cañón del arma de su cabeza. Pero no, había algo en su interior, algo que intentaba acabar con él.

—¡Yo te destierro!

Antigonus consiguió desviar el cañón hasta su rodilla izquierda y abrió fuego.

Una explosión de dolor, el más fuerte que Antigonus jamás había sentido, se extendió por todo su cuerpo e hizo que perdiera el conocimiento, su pierna izquierda quedó totalmente arrancada de su cuerpo a la altura de la rodilla. Un dolor paralizante se apoderó de sus sentidos, Antigonus parecía no poder librarse de él. El tecnosacerdote lanzó un alarido, pero en algún punto de su interior pudo oír cómo la infección tecnológica que se había apoderado de él también gritaba, parecía como si una parte de ella hubiera sido arrancada junto con su pierna; el resto pareció refugiarse en los mecanismos de su pierna derecha.

Estaba en los servos que controlaban sus piernas, había infectado los sistemas que transmitían las órdenes de sus impulsos nerviosos a los motores. Puede que hubiera sido infectado mientras registraba las redes de información de Chaeroneia en busca de picos de energía sospechosos, o cuando tuvo que hacer que repararan sus unidades de impulsos nerviosos. Quizá había permanecido agazapado en su interior desde que llegó a Chaeroneia, esperando para ver cuánto tiempo podía esconderse antes de atacar.

Fuera como fuere, ahora podía acabar con ella.

Su corazón estaba funcionando al máximo; había tenido que desviar tanta energía del resto de sus augméticos que el brazo biónico estaba

inutilizado. Bombeaba tal cantidad de analgésicos que estaban a punto de matarlo. Mientras, Antigonus intentaba alejarse a rastras del montón de carne chamuscada y metal que había sido su pierna izquierda.

—Te haremosss sssufrirrr…

—Eso no te ha gustado, ¿verdad? —dijo Antigonus con la cara ensangrentada tras retirar un pedazo de carne de los labios—. ¿De verdad piensas que enviarían a cualquiera? ¿A alguien a quien pudierais derrotar con una simple maldición de la máquina? En Marte nos entrenan muy bien, infección herética infame.

—No esss unnnna maldición de la máquina… muuuucho peorrr… muuuucho peorrr…

Un reguero de información frío como el hielo discurría por la espina dorsal de Antigonus. El tecnosacerdote se retorcía de dolor en el suelo, su visión se había vuelto blanquecina y un grito agudo se apoderó de sus unidades auditivas. Intentaba luchar contra el frío gélido que poco a poco se estaba apoderando de su carne y de sus augméticos. La voz que le susurraba temblaba de ira, clamaba venganza. Se suponía que su única función era controlarlo, pero ahora quería acabar con él.

Antigonus consiguió contener el horror que lo había infectado y, nervio a nervio, consiguió desviarlo hasta los servos de la única pierna que le quedaba. Intentó levantarse, pero tan sólo podía arrastrarse de lado, tirando del muñón de su pierna izquierda. Finalmente logró deslizarse hasta el exterior del taller. Tenía que salir de allí, aquello era un callejón sin salida, estaba atrapado. Quizá podría encontrar algún sirviente que lo ayudara o una arma más potente. Cualquier lugar sería mejor que aquel taller, pues la infección, o lo que quiera que fuera, a esas alturas ya habría transmitido a los herejes su localización exacta.

Los recursos necesarios para adquirir, o, con perdón del Omnissiah, crear una maldición de la máquina tan poderosa, eran enormes. En Marte había muy pocos capaces de hacerlo. Antigonus no quería ni pensar en lo que los herejes tendrían que haber hecho para conseguirlo.

La voz ya no era más que un leve tartamudeo que susurraba débilmente desde lo más profundo de los implantes augméticos de Antigonus. El

tecnosacerdote consiguió alcanzar a duras penas un corredor alargado y con el techo bajo, como un vacío natural formado entre los restos de las fábricas derruidas. Un agua enrojecida por el óxido goteaba desde el techo formando en el suelo pequeños charcos de color escarlata. Podía oírse el zumbido de una vieja y poderosa máquina proveniente de algún punto bajo tierra, probablemente uno de los enormes disipadores geotérmicos que proveían a Chaeroneia de energía. Antigonus se arrastraba hacia un lugar en el que el techo se había hundido y dejaba entrar una luz débil y rojiza.

—Esss inútil, tecnosacerdote… te encontrrrarán, siempre lo hacen… yo no soy el único…

Antigonus ignoró la voz y siguió arrastrándose hacia el origen de la luz. En aquella zona el suelo parecía estar en mucho mejor estado; podían oírse zumbidos de máquinas y silbidos de tuberías que expulsaban vapor. A medida que se aproximaba, los ruidos se percibían más claramente: gritos, máquinas a pleno rendimiento, generadores… Los signos vitales de un mundo forja.

Los analgésicos bombeados por el corazón biónico de Antigonus habían conseguido aplacar gran parte del dolor proveniente de su pierna destrozada, pero le habían sido administrados en tal cantidad que ahora percibía el mundo que lo rodeaba como una ensoñación gris y distante. Cada metro que avanzaba se sentía más exhausto, como si lo hubiera recorrido a plena carrera. Intentaba avanzar a toda costa recurriendo sin darse cuenta a una pierna izquierda que ya no tenía.

Estaba gravemente herido. Si conseguían sacarlo de aquel planeta necesitaría meses para descontaminarse de la maldición y para reparar todos sus dispositivos augméticos. Se imaginó los hospitales en los que los servidores corrían por los pasillos manteniéndolo todo impoluto, el acero pulido de las salas de operaciones y los brazos arácnidos de los autocirujanos especializados en reemplazar la debilidad de la carne por la robustez del acero. Los expertos en biónica tendrían que desmontarlo completamente y rehacerlo de nuevo.

Antigonus tuvo que sacar esas imágenes de su cabeza. Estaba exhausto y empezaba a tener alucinaciones. Si perdía la concentración y dejaba que su

mente se hundiera en la infección tecnológica, ésta acabaría por apoderarse de él y pudrirle las entrañas.

Finalmente consiguió doblar una esquina y comprobó que estaba en uno de los niveles de la fábrica que aún se mantenían en uso; estaba ruinoso y desvencijado pero todavía albergaba actividad. Podía oír el sonido de las enormes prensas dando forma a componentes de metal que después serían sacados de allí mediante cintas transportadoras.

Antigonus trataba de encontrar a un tecnosacerdote o a algún sirviente al que pedir ayuda. Había un servidor inclinado sobre una de las enormes cintas transportadoras; movía las manos intentando realizar algún tipo de tarea mecanizada sobre unos componentes que ya no estaban allí. Antigonus lo ignoró. Incluso si hubiera sido lo suficientemente sofisticado como para interrumpir la tarea que le había sido asignada, la maldición de la máquina que Antigonus llevaba en su interior podría infectarlo y hacer que se volviera en su contra.

Antigonus se acercó a la carcasa de una de las máquinas y la utilizó como punto de apoyo para intentar levantarse con la única pierna que le quedaba. La maldición de la máquina no cesaba de susurrarle al oído. Había conseguido herirla de gravedad, pero sabía que esas cosas eran capaces de autorrepararse, y pronto volvería a tener la fuerza suficiente como para apoderarse de él.

Antigonus giró otra esquina y pudo ver más servidores, pero ningún sirviente. Los sirvientes eran la clase más baja de cualquier mundo forja, hombres y mujeres que eran poco más que máquinas dotadas de vida dirigidas por los tecnosacerdotes. Existían simplemente porque había muchas tareas que los servidores eran incapaces de llevar a cabo. Su lealtad se veía reforzada por el hecho de que muchos de los tecnosacerdotes más jóvenes eran reclutados de entre ellos. En aquellos momentos Antigonus podía confiar más en un sirviente que en cualquier tecnosacerdote, lo que en sí mismo ya constituía una herejía.

Los servidores ignoraron la presencia de Antigonus mientras se arrastraba trabajosamente por el suelo de la fábrica. Finalmente encontró una escalera desvencijada que llevaba a un nivel superior. Sabía que le sería

muy difícil subir por ella en su estado, pero era mejor que esperar en una fábrica desierta a que los herejes lo encontraran.

—¿Pierdes la paciencia? Ahora empiezas a darte cuenta. Todo el planeta está contra ti. Sólo podrás esconderte entre las ratas y los gusanos. ¿Qué clase de vida es ésa? Eso no es vida. Una parte de ti desea unirse a nosotros, viajero. No será muy difícil hacer que el resto abdique.

—¡Cállate! —espetó Antigonus mientras intentaba ascender por la escalera de caracol—. ¡Tú no sabes nada! ¡Ni siquiera tienes la bendición del Omnissiah! ¡No deberías existir!

—No he sido creado por el Omnissiah. No, no fue ese dios, fue otro.

—No hay otro dios.

—¿De veras? ¿Y qué me dices de tu agonizante emperador?

—Son dos caras de un mismo ser. El Omnissiah es a la Máquina lo que el Emperador es a sus sirvientes.

«¿Qué estoy haciendo? ¿Acaso estoy discutiendo con esa cosa?»

—Pensar eso es sumamente ingenuo. Mi dios es algo más, es uno de los muchos que sirven al Unico, al Eterno, al Futuro, al Caos.

—¡Fuera! —gritó Antigonus—. ¡Pon fin a esas falacias, hereje!

—Parece que el viajero empieza a comprender. No es una maldición de la máquina, no es una infección tecnológica. Es algo mucho más antiguo y poderoso. Un demonio…

En el nivel superior había actividad, Antigonus podía distinguir pasos y voces entre el ruido de las máquinas. Parecía demasiado ajetreo para tratarse de unos simples sirvientes ocupándose de sus asuntos. Antigonus vio cómo el resplandor de unas enormes antorchas comenzaba a iluminar las tinieblas.

Un demonio. Aquello no era más que otra mentira, una manera más de intentar embaucarlo. Antigonus tenía que concentrarse en salir de allí. Miró a su alrededor y vio un montacargas desvencijado y cubierto de óxido. El panel de control parpadeaba débilmente; quizá aquella máquina aún estuviera en funcionamiento. Antigonus comenzó a moverse para intentar llegar hasta allí, confiando en que el ruido de las máquinas impidiera que fuera detectado.

Finalmente extendió las mecadendritas para abrir la puerta oxidada mientras empuñaba el arma con una mano y utilizaba la otra para apoyarse. La herida que Ypsilon tres-doce le había causado en la espalda al arrancar una de sus mecadendritas era sólo uno más de los muchos puntos de dolor que empezaban a neutralizar el efecto de los analgésicos.

Haciendo un tremendo esfuerzo, Antigonus consiguió cerrar las puertas y extender una mecadendrita hasta el panel de control. El montacargas dio una sacudida y comenzó a ascender pesadamente. Antigonus oyó que alguien gritaba. Debían de haber descubierto que intentaba escapar, pero los niveles inferiores de aquel complejo eran una madriguera llena de callejones sin salida, de modo que sería mejor permanecer en movimiento antes que dejarse acorralar. Ni siquiera sabía de quién estaba huyendo. Puede que tuvieran servidores de rastreo que serían capaces de seguirlo hasta los rincones más sucios de las entrañas de Chaeroneia; seguramente tendrían servocráneos equipados con escáneres programados para detectar sus signos vitales. Ya no quedaba esperanza. La gran maquinaria del universo se movía según la voluntad del Omnissiah, y Antigonus debía mantener la fe en que esa gran maquinaria se moviera para ponerlo a salvo.

El tecnosacerdote se apoyó en una de las paredes del montacargas. Los diferentes niveles de la fábrica pasaban ante sus ojos, claustrofóbicos espacios abiertos en medio de una masa de metal retorcido. Enormes columnas de vapor salían de tuberías fracturadas. Regueros de agentes contaminantes y de combustible brotaban a través de las fisuras abiertas en el metal, yendo a desembocar a los grandes ríos multicolor que discurrían bajo tierra. Miles de años de historia industrial habían dejado su marca sobre la superficie de Chaeroneia: ruinas carbonizadas, destellos de una prosperidad perdida, extrañas máquinas que quizá escondieran una tecnología ya olvidada por el Mechanicus, lugares recónditos en los que sirvientes huidos o servidores rebeldes intentaban prolongar su corta existencia, incluso había capillas del Culto Mechanicus abandonadas, pues hacía mucho que habían sido reemplazadas por catedrales y templos erigidos en los niveles superiores.

Y en algún punto bajo la superficie algo había dado lugar a una herejía que era mucho peor de lo que Antigonus imaginaba.

De pronto el elevador se detuvo con un golpe seco. Las puertas chirriaron al abrirse y un vapor gélido inundó la plataforma. Antigonus se arrastró penosamente hasta el exterior, sintiendo que la temperatura se desplomaba a su alrededor y dejando que su ojo no biónico se adaptara a la tenue luz. Entonces pudo ver que el nivel en el que se encontraba debía de haber permanecido inutilizado durante décadas o incluso siglos. Estaba relativamente limpio e intacto, e iluminado por una luz blanca azulada que emanaba de cientos de bombillas situadas en diversos paneles de control y pantallas. Infinidad de motores de datos, enormes construcciones recubiertas de cables y tuberías que se asemejaban a intestinos metálicos se alzaban como monolitos en hileras interminables. Unos enormes conductos de refrigeración colgaban del techo a gran altura, y el frío que dominaba el ambiente hacía pensar que aún estaban en funcionamiento. Aquella tecnología era sumamente arcaica, el tipo de procedimientos industriales que Antigonus sólo había visto en zonas olvidadas de Marte, métodos obsoletos incluso en los mundos forja más tradicionales. Aquellos motores almacenaban información en soportes digitales muy rudimentarios, y ya se utilizaban antes de que la tecnología de las centrales de datos fuera redescubierta y posteriormente difundida. Antigonus ni siquiera estaba seguro de cómo funcionaban aquellas cosas. Debía de haber unos treinta motores, enormes vestigios de una tecnología olvidada que se alzaban silenciosos e inertes. La estructura de todo aquel nivel también se había mantenido intacta; Antigonus ni siquiera vio las manchas de corrosión que habían invadido todos los demás niveles de las entrañas de Chaeroneia.

—Alabado sea el Señor del Conocimiento —susurró instintivamente, ya que al encontrarse frente a una tecnología tan noble y ancestral le pareció que lo más apropiado sería dedicar una oración al Omnissiah. Sin embargo, no podía perder tiempo en presentar a los espíritus máquina los respetos que merecían. Allí no había nadie que pudiera ayudarlo, y debía encontrar auxilio o algún lugar seguro a toda costa.

Caminaba con dificultad junto a aquellos enormes motores de datos, empleando las mecadendritas para apoyarse sobre el metal frío. Parecía como si allí no hubiera más salida que el elevador que había dejado atrás. Una zona como aquélla tenía que estar fuertemente sellada para protegerla de los contaminantes; incluso el elevador habría estado protegido en su día, mucho antes de que los sirvientes arrancaran sus placas protectoras para aprovecharlas en algún otro lugar. Lo único que quizá podría encontrar era una abertura de ventilación, y aun así no estaba seguro de que fuera a ser capaz de arrastrarse por un espacio tan pequeño sin una pierna y con la cabeza aturdida por culpa de los analgésicos.

El motor de datos que tenía más cerca dio una sacudida y dejó salir un chorro de aire refrigerado. Acto seguido, alguno de sus muchos mecanismos internos pareció activarse y entrar en funcionamiento. Antigonus se alejó de aquella máquina, pues incluso a pesar de su estado no quería perturbar a ningún espíritu máquina. Las máquinas que había alrededor también parecieron activarse y sus luces comenzaron a brillar. Toda la energía de aquella estancia pareció fluctuar. Algo estaba interfiriendo en el suministro de energía y Antigonus sabía que no era una coincidencia.

De pronto se produjo un sonido metálico en el costado de uno de los motores. Antigonus vio que empezaban a salir chispas y que las lecturas de datos se volvían rojas; sus espíritus mecánicos parecían quejarse por la intrusión que estaban sufriendo. Cada vez más máquinas se estremecían ante lo inapropiado de aquella intromisión. Un sonido agudo, metálico y chirriante se extendió por el suelo. Antigonus se refugió tras el motor de datos que tenía más cerca, deseando que su ojo biónico aún estuviera operativo para poder escudriñar las tinieblas y ver qué era lo que se abría paso tras él.

¿De verdad pensaba que lograría escapar?

—No tienes escapatoria.

—¡Cállate! Tú no eres un demonio.

—Sigue engañándote, eso me hace aún más fuerte.

De pronto, una figura enorme y oscura emergió a través de uno de los muros, un chorro de chispas salía del enorme taladro que tenía por brazo.

Se trataba de un servidor, un trabajador pesado diseñado para trabajos de minería. Uno de sus brazos era un taladro y el otro un enorme martillo neumático. Tenía un gran torso cubierto por unos poderosos músculos sintéticos entre los que podía apreciarse una pequeña cabeza oculta casi por completo por la enorme musculatura de sus hombros. Era el doble de alto que un hombre corriente, y acababa de irrumpir a través del enorme boquete que había abierto en una de las unidades de la que no cesaba de salir un humo negro y grasiento.

Tras él aparecieron otras figuras oscuras y con largos hábitos: tecnosacerdotes. Detrás de ellos Antigonus distinguió el resplandor de varios focos; se trataba de la Tecnoguardia, las fuerzas armadas del Adeptus Mechanicus. No cabía duda de que aquellos hombres y mujeres estaban siendo engañados y utilizados por los herejes. De pronto, el servo de la rodilla derecha de Antigonus se bloqueó y éste cayó de espaldas golpeándose contra el suelo helado y haciendo que un doloroso pinchazo se alzara sobre la nebulosa de los analgésicos. Antigonus soltó un alarido. Con toda seguridad los tecnosacerdotes lo habrían oído.

—*Te tenemos.*

—¡Fuera! ¡Devuélveme mi cuerpo! ¡Si yo muero, tú morirás conmigo!

—*¡Huye, viajero! ¡Huye! Los de mi clase nunca morimos, simplemente mutamos, siempre en movimiento, siempre cambiando…*

De pronto una voz profunda y sibilante comenzó a emitir una secuencia de ceros y unos: se trataba de lingua technis, el código de las máquinas. El enorme servidor de perforación se detuvo. Su taladro aún seguía girando y el aire comprimido salía silbando del martillo neumático. Se oyó otra secuencia numérica en ligua technis. Antigonus podría haberla traducido al instante si sus autosentidos hubieran estado operativos, pero toda la energía auxiliar estaba siendo desviada a su corazón biónico para mantenerlo con vida. Antigonus estaba desprotegido, indefenso, rodeado de herejes y atrapado en aquel lugar sagrado.

—Magos Antigonus —dijo aquella voz, esta vez en gótico común—. Eres un hombre ingenioso, pero, en definitiva, no eres más que un hombre. Resulta admirable que hayas sido capaz de encontrarnos, y aunque jamás

habrías sido capaz de hacernos ningún daño, siempre existiría la posibilidad de que Marte enviara a alguien más competente una vez que informaras de tu fracaso. De manera que es así como tiene que ser.

Antigonus ya no intentaba escapar. Su cuerpo estaba paralizado.

—Lo harán —replicó, decidido a pasar sus últimos momentos desafiando a los herejes, tal y como habría requerido el Omnissiah—. Cuando vean que no regreso, Marte enviará a todo un cónclave diagnóstico, impondrá un bloqueo sobre todo el planeta y apagará todas las ciudades una por una. Tened por seguro que darán con vosotros.

—¿De veras crees que lo sabrán?

El tecnosacerdote que estaba al mando salió de las tinieblas para que Antigonus pudiera verlo. Sus ropajes eran de color gris oscuro y parecían estar hechos de un tejido muy fino, pues ondeaban en torno al tecnosacerdote como si fueran de agua. Se había quitado la capucha y Antigonus vio que su rostro estaba formado por poco más que dos ojos plateados incrustados en un cráneo. La parte inferior de la mandíbula había sido sustituida por un conjunto de mecadendritas ligeras que llegaban hasta el suelo retorciéndose como tentáculos. En lugar de manos tenía unos filamentos metálicos que oscilaban como las hojas de una planta subacuática, esbeltos y ágiles. Se movía con una extraña gracilidad, más como algo vivo que como una máquina, a pesar de que aquel tecnosacerdote era el ser más augmético que Antigonus había visto jamás.

—Scraecos —murmuró Antigonus para sí mismo.

El líder de los herejes era el archimagos veneratus que dirigía las reservas de datos de Chaeroneia. Probablemente había seguido a Antigonus gracias a las cámaras de vigilancia y a los servidores equipados con sensores de detección, y habría estado esperando para ver cuánto sabía y cuál sería su próximo movimiento. Desde el principio había sabido dónde estaba Antigonus y qué había estado haciendo. Antigonus no había tenido ni la más mínima oportunidad desde el momento en que puso los pies sobre la superficie de Chaeroneia.

—Y ésa —dijo Scraecos con una voz profunda y metálica— es la razón por la que debes morir. Eres demasiado inquisitivo y sueles tener razón. Una

combinación peligrosa.

Antigonus hizo una mueca de desagrado y cerró su mano natural alrededor de la empuñadura del rifle automático. Con una fuerza que no pensaba que tendría, consiguió levantar el arma y abrir fuego.

El disparo impacto en el estómago de Scraecos, aunque éste apenas se movió; se limitó a extender sus mecadendritas y a mirar el pequeño agujero humeante que acababa de abrirse en sus ropas. Negó con la cabeza ligeramente como gesto de desaprobación.

—Azaulathis —dijo—. Maestro. Acaba con él.

De pronto todo se volvió blanco y el cuerpo de Antigonus comenzó a retorcerse de dolor, como si una corriente eléctrica se hubiera apoderado de él. Sus componentes mecánicos se sobrecalentaron y empezaron a quemarle la piel y a abrasarle los músculos. No podía ver, no podía oír, no podía sentir nada que no fuera aquel inmenso dolor.

Comenzaron a saltar chispas cuando el brazo biónico de Antigonus le fue arrancado del hombro, los servos debieron soportar tanta presión que resquebrajaron el metal. Sus mecadendritas comenzaron a retorcerse y su corazón biónico empezó a latir arrítmicamente enviando dentelladas de dolor por todo su cuerpo. Los pocos componentes que quedaban del ojo biónico se desprendieron y cayeron al suelo destrozados, dejando un agujero del tamaño de un puño en su rostro. La maldición de la máquina había conseguido infectar todos sus componentes mecánicos haciendo que se autodestruyeran, y cuando alcanzara su corazón, finalmente acabaría con él.

Antigonus empezó a rezar. El dolor era un fallo en el diseño del cuerpo humano. Todo lo que tenía que hacer era repararlo y podría seguir adelante. Concentró toda la fuerza que le quedaba y la dedicó a intentar recuperar el control sobre sus partes mecánicas y detener la maldición de la máquina durante unos instantes más. Consiguió mover una de sus mecadendritas. Al estar conectadas directamente a su sistema nervioso central, tenía mucho más control sobre ellas que sobre cualquier otro componente biónico. Y tan sólo necesitaría una de ellas.

Antigonus lanzó un grito e introdujo la punta de una mecadendrita en el motor de datos que tenía más cerca. Perforó la superficie de aquella máquina

ancestral con su miembro biónico.

La maldición de la máquina se extendió por los puntos que ofrecían menor resistencia, como si de impulsos eléctricos se tratara. Se había apoderando de todo el cuerpo de Antigonus, provocándole terribles quemaduras internas hasta invadir sus mecadendritas, y ahora había pasado a infectar el motor de datos.

Antes de que pudiera darse la vuelta, Antigonus extrajo la mecadendrita. El motor de datos se estremeció y sus luces comenzaron a lanzar destellos rojizos mientras la maldición se extendía por todos sus sistemas. Había quedado atrapada allí dentro. Antigonus había conseguido ganar unos pocos segundos más.

Acababa de cometer un terrible pecado al infectar una tecnología noble y ancestral con algo tan sucio y vil. Ahora ya no importaba lo que pasara, el Omnissiah jamás perdonaría a la maquinaria que portaba en el interior de su alma. Pero Antigonus no sólo había cometido aquel pecado para seguir con vida; para un tecnosacerdote la vida no tenía ningún valor intrínseco, pues no era más que otra forma de servidumbre hacia el Dios Máquina. A Antigonus todavía le quedaba un deber que cumplir. Los herejes aún debían sufrir.

De pronto algo tiró de él con una fuerza terrible y el taladro del servidor atravesó su cuerpo. Gran parte de sus órganos quedaron esparcidos por el suelo mientras la enorme broca le perforaba el abdomen. No sintió ningún dolor, ya no podía sentir nada. Se preguntó si su sistema nervioso estaría a punto de desactivarse por completo. Se sentía frío y entumecido, desprotegido. Probablemente ya estaba físicamente muerto.

El servidor levantó a Antigonus y lo lanzó por los aires. Su cuerpo maltrecho se estrelló contra uno de los motores de datos dejando salir una mezcla de sangre y partes metálicas.

Intentó mover una mecadendrita por última vez, en nombre del Omnissiah. Aquél sería su último intento por expiar sus pecados, pues había fracasado en su misión y se había convertido en el peor de los pecadores. Acto seguido, unos enormes tentáculos mecánicos lo agarraron y lo alejaron del motor de datos. Sintió cómo aquella tecnología gris y ancestral, movida

por la melancolía del espíritu máquina, se mostraba indignada ante la infección de la maldición de la máquina que acababa de recibir uno de sus hermanos. Antigonus suplicó al espíritu máquina que lo perdonara. Nunca llegó a obtener una respuesta.

El martillo del servidor cayó sobre el pecho y la cabeza de Antigonus aplastándolo contra la maquinaria del motor de datos. Su sangre y sus huesos quedaron incrustados en el núcleo de aquella máquina. Las mecadendritas de Antigonus quedaron extendidas, lacias y sin vida.

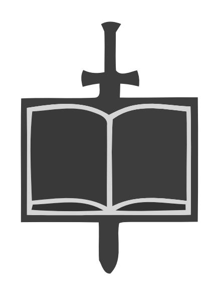
La criatura a la que Antigonus se había referido como el archimagos veneratus Scraecos se volvió hacia el resto de tecnosacerdotes que lo acompañaban, figuras igualmente deformadas y augmetizadas pero que, evidentemente, estaban bajo sus órdenes.

El servidor de perforación permanecía en posición de espera junto al cuerpo sin vida de Antigonus, que distaba mucho de recordar a algo que alguna vez hubiera sido humano. Los miembros de la Tecnoguardia, equipados con sus trajes especiales y con sus armas con recubrimiento de bronce, peinaron la zona. Allí no había nadie más.

Antigonus era el único que lo había descubierto.

Probablemente tenía razón. Marte enviaría a más gente, a mucha más, quizá prepararía toda una misión armada bajo la autoridad del archimagos supremo, puede que incluso la del mismísimo fabricador general. Pero cuando esa misión consiguiera atravesar la disformidad y llegar hasta Chaeroneia ya sería demasiado tarde como para que nadie, ni siquiera el fabricador general, pudiera hacer nada.

—Bien —dijo Scraecos, y se volvió hacia sus tecnosacerdotes, leales al Omnissiah que se había revelado ante ellos a través de su avatar—. Hermanos. Leales. Verdaderos. Hemos contemplado el rostro del Dios Máquina. Todo cuanto nos dijo se ha hecho realidad. Ha llegado el momento de empezar nuestra tarea.



TRES

… De modo que temed a lo desconocido, pues todo enemigo fue antes un misterio.

Comandante supremo Solar Macharius,
Historia del Segmentum Ultima

—Jaque al emperador.

—De eso nada.

Suruss señaló hacia una de las esquinas del tablero de regicida, donde se alzaba la figura solitaria de un único templario.

—Mi templario lo tiene a tiro. Tu emperador no tiene adonde ir.

Argel miró detenidamente el tablero. El joven Suruss parecía tan contento consigo mismo que podía ser que tuviera razón.

—Pequeña alimaña —gruñó Argel—. No tengo escapatoria.

Decepcionado, Argel empujó con el dedo la pieza del emperador, haciéndola caer de lado sobre el tablero y dando a entender que la partida había terminado con una nueva victoria para Suruss.

—¿Otra partida? —preguntó Suruss.

—Claro, no tenemos nada mejor que hacer.

Argel tenía razón, estaban en la estación de vigilancia orbital tres noventa y uno, en el sistema Borosis, subsector Gaugamela, Segmentum Ultima. Se trataba de una esfera de metal oxidado de unos quinientos metros de diámetro, la mayoría de los cuales estaban dedicados a sistemas de ingeniería y mantenimiento espacial. Aquellas estaciones rara vez estaban equipadas con instalaciones de entretenimiento. Suruss y Argel tenían suerte de tener espacio suficiente como para poder desplegar un tablero de regicida. Pasados tres meses de un turno que debería durar nueve, Argel había llegado a la conclusión de que Suruss era mucho mejor jugador que él, pero no le quedaba más opción que seguir jugando con la esperanza de mejorar.

Las alternativas eran dos. Mirar a la pared o ir a hablar con Lachryma. Por desgracia Lachryma era una astrópata, una telépata tremendamente poderosa capaz de transmitir mensajes psíquicos de un extremo a otro del Imperio. Todos los astrópatas eran criaturas hurañas y taciturnas que se guardaban sus personalidades marchitas y ciegas para sí mismas, y Lachryma era una de las peores.

De modo que sólo les quedaba el regicida. De pronto algo comenzó a sonar en los niveles superiores, un sonido alto y repetitivo.

—¡Por el Trono de Terra! —exclamó Argel—. Es un aviso de proximidad.

—Tiene que ser una avería en el sistema —contestó Suruss, que estaba preparando las piezas del regicida para una nueva partida—. Ahí fuera no hay nada.

—Siempre que esos trastos se activan nos toca rellenar un montón de papeleo. Iré a echar un vistazo.

Argel se puso en pie con cuidado para no golpearse la cabeza contra el techo del angosto compartimento para la tripulación. Se rascó el cuello y se puso con desgana el traje presurizado. Los niveles de mantenimiento no tenían calefacción y hacía suficiente frío como para matar a cualquiera.

La alarma comenzó a sonar de nuevo, esta vez mucho más cerca.

—Alarma gravítica —dijo Suruss—. Parece que hay más sistemas dañados.

—¿Es que no vas a echarme una mano?

Suruss hizo un gesto en dirección al tablero de regicida, donde la mitad de las piezas ya estaban listas para una nueva partida.

—¿Es que no ves que estoy ocupado?

Argel se fue murmurando improperios mientras salía por la estrecha abertura que daba acceso a los niveles primarios de mantenimiento. Muchas de las alarmas se habían disparado, lo que significaba riesgo de radiación o una amenaza directa sobre el casco exterior, incluso había algunas que Argel ni siquiera reconocía. Suruss debía de tener razón; no era más que el espíritu máquina de la estación que había decidido volver a darles problemas. Ahora Argel tendría que hundir la cabeza en el libro de tecnooraciones para intentar calmar a los sistemas internos de la estación hasta que el espíritu quedara satisfecho. Aquella estación necesitaba un tecnosacerdote destinado allí permanentemente, pero el Adeptus Astra Telepática no consideraba que la estación tres noventa y uno fuera lo suficientemente importante, de modo que era tarea de Argel y Suruss mantenerla en funcionamiento.

Argel estaba a punto de comenzar a ascender por la escalerilla que llevaba hasta el primer nivel cuando vio que algo se movía en el túnel que conectaba el habitáculo de la tripulación con los aposentos de los astropatas. Se trataba de Lachryma, que caminaba desorientada mientras intentaba abrirse paso palpando con las manos; la capucha de su hábito se había caído hacia atrás dejando ver su cabeza arrugada y afeitada y la banda blanca que le cubría los ojos.

—Lachryma, no pasa nada, no es más que un enfado del espíritu.

—¡No! No. Los oigo, los oigo por todas partes… —La voz de la astrópata, aguda y penetrante, llegaba hasta Argel alzándose sobre el sonido de las alarmas.

De pronto Lachryma tropezó y Argel tuvo que sujetarla para que no cayera al suelo. Temblaba y estaba cubierta de sudor, y desprendía un fuerte olor a incienso.

—He… he enviado un mensaje —dijo entrecortadamente—. No sé si lo han recibido. Tenemos que salir de aquí ahora mismo…

No se trataba de un fallo de los sistemas, era una amenaza real. Los astrópatas siempre eran los primeros en saber que algo realmente malo estaba a punto de ocurrir, y cualquiera que hubiera pasado la mayor parte de su vida en el espacio lo sabía.

—¿Qué ocurre?

Lachryma se irguió y se quitó la banda blanca que le cubría la cara, Argel vio que no tenía ojos, tan sólo cuencas vacías, en cuyo interior había talladas varias oraciones que en aquel mismo instante refulgían lanzando un brillo anaranjado, como si un calor abrasador intentara escapar desde detrás de ellas.

—Caos —dijo Lachryma con la voz temblorosa—. El Castigador.

De pronto toda la estación se estremeció como si algo hubiera impactado contra ella. El suelo comenzó a inclinarse; el impacto debía de haber hecho que el giroscopio del generador de gravedad hubiera quedado desalineado. La mitad de las luces empezaron a parpadear.

—Podemos llevarla hasta la cápsula de escape —le aseguró Argel—. Tan sólo… mantenga la calma. Y vuelva a ponerse eso en la cara.

Argel condujo a Lachryma hasta el habitáculo de la tripulación, donde Suruss trabajaba frenéticamente en la pantalla del sensorium, entre los restos del tablero de regicida.

—¡Impactos de asteroides! —gritó Suruss por encima del sonido de las alarmas y del ruido de los golpes—. ¡No los había detectado!

—Tenemos que largarnos de aquí —dijo Argel.

Suruss movió la cabeza.

—No, aún no. El generador de potencia auxiliar tiene que calentarse. Ponlo en marcha y podremos lanzar la cápsula de escape.

—¿Por qué tengo que ser yo?

—¡Porque eres el único que tiene alguna idea de lo que hay que hacer!

Un nuevo impacto, el más fuerte que se había producido hasta el momento, hizo que toda la estación se estremeciera. De las junturas de las paredes del habitáculo comenzaron a salir grandes chorros de vapor, y parte del techo se derrumbó llenando la estancia de restos metálicos y de tuberías. Suruss perdió el equilibrio y se golpeó la cabeza contra la consola del

sensorium. El golpe hizo que una de las pictopantallas se activara y comenzara a parpadear.

Suruss, que se había cubierto la cabeza con las manos, intentó sentarse en una silla. Argel se arrodilló para ayudar a Lachryma, que había perdido el equilibrio a causa del impacto. Tenía el rostro cubierto de sangre procedente de una brecha que se había abierto en la cabeza. Murmuraba palabras incomprensibles y el resplandor anaranjado de las inscripciones de sus ojos brillaba incluso a través de la banda que los cubría. Argel no sabía qué les hacían a los astrópatas durante su interminable peregrinación a Terra, pero fuera lo que fuera no les sentaba muy bien.

Argel miró a su alrededor y pudo ver el lamentable estado en que había quedado el habitáculo. Seguramente las cubiertas exteriores estarían mucho peor. Encender el generador de potencia auxiliar sería muy arriesgado, pero la cápsula de escape era su única oportunidad.

Se volvió y vio la imagen que proyectaba la pictopantalla que había junto a Suruss. Por fin se había encendido y ahora se veía una imagen del espacio que había en torno a la estación enviada por los pictorreceptores del sensorium.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó.

Suruss levantó la vista. La pictopantalla mostraba un punto de luz roja que se hacía más y más grande justo delante de la estación. Las estrellas que se veían a su alrededor parecieron perder su brillo a medida que la luz que emanaba de ellas se deformaba al alcanzar la anomalía, cuyo resplandor no cesaba de aumentar mientras la aureola lumínica intentaba abrirse paso hasta el espacio real.

Suruss miró a Lachryma.

—Dígame que alguien sabe que esto está pasando.

Lachryma asintió débilmente.

—Sí. Sí. He enviado un mensaje… Todos los símbolos, todo lo que he visto, un planeta entero que emerge de la disformidad, ciudades… ciudades hechas de puro odio… el mundo caníbal… todo eso… y al demonio del Tarot Imperial, a la Bestia, al Hereje… He enviado los símbolos más nefastos… los más funestos…

Argel agitó a Lachryma cogiéndola por los hombros.

—Pero ¿quién? ¿Quién va a recibirlo?

Las comunicaciones astropáticas eran un recurso demasiado complejo y pseudomístico que estaba muy por encima de la capacidad de entendimiento de Argel. Los astrópatas eran capaces de transmitir imágenes extraídas del Tarot Imperial con la esperanza de que los adeptos destinados en las estaciones de recepción del Astra Telepática, con la ayuda de enormes libros de augurios, consiguieran interpretar el mensaje y descubrir a quién estaba dirigido. Una señal de socorro astropática no sería de mucha ayuda si un adepto necesitaba seis meses para conseguir descifrarla.

—¿El Astra Telepática?

—No, no hay nada que ellos puedan hacer, por ahora.

—¿Entonces quién?

—Quizá… el Adeptus Terra, si consigue llegar a la Tierra… Puede que alguno de los Ordos… Sí, mis presagios harán que se pongan en marcha, puede que incluso el Ordo Malleus…

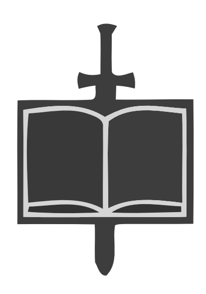
Argel frunció el ceño. Acto seguido, el generador de energía principal se apagó por completo.

Setenta mil kilómetros por debajo de la estación de vigilancia orbital tres noventa y uno, infinidad de asteroides comenzaron a salir de una brecha ardiente abierta en el tejido del espacio real, una enorme cicatriz que se abría paso hasta el exterior. Los asteroides salían disparados como proyectiles, algunos de ellos desintegraron la estación orbital, pero la mayoría emergieron girando a gran velocidad para después ser retenidos por el campo gravítico del enorme objeto emergente, a cuyo alrededor comenzaron a dibujar órbitas complejas e irregulares. Infinidad de esos cuerpos salieron a través de la brecha, hasta que al final ésta quedo completamente rodeada por una enorme e inestable nebulosa de asteroides cuyas superficies irregulares dejaban salir columnas de fuego maligno.

El espacio se combó y se deformó conforme la masa de aquel objeto luchaba por abrirse paso. La estación espacial fue finalmente destruida por una onda expansiva que hizo estremecer la realidad. Astrópatas y toda clase de psíquicos pudieron sentir aquella perturbación desde años luz de

distancia. La fuerza impía que emergió de aquella brecha convirtió la estrella del sistema Borosis en un cuerpo enfermo de color rojizo con manchas negruzcas.

Y allí, junto a la órbita más distante de Borosis, apareció un nuevo planeta donde antes no había más que vacío.



CUATRO

Muchos aseguran que su mayor deseo es aplastar a sus enemigos. Si eso fuera verdad, la mayoría de ellos estarían obligados a destruirse a sí mismos.

Abadesa Helena la Virtuosa,
Discursos sobre la Fe

La *Tribunicia* estaba fría como una tumba. En su exterior destacaban las líneas angulosas propias de cualquier nave de combate, pero el interior estaba repleto de mármol y granito, ambos desgastados por el paso de innumerables generaciones de tripulantes que habían jurado servir al Imperio. Muchos de ellos habían nacido en la propia nave, y casi todos también morirían en ella, de modo que su arquitectura era como un recordatorio permanente de que esa nave sería su tumba.

El juez Alaric despertó de su duermevela. Estaba sentado con las piernas cruzadas sobre el suelo de granito de su pequeña celda. Un marine espacial no necesitaba dormir profundamente y podía mantenerse en un estado de

semiconsciencia. Sin embargo, algo lo había devuelto bruscamente a la realidad.

El sonido de los motores había cambiado; la *Tribunicia* estaba saliendo de la disformidad.

Alaric se puso en pie mientras murmuraba la decimoséptima oración de vigilancia y se volvió para mirar su servoarmadura, que estaba apoyada en un rincón de la celda junto al bólter de asalto y la alabarda némesis. Se quedó mirando la coraza durante un instante, una armadura de bronce que llevaba su escudo heráldico sobre uno de los hombros. Le había añadido una estrella de color amarillo brillante para honrar el alma de Briséis Ligeia, la persona más valerosa que Alaric jamás había conocido, capaz de salvarlo a él y a muchos otros incluso después de que un demonio le hiciera perder la cordura. Sin embargo, ella ya estaba muerta, ejecutada por el mismo Ordo Malleus al que Alaric servía.

Alaric sabía que moriría portando esa misma armadura. La mayoría de la gente ni siquiera se atrevería a tocarla si conocieran ese destino con tanta certeza como él.

Alaric comenzó a entonar los ritos de preparación mientras cogía la greba izquierda y empezaba a ponerse la servoarmadura.

* * *

El puente de la *Tribunicia* era una majestuosa catedral oculta en las entrañas de su proa blindada, dominada por un techo abovedado al que sostenían unas enormes columnas de mármol blanco. Numerosos tripulantes y tecnoadeptos ocupaban sus puestos en los bancos frente a las consolas de comunicaciones o las pantallas de los sensorium. El puesto de mando del contraalmirante Horstgeld estaba en el primer banco, frente al altar mayor, una estructura de mármol y oro coronada por una imagen dorada del Emperador representado como un guerrero. Horstgeld era un hombre muy religioso, de modo que el pulpito que dominaba el puente siempre estaba

preparado para recibir al confesor de la nave, quien, en momentos de crisis, recitaba desde su estrado textos devotos con el fin de reforzar las almas de la tripulación.

Horstgeld se levantó de su puesto en cuanto vio entrar a Alaric. El contraalmirante ya había servido con anterioridad junto a los marines espaciales, pero a pesar de eso nunca había terminado de acostumbrarse a su presencia. Sin embargo, el hombre que estaba sentado junto a él en el puesto de mando parecía no estar tan impresionado. Se trataba del inquisidor Nyxos, del Ordo Malleus, el hombre que había requisado la nave de Horstgeld para ponerla al servicio de la Inquisición.

—Juez —lo saludó Horstgeld con una sonrisa—. ¡Bien hallado! —El contraalmirante cruzó el puente para estrechar la mano de Alaric. Era un hombre grande y con barba, cuyo uniforme, excesivamente adornado, daba la impresión de haber sufrido diversos arreglos para adaptarlo al tamaño de su portador—. Debo admitir que estoy acostumbrado a ser el hombre más grande del puente; supongo que me llevará algún tiempo habituarme a su presencia.

—Contraalmirante. He leído algo acerca de su victoria sobre la *Aniquilador* en la batalla de Subiaco Diablo. Por lo que tengo entendido, ésa es una buena nave con un buen capitán.

—Bueno, hay muchos hombres valientes en el Ojo del Terror. Simplemente tuve la suerte de liderar la carga.

—¿No preferiría estar allí ahora mismo?

Horstgeld se encogió de hombros.

—Si le soy sincero, juez, sí, lo preferiría. Cualquier miembro de la Armada quiere estar donde está la acción; ahora mismo somos los únicos capaces de mantenerlos a raya. Pero yo no gobierno mi nave de acuerdo con mis deseos, y cuando la Inquisición te llama, lo mejor es contestar.

—Bien dicho —añadió el inquisidor Nyxos.

Nyxos, un hombre anciano y de aspecto sepulcral, vestía unos largos ropajes negros que cubrían el frágil exoesqueleto que sostenía su maltrecho cuerpo. Alaric sabía que a pesar de su débil apariencia era un hombre extremadamente resistente gracias a los implantes augméticos internos y a

los órganos biónicos con los que la Inquisición lo había dotado. Un enfrentamiento con el inquisidor Valinov habría matado a cualquiera, pero Nyxos había conseguido sobrevivir.

Fue precisamente Nyxos quien dio orden de ejecutar a Ligeia. Alaric no le guardaba rencor por ello; era lo que había que hacer. Y ahora Nyxos era el inquisidor del Ordo Malleus con quien Alaric colaboraba más estrechamente. Así de inescrutables eran los designios del Emperador.

—Los informes respecto a esta franja del espacio son muy alarmantes —continuó Nyxos—. Si centramos todos nuestros esfuerzos en el Ojo del Terror y descuidamos nuestra vigilancia del resto del Imperio las consecuencias pueden ser terribles. Enviar al *Saqueador* de vuelta a la disformidad sería inútil si mientras tanto el Imperio se desmorona a nuestras espaldas.

—Cierto, inquisidor, muy cierto —asintió Horstgeld—. Pero ¿tenemos alguna idea de a qué vamos a enfrentarnos aquí? O, mejor dicho, ¿hay algo aquí? Todos los informes que tenemos sobre el sistema Borosis sugieren que se trata de una zona olvidada.

Nyxos miró al contraalmirante. Sus grandes ojos grisáceos parecían escudriñar la mente de Horstgeld.

—Digamos mejor que se trata de conjeturas, capitán.

El sonido de los motores varió de nuevo y toda la nave pareció estremecerse. Unas señales de alarma se dispararon en algún punto del puente antes de que alguien las apagara.

—¡Entrando en el espacio real! —se oyó la voz de uno de los oficiales de máquinas—. ¡Apaguen motores de disformidad!

—¡Desactivad el campo Geller! —dijo otra voz.

El ruido en el puente se hizo más y más alto conforme se dictaban y recibían órdenes de manera casi automática. En las entrañas de la *Tribunicia* un par de miles de tripulantes se afanaban para asegurarse de que la nave terminara de manera segura su salto a través de la disformidad; los tripulantes de la cubierta de máquinas redirigían los reactores de plasma para proveer de energía a los motores principales, los artilleros ocupaban sus puestos en los cañones y lanzatorpedos y un pequeño grupo de

tecnoadeptos hacía los complejos cálculos necesarios para asegurar el salto de la nave de una realidad a otra.

El altar que se alzaba frente a Nyxos, Horstgeld y Alaric se elevó y el Caballero Gris vio cómo sus figuras coronaban la enorme pictopantalla de la nave. La pantalla se alzó desde el suelo hasta acabar dominando todo el puente. Ai principio sólo se vieron interferencias, hasta que uno de los oficiales de comunicaciones activó el sensorium principal y la imagen apareció nítidamente.

—Mmm… —dijo Nyxos—. Parece que no se trata de nada bueno.

La pictopantalla mostraba una imagen del sistema Borosis visto desde la órbita lejana por la que la *Tribunicia* había emergido al espacio real. La propia estrella Borosis no era más que una bola hinchada y rojiza cubierta de manchas negras; su corona se había degradado hasta convertirse en un halo de una luz roja y enfermiza. Borosis debía de haber sido una estrella de ciclo medio, similar al sol que iluminaba Terra.

—Amplíe los planetas —ordenó Nyxos.

Horstgeld transmitió la orden al oficial de comunicaciones y al instante la pictopantalla amplió la imagen de los planetas que orbitaban alrededor de la estrella enferma.

La luz y el calor que emanaban de aquel sol habían disminuido significativamente. Aquello había convertido Borosis Prima, el planeta más cercano a la estrella de todo el sistema, en una masa aún más sombría y gris de lo que había sido antes: estaba agonizando. La atmósfera de Borosis Secundus había desaparecido por completo; aquel planeta que una vez estuvo cubierto por una espesa capa de gases sobrecalentados estaba ahora desnudo. El drástico cambio de temperatura había convertido su atmósfera en una masa volátil que poco a poco se había desprendido del planeta.

Borosis Cerulean estaba un poco más lejos. Se trataba del mundo más poblado del sistema, pues albergaba siete colonias con una población total de mil quinientos millones de habitantes, pero se veía igualmente frío y oscuro. Las ciudades del planeta eran lo suficientemente avanzadas como para proteger a sus habitantes de aquel invierno eterno, pero su energía y sus

suministros no durarían mucho. Puede que se decidiera evacuar a todo el planeta o puede que no, ése no era problema del Ordo Malleus.

El mundo sin vida de Borosis Minor, casi completamente cubierto de hielo, se veía tan hostil como siempre, al igual que el gigante gaseoso llamado Borosis Quintus, en el que unos cuantos miles de trabajadores probablemente estarían pensando qué hacer para sobrevivir cuando fallaran los colectores solares de sus plataformas de extracción de gases. La mutación de la estrella, sin embargo, no había afectado demasiado al planeta más alejado, Borosis Ultima, una bola de amoníaco helado tan pequeña que casi ni se podía considerar un planeta.

Finalmente la pantalla mostró el último objeto que orbitaba en el sistema.

—No es que yo sea un experto —dijo prudentemente Alaric—, pero creo que ésa es la razón por la que estamos aquí.

El sistema Borosis no tenía un séptimo planeta, nunca lo había tenido. Sin embargo, allí estaba.

Era de color gris ceniza con vetas negras, y sobre su superficie podían distinguirse miles de luces diminutas. Alrededor de aquel mundo orbitaban miles y miles de asteroides, que se veían como pequeños reflejos en la distancia, como una nube de insectos que protegía el planeta.

Los Caballeros Grises tenían ciertas capacidades psíquicas; debían tenerlas para proteger sus mentes de la corrupción. Los poderes psíquicos de Alaric estaban interiorizados, centrados en torno a los protectores que mantenían su mente a salvo, pero aun así también era capaz de sentir la maldad que emanaba de aquel mundo nuevo. Era como el eco de un alarido, como un olor a muerte ancestral, como una sensación triste y enfermiza sobre su piel.

—Tenemos a astrópatas muy alterados a lo largo de años luz a la redonda —dijo Nyxos con franqueza—. Y creo que ésta es la razón.

—¡Por las nalgas de Guilliman! —exclamó Horstgeld—. Llevo toda mi vida en el espacio y he visto muchas cosas, pero jamás había visto un mundo entero donde no debería haber nada.

—Intente no impresionarse demasiado, capitán —dijo Nyxos—. Necesito todos los datos que puedan recabar sobre ese planeta, todo lo que tengan. Enviaré a la interrogadora Hawkespur para que coordine la investigación: atmósfera, signos vitales, dimensiones… todo lo que los sensores sean capaces de detectar. ¿Cuál es la hora estimada de llegada del resto de la flota?

—A lo largo del día —contestó Horstgeld—. Si es que se puede llamar flota a eso.

—La necesitaremos de todos modos. Se trata de un mundo habitado, y si tienen naves puede que tengamos que enfrentarnos a ellas para bajar hasta allí, y si hay algo que está claro, es que vamos a bajar.

—Por supuesto, inquisidor.

Horstgeld se volvió y comenzó a impartir órdenes a sus oficiales de comunicaciones y a enviar mensajeros que salían y entraban en el puente apresuradamente.

—¿Qué opinión le merece? —preguntó Nyxos a Alaric con una tranquilidad que contrastaba con el creciente ajetreo.

—¿A mí? Creo que han hecho bien en enviarnos.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué piensa hacer?

—Eso se lo dejaré a la sabiduría del Imperio.

—Venga, Alaric, sabe de sobra por qué lo he elegido a usted de entre todos los Caballeros Grises para que me acompañe.

—Porque todos los demás están en el Ojo del Terror.

—Falso. En la senda de San Evisser usted demostró una capacidad de liderazgo fuera de lo común. Aunque el capítulo lo hiciera renunciar a su rango de hermano capitán todos conocen muy bien sus habilidades. Los marines espaciales son una fuerza muy efectiva, pero incluso los Caballeros Grises no dejan de ser meros soldados. Ligeia pensaba que usted podía ser algo más, y empiezo a pensar que tenía razón. De modo que sólo por esta vez piense como uno de nosotros.

—Aterrizar y desplegar nuestras fuerzas —dijo Alaric sin mostrar el menor signo de duda—. Coger a toda la Guardia de la que disponemos y enviarla ahí abajo ahora mismo.

—Muy arriesgado.

—No hay nada más arriesgado que la indecisión, inquisidor.

—Cierto, además estoy de acuerdo con usted. ¿Está su escuadra preparada?

—Siempre.

La escuadra de Alaric había quedado bastante diezmada tras derrotar al demonio Ghargatuloth en la senda de San Evisser, pero aún tenía una potencia de fuego y una capacidad de combate superior a la de cualquier otra escuadra de la guardia que transportara aquella flota.

—Bien, lo quiero presente en la sesión informativa. De uno u otro modo, cuando estén en tierra terminará usted siendo el líder.

—Entendido. Debería irme a orar junto a mis hombres, inquisidor.

Alaric salió del puente sabiendo instintivamente que, rezaran lo que rezaran, eso no los prepararía para lo que los aguardaba en el séptimo planeta.

* * *

—La circunferencia ecuatorial de Borosis Septiam es de poco menos de treinta y ocho mil kilómetros —comenzó a decir la interrogadora Hawkespur mientras señalaba hacia la imagen proyectada en la pantalla que tenía detrás—. Es un poco menor que la de la Tierra. Sin embargo, su masa es similar, lo que sugiere la presencia de depósitos de minerales muy densos. Como pueden comprobar, lo espeso de su atmósfera y el campo de asteroides que lo rodea nos impiden rastrear su superficie, pero sospechamos que el planeta carece de casquetes polares, quizá debido a su agotamiento. La atmósfera muestra signos evidentes de que puede ser respirable, pero con niveles de contaminación muy elevados.

El auditorio de la nave se empleaba normalmente para reuniones tácticas o para que el personal médico realizara disecciones públicas de especies alienígenas. Pero en esta ocasión se había preparado para la reunión informativa de Hawkespur, y todos los oficiales, junto con Nyxos y la

escuadra de Alaric, estaban sentados en los bancos que rodeaban el estrado central desde el que la interrogadora hablaba. En la imagen se veía un planeta sombrío y agonizante que había sido denominado provisionalmente como Borosis Septiam, y que había dejado estupefactos a todos los presentes en el puente. El tono de voz de Hawkespur era directo y diligente, haciendo evidente que había sido instruida en una de las mejores academias navales, accesible sólo a los aristócratas más poderosos. Se trataba de una joven brillante que servía a las órdenes de Nyxos, quien estaba seguro de que su protegida acabaría vistiendo la túnica de inquisidor algún día.

—Los asteroides se mueven en unas órbitas anormalmente bajas y estables —continuó Hawkespur—. Es poco probable que cualquier transporte más grande que un crucero ligero pueda atravesarlos, y un conjunto de naves, aunque fueran más pequeñas, también es una opción que debemos olvidar. Esto descarta un aterrizaje a gran escala.

Alaric pudo oír cómo Horstgeld maldecía en voz baja. Aquella flota transportaba a miles de guardias imperiales, y el plan de enviarlos a la superficie del planeta había fracasado antes incluso de ser puesto en marcha.

Hawkespur ignoró al comandante.

—Las lecturas que hemos podido recoger respecto a la temperatura son particularmente anómalas. Un planeta que órbita a una distancia tan grande de su sol, y teniendo en cuenta el estado de la estrella Borosis, debería ser extremadamente frío. El clima de Borosis Septiam sugiere que las temperaturas son moderadas en casi toda su superficie. Esto sólo puede ser consecuencia de una gran fuente de radiación termal o de un control climático a escala planetaria. Los indicios que tenemos sobre una enorme producción de energía hacen que nos inclinemos por esta última opción. Finalmente, parece ser que hay una gran cantidad de instalaciones orbitales, probablemente construidas por el hombre. Las interferencias originadas por los asteroides impiden que podamos examinarlas con precisión, pero sospechamos que podría tratarse de puertos orbitales.

—¿Cuáles son sus conclusiones, Hawkespur? —preguntó Nyxos, que estaba sentado en la primera fila del auditorio.

—Se trata de un mundo altamente industrializado y muy poblado. Todos los datos de que disponemos han sido enviados al librarium que el Adeptus Mechanicus tiene en este sector. Estamos a la espera de que nos comuniquen si coinciden con los de algún planeta conocido.

—¿Alguna idea de cómo ha llegado hasta aquí?

—Ninguna.

—Los astrópatas de la nave tampoco han conseguido aclarar nada —dijo Horstgeld—. Dicen que es como una zona muerta.

Nyxos se volvió y miró a su alrededor buscando a Alaric y a sus hermanos de batalla.

—¿Juez? ¿Algo que decir?

Alaric pensó durante un instante. El Imperio ya había perdido en otras ocasiones la pista de planetas enteros por culpa de errores administrativos; lo único que hacía falta para que un mundo desapareciera de los mapas estelares, especialmente en un sistema tan aislado como Borosis, era que algún erudito se olvidara de tomar nota de sus diezmos. Pero aquel mundo era lo suficientemente sospechoso como para justificar una investigación inquisitorial. Se hacía tan evidente que en aquel planeta había algo que no iba bien que no llevarla a cabo sería una negligencia.

—Dado que un aterrizaje a gran escala es imposible, deberíamos enviar una misión suficientemente equipada a la superficie. Un grupo de reconocimiento.

Nyxos sonrió.

—Excelente. Hawkespur, ¿qué tal anda de puntería?

—Distinción carmesí en disparo con arma corta, señor. Quedé vencedora en la categoría tres de los campeonatos de Hydraphur.

—Entonces será usted quien dirija la expedición allí abajo. Yo la coordinaré desde la *Tribunicia*. Alaric, su escuadra prestará apoyo en tierra junto con tantas fuerzas especiales de la Guardia Imperial como seamos capaces de transportar en un vehículo de despliegue armado.

—¿Distinción carmesí? —dijo Horstgeld con un tono de aprobación—. Por el Trono, jovencita, ¿es que hay algo que no sepa hacer?

—Aún no he dado con ello, señor —contestó Hawkespur en un tono completamente desprovisto de sentido del humor.



La Armada Imperial era lo único que evitaba el avance de la Decimotercera Cruzada Negra, y todas las autoridades imperiales lo sabían. Abaddon el *Saqueador* había hecho estremecerse el Imperio al intentar establecer sus fuerzas de adoradores del Caos en la tormenta de disformidad conocida como el Ojo del Terror, y el control espacial del Imperio fue lo único que consiguió evitar que sus tropas de tierra invadieran un planeta tras otro hasta terminar por hacerse con el control sobre todo el Segmentum Solar. Toda nave de combate imperial estaba sobre aviso de que en cualquier momento podía requerirse su presencia en el Ojo, y miles y miles de ellas, desde las poderosas naves de la clase Emperador hasta escuadrones de escolta y alas de caza, ya habían sido enviados allí.

El contraalmirante Horstgeld, a pesar de su veteranía y de su poderosa influencia, no había sido capaz de reunir una flota medianamente decente para que abandonara el Ojo del Terror y tomara parte en la misión de reconocimiento de Borosis; ni siquiera fue suficiente la autoridad del inquisidor Nyxos y de todo el Ordo Malleus. De hecho, la propia nave de Horstgeld, el veterano crucero de combate *Tribunicia*, era la única nave de aquella pequeña flota que el contraalmirante consideraba preparada para un conflicto. El escuadrón de escolta *Ptolomeo*, bajo el mando del capitán Vanu, estaba recién salido de los astilleros orbitales de Hydraphur y se componía de tres naves de clase Pitón, cuya nueva configuración aún no había sido probada.

Nyxos había solicitado un regimiento de la Guardia Imperial, los recios veteranos del regimiento de las Tierras Altas de Mortressan, junto con su transporte *Calydon*. El *Calydon* era una nave enorme e ineficiente cuya

dotación de artillería apenas le permitía defenderse, y Horstgeld sabía que en combate podría hacer poco más aparte de molestar.

Todo esto, junto con par de naves de apoyo y lanzaderas, era lo que constituía la flota que poco a poco iba saliendo de la disformidad para emerger en las inmediaciones de la órbita de Borosis Septiam. Al cabo de poco tiempo se detectó otra nave en la disformidad que irrumpió en el espacio real a poca distancia de la *Tribunicia* tenía todas sus armas inactivas para señalar que no se acercaba en actitud hostil. Se trataba de una nave de gran tamaño, casi como un crucero, pero tenía un diseño anguloso y poco agraciado; estaba pintada de un color rojo oxidado y cubierta de almenas que parecían dientes mellados y de multisensores que recordaban los tentáculos de una criatura marina.

Aquella nave se puso en contacto inmediatamente con la *Tribunicia*. Se identificó como la *Ejemplar*, una nave armada de exploración del Adeptus Mechanicus bajo las órdenes del archimagos Saphentis, quien decía tener jurisdicción sobre todo el sistema Borosis.

—No me gusta —dijo Alaric mientras miraba la nave de desembarco—. Es demasiado frágil, no resistiría ni la mitad que una cañonera Thunderhawk.

La tripulación encargada del mantenimiento estaba llenando los depósitos de la nave en la bodega de carga de la *Tribunicia*, un hangar mugriento y sucio cuyo techo abovedado estaba ennegrecido a causa de los gases y el humo. Se trataba de una nave redondeada y muy simple, con dos motores y un grueso caparazón de color negro que cubría el morro para protegerla durante la reentrada. Tenía capacidad para unos treinta pasajeros más la tripulación.

—Es lo mejor que tenemos —contestó Hawkespur. La interrogadora llevaba un traje espacial de vacío de color negro y estaba lista para el despegue. Tenía un aspecto muy diferente sin su almidonado uniforme de la Armada, y llevaba una pistola automática en la cintura—. Demos gracias porque la *Tribunicia* tenga una lanzadera armada.

—Entonces supongo que no tenemos otra opción —dijo Alaric, y se volvió para dirigirse a los marines de su escuadra—: Despegaremos en

media hora, revisad vuestro equipo y rezad.

Lo habitual era que una escuadra de Caballeros Grises estuviera integrada por entre ocho y diez marines espaciales, sin embargo, la escuadra de Alaric tan sólo contaba con seis, pues aún no habían cubierto las bajas que sufrieron durante su enfrentamiento con Ghargatuloth, en Volcanis Ultor, hacía ya más de un año. El hermano Dvorn era el más corpulento con diferencia, y tenía un tipo de arma némesis muy poco común: un martillo, un artefacto que los artificieros del capítulo apenas habían visto en aquellos tiempos, pero lo suficientemente brutal y efectivo como para ser el arma que más se adecuaba a las aptitudes de Dvorn. Nadie albergaba ninguna duda de que muy pronto empezaría a recibir el entrenamiento necesario para utilizar una armadura táctica dreadnought y se uniría a las escuadras de exterminadores de los Caballeros Grises, las fuerzas de choque más poderosas del capítulo.

El hermano Haulvarn y el hermano Lykkos eran los otros dos supervivientes de Volcanis Ultor. Lykkos portaba el cañón psíquico de la escuadra, una arma que disparaba proyectiles bólter hechizados capaces de perforar tanto cuerpos de demonios como otros objetivos psíquicamente activos.

El hermano Archis y el hermano Cardios, encargados de los dos incineradores de la escuadra, habían oído la historia de cómo Alaric, actuando como hermano capitán, lideró la misión que localizó al demonio Ghargatuloth en la senda de San Evisser y ayudó a las tropas imperiales a destruirlo en Volcanis Ultor. Sin embargo ellos no habían estado allí, no lo habían visto.

—Juez —dijo Dvorn mientras el resto de los Caballeros Grises inspeccionaban los bólter de asalto y las armaduras siguiendo los ancestrales ritos de preparación—. ¿Sabemos algo más sobre lo que hay allí abajo?

—Ojalá fuera así, Dvorn —contestó—, pero la escuadra sabe tanto como cualquier tripulante de esta flota.

—Pero nos necesitan, ¿no es cierto? Sea lo que sea, está corrompido. ¿Puede sentirlo?

—Sí, Dvorn, puedo sentirlo. Cualquiera medianamente sensitivo se daría cuenta de ella. Allí abajo nos necesitan, de eso estoy seguro.

Dvorn miró hacia la lanzadera, y su rostro, curtido en mil batallas, dejó escapar una mueca de desdén. No es que Dvorn fuera un auténtico veterano, pero su aspecto hacía que lo pareciera.

—No confiaría en ese trasto ni para fumigar el campo, y mucho menos para aterrizar en territorio hostil con treinta hombres a bordo.

—Lo sé, pero es lo mejor que hay en la flota.

—Su mejor arma es un cañón láser. Yo podría desarrollar más potencia de fuego que eso y aun así me quedaría una mano libre.

—Puede que sí, Dvorn, pero el Emperador no nos hace fuertes haciendo fácil nuestro cometido. Tendremos que conformarnos con esto.

—Juez. —La voz de Nyxos sonó a través del comunicador de Alaric—. Tenemos un problema.

—¿Las tropas de asalto?

—Peor.

De pronto sonó una alarma y las puertas exteriores de la cubierta de aterrizaje se abrieron. Alaric pudo ver un fragmento del disco púrpura que era Borosis Septiam, rodeado por un tramo de espacio salpicado de estrellas. El resto de la cubierta de aterrizaje estaba protegido del vacío por un campo de fuerza, de manera que el Caballero Gris no podía oír los motores de la lanzadera que acababa de aterrizar en la *Tribunicia*. Se trataba de una nave recubierta de unas pesadas capas de armaplás y cuya proa era un gigantesco disco plano anillado con turboláseres. El símbolo de la calavera del Adeptus Mechanicus estaba estampado en uno de sus laterales. Era evidente que la tripulación de la cubierta no había sido informada de su llegada, pero la nave no necesitó la ayuda de ningún servidor de anclaje y se posó directamente sobre el suelo. Las compuertas exteriores se cerraron y el campo de fuerza desapareció.

Un oficial de cubierta se dirigió hacia la nave intrusa con la mano sobre la empuñadura de la espada.

—¡Ustedes! —gritó hacia la lanzadera—. Esta maldita nave no está registrada en el manifiesto. ¡Identifiqúense!

Una docena de turboláseres apuntaron directamente hacia la cabeza del oficial, quien se paró en seco y acto seguido dio un paso atrás.

—Creo que este problema es nuestro —dijo Alaric—. Seguidme.

Mientras Alaric y sus marines caminaban hacia la lanzadera, una rampa descendió en uno de los laterales, dejando salir una nube de incienso espesa y purpúrea seguida por una veintena de tecnoguardias con los rostros ocultos tras los visores de sus cascos. Alaric reconoció en seguida de qué se trataba gracias a sus uniformes distintivos y a las armas láser: era el ejército regular del Adeptus Mechanicus, regimientos entrenados para defender los mundos forja. Dos tecnosacerdotes salieron de la nave tras los soldados portando dos incensarios. Ambos tenían un aspecto bastante humano, lo que hacía pensar que se trataba de miembros de bajo rango del clero. Sin embargo, el sacerdote que salió detrás de ellos era algo completamente diferente.

Aquella delegación estaba encabezada por una criatura que difícilmente podía ser considerada humana. Se movía como si se deslizara en lugar de caminar, como si su túnica ocultara algún extraño augmético motriz en lugar de piernas. Tenía cuatro brazos, dos de ellos con lo que parecían ser manos biónicas de color plateado y decoradas con tallas, y los otros dos terminaban en multisensores y unidades de interfaz. Sin embargo, lo que más destacaba era su cabeza, pues tenía dos enormes ojos compuestos, como los de un insecto, y su boca estaba formada por lo que parecía un pesado collar de metal con una serie de hendiduras a través de las cuales hablaba. Parecía no tener ni un solo gramo de carne biológica.

Los tecnoguardias formaron en semicírculo para rodear a su maestro. El tecnosacerdote miró a su alrededor y sus ojos inhumanos se posaron inmediatamente sobre Alaric y su escuadra.

—Excelente —dijo con una voz claramente artificial—. ¿Es usted el representante del inquisidor Nyxos?

—Represento al capítulo del Adeptus Astartes de los Caballeros Grises.

—Ya veo. Viendo su escudo heráldico debo suponer que detenta usted el rango de juez. —Su voz estaba programada para hablar con un acento aristocrático y ligeramente arrogante—. Dada esta condición, considero que

es muy poco probable que sea usted quien esté al mando de las fuerzas imperiales de esta flota. Por favor, lléveme ante quien lo esté.

—Antes me gustaría saber quién es usted.

—¿Dónde están mis modales? No he podido traer conmigo a mi servidor de protocolo. Soy el archimagos Saphentis, del Adeptus Mechanicus, comandante de la *Ejemplar* y tecnosacerdote del Librarium Primaris de Rhyza, elegido por la oficina del fabricador general para encabezar esta delegación de reclamación.

—¿Reclamación? —preguntó la interrogadora Hawkespur, quien parecía ridiculamente pequeña al lado de Alaric. Sin embargo, no parecía intimidada lo más mínimo ante la extraña apariencia de Saphentis—. Ésta es una misión de investigación del Ordo Malleus. Las Santas Órdenes de la Inquisición del Emperador tienen autoridad sobre este planeta y todo lo relacionado con él.

—Creo que no me ha entendido. —Saphentis extendió una de sus manos humanoides y uno de los tecnosacerdotes que lo asistía le dio una placa de datos. El monitor de la placa comenzó a emitir unos destellos de color púrpura y mostró una imagen de Borosis Septiam—. Deduzco que es usted la interrogadora Hawkespur. Usted misma ha enviado las especificaciones de este planeta al librarium de este sector solicitando su identificación. Su petición ha sido satisfecha. El planeta que ustedes han denominado incorrectamente Borosis Septiam, es un mundo forja, una posesión del Adeptus Mechanicus según el Tratado de Marte. De modo que, por orden del fabricador general, estoy aquí para encabezar la delegación que lo reclama.

—Un mandato inquisitorial anula cualquier otra autoridad, incluyendo el Tratado de Marte —afirmó Hawkespur de manera tajante.

—Puede que tenga razón, pero mientras discute sobre aspectos legales mis hombres llevarán a cabo una inspección de ese planeta.

—Olvídese de las leyes —interrumpió Alaric—. Cualquiera que baje allí puede que no regrese nunca. Barajamos la posibilidad de que haya una amenaza moral en ese planeta, el Mechanicus no puede enfrentarse a algo así por sí solo.

—Agradezco su preocupación —dijo Saphentis—. Pero hay pocas cosas a las que una misión de exploración fuertemente armada no pueda enfrentarse. Ahora, si me permite, esperaba poder tener la cortesía con el inquisidor Nyxos de exponerle la autoridad bajo la que operamos, sin embargo, si esa cortesía no va a ser recíproca, me temo que tendré que regresar a mi nave.

Hawkespur miró al oficial de cubierta, hacia quien todavía apuntaban todos los turboláseres de la nave.

—No… no sin antes despejar la cubierta, señor —dijo—. Y me temo que no puedo hacerlo, de modo que tendrá usted que hablar con el capitán.

—Tanto esta nave como ese planeta pertenecen al Adeptus Mechanicus —declaró Saphentis de manera tajante—. Si no entienden esto, sinceramente espero que su capitán sea menos obtuso. Tendrán que llevarme ante él, y espero que muestre el debido respeto que mi autoridad merece.

—Esto es ridículo —dijo Hawkespur mientras Saphentis abandonaba la cubierta escoltado por su comitiva de tecnoguardias—. Muchos hombres han sido ejecutados por cuestionar la autoridad de la Inquisición; deberíamos despegar en cuanto lleguen las tropas de asalto.

—Será mejor que esperemos, interrogadora —replicó Alaric.

—¿Por qué? Es inútil entretenerse en debates mientras deberíamos estar investigando lo que ocurre en ese planeta.

—Lo sé. —Alaric señaló hacia la lanzadera del Mechanicus—. Pero si vamos a bajar ahí, preferiría hacerlo en una nave como ésa.

* * *

El centro de comunicaciones de la nave de escolta *Ptolomeo Gamma* era, al igual que el resto de la nave, totalmente nuevo. Era un hecho de sobra conocido en la Armada Imperial que las naves antiguas eran las mejores. Las técnicas de construcción se olvidaban mucho más rápido de lo que se redescubrían, de modo que normalmente se tenía la idea de que las naves de

nueva construcción no eran más que versiones más endebles de sus predecesoras. Las comunicaciones entre los componentes del escuadrón de escolta se caracterizaban por ser un tanto caprichosas, las frecuencias no cesaban de fluctuar y los espíritus máquina de los cogitadores de comunicaciones se enfrentaban y discutían como niños. Se necesitaban infinidad de libaciones de aceite de máquina y tecnorrituales de ajuste para conseguir que el *Gamma* pudiera comunicarse con el *Alpha* y el *Beta*, las otras dos naves del escuadrón. Sin embargo, no había tecnosacerdotes destinados en el batallón de forma permanente, de modo que los tecnorrituales no siempre eran efectivos.

—¿Algo? —preguntó la oficial de comunicaciones Tsallen.

El centro de comunicaciones era angosto y claustrofóbico, encajado entre las cubiertas de artillería y las de máquinas, en la que se suponía que era la zona más segura de la nave. Tsallen llevaba tres horas intentando establecer contacto con el capitán de escuadrón Vanu, y el excesivo almidón de su uniforme no era de mucha ayuda a la hora de sobrellevar el inmenso calor que hacía allí abajo.

—El cogitador tres no responde —contestó el técnico que había frente a ella.

Desnudo de cintura para arriba, había levantado el panel frontal del enorme cogitador y estaba intentando averiguar qué le ocurría a toda la maquinaria seudomecánica que había en el interior.

—Tiene que haber algo —insistió Tsallen—. Se supone que este escuadrón ahora mismo debería estar en formación cerrada y protegiendo a la *Tribunicia*, pero ni siquiera podemos decirles dónde estamos.

—Si está averiado, está averiado —dijo el técnico.

Tsallen exhaló un suspiro. Se suponía que algún día sería ella quien tendría que capitanear su propia nave, y aquélla no era la mejor manera de buscar un ascenso.

—¡Tú! —exclamó ella señalando hacia otro tripulante—. ¿Tenemos algo ya?

Éste era un hombre delgado y sudoroso que estaba sentado en un puesto de recepción que parecía un gran órgano de iglesia. Intentaba escuchar

atentamente el sonido estático a través de sus auriculares.

—Puede ser.

—¿Puede ser?

—No consigo aislar las frecuencias. No paro de recibir fragmentos de cosas.

—Déjeme a mí.

Tsallen apartó al hombre de un manotazo y se inclinó sobre el centenar de luces parpadeantes y lecturas digitales que salían del puesto de recepción; la mayoría de ellas ni siquiera habían sido catalogadas aún. La oficial pulsó un par de botones y movió un par de palancas, como si estuviera experimentando.

Todo el puesto se estremeció. Los escapes del cogitador, que parecían los tubos de un órgano, comenzaron a zumbar debido al esfuerzo. De pronto, todas las luces se iluminaron a la vez generando un brillante resplandor sobre la consola.

—¿Ha funcionado? —preguntó Tsallen.

—Parece que está pasando por todas las frecuencias, señora. Dependerá de si encuentra algo.

Tsallen pudo oír un fuerte chirrido y una nube de humo comenzó a salir desde debajo de la consola. Si había roto todo el sistema por lo menos no sería culpa suya, pensó. Para eso estaban los tripulantes.

De pronto uno de ellos lanzó un terrible alarido. Comenzó a dar sacudidas con la cabeza recorrido por los espasmos; sus ojos se quedaron en blanco cuando intentaba quitarse los auriculares. Tsallen lo agarró e intentó arrancárselos ella misma, pero estaban ardiendo, estaban quemando el cráneo del operador.

—¡Maldición! ¡Maldición, los hemos perdido todos! —gritó alguien, probablemente el técnico que trabajaba en el cogitador número tres.

El resto del personal de comunicaciones, alrededor de treinta hombres y mujeres apiñados en aquel espacio angosto y abrasador, empezó a reclamar la atención de la oficial mientras todo el centro de comunicaciones comenzaba a sobrecargarse.

Tsallen dejó al operador en el suelo. Había dejado de gritar, pero de su cuerpo salía ahora un humo maloliente y aceitoso.

—¡Calma! —gritó mientras desenfundaba la pistola—. ¿Qué ocurre?

—¡Estamos recibiendo una señal! —gritó alguien como respuesta—. ¡Se trata de algo muy fuerte, está sobrecargando todo el sistema!

—¿De dónde procede?

Se sucedieron unos momentos de una terrible confusión. Comenzaron a salir chispas de uno de los cogitadores, que explotó al cabo de unos segundos esparciendo sus restos por todo el centro de comunicaciones.

—¡El punto de origen es Borosis Septiam!

—Aíslen este nivel del resto de la nave —ordenó Tsallen.

—¡Los controles primarios no están operativos!

—¡Entonces coja una maldita hacha y corte los cables!

De pronto se produjo un estruendo ensordecedor cuando todos los circuitos de los cogitadores saltaron por los aires. Todas las luces se apagaron.

El silencio inundó el centro de comunicaciones.

—¿Algún herido? —preguntó Tsallen.

El sonido que comenzó a salir de la consola de recepción principal podría describirse como una voz, pero hablaba en un lenguaje tan horrible que Tsallen se quedó helada. El mero hecho de oírlo le producía un tremendo dolor, estaba compuesto por infinidad de sonidos guturales que se superponían unos a otros, como si hubiera miles de espectadores lanzando maldiciones sobre ella.

—Amenaza moral… —dijo tímidamente Tsallen con la esperanza de que en el puente aún pudieran recibir la señal de su comunicador—. Tenemos una amenaza moral en la sala de comunicaciones. Aíslennos y envíen un mensaje a Horstgeld…

De pronto, un resplandor morado emergió de una de las consolas cubriendo los paneles con un brillo oscuro. La voz continuaba hablando, y aunque Tsallen no era capaz de entender lo que decía, su significado estaba sorprendentemente claro: maldad, ira y odio emanaban de cada una de las sílabas. Tsallen hizo acopio de valor para mirar las lecturas digitales; aquella

señal era tremendamente poderosa y provenía de algún punto de la superficie de aquel misterioso planeta; se emitía en una frecuencia que apenas podía recibirse, pero lo suficientemente fuerte como para atravesar los circuitos de filtrado y empapar, como si de un icor maligno se tratara, todos los sistemas del *Ptolomeo Gamma*.

Al cabo de unos instantes, la estructura psíquica se desplomó y todo el centro de comunicaciones implosionó.

* * *

—Propongo un acuerdo —dijo Nyxos.

Los aposentos personales del contraalmirante Horstgeld ocupaban varios niveles delimitados por unos muros de roca fría decorada con madera noble y con imágenes del Credo Imperial. Nyxos había decidido llevar a cabo aquel encuentro en la capilla privada de Horstgeld, lejos de cualquier otro miembro de la tripulación. Hawkespur estaba a su lado, junto con Alaric y el propio Horstgeld. El archimagos Saphentis y Thalassa, una tecnosacerdote relativamente poco augmetizada, eran los representantes del Adeptus Mechanicus.

Si Nyxos estaba nervioso o desconcertado por ver su reflejo multiplicado un centenar de veces sobre los ojos de Saphentis, desde luego no daba muestras de ello.

—Discutir no va a llevarnos a ningún sitio.

—Extrañas palabras en boca de un inquisidor —dijo Saphentis—. Pero, dada la situación, son probablemente las más acertadas.

—Me congratula que hayamos decidido empezar bien —prosiguió Nyxos—. Pero primero necesito saber qué es lo que han averiguado en el librarium.

—¿Debo entender que pregunta usted como inquisidor y no como un simple individuo curioso?

—Exacto.

—Muy bien.

Alaric supuso que Saphentis sabía que negarse a contestar en una investigación inquisitorial podría acarrearle cualquier castigo que el inquisidor fuera capaz de imaginar.

—El planeta en cuestión se denomina Chaeroneia. Desapareció hace poco más de un siglo después de una investigación llevada a cabo para destapar una posible tecnoherejía por parte de los estratos más bajos del tecnosacerdocio.

—¿Están seguros?

—Lo estamos. Chaeroneia es un mundo forja, y de acuerdo con lo estipulado en el Tratado de Marte pertenece en su totalidad al Adeptus Mechanicus, de ahí nuestra insistencia en que debemos ser nosotros quienes llevemos a cabo cualquier investigación.

—El Tratado de Marte no anula la autoridad inquisitorial —dijo Hawkespur de manera tajante.

—Puede que eso sea verdad —contestó Saphentis, cuya voz parecía ahora programada para sonar condescendiente—, pero creo que ambas partes carecemos del tiempo necesario para discutirlo.

—De ahí mi proposición —dijo Nyxos—. Una misión conjunta.

—Bajo mi mando, por supuesto —contestó Saphentis.

—Inaceptable. La interrogadora Hawkespur me representará en tierra, y el juez Alaric estará al mando operacional.

—La expedición deberá estar integrada por mí mismo, por la tecnosacerdote Thalassa y por el destacamento de tropas de la Tecnoguardia.

—De acuerdo.

—Y la *Ejemplar* pasará a estar bajo mis órdenes como parte de la flota —intervino Horstgeld.

—Muy bien. Mi capitán, el magos Korveylan, lo acogerá en su nave.

La voz de Saphentis sonaba tranquila, como siempre, y Alaric supuso que el tecnosacerdote estaba consiguiendo obtener más de lo que habría esperado; probablemente Nyxos era demasiado generoso al permitir que un tecnosacerdote de tan alto rango formara parte de aquella misión.

En cierto modo a Alaric lo tranquilizaba que el Mechanicus se hubiera unido a ellos. Si Borosis Septiam era realmente el mundo forja de Chaeroneia, contar con alguien que conociera el Culto Mechanicus podía proporcionarles una gran ventaja sobre el terreno. No le gustaba nada la idea de discutir para decidir quién estaba al mando, y Saphentis parecía la clase de hombre que no cambiaría de opinión una vez que se hubiera decidido que él estaría al frente de la operación.

En aquel momento las puertas de la capilla se abrieron dejando paso a un oficial que parecía muy nervioso. Las estrellas de su uniforme ponían de manifiesto que se trataba de un oficial de comunicaciones. Se apresuró hacia el capitán Horstgeld sin preocuparse por la extraña apariencia del archimagos Saphentis ni por el no menos sorprendente aspecto del propio Alaric.

—Amenaza moral sobre la *Ptolomeo Gamma*, señor.

—¿Amenaza moral? ¿Cuál es la fuente?

—Una comunicación proveniente del planeta.

—Maldita sea —dijo Horstgeld—. Pongan la *Gamma* en cuarentena, sólo comunicaciones psíquicas. Que toda la flota purgue sus comunicaciones anteriores, e informen al comisario de flota Leung inmediatamente.

—¿Puede la *Ejemplar* establecer un receptor completamente seguro? —preguntó Nyxos.

—Claro que puede.

—Bien. Informe a Korveylan para que lo prepare y empiecen a estudiar esa señal y a determinar su procedencia exacta. —Saphentis ni siquiera se movió—. Por favor.

Saphentis hizo un gesto con la cabeza hacia Thalassa, quien se apresuró a enviar las órdenes a la *Ejemplar*.

—Parece que nos obligan a acelerar el paso —dijo Alaric.

—Exacto —contestó Nyxos—. Lo más molesto del enemigo es que nunca nos deja tiempo para pensar. ¿Está listo para la acción, Alaric?

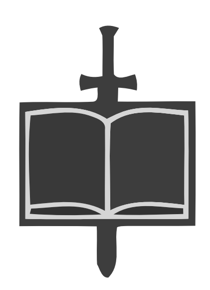
—Mis hombres ya han completado todos los rituales y están preparados para despegar inmediatamente.

—Así me gusta. ¿Saphentis?

—El destacamento de la Tecnoguardia que me acompaña representa nuestra unidad de combate más efectiva. Está lista para entrar en acción, al igual que nuestra nave.

—Excelente. Caballeros, representan ustedes a la autoridad de las Santas Órdenes de la Inquisición del Emperador. Sea lo que sea lo que se encuentren allí abajo, quedará bajo los auspicios del Emperador o será purificado según su ley. Que Él les proteja.

Alaric y Saphentis dejaron la capilla para dirigirse hacia la cubierta de lanzamiento. Alaric sabía que una vez que estuvieran en tierra, sin Nyxos para apoyarlos a él y a Hawkespur, el peso de la autoridad cambiaría de manos. Tan sólo esperaba que, encontraran lo que encontraran en Chaeroneia, sólo tuviera que enfrentarse a un único enemigo.



CINCO

Las palabras de los fieles son las montañas, pero las acciones de los fieles son el mundo.

Palabras finales del Eclesiarca Deacis VII

Los asteroides se veían pasar a través de la ventana de observación dejando tras de sí estelas de polvo y gases. Las capas altas de la atmósfera de Chaeroneia eran espirales de contaminación iluminadas por la tenue luz de la estrella Borosis reflejada sobre la superficie del planeta. La primera imagen que Alaric tuvo de Chaeroneia fue la de un mundo contaminado, un mundo cubierto por una suciedad que flotaba en el espacio infectando todo lo que tocaba.

—Intercambiador de calor activado —dijo una voz artificial proveniente de la cabina.

Probablemente se trataba de un mensaje pregrabado por algún servidor piloto. Aquel mensaje significaba que la fricción estaba empezando a calentar el casco de la nave.

El interior de aquella nave era angosto y muy funcional. Todo estaba pintado del mismo color rojo oscuro del Adeptus Mechanicus. El símbolo de la calavera y la rueda dentada, tallado en acero y bronce, destacaba en el

techo de la cabina. En los asientos gravíticos que estaban alineados en el compartimento de pasajeros iban sentados los veinte tecnoguardias del destacamento, Alaric y sus cinco Caballeros Grises, la interrogadora Hawkespur; la tecnosacerdote Thalassa y el archimagos Saphentis.

—Las lecturas de la *Ejemplar* sugieren que los asteroides pueden no ser completamente naturales —dijo la tecnosacerdote Thalassa.

La edad de Thalassa era difícil de adivinar debido al sistema de circuitos que tenía incrustado sobre la piel, una capa de color plateado que dibujaba complejas figuras sobre su rostro. Lo que sí estaba claro era que pertenecía a uno de los rangos más bajos del tecnosacerdocio, pues su túnica roja tenía muy pocos símbolos que indicaran cierto estatus.

—Los cañones podrán abrirnos paso, pero puede que encontremos resistencia.

—¿Resistencia? —Hawkespur parecía sorprendida—. ¿Artillería orbital?

—No lo sabemos, pero esta nave está diseñada para realizar abordajes orbitales, de modo que puede resistir una gran potencia de fuego.

Alaric miró a lo largo del compartimento de pasajeros, hacia los tecnoguardias. Todos ellos llevaban cascos integrales con viseras y unidades pesadas de respiración, y estaban equipados con lo que parecía ser una versión más compleja del rifle láser estándar de la Tecnoguardia. Alaric no podía ver sus rostros; se parecían más a servidores que a tecnoguardias.

La nave se estremeció agitada por las turbulencias de las capas altas de la atmósfera. A través de la ventana de observación Alaric contempló la oscuridad del espacio exterior difuminada por la capa de polución, así como los asteroides que dejaban salir destellos anaranjados cuando entraban en contacto con la atmósfera. La luz pálida de Borosis brillaba a través del tramo de atmósfera con forma de media luna que Alaric podía ver mientras se aproximaban a la superficie, dándole un color púrpura grisáceo que hacía pensar que aquel planeta estaba enfermo.

Alaric podía sentir el mundo que se extendía bajo sus pies reflejándose sobre el núcleo psíquico que protegía su alma de la corrupción. Podía sentir cómo vibraba, cómo latía. Eran los latidos de todo un mundo. Un dolor

apagado y ancestral palpitaba allí abajo, como la agonía de algo atávico y cautivo. Aquel mundo estaba siendo torturado.

—¿Y la herejía sobre la que investigó Marte hace cien años? —preguntó Alaric a Saphentis—. ¿Tienen algún detalle?

Saphentis negó con su cabeza insectoide.

—Muy pocos, tan sólo rumores sobre prácticas indebidas, reproducción no autorizada de ciertas técnicas, intentos de instigación a los espíritus máquina… La investigación no estaba dirigida a perseguir a ningún individuo en concreto, tan sólo pretendía recoger datos sobre herejías potenciales contra el Culto Mechanicus.

—¿Sabemos si averiguaron algo?

—No se recibió ningún informe.

—Pero eso no quiere decir lo mismo, ¿verdad? Si saben ustedes algo sobre lo que hay allí abajo, archimagos, necesitamos saberlo.

—Conocemos muchos detalles sobre los trabajos que se llevaban a cabo en este mundo forja antes de su desaparición.

—¿Y ahora?

—Si algo ha cambiado, deberemos descubrirlo sobre la marcha.

De pronto algo golpeó la parte inferior de la nave, haciendo que se desviara antes de que los motores direccionales consiguieran alinearla de nuevo.

—Impacto —dijo una voz insultantemente tranquila procedente de los servidores de la cabina.

La nave comenzó a oscilar a medida que se abría paso entre los asteroides. A través de la ventana de observación Alaric observó que aquellos cuerpos también perforaban las capas más espesas de la atmósfera, siguiendo a la nave mientras ésta descendía hacia la superficie. Los asteroides se incendiaban cuando atravesaban la atmósfera intentando abrirse paso para impactar contra la nave.

—Sistemas de amortiguación al máximo —ordenó Saphentis mientras volvían a oírse una serie de pequeños golpes que sonaban como impactos de bala en la parte inferior de la nave.

—Yo soy el martillo —oró Dvorn—. Soy el filo de Su espada, soy la punta de Su lanza.

—Soy el guante que cubre Su puño —respondieron el resto de los Caballeros Grises, entonando la misma oración que dedicaron al Emperador cuando entraron en la tumba de san Evisser para enfrentarse al demonio Ghargatuloth.

De pronto se vio un resplandor rojizo a través de la ventana de observación; la fuerza de la reentrada estaba sobrecalentando el casco. Las llamas comenzaron a aparecer en los ángulos más pronunciados del recubrimiento exterior de la nave.

—Yo soy Su espada del mismo modo que Él es mi armadura, yo soy Su ira del mismo modo que Él es mi devoción… —Alaric dejó de oír su propia voz cuando los impactos comenzaron a sonar más y más fuerte y los aullidos de la atmósfera exterior pudieron oírse a través del casco. Toda la nave se estremecía.

Los tecnoguardias permanecían tranquilos y sin inmutarse lo más mínimo por los vaivenes del descenso. Sephentis se agarraba al fuselaje con los cuatro brazos intentando mantener el equilibrio. Thalassa no parecía tan cómoda, pues se movía de un lado a otro en su asiento gravítico. Mientras que Hawkespur, siempre preparada para lo peor, estaba poniéndose la capucha de su traje de vacío.

Alaric sabía que el sonido sordo que provenía de la proa lo estaban produciendo los cañones delanteros, que se afanaban en destruir los asteroides que se interponían en la trayectoria de descenso de la nave. Los fragmentos de los que resultaban alcanzados golpeaban el casco produciendo pequeñas y brillantes chispas visibles a través de la ventana de observación.

La imagen del espacio exterior había desaparecido, sustituida por un cielo violeta y negruzco salpicado de nubes de polución. Unas extrañas formas geométricas refulgían en el cielo proyectadas desde mucho más abajo. La lanzadera se dirigía hacia el origen más probable de la señal; los análisis de la *Ejemplar* habían localizado el foco de la transmisión en una franja de unos setenta kilómetros. Aquello suponía un gran margen de error,

pero constituía la mejor información de que disponía la flota imperial sobre dónde empezar a buscar respuestas en la superficie de Chaeroneia.

De pronto se produjo un terrible sonido metálico, similar al de un trueno, y algo enorme golpeó el morro de la nave. El sistema de presurización, que mantenía el compartimento de pasajeros a unos niveles de presión similares a los de la Tierra, se colapso y el aire comenzó a rugir por todo el compartimento, haciendo volar numerosas piezas y escombros. La puerta de la cabina se abrió de repente y a través de ella Alaric vio la superficie del planeta, una masa oscura y salpicada de luces enmarcada en lo poco que quedaba de la cabina. Los miembros metálicos que pasaron volando por el aire debían de ser lo único que quedaba del servidor piloto.

—¡Activar sistemas automáticos! —rugió la voz de Saphentis, amplificada para que pudiera oírse sobre el estruendo que acababa de desatarse—. ¡Protocolo de aterrizaje beta! ¡Sistemas de compensación de descenso al máximo!

Se produjo otro fuerte impacto en el lateral de la nave que hizo que se desprendieran del casco varias placas protectoras. La ventana de observación se agrietó y Alaric vio los chorros de humo procedentes de los motores de aterrizaje que intentaban aminorar la velocidad de descenso. La nave se precipitaba hacia la superficie de Chaeroneia; los graves daños que había recibido en la popa habían acabado con cualquier posibilidad de que el espíritu máquina pudiera controlar el descenso por sí solo.

Justo debajo de ellos se veía una ciudad, como una enorme araña apostada sobre la superficie abrasada del planeta. Tenía el tamaño de una ciudad colmena y sus agujas más altas se erguían amenazantes hacia la nave, que descendía a mucha velocidad.

De pronto se produjo otro impacto que hizo que la nave empezara a girar sobre sí misma. Los motores intentaban corregir su trayectoria, pero estaba completamente fuera de control.

—¡Yo soy el martillo, Él es mi escudo!

La nave golpeó una de las torres más altas de la ciudad. Ni siquiera la capacidad de resistencia sobrehumana propia de un marine espacial pudo mantener consciente a Alaric cuando el impacto destrozó la nave.

* * *

Horstgeld estaba empezando a perder la paciencia. Se suponía que el magos Korveylan debía estar bajo sus órdenes, pero el capitán del Mechanicus había desplegado un auténtico entramado de papeleo y de protocolo para evitar que cualquier oficial acompañara a Horstgeld hasta la *Ejemplar*, ni siquiera el comisario de flota Leung.

De modo que Horstgeld seguía en el puente de la *Tribunicia* esperando a que Korveylan se dignara a ponerse en contacto con él.

La amenaza moral enviada desde aquel planeta, llamado ahora Chaeroneia, según parecía, era de tal magnitud que el confesor de la nave, Talas, estaba en guardia permanente protegiendo las almas de toda la tripulación del puente. Talas, un predicador vehemente y escuálido pero cuya presencia era innegable, estaba en aquel instante en el púlpito, pronunciando una retahila ininterrumpida de fervor religioso. Hablaba con pasión de la ira del Emperador, así como de los infiernos representados en el Credo Imperial en los que arderían los pecadores que se dejaran llevar por los caprichos del enemigo. Hacía ya muchos años que Horstgeld contaba con la presencia de un confesor en el puente, de modo que sus constantes admoniciones ya eran para él como el ruido de los motores; el resto de la tripulación tendría que acostumbrarse a vivir con ello.

—Transmisión de la *Ejemplar* —notificó uno de los oficiales de comunicaciones.

—Ya era hora —dijo Horstgeld al tiempo que aparecía en la pantalla el rostro del magos Korveylan. Si es que aquello podía llamarse rostro: tenía la mitad de la cabeza cubierta por una capucha de color plateado y la otra mitad no era más que una masa de carne muerta y grisácea.

—Contraalmirante —lo saludó Korveylan. Aquellas palabras resultaron un tanto desconcertantes, pues la voz que salía de su unidad vocal era una voz femenina—. ¿Alguna noticia de nuestra misión?

—Perdimos contacto con ellos cuando atravesaban las capas altas de la atmósfera —contestó Horstgeld—. ¿Y ustedes? ¿Han encontrado algo?

—Efectivamente.

Se produjo una larga pausa.

—¿Y bien? —lo apremió Horstgeld visiblemente irritado.

—El origen de la transmisión está sobre la superficie de Chaeroneia. Es una señal extremadamente fuerte, muy por encima de la capacidad de cualquier nave o sistema de comunicaciones que posea el Imperio. Lo único que puede alcanzar una intensidad similar son las balizas de navegación del sistema Sol.

—Muy bien, capitán, ¿y qué es exactamente lo que dice?

—Aún no hemos podido descifrar la señal.

—¿Quiere decir que no lo saben?

—Quiero decir que aún no hemos podido descifrarla.

—Claro… ¿Algo más?

—Es evidente que la información codificada en la señal no ha sido creada empleando ningún motor lógico conocido por el Adeptus Mechanicus. Incluye patrones y tipos de energía de origen claramente no terrestre.

Horstgeld se inclinó sobre el puesto de mando.

—¿Hechicería?

—Ésa es una conclusión desagradable pero acertada, sí.

—¿Sabemos el destino de esa transmisión?

—Aparte del hecho de que se ha enviado hacia el noroeste de la galaxia, no.

—Dado que se trata de una amenaza de carácter sobrenatural, quiero la presencia en la *Ejemplar* del comisario de flota Leung. No quiero que ninguno de nuestros hombres pierda la cabeza por culpa de todo este asunto.

—Eso no será necesario. Los magos psicologis están capacitados para mantener el bienestar mental de todo el personal de investigación.

—Lleve a Leung a bordo. Es una orden. Su nave forma parte de mi flota y usted debe actuar bajo mi autoridad. No me obligue a hacer uso de ella.

Korveylan levantó una mano, una mano femenina, como supuso Horstgeld, como si quisiera pedir calma.

—El Adeptus Mechanicus mantiene un protocolo muy estricto con respecto a…

—¡Al carajo sus protocolos! —bramó Horstgeld—. Haga lo que le digo o haré que se enfrente a un consejo de guerra. Le advierto que no soy famoso precisamente por mi indulgencia. Prepárense para recibir a la lanzadera de Leung. Corto.

Horstgeld le dio un manotazo a la pantalla y el rostro de Korveylan desapareció sustituido por una imagen del sistema Borosis, con esa deleznable mancha que era Chaeroneia en primer plano. Se sentó un momento a escuchar el sermón de Talas.

—¿Acaso no es el Emperador vuestra luz y vuestro fuego? ¿La luz que os ilumina y el fuego que aguarda en las profundidades para abrasar a los infieles? Yo digo ¡sí! ¡Lo es! Porque si mantenéis la fe, fieles ciudadanos, entonces seréis Su herramienta, una herramienta destinada a derruir las torres de la herejía y a erigir Sus templos sobre las ruinas…

A Horstgeld le reconfortaba saber que siempre tenía cerca a uno de aquellos tocados por el Emperador, a alguien que teñía todo el puente con Su autoridad. Y en aquel momento lo necesitaba más que nunca, pues aquel planeta infernal que había bajo sus pies, un planeta que acababa de emitir una señal que solamente demonios y hechiceros podrían oír, no era una presencia nada tranquilizadora.



Aquel tecnoguardia estaba muerto. Su cuerpo yacía de espaldas y podía verse su espina dorsal, que estaba completamente fuera, como un río rojo y brillante que refulgía iluminado por una luz plomiza y débil.

Había otro cuerpo que había quedado empalado en el filo de uno de los fragmentos de metal doblado del enorme orificio abierto en el lateral de la

nave. Aún tenía el rifle láser fuertemente sujeto sobre su pecho. Lo había agarrado con fuerza en el momento de la muerte, negándose a soltar el arma con la que debía proteger al Adeptus Mechanicus.

Alaric estaba vivo, intentó moverse y comprobó que era capaz de hacerlo. Rápidamente comenzó a observar el rito de los heridos, comprobando todos y cada uno de sus músculos y buscando fracturas o huesos rotos; estaba aturdido pero no sufría heridas de gravedad. Giró la cabeza y vio el interior de la nave, totalmente destruido. Había un par de tecnoguardias más que era evidente que habían muerto, uno de ellos había resultado decapitado y aún permanecía sentado en su asiento gravítico. El otro aún sufría espasmos. Hawkespur estaba inconsciente pero aún respiraba. Vio que el visor de su casco estaba manchado de sangre, pero parecía proceder de una herida superficial.

Dvorn, el Caballero Gris que estaba sentado junto a Alaric, se estaba moviendo.

—¿Dvorn?

—Juez, ¿lo hemos conseguido?

—Este lugar sería un infierno muy extraño, de modo que parece que así es.

Todos los miembros de la escuadra de los Caballeros Grises habían conseguido sobrevivir con heridas de poca consideración. Dvorn fue el primero en salir, martillo en mano, como siempre, tras ayudar a Alaric a soltar sus anclajes gravíticos. El hermano Haulvarn inspeccionó a Hawkespur en busca de heridas de gravedad, y acto seguido la desató y extrajo su cuerpo inconsciente a través del orificio que había en el casco.

En el exterior se respiraba un aire pesado y muy espeso dominado por un extraño olor a humo. Las runas de protección proyectadas sobre la retina de Alaric estaban parpadeando, y los implantes de su garganta comenzaron a filtrar el aire totalmente polucionado. Con cierta dificultad consiguió salir de la nave siniestrada y sus ojos augméticos se ajustaron automáticamente a la penumbra exterior.

La nave se había estrellado en un valle rodeado por unos enormes muros de metal retorcido, capas y capas de edificios derruidos formaban

innumerables estratos superpuestos. Los estratos parecían volverse menos compactos a medida que ganaban altura, hasta que Alaric pudo atisbar, en lo más alto, unas elevadísimas torres salpicadas de pequeñas luces que perforaban el cielo como las agujas de una jeringuilla. El cielo en lo alto se veía como algo inquietante y de un color amoratado; las diferentes capas de polución que filtraban la luz procedente de Borosis lo habían convertido en una extraña mezcla de manchas de color púrpura y gris. Entre ellas podían distinguirse unas enormes formas que parpadeaban, algunas de las cuales eran figuras geométricas y otras extraños símbolos que parecían letras de algún lenguaje alienígena. Seguramente serían imágenes proyectadas sobre las capas más bajas de nubes desde algún punto de la superficie. El valle era como un abismo abierto en las innumerables capas de las entrañas de aquel planeta; los diferentes estratos permitían ver que aquella ciudad había sido reconstruida sobre sí misma a lo largo de los miles de años de existencia del mundo forja.

El valle estaba repleto de desechos lanzados desde los bordes del abismo: maquinaria obsoleta, motores destrozados, fragmentos de servidores… Sobre una enorme montaña de metal retorcido que parecía haber sido la cubierta de un motor, podía distinguirse al archimagos Saphentis que intentaba trepar hasta lo más alto con la ayuda de sus brazos implantados.

Los pocos tecnoguardias que habían conseguido sobrevivir estaban abandonando los restos de la nave, junto con la tecnosacerdote Thalassa. Aún quedaba una docena de ellos con vida. Uno de los supervivientes levantó la visera de su casco dejando ver un rostro arrugado por la edad y la experiencia bajo un pelo castaño oscuro muy corto; uno de sus ojos era un implante biónico de gran tamaño.

—La polución alcanza un quince por ciento del volumen total del aire —dijo a sus hombres—. ¡Usen los respiradores en todo momento! Colsk, apunte los nombres de los muertos y recoja sus generadores.

Alaric oyó que el capitán se llamaba Tharkk. Aún no había tenido tiempo de hablar con él, ya que la misión se preparó y se puso en marcha a toda prisa. Sin embargo, no tendrían el privilegio de regresar a la *Tribunicia* con igual rapidez, eso resultaba evidente.

Alaric ascendió hasta lo alto de la cubierta del motor desde donde Saphentis escudriñaba los alrededores. El fondo de valle, la extensión que se abría ante ellos, ascendía poco a poco hasta llegar a lo que parecía una planicie, a un par de kilómetros de distancia.

—¡Archimagos! —gritó Alaric—. No parece que Hawkespur esté herida, al igual que los miembros de mi escuadra, pero muchos de sus tecnoguardias han muerto; quizá debería ocuparse de ellos.

—Mis tecnoguardias deben mostrarse impasibles ante la muerte —contestó Saphentis—. No necesitan ayuda.

Alaric ya había tratado con miembros del Adeptus Mechanicus en varias ocasiones; muchos de ellos estaban unidos al Ordo Malleus para saldar antiguas deudas y se ocupaban de mantener la flota inquisitorial anclada en la luna de Saturno, Jápeto, o ayudaban a algunos inquisidores actuando como archivistas lexicomecánicos o como autocirujanos. Según la propia experiencia de Alaric, cuanto mayor rango tenía un tecnosacerdote menos humano se le podía considerar. Y Saphentis, con su rango de archimagos, no hacía mucho por desmentir esa impresión.

—Debemos avanzar hasta la entrada del valle, desde allí tendremos una mejor perspectiva de la ciudad.

—¿Conoce suficientes detalles de Chaeroneia como para saber dónde estamos?

—Tenemos mapas urbanos y topográficos de todo el planeta. Sin embargo, después de un siglo es poco probable que aún sean precisos. Recabar información debe ser nuestra prioridad.

—Estoy de acuerdo, archimago, y como comandante en tierra, ésa es mi decisión. Ahora está usted bajo autoridad inquisitorial, no lo olvide.

Saphentis fijó sus ojos compuestos sobre Alaric.

—Por supuesto.

—Escuadra, nos movemos —dijo Alaric a través del comunicador—. Lykkos, a la cabeza de la formación con el cañón psíquico. Cardios, en el centro, con el incinerador, puede que nos veamos sorprendidos por una emboscada. Haulvarn, ¿Hawkespur sigue inconsciente?

—Está semiinconsciente, juez.

—Manténgala a salvo. Me gustaría devolvérsela a Nyxos intacta. Será mejor que nos movamos antes de que envíen algo para inspeccionar los restos.

Saphentis comenzó a emitir una serie de chasquidos. Alaric supuso que se trataría de algún código binario que los receptores vocales de la Tecnoguardia deberían filtrar y transformar en un lenguaje reconocible. En cuanto estuvieran a salvo, Alaric insistiría en que todos los miembros de la misión emitieran por un mismo canal para comunicarse.

A medida que avanzaban por el valle, se hizo más patente un ruido de maquinaria en la lejanía. Aquel abismo, alargado y profundo, sólo dejaba ver una línea de cielo que se abría en la oscuridad. El suelo sobre el que caminaban seguía una trayectoria ascendente, y Alaric tenía la esperanza de alcanzar algún punto que ofreciera una mejor perspectiva de los alrededores. Sin embargo, allí había algo más aparte de la oscuridad y de aquel ruidó; se trataba de la misma resonancia psíquica que había sentido cuando aún estaban en órbita, una presencia siniestra que parecía provenir de todas partes al mismo tiempo, algo difuso que lo dominaba todo. Esa sensación recorría todo su cuerpo cuando de pronto cambiaron las imágenes que se veían proyectadas sobre las nubes, se convirtieron en señales y símbolos ocultos muy complejos, parecidos a los que los cultistas pintaban en los muros de sus templos o grababan en el suelo para llevar a cabo sus rituales. Ocasionalmente, unas extrañas formas revoloteaban entre las nubes. Alaric tenía la esperanza de que se tratara de naves.

—Maquinaria avanzada —decía Saphentis mientras caminaban entre los restos abrasados de alguna máquina—. En lugar de retroceder han progresado. Chaeroneia era una macroeconomía de nivel Gamma, pero ahora parece estar cerca de un nivel de sofisticación Beta.

—¿Eso es normal?

—No en el transcurso de un siglo —contestó Saphentis.

La tecnosacerdote Thalassa parecía haberse recuperado del *shock* y en seguida avanzó para ponerse a la altura de Saphentis. Aún era casi completamente humana, de modo que avanzaba con dificultad mientras

intentaba abrirse paso sobre aquella superficie tan irregular. Saphentis, sin embargo, contaba con la ayuda de sus múltiples brazos.

—Deberíamos encontrar un lugar desde el que poder conectarnos a los depósitos de datos del planeta, archimagos —dijo.

Alaric supuso que, dados los complejos circuitos que cubrían su piel, debía tratarse de una experta en datos que acompañaba a Saphentis.

—Podría extrapolar nuestra localización basándome en las últimas mediciones de Chaeroneia.

—¿Podría averiguar qué ha pasado durante estos últimos cien años? —interrumpió Alaric.

—Quizá —contestó Thalassa, que no pudo ocultar su nerviosismo al mirar a Alaric. El Caballero Gris no había olvidado cómo solía reaccionar la gente ante la presencia de un marine espacial, con asombro y miedo—. Pero sólo si los sistemas de almacenamiento de datos son similares a los empleados por el Mechanicus.

—¡Contacto! —dijo la voz de uno de los tecnoguardias a través del comunicador de Saphentis.

Alaric se volvió inmediatamente, el hermano Lykkos, que estaba junto a él, apuntó con el cañón psíquico hacia el fondo del valle. Todos los tecnoguardias se pusieron a cubierto mientras intentaban cubrir con sus rifles láser todos los puntos de acceso.

—¿Tharkk? —dijo Saphentis en voz baja a través del comunicador.

—Colsk ha informado de que hay movimiento —fue la respuesta.

—¿Y usted?

—Aún no puedo ver nada… ¡Espere!

En aquel instante Alaric vio una figura delgada y pálida que emergía de entre la penumbra. Parecía tratarse de algo humanoide. Su cuerpo pálido estaba completamente desnudo excepto por unos jirones de lo que parecía ser un pergamino dispuestos alrededor de su torso. Arrastraba los pies descalzos entre los escombros mientras luchaba para coordinar sus movimientos y mantenerse erguido. Su cabeza afeitada estaba destrozada; la mandíbula inferior había desaparecido y el único ojo que le quedaba era una esfera mecánica completamente oxidada. Sólo tenía una mano, pues el otro

brazo terminaba en un anclaje mecánico a la altura del codo, justo donde el antebrazo biónico había sido arrancado.

Alaric pudo oír a uno de los tecnoguardias que hablaba a través del comunicador.

—Es un servidor, señor. Un carroñero.

—Desactívenlo —respondió Tharkk.

En aquel momento uno de los tecnoguardias desenfundó una pistola y disparó un rayo láser directamente a la cabeza del servidor, que se retorció antes de ponerse rígido y caer al suelo. Acto seguido, el mismo tecnoguardia le aplastó el cráneo con la culata de su rifle láser.

—Los carroñeros son muy peligrosos —dijo Saphentis—. Puede que haya otros con capacidad para combatir. Manténganse en guardia y que no nos vuelvan a coger desprevenidos.

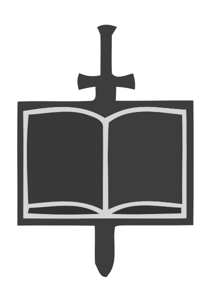
—¿Algo más de lo que debería ser informado? —preguntó Alaric.

—En este aspecto un mundo forja no es diferente de cualquier mundo imperial —contestó Saphentis—. Tiene criminales, sirvientes y servidores huidos que son considerados delincuentes. Pero son mucho menos numerosos que en una ciudad colmena o en una área con una densidad de población similar.

Se estaban aproximando a uno de los extremos del valle, donde la pendiente se volvía más empinada hasta llegar a lo que parecía ser una planicie que se abría ante ellos. Las lecturas retinales de Alaric lo estaban informando de que si no fuera por los implantes de su garganta y por su habilidad para absorber elementos nocivos, las toxinas procedentes de la polución atmosférica se estarían acumulando en su cuerpo a unos niveles alarmantes. Thalassa respiraba con bastante dificultad, pero Saphentis no mostraba el menor signo de malestar.

—Debemos comunicarnos por el mismo canal —dijo Alaric—. Si no puedo coordinar a todas nuestras fuerzas al mismo tiempo…

Habían conseguido llegar a la parte superior de la colina que se alzaba en el fondo del valle, una elevación que daba acceso a una planicie circular desde donde podía divisarse el paisaje urbano de aquel planeta. Por fin, Alaric pudo ver con claridad una de las ciudades de Chaeroneia.



SEIS

Resulta favorable que hayamos presenciado actos tan terribles, pues ahora la muerte no supondrá un gran pesar.

Comisario Yarrick
Palabras pronunciadas junto a los muros de Colmena Hades

Aquella ciudad era una mezcla impía de maquinaria de hierro negro y masas de carne palpitante. Como si algo enorme hubiera emergido de las entrañas del planeta para estrangular a la ciudad metálica. Bajo sus cimientos latían unas enormes masas de músculo grisáceo que sobresalían entre las oscuras profundidades de aquella ciudad, unas masas atravesadas por cableados retorcidos y perforadas por orificios de ventilación de los que emanaba un vapor fétido. Unos enormes pozos dejaban salir humo negro a través de sus bocas húmedas y carnosas. Hileras de luces parpadeantes hacían pensar que había corredores y estancias excavadas en aquella masa grisácea por quienquiera que le hubiera hecho eso a Chaeroneia. En algunos puntos, unos enormes bloques musculosos sobresalían entre la oscuridad. Tanto los balcones como las pasarelas, o incluso las plataformas de lanzamiento, estaban pintados con tonos negros o amoratados. Enormes multisensores atravesaban aquella piel como si fueran las púas de un alambre de espino

envenenado. Unas enormes vértebras sobresalían dejando gotear una especie de pus negruzco sobre los puntos en los que perforaban la piel; eran como la espina dorsal de una enorme criatura que se retorcía como si estuviera encadenada bajo la superficie de la ciudad.

Las torres de aquel mundo forja se alzaban sobre los abismos que se extendían bajo ellas, y unas enormes masas carnosas las rodeaban como tentáculos que intentaran mantenerlas en pie. Las torres estaban construidas siguiendo el estilo mitad gótico, mitad industrial característico del Adeptus Mechanicus, pero ahí terminaba cualquier semejanza con una ciudad imperial. Las enormes agujas de acero negro se fusionaban con la masa biológica de aquella ciudad, por lo que algunas de ellas parecían enormes dientes incrustados en unas encías enfermas, o grandes huesos despellejados y envueltos en jirones de músculos grisáceos. Núcleos bulbosos se entremezclaban de manera repugnante con rascacielos de líneas angulosas. De las construcciones que albergaban los sensorium se desprendían tiras que se asemejaban a tendones ondeando al viento. Enormes venas palpitantes que parecían sustituir a las vigas metálicas se entrelazaban con las estructuras de edificios esqueléticos. Infinidad de fluidos repugnantes y de colores enfermizos emanaban de grandes heridas, algunas de ellas de cientos de metros, o salían de las fauces de enormes gárgolas de acero formando cascadas de icor que se precipitaban hacia las profundidades de la ciudad. Puentes gigantes de tendones viscosos, como telas de araña, conectaban las agujas entre sí. En algunas zonas la carne estaba podrida o repleta de ampollas, cubierta por enormes llagas sangrantes del tamaño de cráteres de bombas que se hundían agonizando bajo su propio peso.

Hubo un tiempo en el que aquel planeta fue un mundo forja. Los signos estaban allí, enormes ruedas dentadas que rodaban sobre la masa biológica que tenían debajo, el repiqueteo de los generadores que se alzaba sobre el sonido agudo de un viento hediondo, las miles de luces que brillaban en las altísimas agujas… Aquí y allí se veía algún balcón con la forma del símbolo de la rueda dentada tan característico del Adeptus Mechanicus, incluso podía verse el símbolo de la media calavera rodeada de implantes mecánicos. Unos enormes pistones trabajaban afanosamente en los laterales

de un gran edificio con forma de cubo, pero parecían más las branquias de alguna criatura armada que las piezas de un motor. Toda la maquinaria que movía aquel mundo se parecía más a las entrañas de una gran criatura, enorme y monstruosa, vuelta del revés y cubriendo toda una ciudad de acero negro y sudoroso.

Los tecnosacerdotes y los Caballeros Grises acababan de ascender desde las profundidades del valle hasta una enorme plataforma circular, en sus orígenes probablemente una plataforma de aterrizaje, que sobresalía por encima de las diferentes capas de la ciudad y parecía haber emergido desde las profundidades más prehistóricas, como una placa tectónica que hubiera ascendido hasta formar una cadena montañosa.

—¡Trono de Terra! —musitó el hermano Lykkos—. Protégenos de tanta corrupción.

—Recemos porque así sea, hermanos —dijo Alaric, que acto seguido se volvió hacia Saphentis—. Díganos la verdad, archimagos, ¿ha visto alguna vez algo como esto?

—Nunca.

Saphentis se mostraba tan inescrutable como antes, pero Thalassa contemplaba aquel paisaje aterrorizada, se había cubierto la boca con las manos y tenía los ojos abiertos como platos.

—¿Sabían que encontraríamos algo así?

—Sabíamos que algo iba mal. —La voz de Saphentis no mostraba el menor signo de emoción—. Pero no esperábamos algo semejante.

Alaric levantó la vista. Tal y como sospechaba, sobre las nubes se proyectaban unos enormes símbolos ocultos; imágenes de ídolos y mensajes escritos en lenguas prohibidas abarcaban casi la totalidad de cielo. También se veían pequeñas figuras, quizá plataformas gravíticas que transportaban material o pasajeros, o que simplemente patrullaban los cielos, revoloteando justo por debajo de la capa de nubes. Aquel cielo parecía la herejía final, era como si estuviera cubierto de enormes heridas ulcerosas de tonos púrpura y grisáceos tan enfermizos como los de la propia ciudad. Aquel mundo estaba tan infectado por la corrupción que incluso el propio cielo parecía enfermo.

Los tecnoguardias se pusieron a la altura de los tecnosacerdotes y de los Caballeros Grises. No mostraron reacción alguna ante la visión de un paisaje tan terrible, una perspectiva que, vista desde los límites del valle, se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Hawkespur también estaba de pie contemplando aquel mismo paisaje, incluso a través del visor de su traje de vacío Alaric observó que tenía los ojos abiertos de par en par ante tan terrible visión.

—Estamos demasiado expuestos —afirmó Alaric—. Tenemos que ponernos a cubierto. Si nos descubren aquí les será muy fácil atraparnos.

—Tharkk —dijo Saphentis a través del comunicador—, necesitamos ponernos a cubierto, envíe a sus hombres a…

De pronto, algo enorme y húmedo cayó sobre la plataforma produciendo un sonido sordo, y una gran mancha oscura y burbujeante comenzó a extenderse sobre la superficie.

—¡Al suelo! —gritó Alaric.

Justo en aquel mismo momento toda la superficie de la plataforma erupcionó dejando salir cientos de tentáculos espinosos que produjeron un sonido terrible, como si miles de huesos se fracturaran al unísono.

Uno de aquellos tentáculos puntiagudos atravesó el cuerpo de uno de los tecnoguardias, lo levantó por los aires y lo lanzó contra el muro de metal que había detrás de él. Los disparos de fuego láser surgieron como respuesta, seccionando tentáculos y produciendo explosiones de un humo grasiento y repugnante.

Uno de esos tentáculos se enroscó alrededor de la pierna del hermano Haulvarn, que lo cercenó de una estocada con la espada némesis. Los demás Caballeros Grises retrocedieron junto con Saphentis y Thalassa. El destacamento de tecnoguardias rodeó a Thalassa. Era evidente que Saphentis podía defenderse por sí solo. Dos de sus brazos extrajeron sendas hojas circulares dentadas y comenzó a dar estocadas aparentemente con muy poco esfuerzo, provocando una lluvia de tentáculos cercenados que empezaron a caer a su alrededor.

—¡Cardios! ¡Abrásalos! —ordenó Alaric.

El hermano Cardios avanzó un poco y lanzó una columna de fuego bendecido directamente sobre aquella monstruosidad viscosa, calcinando las concentraciones de icor que ya empezaban a gotear a través de la superficie.

Los tecnoguardias se estaban retirando; uno de ellos descubrió una vía de escape a través del edificio adyacente, un enorme bloque de acero negro que parecía haber sido horadado por infinidad de gusanos gigantes. Los Caballeros Grises los siguieron sin dejar de seccionar los tentáculos que se cernían sobre ellos.

De pronto apareció ante su vista una enorme figura oscura y circular, una plataforma sostenida por tres motores gravíticos fijados a su parte inferior. Una especie de corona de hueso dentada se alzaba sobre aquella plataforma, y justo en el centro Alaric distinguió una figura rodeada por docenas de tentáculos que se retorcían. En los bordes de aquella superficie podían verse varias armas, mezcla de máquina y tejido viviente; Alaric supuso que una de ellas, un enorme cañón similar a un mortero, era la que había disparado el proyectil biológico contra ellos. El resto de armas abrió fuego y Alaric respondió disparando su bólter. Podía sentir cómo los proyectiles silbaban al pasar junto a él, pero confiaba en que su servoarmadura resistiera lo suficiente como para mantenerlo con vida hasta que pudiera ponerse a cubierto.

El cañón psíquico del hermano Lykkos consiguió abrir dos grandes orificios en la base de la plataforma, a través de los cuales comenzó a derramarse icor de color negruzco mientras toda la plataforma parecía gemir de dolor. La figura que había en el centro tuvo que luchar para no perder el control, manejando el cerebro aparentemente biológico de aquel vehículo como si pulsara las teclas de un órgano. Aquella primera oleada de disparos permitió a los Caballeros Grises escapar del alcance de los tentáculos y llegar hasta el orificio de bordes oxidados que daba acceso a la enorme aguja adyacente.

La oscuridad reinaba en el interior, pero la visión augmética de Alaric le permitió seguir sin dificultad los pasos de los tecnoguardias de Tharkk, que ya habían atravesado la entrada del túnel. Avanzaban con precaución ante lo

que podría aguardarlos ahí dentro, pero decididos a escapar del ataque que habían sufrido en el exterior. Aquel lugar era oscuro y húmedo, tanto el suelo como los muros curvados eran muy resbaladizos y estaban empapados de un líquido de color oscuro.

La plataforma de artillería consiguió estabilizarse y lanzó una ráfaga de fuego que impacto alrededor de la entrada del túnel. Lykkos y el hermano Archis se dieron la vuelta para responder al ataque, hasta que unos proyectiles pesados comenzaron a impactar sobre las placas de metal que había a su alrededor. Cada uno de ellos dejó salir una serie de tentáculos que se retorcían y se extendían por la superficie.

—¡Retirada! —gritó Alaric mientras seguía a los tecnoguardias a través del túnel—. ¡Manteneos unidos, no sabemos lo que podemos encontrar aquí dentro!

Rápidamente consiguió encontrar al capitán Tharkk en medio de la oscuridad. El oficial de la Tecnoguardia aún tenía el rostro cubierto por el respirador de su casco, iluminado por una luz verde procedente del auspex que estaba consultando en aquel momento.

—¿Hacia arriba o hacia abajo? —preguntó Tharkk.

Quienquiera que controlara Chaeroneia ya sabía dónde se encontraban Alaric y sus tropas. Si decidían ascender, pronto no les quedarían más niveles por los que avanzar, y aunque era probable que los estratos superiores estuvieran poco poblados, sería mucho más fácil para sus perseguidores cerrar esos niveles y dejarlos atrapados. No había manera de saber qué había en las profundidades de aquella aguja, donde el acero se encontraba con las masas biológicas, pero a buen seguro habría más lugares donde esconderse.

—Abajo —contestó Alaric—. Caballeros Grises, adelante —ordenó a través del comunicador.

Todos los marines espaciales estaban entrenados, o mejor dicho, creados, para combatir cuerpo a cuerpo, y especialmente en lugares cerrados, donde su fuerza y capacidad de fuego les otorgaban una gran ventaja. Si había que abrirse paso hasta un lugar seguro, los Caballeros Grises irían en vanguardia.

De pronto se oyó un ruido que provenía del exterior. La plataforma gravítica había dejado de disparar, pero Alaric oyó el sonido de varios elevadores mucho más pesados y con motores de mayor potencia, que probablemente habrían llegado cargados de refuerzos. Pero aún había algo más, algo enorme y pesado que merodeaba por el exterior del edificio produciendo un sonido grave y vibrante que reverberaba por todo el túnel.

Alaric se abrió paso entre los tecnoguardias que habían sobrevivido y se puso a la cabeza. Los túneles se bifurcaban en todas direcciones, pero su implante auricular de Larraman le otorgaba un sentido del equilibrio y de la dirección muy preciso, por lo que podría encontrar el camino más rápido para llegar hasta el centro de la aguja y después dirigirse hacia los niveles inferiores. Algunos túneles estaban cubiertos por enormes colonias de hongos bioluminiscentes; otros, casi completamente inundados por un líquido viscoso y grisáceo. Proveniente de los niveles inferiores se oía el ruido de pistones funcionando a pleno rendimiento mezclado con unos chasquidos metálicos que sonaban por todas partes.

Un poco más adelante podía verse una abertura en el túnel. Alaric se detuvo e hizo una señal a Cardios y a Dvorn, que se introdujeron por el orificio para descubrir que daba acceso a una cavidad mucho mayor horadada en el acero. Había muy poca luz, y aunque los Caballeros Grises podían ver perfectamente, al igual que Saphentis, Alaric no sabía si los tecnoguardias estarían capacitados para luchar en la oscuridad.

Había demasiadas cosas que no sabía.

En medio de la penumbra podía verse la débil llama del sistema de ignición del incinerador de Cardios. Un viento cálido y húmedo soplaba a lo largo de todos los túneles. Dvorn avanzaba con el martillo levantado en todo momento, como si esperara encontrar al enemigo a la vuelta de cada esquina, esperando para ser decapitado.

—Espacio abierto —dijo Dvorn por el comunicador—. Estamos en una posición elevada. Un momento… Detectamos movimiento.

Alaric se adelantó para colocarse a la altura de Dvorn. Aquel túnel desembocaba en un balcón que daba sobre una gran cámara, una enorme cavidad perforada en el acero. Cientos de pequeños túneles salían de ella en

todas direcciones, y a través de uno de ellos emergieron las figuras que Dvorn había divisado.

Sirvientes. Alaric sabía que el Adeptus Mechanicus contaba con una subclase de sirvientes muy numerosa, hombres y mujeres destinados a desempeñar las tareas más ingratas: trabajar en forjas y minas, atender las necesidades de los tecnosacerdotes, integrar las tripulaciones de las naves del Mechanicus o incluso defender con sus vidas los propios mundos forja. Los tecnoguardias eran reclutados de entre las filas de sirvientes, y muchos tecnosacerdotes también habían sido reclutados de entre los sirvientes más capacitados.

Pero los sirvientes que Alaric acababa de ver en Chaeroneia por primera vez eran muy diferentes. Puede que los sirvientes estuvieran muy controlados por el Adeptus Mechanicus, pero en definitiva eran seres libres. Sin embargo, al ver aquellas criaturas Alaric comprendió que se trataba más bien de esclavos. Avanzaban con la espalda encorvada, tenían la piel pálida y cubierta de llagas sangrantes y vestían unos monos de trabajo tan sucios que Alaric ni siquiera podía distinguir de qué color eran. Sus rostros estaban desfigurados por unos enormes tatuajes de color azul oscuro, desmesurados códigos de barras que habían conseguido borrar cualquier atisbo de personalidad individual. Portaban enormes vasijas de cristal llenas de líquidos de colores extraños sobre los hombros o en la cintura, unidas a unos tubos que les salían de la garganta y de las muñecas. Unos pocos de ellos estaban armados con rifles láser muy oxidados, pero si tenían alguna intención de combatir, la mayoría tendría que hacerlo con las manos vacías.

Debía de haber unos treinta sirvientes saliendo de aquel túnel. Tras ellos avanzaba una figura, cuya cabeza se alzaba muy por encima de las demás, vestida con unos largos ropajes de color negro. Su cabeza era una verdadera pesadilla, pues dejaba ver la calavera sonriente de un equino envuelta en tendones de carne oscura. En el extremo de los brazos tenía unos largos látigos automatizados en lugar de dedos, soldados directamente a la piel azul grisácea de sus manos. Emitía un sonido chirriante en lenguaje binario mientras no cesaba de azotar a los sirvientes que avanzaban delante de él.

—El lenguaje de la máquina —dijo Saphentis, que estaba apostado junto a Alaric.

Como respuesta a aquel mensaje, dos enormes figuras aparecieron detrás del tecnosacerdote y accedieron a la galería. Tenían un torso humanoide tremendamente musculado, pero sus piernas eran pistones neumáticos. Una de aquellas bestias tenía dos bólter pesados en lugar de brazos, mientras que la otra llevaba implantada una enorme sierra circular y dos enormes cizallas. Al estar accionados a vapor, dejaban tras de sí una nube de humo y aceite; Alaric supuso que se trataba de servidores de combate. Aquello significaba que serían extremadamente fuertes físicamente pero muy limitados en cuanto a reflejos. En un enfrentamiento en espacios abiertos estarían en clara desventaja, pues carecían de la capacidad de improvisación de cualquier soldado convencional, pero en aquella ratonera llena de túneles podían convertirse en máquinas de matar extremadamente eficaces.

—Nos están buscando —dijo Dvorn.

La criatura del cráneo equino que parecía estar al mando ordenó a los sirvientes que se dispersaran mientras los dos servidores avanzaban para ponerse a su lado. Entonces le hizo una señal a un sirviente con uno de sus látigos. Las rodillas del sirviente se doblaban en la dirección opuesta a las de una persona normal, de modo que podía andar a cuatro patas como si de un perro se tratara; su boca y su nariz habían desaparecido sustituidas por un puñado de multisensores afilados como cuchillos.

El sirviente canino se detuvo para escuchar una retahila emitida en el lenguaje de la máquina y, acto seguido, empezó a avanzar de nuevo. Movió la cabeza olisqueando el ambiente, y se alzó sobre las patas traseras apoyándose en los muros como si tratara de encontrar algún rastro.

Antes de que Alaric pudiera ordenar a sus hombres que se retiraran, el sirviente canino se detuvo y dirigió su cabeza justo hacia donde estaba escondido el Caballero Gris, en lo alto del balcón.

—Retirada —susurró Alaric—. Todo el mundo fuera.

El líder lanzó una nueva oración, aguda y penetrante, en código máquina. El servidor armado abrió fuego y los sirvientes comenzaron a aullar como animales en medio del barullo que acababa de desatarse. Alaric

oyó sonidos provenientes de todas partes, pues los habitantes de la aguja acababan de ser advertidos de que los intrusos se ocultaban entre ellos; susurros, gruñidos, gritos, tremendos alaridos y más series de código máquina.

Alaric se puso a la altura de Saphentis mientras se movían a través de los túneles.

—¿Son del Mechanicus?

—Ya no —contestó escuetamente Saphentis.

Los proyectiles silbaban sobre sus cabezas. Iluminado por los destellos producidos por el fuego láser, Alaric vio cómo los tecnoguardias intercambiaban disparos con los pálidos sirvientes que iban tras ellos. Haulvarn se dio la vuelta para disparar y sus proyectiles volaron a través del túnel para impactar directamente sobre un sirviente, que salió despedido hasta chocar contra uno de los muros, mientras Lykkos despedazaba a otro con un disparo de su cañón psíquico. Sin embargo, no había espacio suficiente como para que el resto de los Caballeros Grises pudieran enfrentarse cara a cara con el enemigo.

De pronto se produjo un sonido chirriante y terrible bajo los pies de Alaric, que saltó hacia un lado justo cuando el suelo explotó en un millar de fragmentos de acero y algo inmenso comenzó a salir por el agujero. Era una cabeza circular como la boca de un gusano metálico gigante, una boca repleta de hojas afiladas que seccionaban el metal y lanzaban las esquirlas hacia un taladro afilado que le salía de la garganta. Aquel ser dejó salir un terrible gruñido justo cuando Alaric apartó la pierna para evitar que se la arrancara. En ese mismo instante el Caballero Gris pudo sentir cómo sus protectores psíquicos ardían bajo su armadura, dejándole marcas por toda la piel.

El más poderoso de todos sus protectores, el que protegía su mente, inundó su cabeza con un alarido escarlata mientras algo tremendamente poderoso y terrible expresaba su ira psíquica.

Hechicería. Ésa era la razón por la que estaban allí.

El gusano se elevó un poco más y Alaric comprobó que se trataba de un ingenio mecánico de cuyo cuerpo articulado salían columnas de vapor; el

Caballero Gris podía oír los sonidos mecánicos procedentes de sus entrañas. Alaric disparó una ráfaga de fuego bólter directamente hacia su garganta y el gusano comenzó a retorcerse, vomitando un líquido ácido y diversas piezas mecánicas.

—¡Moveos! —gritó Alaric mientras efectuaba un nuevo disparo.

El monstruo se inclinó hacia adelante y Alaric tuvo que detenerse para ayudar a la tecnosacerdote Thalassa, cogiéndola por un brazo e introduciéndose en uno de los túneles laterales. El gusano volvió a gruñir y Alaric observó lo poderoso de los músculos que rodeaban su cuerpo, un cuerpo que terminaba en una cola de tendones biológicos que se movía a un lado y a otro.

—Hechicería —dijo Alaric por el comunicador—. Esa cosa ha sido creada mediante hechicería. ¡Caballeros Grises! ¡Adelante!

Alaric salió del túnel lateral empuñando la alabarda némesis para seccionar un buen pedazo de la cola del gusano. Una sustancia repugnante comenzó a emanar de su herida, y la criatura lanzó un grito terrible que hizo temblar todo el edificio como si de un terremoto se tratara. El cuerpo del gusano se retorció de dolor antes de huir abriéndose paso a través del techo del túnel.

—¡Tenemos hostiles delante de nosotros! —crepitó la voz del Hermano Archis a través del comunicador—. ¡Presentan una resistencia muy fuerte! ¡Nos están acorralando!

—¡Pues luchad! —contestó Alaric mientras tiraba de Thalassa hacia el lugar del que provenía el ruido de los disparos. Había pánico en los ojos de la tecnosacerdote, su respiración era entrecortada y estaba aturdida. Fuera o no experta en datos, Saphentis no debería haberla traído.

Un poco más adelante, Alaric vio cómo los Caballeros Grises y los tecnoguardias luchaban contra los sirvientes que intentaban abrirse paso a través de uno de los túneles laterales. Saphentis estaba inmerso en el fragor del combate, agarraba a un enemigo tras otro con sus dos brazos biónicos para acto seguido lanzarlos contra sus otras extremidades provistas de cuchillas. Uno de los sirvientes se abalanzó contra un tecnoguardia mientras vaciaba el contenido de los recipientes que llevaba sujetos a la cintura en sus

propias venas, haciendo que sus músculos crecieran enormemente, quebrando sus propios huesos y retorciéndose en torno a su espina dorsal. El sirviente profirió un temible alarido y arrancó de cuajo el brazo del tecnoguardia; acto seguido, hundió el puño en su rostro con tanta fuerza que dejó un boquete en el suelo del túnel.

Hawkespur apuntó y efectuó un disparo que impacto directamente en la cabeza de aquel sirviente, sin embargo, éste no cayó, y la interrogadora tuvo que disparar varias ráfagas más hasta que el cuerpo sin vida de aquella criatura se desplomó sobre el tecnoguardia muerto.

Los Caballeros Grises intentaban resistir en la parte frontal del túnel. La efectividad de los bólters y de las armas némesis comenzaba a llenar el pasadizo de cuerpos sin vida. De pronto, una ráfaga de fuego pesado iluminó todo el túnel y los marines espaciales tuvieron que ponerse a cubierto, empleando como barricada los cuerpos sin vida de los sirvientes. Un par de disparos impactaron directamente en la servoarmadura de Alaric.

El juez oía sonidos procedentes de todas partes; los servidores pesados de combate se abrían paso hacia ellos: algo estaba emitiendo una secuencia ininterrumpida de rayas y puntos. Estaban completamente rodeados.

El juez Tancred y su escuadra de exterminadores podrían haber recurrido a su enorme poder psíquico para generar un fuego exterminador que los capellanes del capítulo denominaban Holocausto. Podrían haberse abierto paso gracias a sus armaduras de exterminador y al poder del propio Tancred. Pero Tancred y su escuadra habían muerto. Habían sido aplastados de tal manera que Alaric ni siquiera pudo recuperar sus cuerpos para sacarlos de Volcanis Ultor. La escuadra de Alaric estaba sola, rodeada y en peligro.

Unos enormes taladros estaban empezando a perforar el muro que había junto a Alaric, lanzando chispas y esquirlas por todo el túnel. Un servidor de batalla del tamaño de un tanque apareció en uno de los extremos del pasadizo, iluminando la oscuridad con fuego bólter y disparando directamente sobre los Caballeros Grises. No tenían escapatoria y se enfrentaban a una docena de maneras diferentes de morir.

—¡A mí! —gritó Alaric.

Al instante toda su escuadra salió de sus barricadas y se dirigió hacia su jefe, dejando que la Tecnoguardia se ocupara de los servidores. Avanzaron agachados para evitar los disparos que volaban sobre sus cabezas, y llegaron hasta Alaric justo cuando una parte del muro se derrumbaba entre una lluvia de esquirlas metálicas.

Una marea de sirvientes equipados para el combate con taladros y sierras comenzó a salir por el hueco abierto. Alaric recibió a los primeros en llegar golpeándolos con la empuñadura de la alabarda némesis, destrozando sus costillas mientras activaba la sierra circular que tenía en la hoja. Las primeras filas de atacantes se derrumbaron con las cajas torácicas destrozadas vomitando chorros de sangre hedionda. Nada que fuera humano podría haber seguido luchando. Un nuevo taladro de perforación entró en contacto con la armadura de Alaric, intentando atravesar la ceramita para seccionarle el cuello y haciendo que retrocediera en medio de una nube de chispas.

—¡Perdición! —gritaba el hermano Dvorn mientras aplastaba a uno de los sirvientes con su martillo némesis—. ¡Blasfemia!

Aquellos seres eran verdaderas blasfemias. Los músculos y los nervios de aquellos sirvientes se entrelazaban con sus partes metálicas de un modo que Alaric jamás había visto en los implantes biónicos del Mechanicus; era como si hubiera algo en su interior, algo vivo e independiente. Todos ellos eran una blasfemia en estado puro. Alaric extendió la mano y tiró con fuerza del brazo metálico de uno de los sirvientes, un brazo del que salía una sierra mecánica. Los tendones que rodeaban la muñeca se tensaron, pero finalmente el Caballero Gris pudo arrancarle el brazo haciendo que el sirviente profiriera un terrible grito de dolor y salpicara la cara de Alaric con su sangre caliente y apestosa. Acto seguido, acabó definitivamente con su vida atravesándole el cuerpo con la hoja de la alabarda némesis.

El hermano Haulvarn atravesó a dos sirvientes más con una sola estocada de su espada mientras Dvorn golpeaba con el martillo a otro de ellos, aplastando su pecho contra el muro del túnel. Dvorn no perdió ni un segundo y lanzó una ráfaga de fuego bólter mientras daba un nuevo golpe con el martillo. Alaric miró a su alrededor buscando a Thalassa, que estaba

encogida en el suelo cubriéndose la cabeza con las manos. Resultaba sorprendente que aún siguiera con vida.

—¡Archis! —gritó Alaric. Aunque ni siquiera tendría que haberse molestado, pues el hermano Archis ya estaba dirigiendo el cañón de su incinerador hacia la salida del agujero. Accionó el sistema de ignición e inundó el túnel adyacente con fuego de promethium.

Alaric echó un vistazo a través del agujero. Los sirvientes que quedaban parecían muy desorientados. Alaric supuso que estaban tan corrompidos que, tras recibir la orden de matar a todo lo que hubiera tras aquel muro y quedarse sin nadie que dirigiera sus movimientos, estaban tan confusos que no tenían capacidad para decidir qué hacer. El espacio que se abría tras ellos parecía una enorme planta de energía en la que se veían unos grandes pistones que trabajaban sobre un motor del que no dejaba de salir aceite.

—¡Acérquense! —gritó Alaric por encima del estruendo de los disparos —. ¡Saphentis, Tharkk! ¡Vengan aquí!

El tecnoguardia salió de su barricada y se dirigió hacia los Caballeros Grises mientras éstos le proporcionaron fuego de cobertura. Alaric comenzó a avanzar a través de aquella planta. El aire era pesado y caliente, lleno del vapor que emanaba de la enorme maquinaria que los rodeaba. A su alrededor se alzaban unas enormes piezas de maquinaria pesada que dejaban salir un sonido metálico mientras reconfiguraban sus patrones de energía.

Aquello no parecía ser una salida. A medida que los tecnoguardias se abrían paso a través del hueco en el muro, se iban desplegando para inspeccionar el lugar. Alaric hizo un gesto a la interrogadora Hawkespur.

—Es un callejón si salida —dijo—. Pero no tenemos tiempo para buscar otra vía de escape.

—Entonces, ¿qué sugiere?

—Tendremos que luchar aquí y esperar que sus tropas escaseen.

—Estoy de acuerdo. Si sólo se trata de sirvientes seremos capaces de repeler varias oleadas, pero si tenemos que enfrentarnos a más servidores de combate nuestras posibilidades de supervivencia no serán tantas.

De pronto unos disparos láser provenientes de algún emplazamiento elevado impactaron sobre el suelo de metal e interrumpieron la conversación. Los tecnoguardias se desplegaron mientras Tharkk daba orden de ponerse a cubierto y de responder al ataque abriendo fuego. Los Caballeros Grises dispararon hacia la oscuridad de manera instintiva y a continuación también buscaron refugio. Se ocultaron detrás de varias piezas de maquinaria que les llegaban a la altura de los hombros, como si fueran los dientes de una trampa antitanque. Justo detrás se alzaba una enorme estructura mecánica de la que salían grandes columnas de humo caliente.

—¡Ahorrad munición! —gritó Alaric.

Los Caballeros Grises dejaron de disparar y se pusieron a cubierto mientras escudriñaban las tinieblas. Sus órganos de visión augméticos les permitirían darse cuenta del peligro antes que nadie. El archimagos Saphentis se dirigió hacia ellos caminando con tranquilidad, como si no le preocupara recibir un disparo. Alaric nunca habría imaginado que Saphentis fuera un verdadero guerrero, pero ahora vio que estaba cubierto de sangre y que de las cuchillas de sus brazos colgaban restos de visceras y de metal.

De pronto, una enorme figura comenzó a descender de las alturas. Era como la plataforma de artillería que les había tendido una emboscada en el exterior, pero mucho más grande. Transportaba tres figuras; dos de ellas, de mayor tamaño, flanqueaban a la que se alzaba en el centro. Una corona brillante rodeaba toda la plataforma. Alaric supuso que se trataría de algún campo de energía, lo que significaba que aquella plataforma tenía capacidad para repeler gran parte de los disparos que cayeran sobre ella. El cañón psíquico de Lykkos sería su mejor opción, pero tendría que efectuar un disparo endiabladamente bueno. Probablemente el campo de energía era generado por una masa similar a un cerebro palpitante que se veía en la parte inferior. Aquella estructura tenía varios cañones de aspecto biológico que apuntaban hacia las piezas de maquinaria tras las que se ocultaban los Caballeros Grises y los tecnoguardias.

Las dos figuras de mayor tamaño eran servidores de combate fuertemente armados. La tercera era la misma criatura con cabeza de equino que Alaric había visto antes, y que ahora estaba conectada tanto a los

servidores como a la propia plataforma mediante unos filamentos que le salían de la espalda. Había otras plataformas más pequeñas que revoloteaban a su lado; algunas eran simples plataformas de artillería, pero otras transportaban grupos de sirvientes o lo que parecían ser unidades de tropas regulares, soldados encapuchados con armas acopladas a sus miembros biónicos. Debía de haber un centenar de ellos, y eso contando tan sólo los que Alaric podía ver.

El líder levantó los brazos con las palmas de las manos hacia arriba y dirigió su caballuno rostro hacia el altísimo techo de la planta. Emitió un sonido atonal y muy prolongado, y acto seguido los cañones de todas las plataformas apuntaron hacia el suelo.

—Es un tecnosacerdote —susurró el hermano Haulvarn, que estaba agazapado junto a Alaric—. Es uno de ellos.

Efectivamente se trataba de un tecnosacerdote, pero estaba corrompido hasta la médula. En aquel momento emitió otro mensaje en código binario, el código de la máquina, que aparentemente iba dirigido a la Tecnoguardia.

El archimagos Saphentis salió de su barricada y contestó con otra letanía en código máquina.

Ambos tecnosacerdotes intercambiaron un par de mensajes más. Acto seguido, el ser con cabeza de equino emitió un alarido y todos los cañones volvieron a apuntar directamente hacia las tropas de Alaric. Las plataformas comenzaron a descender con los sirvientes y soldados preparándose para saltar al suelo y atacar.

—Sea lo que sea lo que les ha dicho —gritó Alaric a Saphentis—, no ha funcionado.

Se produjeron los primeros disparos. Los proyectiles de energía, tan poderosos como disparos láser, comenzaron a perforar el metal. Uno de los tecnoguardias cayó al suelo con el cuerpo partido en dos. Pronto empezaron a caer muchos otros, sus barricadas empezaban a desintegrarse bajo el fuego de las plataformas.

De pronto, la maquinaria que había tras ellos comenzó a abrirse con un chirrido tremendamente agudo. Unas enormes placas de acero oxidado del

tamaño de carros de combate se abrieron para dar paso a un espacio oscuro e intimidante.

—¡Hawkespur! —gritó Alaric—. ¡Podemos salir por ahí!

—¡No sabemos adonde lleva! —contestó la interrogadora mientras apuntaba hacia una de las plataformas que volaban a menor altura.

Hawkespur abrió fuego y uno de los sirvientes cayó al suelo, derribado por un disparo perfecto. Sin embargo, el fuego se intensificaba sobre las tropas de Alaric, abriendo enormes orificios en el suelo y haciendo saltar por los aires infinidad de esquirlas abrasadoras.

—¡Si no nos movemos nos matarán aquí mismo! —gritó Alaric—. ¡Caballeros Grises! ¡Tharkk! ¡Ráfaga de cobertura y retirada!

Una de las plataformas ya había llegado al suelo y las tropas que transportaba empezaron a desembarcar. Una cortina de proyectiles de energía de color escarlata y negro llovía desde lo alto, abriendo cicatrices rojizas por todas partes. Otro tecnoguardia cayó destrozado por el fuego de los rifles automáticos mientras sus compañeros intentaban retirarse en medio de aquella tormenta de fuego.

Alaric consiguió atravesar las placas que acababan de abrirse, y miró a su alrededor para asegurarse de que Hawkespur también lo había conseguido. El hermano Dvorn corría cargando con el cuerpo inconsciente de Thalassa; la sostenía con un brazo mientras que con el otro disparaba hacia atrás, a ciegas, por encima del hombro. El interior de aquella maquinaria era angosto y hacía un calor tremendo, iluminado tan sólo por el brillo que se desprendía de las calderas que ardían en sus entrañas. De pronto, la abertura por la que habían entrado comenzó a cerrarse mientras los disparos impactaban a su alrededor. Saphentis fue el último en entrar, sus ropajes se ondulaban en torno a su cuerpo cada vez que un disparo atravesaba el tejido.

—¿Y ahora hacia dónde? —preguntó Hawkespur.

—Hacia donde sea —contestó Alaric.

El suelo parecía estar hundiéndose mientras toda aquella enorme maquinaria se cernía sobre ellos. Alaric se imaginó a sí mismo y a sus tropas pereciendo aplastados bajo el peso de aquellas gigantescas máquinas, la

ceramita resquebrajada, sus huesos fracturados y sus hombres muriendo en el corazón de aquella enorme aguja de acero negro.

—¡Posición defensiva! —gritó el capitán Tharkk—. ¡Formen en torno al archimago! ¡Bayonetas preparadas!

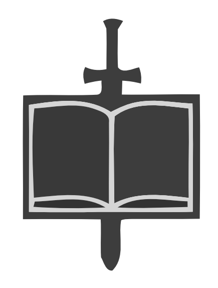
Algo produjo un sonido sordo, algo muy grande que se cernía sobre ellos a toda velocidad. De pronto, sobre sus cabezas, se abrió el techo formando una espiral que se elevaba hacia lo alto, y el sonido comenzó a oírse mucho más fuerte. El suelo empezó a resquebrajarse, y el resplandor rojizo de las calderas desapareció dejando a las tropas de Alaric inmersas en una oscuridad impenetrable.

Alaric tan sólo podía ver a los soldados que tenía a su alrededor intentando agarrarse a cualquier cosa que pudieran, mientras el suelo se convertía en un pozo que se perdía en las profundidades de la aguja.

Sobre su cabeza distinguió un resplandor que resultó ser un líquido espumoso que caía sobre ellos. Alaric no conocía Chaeroneia muy en profundidad, pero había visto lo suficiente como para saber que probablemente no se trataba de agua.

Aquel chorro llegó hasta la posición en la que se encontraban, y Alaric intentó aguantar para no dejarse arrastrar por el peso de los residuos industriales que llovían sobre ellos. Apretó los dientes y se agarró con todas sus fuerzas, pero el saliente de metal al que estaba aferrado comenzó a ceder. Finalmente se precipitó al vacío lanzando un grito desafiante. En su caída chocaba contra las paredes del pozo y el resto de los Caballeros Grises. Había perdido completamente el control, y el hecho de que muriera o consiguiera sobrevivir dependía tan sólo de lo que hubiera en el fondo de aquel pozo, y de si conseguiría salir a la superficie antes de ahogarse. Todo a su alrededor era confusión y ruido, un ruido ensordecedor. Alaric caía agarrando con una mano la empuñadura de la alabarda némesis y buscando con la otra algún punto al que agarrarse.

No encontró ninguno. Las tinieblas se cernieron sobre él. Deseó sobrevivir con todas sus fuerzas mientras todo, tanto en el exterior como en su interior, se volvía negro.



SIETE

Aquel que admire lo que hace el Enemigo se convertirá él mismo en nuestro enemigo, sin importar lo amigo que asegure ser.

Señor inquisidor KARAMAZOV,
Sobre la Herejía, capítulo MMIV

—Enséñemelo de nuevo.

Hacía bastante tiempo que Horstgeld no ponía los pies en un presbiterio táctico, desde la última vez que la *Tribunicia* entró en combate. Desde entonces casi todas sus misiones habían consistido en patrullas o en retenes defensivos, para las que no se necesitaban proyecciones holográficas tan complejas como la que podía verse en el centro de aquella estancia circular. El presbiterio estaba decorado con elegantes bustos de mármol de capitanes anteriores y de héroes de la Armada, y tenía capacidad para albergar a varios oficiales. Sin embargo, en aquel momento únicamente estaban el contraalmirante Horstgeld y el jefe de navegación, el oficial Stelkhanov.

Stelkhanov pulsó una serie de botones en la base de la grabadora holográfica y la holoimagen granulada apareció de nuevo; aquel equipamiento estaba obsoleto y debería haber sido sustituido hacía ya varias décadas.

—Ya sé que la calidad de la imagen no es la más adecuada —dijo Stelkhanov—, pero es suficiente para poder trabajar.

El acento de Stelkhanov sonaba ligeramente forzado debido al hecho de que había aprendido gótico imperial mediante sesiones de sueño inducido ya en una edad adulta. Stelkhanov fue reclutado cuando trabajaba en las cubiertas de máquinas, lugares normalmente habitados por una escoria que apenas era capaz de hablar gótico común.

Horstgeld veía girar aquella imagen una y otra vez. Se trataba de una imagen procedente de un escáner espacial recogido por los sensores de la nave en el espacio ultraorbital cerca de Chaeroneia. El tramo de espacio que representaba se combaba y se contraía en una docena de puntos diferentes antes de que varios haces de energía nebulosa indicaran que algo lo había atravesado. Acto seguido, la imagen desaparecía completamente.

—¿Cuándo se ha recogido esta imagen? —preguntó Horstgeld.

Stelkhanov consultó su placa de datos. El brillo verdoso del holograma hacía resaltar los rasgos afilados de su rostro aguileño; se hacía difícil creer que aquel hombre había sido reclutado de entre el personal encargado de los motores, cuyas vidas solían ser más bien cortas.

—Hace setenta y nueve minutos —contestó.

—¿Y de qué cree que se trata?

—De una flota completa, capitán. Una flota recién salida de la disformidad.

—Ésa es una conclusión bastante audaz, Stelkhanov. Creo que no contamos con el apoyo de más cazadores en este subsector, y no digamos tan cerca de este sistema.

—Entonces no se trata de una flota imperial.

—Hmmm. —Horstgeld se reclinó en su asiento mientras se acariciaba la barba de manera instintiva—. ¿Algo más?

—Se trata de una flota bastante numerosa. Y los pocos datos de que disponemos sugieren que se mueve a muy poca velocidad, como corresponde a una flota tan numerosa que avanza en formación. Señor, resulta algo muy comprensible relacionar esto con la señal anómala detectada por la *Ptolomeo Gamma*.

—Necesitaré más información antes de poder tomar una decisión, Stelkhanov. Comunique a navegación y al personal del sensorium que ésta será nuestra prioridad secundaria. Lo más importante sigue siendo establecer contacto con Hawkespur y con Alaric. Ni siquiera sabemos si aún siguen con vida.

—Sí, señor. ¿Qué acción deberá tomar la flota en caso de que se trate de una fuerza hostil?

Horstgeld jamás habría previsto un combate espacial en aquel sistema.

Y de todas maneras el inquisidor Nyxos había sido incapaz de reunir una flota que pudiera hacer frente a una batalla a gran escala.

—Refuerzos. Localicen todo transporte imperial que sea más grande que un navio espacial de recreo y que pueda estar aquí en menos de noventa y seis horas. Prepárense para enviar una orden de servicio a la flota en caso de que sea necesario. Si vamos a tener una refriega quiero contar con suficientes efectivos como para afrontarla con garantías. ¿Entendido?

—Entendido, señor. ¿Y el magos Korveylan?

—No necesita ser informada ahora mismo.

—¿Informada?

—Hasta que esté seguro de lo contrario, sí, en femenino. Pero asegúrese de que el comisario Leung quede informado, en caso de que la *Ejemplar* ya haya detectado la flota. No me fío de esos bichos raros, son capaces de salir corriendo al menor signo de que alguien pueda rayar la pintura de su nave.

Horstgeld volvió a observar la imagen una vez más. Quizá fueran más naves o quizá se tratara de algún fenómeno estelar, puede que no fuera más que un montón de saqueadores independientes o un fallo en el sensorium. Pero si se trataba de toda una flota, definitivamente era algo que no los iba a beneficiar lo más mínimo.

* * *

Una lluvia tóxica caía en glóbulos gruesos y viscosos que golpeaban los enormes desechos mecánicos y formaban ríos de una sustancia corrosiva que discurría entre los valles formados por las agujas derruidas. Una lluvia que arrancaba la carne muerta de las grandes masas biológicas que habían quedado reducidas a costillas despellejadas o a montones de cartílago desgarrado.

Probablemente ni siquiera se tratara de lluvia, sino de residuos industriales y biológicos lanzados desde arriba. Era muy probable que fuera el mismo fluido que había caído por la aguja de acero negro un par de horas antes. Un fluido que caía hasta las profundidades de un enorme abismo, un espacio repleto de desechos que se abría entre los cimientos de dos grandes agujas iluminadas por la bioluminiscencia verdosa de las colonias de hongos que infestaban las placas de metal varios niveles más arriba. Aquel lugar estaba muy por debajo de la ciudad de las agujas, se trataba de una subciudad donde cualquier cosa que consiguiera sobrevivir a la caída no viviría durante mucho tiempo. Estaba completamente desprovisto de vida por la acción del tiempo y de la corrosión; era un lugar húmedo, inhóspito y frío dominado por el hedor de la muerte. Las masas biomecánicas que daban vida a la ciudad gruñían y se retorcían mucho más arriba, y bajo ellas podía oírse el sonido grave y sordo de la roca que se constreñía bajo el enorme peso de las agujas de acero.

Una enorme placa que debía de haber sido la cubierta de un motor proporcionaba un refugio donde protegerse de la lluvia ácida. Aquella lluvia sólo hubiera podido dañar la pintura de las armaduras de los Caballeros Grises, pero Alaric sabía que para los pocos tecnoguardias que habían sobrevivido, así como para la tecnosacerdote Thalassa y la interrogadora Hawkespur, podía resultar letal. De manera que habían buscado refugio allí abajo.

De algún modo habían conseguido sobrevivir. Todos los niveles de aquel planeta estaban tremendamente industrializados, y por lo poco que había visto de la enorme maquinaria que los rodeaba, Alaric estaba seguro de que pudieron haber muerto aplastados o abrasados en cualquier momento. Sin embargo, las compuertas y las válvulas de escape habían seguido abriéndose

a su paso hasta que fueron lanzados a aquel gran depósito de desechos hediondos.

Chaeroneia no los quería muertos, aún no, no de aquella manera. Primero quería que sufrieran.

—Haulvarn, Archis, montad guardia —dijo Alaric.

Los dos Caballeros Grises hicieron el saludo reglamentario y se dispusieron a efectuar el primer turno de guardia. Aunque no podrían aguantar mucho allí, necesitaban tiempo para reagruparse y elaborar un plan de acción. Hicieran lo que hicieran tenían que evitar ser descubiertos, pues la próxima vez Chaeroneia no postergaría su ejecución.

Hawkespur y los pocos tecnoguardias que habían sobrevivido encendieron una pequeña hoguera para intentar calentarse un poco. Tan sólo quedaban cuatro de ellos, el capitán Tharkk y tres soldados. Tenían las armaduras muy dañadas y ennegrecidas a causa de la suciedad. Mientras Alaric los miraba, uno de los tecnoguardias se quitó el casco, tenía la cabeza completamente afeitada y en la parte posterior podían verse unas enormes cicatrices quirúrgicas; parecía como si varias secciones de su cráneo hubieran sido extraídas y reemplazadas. Tenía un código de barras en la parte trasera del cuello.

Alaric caminó hasta donde se encontraba el archimagos Saphentis, que estaba sentado sobre un montón de desechos hablando con la tecnosacerdote Thalassa.

—Sus tecnoguardias —preguntó Alaric—, ¿cuentan con represión emocional quirúrgica?

Saphentis miró al Caballero Gris, y Alaric vio su cara reflejada un millón de veces en los ojos compuestos del archimagos.

—En efecto, lo considero un requisito indispensable para los hombres que me acompañan.

—Me hubiera resultado muy útil saberlo antes, al igual que me hubiera resultado útil saber que sus implantes augméticos le permiten entrar en combate con garantías. Y también me gustaría saber qué le dijo a aquel tecnosacerdote.

—No le gustó nada nuestra presencia —contestó escuetamente Saphentis—. Le sugerí que se rindiera, pero no aceptó.

Debido a la voz artificial de Saphentis, Alaric no podía saber si decía la verdad o si estaba siendo sarcástico.

—Soy yo quien está al mando aquí abajo, archimagos —le recordó Alaric—. Si usted fuera un Caballero Gris tendría que cumplir varios meses de castigo por su desacato a mi autoridad.

—Pero resulta que no lo soy, juez. Y quizá sería más productivo intentar averiguar dónde estamos y qué vamos a hacer en lugar de discutir sobre ese tema.

—¿Sabe usted dónde estamos?

La tecnosacerdote Thalassa, que había presenciado aquella conversación con cierta inquietud, le mostró a Alaric la pantalla de la placa de datos que sostenía entre las manos.

—El Mechanicus posee información muy detallada del estado de Chaeroneia antes de que desapareciera. El planeta ha cambiado mucho, pero la poca información fiable de la que disponemos ahora sugiere que nos encontramos aquí.

La pantalla mostraba el plano de una enorme ciudad, tan grande como una colmena de cualquier mundo densamente poblado, situada en medio del enorme desierto de desechos que cubría la mayor parte de la superficie de Chaeroneia. En la parte inferior de aquel plano podía leerse la inscripción «Primus Manufactorium Noctis».

—Noctis era una de las ciudades forja más grandes de este planeta —continuó Thalassa. Alaric se percató de que le temblaba ligeramente la voz, tenía los ojos rojos y respiraba con cierta dificultad. Resultaba muy fácil olvidar lo frágiles que eran los humanos normales en comparación con un marine espacial como Alaric. Thalassa estaba inhalando una cantidad tan grande de toxinas que podrían resultarle mortales en poco tiempo—. Se dedicaba principalmente a la fabricación, pero también contaba con algunas instalaciones destinadas a la investigación y a la gestión de datos, como ésta.

El plano se movió y amplió una estructura concreta, una enorme torre pulida similar a un gran cilindro que sobresalía de entre el resto de aquella

maraña industrial.

—La fortaleza de datos del manufactorium —explicó Thalassa—. Destinada a almacenar información de manera segura.

—Si aún sigue ahí —intervino Saphentis—, podremos averiguar dónde ha estado Chaeroneia y qué ha ocurrido en este planeta.

—¿Sugiere entonces que deberíamos ir hasta allí?

—Parece que no nos queda otra opción.

—¿A qué distancia se encuentra?

—No demasiado lejos, puede que a unos tres días, si es que no nos topamos con ningún obstáculo. Eso contando con que la fortaleza de datos aún siga allí y que yo haya calculado correctamente nuestra posición.

—¿Cree que podrá llegar? —preguntó Alaric.

Thalassa bajó la vista y miró al suelo.

—No lo sé.

—La tecnosacerdote Thalassa podría sernos de mucha utilidad en la fortaleza, pero no resulta esencial —dijo Saphentis—. Yo puedo realizar sus mismas tareas.

—Esto no me gusta nada. Sabemos demasiado poco sobre lo que podemos encontrarnos por el camino. No hay nada que haya matado a más hombres en el campo de batalla que el desconocimiento de aquello a lo que se enfrentan.

—No creo que tengamos otra elección, juez.

—Yo tampoco. Pero estaría más tranquilo si tuviera más información sobre el enemigo de la que usted dispone. Sólo hay una razón por la que está usted en este planeta. Hay muchos tecnosacerdotes mucho más capacitados que usted para entrar en combate.

—Thalassa —lo interrumpió Saphentis—, dígale al capitán Tharkk que nos pondremos en marcha en breve.

Thalassa asintió y se dirigió inmediatamente hacia la hoguera junto a la que Tharkk y sus hombres se estaban curando las heridas. Alaric y Saphentis se quedaron a solas.

—Adelante —dijo Alaric.

—Eran Mechanicus —comenzó Saphentis—, pero no eran normales. Algún tipo de tecnoherejía ha enraizado entre ellos. El Culto Mechanicus sólo permite la fusión de componentes biológicos y mecánicos con la única finalidad de mejorar o reemplazar las partes biológicas más débiles, o en el caso de que órganos inútiles se conviertan en útiles ante los ojos del Omnissiah, como ocurre con los servidores. Los enormes implantes biomecánicos que acabamos de ver están prohibidos, pues no sitúan carne y máquina a disposición de los tecnosacerdotes, sino que crean nuevas formas de vida, lo cual está terminantemente prohibido por el sacerdocio de Marte. Así ha sido decretado en innumerables ocasiones por infinidad de fabricadores generales.

—¿Así que nos enfrentamos a tecnoherejes? —preguntó Alaric—. ¿Los mismos que fueron investigados hace cien años?

—Sin ninguna duda. Y es muy probable que esta herejía haya infectado todos los niveles del sacerdocio de Chaeroneia. Pero lo más importante es que lo que hemos presenciado en este planeta representa un ritmo de innovación que se considera una herejía. El Culto Mechanicus prohíbe toda clase de diseños y técnicas que no provengan de la tradición más ancestral. Deben pasar muchos siglos antes de que se levante la cuarentena y cualquier nuevo conocimiento pueda salir de nuestros centros de investigación. Este mundo jamás podría haber sido creado siguiendo los principios actuales del Mechanicus. El ritmo de innovación de este planeta es algo increíble.

—Percibo cierta admiración en su voz, archimago.

—Eso no es cierto, juez. Una herejía es una herejía, como usted muy bien sabe. Le agradecería que no vuelva a hacer ningún comentario de ese tipo.

—Un aliado que admira al enemigo puede convertirse en ese mismo enemigo, archimago. Lo estaré vigilando.

El hermano Haulvarn se acercó apresuradamente a ellos.

—Archis ha detectado varias plataformas de artillería, juez. Están en movimiento, parece que nos están buscando.

Alaric miró a su alrededor. Sus tropas de asalto estaban en una posición muy vulnerable y lo último que necesitaban en aquel momento era otro

enfrentamiento directo.

—¿A qué distancia están?

—A unos dos kilómetros. Dos plataformas y al menos dos transportes de tropas, avanzan en formación de búsqueda a unos quinientos metros de altura.

—Estarán aquí muy pronto. Tenemos que movernos.

—Estaremos más seguros si nos escondemos en los niveles abandonados de la ciudad, allí habrá menos ojos buscándonos —sugirió Saphentis.

—Por lo menos en eso sí que estoy de acuerdo —contestó Alaric—. Calcularé la ruta con ayuda de Thalassa. Que sus tecnoguardias estén preparados para moverse en cinco minutos. Y por si aún no le ha quedado claro, está usted bajo mis órdenes. Mientras estemos en este planeta hará lo que yo le diga.

—Entendido, juez.

—No hay nada que entender, simplemente hágalo.

Muy pronto los tecnoguardias estuvieron preparados, la cirugía de represión emocional por la que todos ellos habían pasado evitó que hubieran sufrido cualquier trauma derivado del enfrentamiento en el que acababan de verse envueltos. Hawkespur estaba más exhausta de lo que ella misma jamás admitiría y Thalassa aún seguía aturdida, se movía como si estuviera soñando. Sin embargo, no era ella el mayor motivo de preocupación de Alaric. Los Caballeros Grises le habían enseñado mucho, y los jefes del capítulo estaban convencidos de que algún día se convertiría en todo un líder, pero si había una lección que aún no había aprendido era cómo luchar contra un enemigo que se suponía que debía estar bajo sus órdenes.

Alaric escudriñó las sombras que lo rodeaban y vio unos pequeños puntos de luz que se movían en lo alto: eran las plataformas gravíticas. Chaeroneia tenía muchas maneras de matar a sus invasores, y Alaric sabía que cuando llegaran a la fortaleza de datos de la que hablaba Thalassa ya habrían descubierto muchas más. Sin embargo, tenían que llegar hasta allí como fuera, pues aquel lugar significaba información, y cuando Alaric comprendiera a qué se enfrentaba, podría plantarle cara a ese planeta y luchar contra él.

* * *

Hubo un tiempo, cuando el Imperio era joven y el Emperador era un ser viviente que aún caminaba entre sus súbditos, en el que todavía había esperanza. Pero eso fue hace mucho, mucho tiempo.

Aquella esperanza tenía la forma de las creaciones del propio Emperador: los primarcas, seres humanos perfectos que representaban cada una de las facetas del poder que la humanidad necesitaba para alcanzar su destino y dominar toda la galaxia. Se trataba de unos seres tan extraordinarios que incluso en los albores de su creación su material genético se empleó para crear toda una generación de guerreros sobrehumanos: los marines espaciales de la Primera Fundación, veinte grandes legiones creadas a imagen y semejanza del primarca en el que cada una de ellas estaba basada.

Los primarcas estaban diseminados a lo largo de toda la galaxia. Durante la Era del Imperio nadie supo cómo o por qué había ocurrido aquello; nadie llegó a saber si los agentes del Caos los habían arrancado de la sagrada Terra o si fue el propio Emperador quien los envió para que se dispersaran por toda la galaxia y aprendieran habilidades que jamás podrían adquirir viviendo bajo su sombra.

El Emperador, a la cabeza de las legiones de marines espaciales, conquistó toda la galaxia y poco a poco fue recuperando a los primarcas, convertidos ya en grandes líderes en sus mundos adoptivos. Durante la Gran Cruzada, todos los primarcas se reunieron con sus legiones y las lideraron en la campaña militar más grandiosa que la humanidad jamás había presenciado, conquistando un segmento del espacio que finalmente acabaría por convertirse en la piedra angular del territorio imperial, un dominio que se extendía desde el Segmentum Solar hasta la periferia del Velo y de la Zona Halo.

Y el más grande de aquellos primarcas fue Horus.

Horus era el primarca de los Lobos Lunares, la legión que representaba la maquinaria bélica más poderosa de todo el Imperio. Resueltos, valientes y liderados por Horus con un esplendor que rivalizaba con el del mismísimo Emperador. Aquella legión era tan efectiva que se decía que Horus la lideraba con la precisión propia de un maestro en el arte de la espada. Cuando el Emperador reconoció a Horus como el señor de la guerra más grande del Imperio, los Lobos Lunares se convirtieron en los Hijos de Horus, de ese modo su nuevo nombre reflejaría el extraordinario liderazgo de su primarca.

Pero Horus era excesivamente brillante. Su estrella brillaba demasiado. A medida que la cruzada se extendía por otros segmentos de la galaxia, Horus comenzó a intuir la arrogancia y la tiranía del Emperador. El Emperador no obraba buscando el beneficio de la humanidad, obraba buscando su propio beneficio, el beneficio de que la raza humana viviera y muriera bajo su dominio. El poder absoluto había acabado por corromperlo, y nadie, ni siquiera Horus el Magnifico, el señor de la guerra, podría librar al Emperador del convencimiento de que El era el Señor de la humanidad.

Y fue entonces cuando germinaron las semillas de la Herejía de Horus. Horus, el hombre más grande que jamás había vivido, consiguió superar al Emperador y entendió lo que Él nunca sería capaz de comprender, que el verdadero destino de la humanidad estaba más allá de las estrellas, en el reino puro y salvaje de la disformidad, donde sólo residían las entidades que merecían ser adoradas. Y esas entidades eran los Dioses del Caos, unos seres cuyo único deseo era ver a la humanidad liberada de su carne pesada y corruptible y elevada a la categoría de espíritus iluminados. Sin embargo, al Emperador lo llenó de odio el hecho de que Horus mostrara fidelidad hacia algo más grande que Él, de manera que Horus se vio obligado a suplicar ayuda a los poderes de la disformidad, lo que lo hizo convertirse en el primer y más grandioso paladín del Caos.

La Herejía de Horus dividió la galaxia. Horus lideró una rebelión que en tan sólo siete años de guerra llegó hasta la sagrada Terra y hasta los muros del mismísimo palacio imperial, marchando con casi la mitad de las legiones de marines espaciales a cuyos primarcas había convencido de la justicia y

nobleza de su causa. Los demás primarcas decidieron mantenerse fieles al Emperador por miedo al conocimiento que Horus prometió difundir por toda la galaxia.

Entre los más grandes hijos de Horus se encontraba Abaddon. La mano derecha del señor de la guerra en combate, una fuerza de destrucción pura que se abrió paso por toda la galaxia bajo los auspicios de su primarca, supeditando su propia vida a los designios de su señor. Abaddon fue testigo de la tragedia final de la Herejía, cuando el Emperador y el primarca Sanguinius tendieron una emboscada al buque insignia de Horus. El señor de la guerra consiguió acabar con ambos, pero no sin antes recibir una herida mortal que le causó la espada del Emperador en su último aliento. Antes de morir, Horus pidió a Abaddon que mantuviera con vida a sus hijos y que no los sacrificara inútilmente a los pies de las murallas de Terra.

De manera que Abaddon se puso al frente de las legiones y se retiró eludiendo con destreza a las legiones del Emperador y buscando refugio entre los mundos demoníacos del Ojo del Terror. Con Horus muerto, los primarcas que habían sobrevivido y que aún eran fieles al Emperador conspiraron para engañar a los habitantes del Imperio y hacerles creer que su Emperador aún estaba vivo y que su cadáver estaba habitado por un dios viviente.

Los Hijos de Horus decidieron convertirse en la Legión Negra, una legión que guardaría luto eterno en honor al hombre más grande que jamás había vivido. El hombre que debería haber heredado el Imperio y liderado a la humanidad hacia una era llena de luz, una luz procedente de la disformidad. Pero en lugar de eso, el Imperio se hundió sin remedio, corrupto y despreciable, y sus habitantes no dudaron en matar sin piedad alguna para seguir adorando a un traidor muerto hacía ya mucho tiempo. Las instituciones imperiales se dedicaron exclusivamente a erradicar de la galaxia todo atisbo de verdad. Cualquier posibilidad de redención se volvió entonces imposible.

Abaddon puso a prueba las defensas imperiales. Mediante doce Cruzadas Negras consiguió encontrar el talón de Aquiles de la armadura que protegía al Imperio, y sería a través de ese punto débil por donde la Legión

Negra y sus aliados asestarían a los fieles al Emperador Cadáver un golpe mortal y definitivo. Con el tablero preparado y todas las piezas dispuestas en su lugar, Abaddon escogió a los héroes más valerosos de la Legión Negra para que lideraran a sus ejércitos en una grandiosa campaña que haría que los herederos del Imperio huyeran despavoridos del Ojo del Terror, una campaña que culminaría con la destrucción de Terra y que pondría fin a diez mil años de oposición al Caos.

Los elegidos fueron los mejores de entre los mejores, líderes y guerreros sin igual cuyos nombres pronto infundirían terror a cualquiera que hubiera jurado lealtad al Emperador Cadáver. Y entre ellos estaba Urkrathos, Elegido de Abaddon, Maestro del Forjador de Infiernos.

Urkrathos caminaba por el puente en dirección a la cámara de rituales del crucero de combate *Forjador de Infiernos*. El techo de la cámara se alzaba sobre su cabeza como un cielo negro y distante cubierto por unas nubes de incienso sulfúrico que dejaban caer una llovizna de sangre negruzca. Unos fantasmas revoloteaban entre las espesas nubes, espíritus atrapados por la maldad y el poder del *Forjador de Infiernos* y condenados a merodear por sus diferentes cubiertas por toda la eternidad. Bajo ellos se extendía un mar de sangre embravecida, habitado por unas figuras desnudas que luchaban sin cesar por alcanzar la superficie antes de ser arrastrados de nuevo a las profundidades una y otra vez, seres castigados por su insolencia o por sus fracasos a vivir en un estado de agonía permanente, siempre a punto de morir ahogados pero sin alcanzar nunca la liberación de la muerte. Sus alaridos, patéticos y débiles, se entremezclaban con los rugidos oscuros de un viento que soplaba a lo largo de todo el puente.

Suspendida sobre aquel mar de pecadores se alzaba una plataforma circular con los extremos elevados como si se tratara de las gradas de un anfiteatro. Era el patio de los rituales, un lugar imbuido por la energía impía procedente del sufrimiento de aquellos que estaban siendo torturados bajo su superficie. Todo el patio estaba cubierto de arena manchada de sangre en la que había dibujados unos complejos diseños, y en uno de los extremos había apilados infinidad de huesos que se empleaban para diversos rituales. Los sacrificios eran algo común dentro de cualquier mundo demoníaco

oculto en las profundidades del Ojo del Terror, y cada uno de ellos garantizaba toda una vida de lealtad a los Dioses Oscuros. Del techo colgaban múltiples incensarios hechos con los cráneos de los tripulantes más ineptos del *Forjador de Infiernos*, y miles de calaveras pendían de unas enormes cadenas dejando caer una lluvia negra sobre el suelo sagrado.

—¡Feogrym! —gritó Urkrathos al tiempo que accedía a la estancia. Feogrym era una figura arrugada y jorobada que estaba sentada en el centro del patio. En cuanto entró Urkrathos, Feogrym levantó la vista y comenzó a arrastrarse hacia el comandante del *Forjador de Infiernos*—. Necesito saberlo ahora mismo. Acabamos de entrar en el espacio real y no tardaremos mucho en llegar a ese mundo. ¿Es real?

Feogrym comenzó a arrastrarse a mayor velocidad utilizando sus manos y tirando de sus piernas hasta estar frente a los pies de Urkrathos.

—¡Feogrym lo sabe! —farfulló. Visto a cierta distancia, el rostro del hechicero podría confundirse con el de un hombre viejo y lleno de arrugas, pero al contemplarlo de cerca quedaba claro que en realidad se trataba de una masa de tentáculos capaces de retorcerse para formar unos rasgos vagamente humanos a fuerza de la costumbre—. Maestro, los Dioses Malignos han hablado… sí… le han hablado a Feogrym, le han dicho la verdad, sí, lo han hecho. El viejo Feogrym sabe diferenciar una verdad de una mentira.

Urkrathos apartó a Feogrym de una patada. Cualquier herida que las botas de su servoarmadura pudieran infligir a las costillas del hechicero sanaría con rapidez.

—No juegues conmigo, hechicero —dijo con impaciencia—. Abaddon ya me advirtió sobre ti. Tú no eres uno de esos imbéciles sagrados, si pudieras nos apuñalarías a todos por la espalda en cuanto tuvieras la menor oportunidad, pero te aseguro que yo no pienso dártela. Y ahora te lo preguntaré una vez más, hechicero. ¿Esa señal es real? No estoy dispuesto a que esta flota pierda el tiempo persiguiendo ecos por toda la disformidad.

Feogrym se puso en pie y sacudió la arena ensangrentada de sus ropajes marrones.

—Sí, la señal que hemos recibido es real —dijo con un tono que transmitía una mayor cordura. Feogrym miró con ojos nerviosos a Urkrathos, que con su servoarmadura doblaba la altura de cualquier hombre normal—.Tzeentch me ha hablado.

—Sus demonios han hablado contigo, viejo, y un demonio dice nueve mentiras por cada verdad, así que más vale que tengas razón.

—Por supuesto. ¿Acaso no tengo testigos?

Feogrym señaló hacia uno de los extremos de la cámara y Urkrathos vio, a través del humo de los incensarios, cientos de cadáveres disecados sentados en las gradas del anfiteatro, como si de un público que observaba al hechicero se tratara. Por un momento Urkrathos se preguntó de dónde los habría sacado, pero acto seguido se dio cuenta de que aquello no le importaba lo más mínimo con tal de que aquel hechicero sirviera al señor de la guerra tal y como había prometido.

—Entonces, ¿qué es lo que sabes?

—Escucha.

Feogrym pronunció una serie de palabras, sonidos oscuros que pertenecían a un registro que ningún humano sería capaz de comprender. Urkrathos frunció el ceño en cuanto reconoció la oscura lengua hablada por los adoradores de Tzeentch, el Dios de la Transformación. Feogrym era uno de esos degenerados que adoraban a un Dios del Caos por encima de todos los demás, sin darse cuenta de que todos eran parte de una misma fuerza que los hombres llamaban Caos.

De pronto, de entre la arena comenzaron a brotar unas bolas de sangre coagulada que se unieron entre sí para formar lo que parecían pequeños charcos de mercurio. Acto seguido, esos charcos empezaron a agitarse dando lugar a cientos de rostros repugnantes que flotaban en el aire y abrían sus bocas incapaces de producir sonido alguno.

—Puente —dijo Urkrathos a través del sistema interno de comunicaciones. El comunicador emitió un chisporroteo mientras transmitía sus palabras al personal del puente—. Reproduzcan la señal.

De pronto, esa señal comenzó a sonar como una descarga procedente del cielo, haciendo temblar todos los altavoces del sistema de comunicaciones

de la nave. Los rostros ensangrentados empezaron a hablar atropelladamente, mirándose unos a otros llenos de agitación.

—¡Concentraos! —gritó Feogrym—. ¡Debéis diferenciar la verdad de la mentira! ¡El Señor de la Transformación os lo ordena!

Entonces descendió el volumen de la señal y Urkrathos pudo distinguir los diferentes sonidos de los que se componía: rayas y puntos de algún código primitivo que se reproducían siguiendo un ritmo complejo. Urkrathos estaba seguro de que en lo más profundo de aquel ritmo se podrían distinguir unas pulsaciones ancestrales y mágicas.

Los rostros de sangre comenzaron a murmurar una serie de sonidos incomprensibles hasta que poco a poco formaron palabras, las palabras que contenía el verdadero mensaje oculto en lo más profundo de aquella señal, un mensaje que sólo la magia negra de Feogrym podía descifrar.

—Por los Dioses Malignos y por el destino de la disformidad —comenzaron a decir aquellos rostros—, por la muerte del Falso Emperador y por la agonía de las estrellas, nosotros te traemos, señor de la guerra Abaddon, Adorador del Caos, Renegado del Hombre, este tributo. Pues estos últimos días suponen los últimos fuegos que arden, son las llamas negras que consumen la galaxia, son las tormentas de la disformidad que extinguen toda vida, el final de los tiempos y el amanecer de la galaxia del Caos. Juramos lealtad a los Dioses del Caos y a Abaddon el Saqueador. Con este tributo infundiremos terror entre los seguidores del Emperador Cadáver, y gracias a él podrán ver con sus propios ojos el rostro de la muerte…

—Ya es suficiente —los interrumpió Urkrathos.

Feogrym hizo una señal con la mano y los rostros quedaron en silencio y se disolvieron formando gotas de sangre que se perdieron entre las nubes de incienso.

—¿Es real?

—Ha sido enviado por los demonios —contestó Feogrym—. Es un mensaje ancestral. Sí, es real.

—Entonces Abaddon estaba en lo cierto. Están ofreciendo un tributo. ¿Dicen de qué se trata?

Feogrym extendió las manos. Sus tentáculos se retorcieron y por un instante Urkrathos pudo ver la masa carnosa y gris del verdadero rostro del hechicero.

—Ojalá pudiera saberlo, lord Urkrathos. Quizá se trate de un tributo tan grandioso que desean que sea contemplado por primera vez con tus propios ojos, pues de ellos emana magnificencia, mi señor.

—Ya te lo he advertido, Feogrym, no soy tan fácil de halagar como tus acólitos.

—Por supuesto. Sin embargo, si son nuevos en nuestra causa puede ser que crean que su ofrecimiento nos impresionará más si no lo vemos hasta que estemos allí.

—He estado en la galaxia desde hace más de diez mil años, resulta difícil impresionarme.

—¿Y es acaso tu intención, lord Urkrathos, darles la oportunidad de intentarlo?

Urkrathos miró al hechicero. Los designios de Tzeentch, Señor de la Transformación, eran inescrutables por propia definición. Sólo la disformidad sabía lo que había en la cabeza de aquella criatura. Pero a Urkrathos no le importaba, mientras pudiera servir a Abaddon y al glorioso reinado del Caos aceptaría cualquier cosa que los dioses le enviaran.

Pero aun así mataría a Feogrym cuando llegara el momento. Nadie se reía de un seguidor de Abaddon y quedaba impune.

—Creo que en esta ocasión seguiré mis propios consejos, hechicero.

—Entonces, ¿piensas hacerlo?

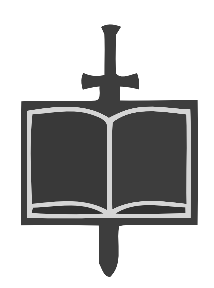
Urkrathos frunció el ceño. Incluso sin la fuerza potenciada que le proporcionaba su armadura de exterminador podría aplastar a aquel hechicero con la misma facilidad con la que un niño aplasta a una mosca. Pero también sabía que Feogrym era la clase de criatura que no moriría por el simple hecho de asesinarla. Tendría que encontrar otro modo de acabar con aquel ser en cuanto dejara de resultarle útil.

Urkrathos se dio la vuelta y salió con paso firme del patio de rituales, dejando a aquel perturbado a solas con sus elucubraciones. Quizá algún día conseguiría arrancar el alma del cuerpo de aquel ser y hundirla en el pozo

de sufrimiento que había bajo sus pies, así serviría para alimentar la magia de cualquier otro hechicero que Abaddon enviara como sustituto. A buen seguro los dioses le estarían agradecidos.

Pero por el momento Urkrathos ya tenía lo que había ido a buscar. La flota de la Legión Negra en el Ojo del Terror había recibido aquella señal y Urkrathos había confirmado que era real. Ahora sólo tenía que llegar a aquel planeta y recoger el tributo para el señor de la guerra, fuera cual fuera, y quizá también hacer que el autor de aquella señal pasara a formar parte de la causa. El Imperio estaba consiguiendo resistir con la tenacidad propia de un enjambre de insectos, y la Cruzada Negra necesitaba arrojar al fuego tantos cuerpos como fuera capaz de encontrar. Urkrathos sería generosamente recompensado si conseguía encontrar nuevos aliados para los Dioses Malignos.

Urkrathos llegó hasta el elevador que había en uno de los extremos del puente, una endeble caja de metal que subía y bajaba por la garganta de la nave y que permitía al capitán acceder a todos los niveles del *Forjador de Infiernos*. Se dirigía hacia la cubierta de mando, donde daría orden de iniciar los preparativos para el viaje final a Chaeroneia.



OCHO

Temed todo aquello que se aproxima, pues el camino que se abre ante vosotros puede ser el camino que lleve al infierno.

Primarca Roboute Guilliman,
Codex Astartes

Alaric caminaba en vanguardia junto a Archis, que avanzaba a su lado con la llama del sistema de ignición del incinerador encendida. El arma estaba preparada para lanzar una lengua de fuego sobre cualquier cosa que se abalanzara sobre los Caballeros Grises.

Toda la fuerza de asalto ascendía por un paso estrecho y traicionero que subía entre los restos del esqueleto de algún enorme animal que parecía una especie de serpiente. Toda aquella estructura ósea envolvía una altísima aguja de cristal negro, y sus costillas formaban los desvencijados escalones de una enorme escalera de caracol.

Alaric miró hacia abajo. Desde aquella altura era imposible ver el suelo de la subcolmena de la ciudad, lo único que se veía era una espesa capa de contaminación que se mantenía inmóvil entre el aire frío que soplaba desde abajo y el calor que emanaba de la gran masa carnosa que envolvía la aguja contigua. El cuerpo de la serpiente se estrechaba conforme se acercaban al

cráneo, y tanto Hawkespur como Thalassa ascendían atadas a unas cuerdas de las que tiraban varios miembros de la escuadra de Alaric. Los Caballeros Grises eran de por sí mucho más grandes y pesados, pero paradójicamente, sus implantes augméticos y su entrenamiento también hacían que fueran mucho más hábiles.

—La entrada está un poco más arriba —dijo Archis—. ¿Puede verla?

El cañón del incinerador apuntaba hacia una abertura que había frente a ellos, un enorme agujero abierto en el cristal negro. Los bordes del orificio estaban afilados como naranjas.

—Vamos a entrar —dijo Alaric—. Haulvarn, encárgate de la retaguardia. Que todos los demás nos sigan.

Llevaban ya algún tiempo moviéndose por las profundidades de la colmena e intentaban mantenerse a cubierto siempre que les fuera posible. Alaric estaba seguro de que las patrullas de plataformas gravíticas del Mechanicus los habían detectado en varias ocasiones, pero siempre los habían perdido en medio de la oscuridad que reinaba en aquel mar de desechos. Aparte de unos cuantos sirvientes y de algún que otro servidor extraviado, allí abajo no habían visto nada con vida, ni siquiera insectos; tan sólo huesos y residuos lanzados desde las capas superiores. Sin embargo, no podrían esconderse allí eternamente, pues la fortaleza de datos, si es que aún existía, estaba varios niveles por encima de los cimientos de la colmena. No les quedaba más remedio que subir con la esperanza de que hubiera suficientes pasos entre las diferentes agujas como para que pudieran llegar hasta allí. La construcción de cristal negro por la que ascendían era el primer camino medianamente seguro que habían encontrado.

El interior de la aguja era tranquilo y frío, y estaba horadado por infinidad de túneles, como si fueran vetas de una estructura cristalina. Los tecnoguardias y los Caballeros Grises comenzaron a ascender por el orificio; los miembros de la Tecnoguardia debían tener mucho cuidado para no cortarse con los bordes afilados. Sin ningún esfuerzo, Saphentis se deslizó por el agujero con la ayuda de sus miembros biónicos, llevando a Thalassa con la mano que le quedaba libre.

—Tecnosacerdote —dijo Alaric—. ¿Se encuentra bien?

—Me encuentro plenamente funcional —contestó Saphentis.

—Me refería a usted —dijo Alaric mirando a Thalassa.

—Estoy bien —respondió ella, aunque estaba muy lejos de parecerlo—. No me gustan mucho las alturas.

—Cualquier caída desde una altura superior a seis metros es potencialmente mortal —afirmó Saphentis—. Asumir que el riesgo es mayor cuanto mayor es la altura es irracional.

—¿Sabe en qué punto nos encontramos? —prosiguió Alaric ignorando a Saphentis.

Thalassa consultó la placa de datos.

—Llevamos casi un día avanzando. En línea horizontal estamos más o menos a mitad de camino, pero aún tenemos que ascender mucho más.

El hermano Haulvarn se mantenía en la retaguardia. Haulvarn estaba junto a Alaric desde hacía ya mucho tiempo, desde antes incluso de la captura del inquisidor Valinov, lo que puso a los Caballeros Grises sobre la pista que los llevaría hasta Ghargatuloth. Haulvarn era uno de los hombres más sensatos de Alaric. Era la clase de hombre que uno querría para que le cubriera las espaldas.

—Detrás de nosotros no hay nada —dijo mientras echaba una última ojeada al exterior con el bólter preparado para abrir fuego.

—Bien. Archis, ve delante, no sabemos lo que podemos encontrar aquí dentro.

Saphentis pasó su mano biónica sobre la superficie rugosa y negra de una de las paredes.

—Esto parece material transmisor de datos.

—¿Quiere decir que ahí dentro hay información?

El Adeptus Mechanicus empleaba con frecuencia materiales cristalinos para almacenar grandes cantidades de datos, sin embargo, jamás habían revelado el secreto de esa tecnología tan avanzada.

—Puede ser. Aunque es probable que esté corrompida o incompleta. ¿Thalassa?

Thalassa tocó suavemente la superficie. Unas pequeñas sondas puntiagudas emergieron de la palma de su mano y se introdujeron en el

cristal. Inmediatamente unos destellos de luz comenzaron a extenderse por los circuitos que le cubrían toda la piel, iluminando su rostro y sus manos en medio de la penumbra.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Hawkespur. Se había quitado la capucha de su traje de vacío y Alaric vio que tenía manchas de polución alrededor de su cuello y de su nariz.

—Lo sé, pero el objetivo de esta misión es recabar información, y cuanta más tengamos más posibilidades tendremos de sobrevivir.

Thalassa dejó escapar un grito ahogado, apartó rápidamente las manos de la pared y se detuvo unos instantes para respirar entrecortadamente.

—No queda prácticamente nada —dijo—. Los registros de información están muy dañados. Sólo he podido encontrar unos pocos datos muy elementales, la red local se ha colapsado.

—¿Nada que pueda servirnos de ayuda? —preguntó Hawkespur.

—Bueno… hay una fecha.

—¿Y bien?

—No tiene ningún sentido. La corrupción debe de ser incluso peor de lo que parece. Los archivos temporales están muy dañados. En lo que a este planeta se refiere nos encontramos a finales del cuadragésimo segundo milenio. Eso supone un adelanto de más de novecientos años.

—Esperemos que la fortaleza de datos se conserve en mejor estado —dijo Saphentis.

—Sigamos adelante —añadió Hawkespur.

La fuerza de asalto continuó avanzando a través de los pasadizos horadados en aquella enorme aguja. En varios puntos encontraron sondas plateadas incrustadas en el cristal, como versiones gigantes de las que Thalassa tenía en las manos. También se toparon con caras horribles talladas sobre las paredes, rostros con un solo ojo o con dos bocas, o con rasgos horripilantes que se fundían con la superficie de cristal.

Siguieron moviéndose durante más de una hora, con Thalassa quedándose rezagada en todo momento, hasta que finalmente llegaron a una enorme cámara sostenida por unos muros de cristal sin pulir que se retorcían como las olas de un mar embravecido.

Alaric fue el primero en entrar junto al hermano Archis. Aquella cámara era del tamaño de un hangar y estaba iluminada por una luz azulada proveniente de las paredes. Aquel tenue resplandor hacía resaltar las sombras de los muros haciendo que parecieran un enorme esqueleto luminiscente.

Filas y filas de instrumentos cubrían el suelo casi por completo, las junturas y las partes móviles de toda aquella maquinaria estaban inactivas, cubiertas por una gruesa capa de corrosión.

—Caballeros Grises, adelante, peinad el lugar. Parece que no hay movimiento pero hay muchos lugares donde esconderse.

Saphentis seguía a los marines espaciales al tiempo que examinaba detenidamente toda aquella maquinaria. Se trataba de unos instrumentos estilizados y elegantes, muy alejados de los enormes y pesados artefactos que el Adeptus Mechanicus solía emplear. El tecnosacerdote se arrodilló y sus ojos insectoides dejaron salir unas finas líneas rojas que escanearon la superficie de la máquina que tenía más cerca.

—Fascinante —dijo para sí mismo.

—¿Eso piensa? —preguntó Alaric mientras él y su escuadra seguían buscando seres hostiles por toda la estancia—. Ilústrenos.

—Este instrumento parece ser un autocirujano. Es muy sofisticado, pero nunca antes había visto uno como éste. Parece que está diseñado únicamente para diseccionar, no para llevar a cabo reimplantes.

—Por el Trono de Terra —suspiró Alaric—. ¿Qué estamos haciendo aquí?

Saphentis comenzó a examinar otra máquina, una que tenía un gran recipiente cilindrico de cristal ahumado y varias estructuras dispuestas a su alrededor.

—Aquí es donde debían de ponerse los órganos. —Saphentis extrajo una pequeña sonda de una de sus manos biónicas y emitió varios destellos—. Sí, exacto, hay restos de materia biológica. Aquí era donde los colocaban para diseccionarlos.

La siguiente máquina era una cinta transportadora que ocupaba casi la mitad de la estancia y pasaba entre docenas de anillos de los que salían

pequeños miembros articulados.

—Y después la materia resultante pasaba por aquí y era transformada… en larguísimos filamentos… En músculos, sí, eso es, músculos. —Saphentis se puso en pie y miró fijamente a Alaric—. ¿Lo ve? Cogían a los sirvientes y los sobrealimentaban para después convertir sus proteínas en músculo puro. Esos seres vivientes repletos de partes mecánicas… aquí es donde han sido creados.

—No es más que otra tecnoherejía —dijo Alaric acerbamente—. No me parece que sea algo digno de admiración.

—Juez, había olvidado que usted no es uno de nosotros. Para cualquier tecnosacerdote esto es como una revelación. ¿Es que no lo ve? ¡Este mundo es autosuficiente! Ahora todo cobra sentido. Esto no es un hecho cualquiera. ¿Cómo podría un mundo entero vivir aislado durante un siglo y aun así construir todo esto? ¿Cómo podrían haber construido todo esto sin importar materias primas de otros planetas? Chaeroneia tenía grandes reservas de minerales, pero ningún mundo forja del Imperio podría sobrevivir estando totalmente aislado. Materias primas, mano de obra, alimentos… todo eso debe ser importado, pero no aquí. Aquí han cogido el único recurso que tienen en abundancia y lo han convertido en la base de toda esta ciudad. ¡Sus sirvientes, juez! ¡Humanos! Los humanos se reproducen y crecen por sí solos. Lo que hicieron en este planeta fue provocar un superávit de humanos y coger a los que no necesitaban para fusionarlos con sus máquinas. Muchos magos pecuniae han pasado generaciones enteras intentando averiguar la manera de hacer que un mundo sea autosuficiente. Aquí han resuelto ese problema en menos de un siglo. Resulta algo impresionante.

Alaric miró fijamente a Saphentis.

—Archimagos, parece que admira usted este mundo mucho más de lo que lo odia. La admiración que siente se me antoja como algo muy, muy peligroso.

Saphentis extendió los brazos como si quisiera pedir disculpas.

—Esto es pura herejía, juez. Por supuesto soy más que consciente de ello, y no debería tener que decírselo. Pero resulta evidente que este planeta ha

planteado la solución a problemas que llevan miles de años inquietando al Mechanicus. El Omnissiah desprecia a cualquiera que rehúse comprender el conocimiento cuando lo tiene ante sus propios ojos.

—Bien. Sin embargo, el dios al que yo adoro desprecia al hombre que se deja seducir por los designios del Enemigo. Si estuviéramos en otra situación haría que fuera usted detenido por hereje, archimagos, y tendría que explicar la admiración que siente por este mundo ante la Inquisición. Y eso será exactamente lo que haga tan pronto como salgamos de aquí. Pero si vuelve a decir algo que sugiera que Chaeroneia merece algún respeto haré que la interrogadora Hawkespur lo ejecute aquí mismo.

De pronto los ojos de Saphentis comenzaron a emitir una serie de colores extraños que se sucedían a mucha velocidad.

—Por supuesto, juez —dijo después de una pausa—. Le pido disculpas. Había olvidado que es usted un fervoroso sirviente del Emperador. Acataré cualquier sentencia de la Inquisición, al igual que todos los aquí presentes.

—La cámara está limpia. —La voz del hermano Haulvarn se oyó a través del comunicador.

Alaric volvió a mirar a Saphentis con la esperanza de que el archimagos mostrara algún signo de emoción, pero el tecnosacerdote se mostraba inescrutable.

—Bien —dijo Alaric a través del comunicador—. Dejaremos que los tecnoguardias descansen durante unos minutos y después nos marcharemos de aquí inmediatamente.

—Entendido.

Saphentis continuó examinando toda aquella maquinaria. Alaric vio cómo los tecnoguardias del capitán Tharkk se sentaban en el suelo para reponerse de la fatiga; habían formado un círculo perfecto y todos ellos tenían la cabeza inclinada. Su represión emocional evitaba que sintieran cualquier desánimo o deseo de queja, pero aun así eran vulnerables a la fatiga como cualquier otro humano con mejoras augméticas.

—Usted no confía en él —dijo Hawkespur, que acababa de sentarse junto a Alaric.

—¿Y usted?

—Los interrogadores del Ordo Malleus no confían en nadie, juez.

—No creo que Saphentis haya sido enviado aquí sólo para descubrir qué ha ocurrido en este mundo —continuó Alaric—. Éste es un mundo forja, estoy seguro de que aquí hay infinidad de cosas que al Mechanicus le encantaría recuperar. Estoy convencido de que busca algo más aquí abajo, algo lo suficientemente importante como para arriesgar la vida de un archimagos. Puede que incluso tenga algo que ver con la tecnoherejía que ha arraigado aquí; es evidente que parece muy interesado en ella.

—Puede ser —asintió Hawkespur—. Pero a pesar de eso Saphentis podría resultarnos muy útil, puede proporcionarnos la información que buscamos, pues conoce los sistemas de almacenamiento de datos de este planeta mucho mejor que usted y que yo. Y su escuadra es la mejor oportunidad que tiene para sobrevivir aquí abajo. Él es un tecnosacerdote, juez; son gente tremendamente lógica, y sabe que no le conviene enfrentarse a usted.

Alaric echó una mirada a lo largo de toda la cámara y vio cómo Saphentis llamaba a Thalassa para que lo ayudara a examinar una máquina que parecía tremendamente compleja.

—Puede que si llegamos a esos extremos necesite el apoyo de la autoridad de Nyxos, y aquí abajo esa autoridad reside en usted.

—Por supuesto. Saphentis tendrá que entrar en razón.

Hawkespur tosió y volvió a aclararse la garganta.

—Está usted enferma —dijo Alaric.

—Tumores —contestó Hawkespur—. El aire de este planeta es puro veneno. El personal médico de Nyxos se ocupará de eso tan pronto como salgamos de aquí, pero por el momento lo que más me preocupa es nuestra situación actual, y la fecha…

—¿La fecha? Thalassa ha asegurado que es información corrompida.

—Parece ser que los sistemas de Chaeroneia tienen un desfase temporal de novecientos años, ¿no es así? Bien, puede que no se trate de un error. El tiempo avanza de manera distinta dentro de la disformidad, y creo que ambos sabemos dónde ha estado este planeta durante los últimos cien años.

Aunque a nuestros ojos parezca que ha pasado un siglo, dentro de la disformidad podrían haber transcurrido mil años.

—¿Un milenio? Que Terra nos proteja…

—Eso explicaría la presencia de las nuevas construcciones, la corrupción de los sirvientes y la naturaleza perversa de esta tecnoherejía.

Alaric negó con la cabeza en un gesto de incredulidad.

—Mil años en la disformidad… No resulta extraño que este planeta esté tan enfermo. Pero eso también plantea una pregunta, ¿no es cierto? Si este planeta es autosuficiente y ha sido capaz de sobrevivir en la disformidad durante mil años, ¿por qué volver al espacio real ahora? ¿Por qué regresar siquiera?

—Ésa es la primera pregunta —asintió Hawkespur—. La segunda es qué fue lo que en su momento lo empujó a la disformidad.

* * *

La fuerza de asalto que se movía por las entrañas de aquella aguja envuelta en tejido carnoso era muy pequeña; algo que por otro lado era lógico teniendo en cuenta que tan sólo una nave de pequeño tamaño habría sido capaz de atravesar el campo de asteroides que orbitaban en torno a Chaeroneia. Aquella fuerza estaba compuesta por seis humanos, uno de ellos fuertemente augmetizado (evidentemente se trataba de un tecnosacerdote, uno de los no iluminados) y por una escuadra de seis marines espaciales del Adeptus Astartes. Los distintivos de aquella escuadra no eran muy comunes, pues el color de aquel capítulo era el gris metálico, decorado con un símbolo que mostraba una espada dispuesta sobre un libro y la gran «I» de la Inquisición. En los archivos del capítulo no se conservaba ningún registro histórico del pasado de Chaeroneia como emplazamiento imperial, pero había infinidad de capítulos que podían haber pasado por allí con anterioridad.

Las enormes bestias cogitadoras que habitaban la gran aguja central de Manufactorium Noctis habían perdido el rastro de los intrusos poco después de que aterrizaran en el planeta. Aquellas bestias, cuyos cerebros eran enormes masas palpitantes repletas de circuitos y válvulas de cálculo, se movían impacientes dentro de sus celdas mientras arañaban los muros de metal movidos por la frustración. Poco después, una de las muchas criaturas biomecánicas que patrullaban entre las enormes agujas consiguió detectar a los intrusos de nuevo. En aquel momento las bestias comenzaron a emitir alaridos de excitación y a moverse muy alteradas en el interior de las innumerables celdas que se extendían por todo el laberinto negro y viscoso de las entrañas de la aguja central. Sus cerebros, mitad cultivados, mitad fabricados en las nuevas plantas de bioensamblaje diseminadas por toda la ciudad, eran capaces de filtrar la información y convertirla en datos aislados que les permitían elaborar conclusiones que después transmitían, empleando el código máquina, a los niveles superiores de la aguja.

Aquellas bestias habían llegado a la conclusión de que los intrusos eran miembros del Adeptus Mechanicus que contaban con ayuda del Astartes, y que probablemente habían ido hasta allí para investigar la reentrada de Chaeroneia en el universo físico. Aquello significaba que el Imperio aún existía, al igual que el viejo Adeptus Mechanicus, cuyas creencias pronto serían sustituidas por las verdaderas revelaciones del Omnissiah. Gracias a esas conclusiones las bestias cogitadoras habían sido recompensadas con raciones extra de una pasta espesa y rica en nutrientes obtenida a partir de sirvientes no esenciales, una pasta que caía directamente sobre el suelo mugriento de sus celdas, donde las bestias la engullían con voracidad.

Mucho más arriba, en los aposentos de los tecnosacerdotes que había en los niveles superiores de la aguja, el archimagos veneratus Scraecos revisaba toda aquella información. Hacía ya mucho tiempo que sus procesadores de pensamiento habían dejado de parecerse a cualquier cosa que fuera humana, pues las funciones cognitivas de cualquier ser humano resultarían insuficientes para asimilar las revelaciones que el Omnissiah había hecho al tecnosacerdocio de Chaeroneia hacía miles de años. Letanías interminables en código máquina pasaban sin cesar por su mente, imágenes de los

intrusos, su localización en relación con las diversas construcciones de Manufactorium Noctis, la localización exacta de miles de tecnosacerdotes, unidades de sirvientes, servidores de combate…

—Hemos vuelto a establecer contacto con los intrusos —dijo aquel ser llamado Scraecos.

Sus palabras fueron inmediatamente transformadas en código máquina y transmitidas a través de las terminaciones nerviosas que integraban la red de comunicaciones de la aguja central.

—Bien.

Ésa fue la respuesta descodificada por los impulsos conceptuales de los cientos de tecnosacerdotes que se encontraban en la aguja.

—Tú, Scraecos, has sido elegido responsable de la resolución de esta eventualidad, y las santas revelaciones del Dios Máquina te conceden permiso para adoptar la individualización de conciencia durante la duración de la tarea que te ha sido asignada.

—Alabado sea el Omnissiah. Me convertiré en un único ser si así Él lo desea —contestó Scraecos.

De pronto, las terminaciones nerviosas que tenía a su alrededor quedaron desactivadas tras la orden de los tecnosacerdotes y Scraecos se convirtió de nuevo en una criatura individual. Sus sentidos dejaron de estar integrados en la red sensorial de la aguja y el tecnosacerdote quedó tumbado en su celda, sumergido en líquido amniótico y dentro de un saco carnoso que protegía sus circuitos neuronales. La finísima piel que cubría sus ojos biónicos se levantó y, de pronto, recuperó la vista, permitiéndole ver un mundo que se extendía mucho más allá de su campo de visión. Volvía a sentir su propio cuerpo, una masa pesada e inútil que envolvía su cerebro. Accionó sus mecadendritas y acto seguido salió de aquel fluido y puso los pies sobre el suelo húmedo y resbaladizo.

Ya no estaba conectado. Ahora tendría que comunicarse con los demás tecnosacerdotes mediante medios convencionales.

—Individualidad adquirida —dijo en voz alta.

Las terminaciones nerviosas de las paredes recogieron las ondas sonoras y las convirtieron en datos. Su unidad vocal era muy incómoda y le resultaba

algo tremendamente extraño. Innumerables recuerdos, si es que aquello podía compararse a algo tan humano como los recuerdos, comenzaron a inundar su mente: sus años de servicio al Imperio, el amanecer de su iluminación cuando el avatar del Omnissiah se reveló ante sus ojos y los años pasados en la disformidad mientras Chaeroneia se convertía en la visión perfecta ideada por el mismo Omnissiah.

—Bien —fue la respuesta—. Posees la experiencia necesaria para hacer cumplir la voluntad del Dios Máquina. Expón tus intenciones más inmediatas.

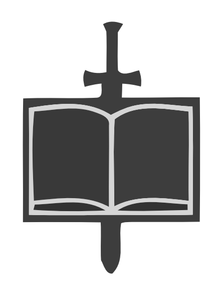
—Tal y como me ha comunicado el Castigador, solamente hay una acción compatible con la santidad de este planeta y con los principios del Adeptus.

—Expon esa acción.

—Matarlos a todos.

Scraecos sintió cómo todo el peso de su forma física caía sobre él. Mucho tiempo atrás había sido un guerrero formidable, y su cuerpo aún era una máquina tremendamente eficaz, lo que significaba que seguía siendo un asesino eficiente. Entonces recordó la sensación cálida que le producía la sangre cuando salpicaba las pocas partes biológicas que le quedaban, y sintió levemente varias emociones humanas, como la sed de sangre o la euforia. Cuando acabara su trabajo, Scraecos volvería a librarse de todas aquellas sensaciones y se convertiría de nuevo en un ser racional ante los ojos del Omnissiah.

Sí, Scraecos podía matar, pero en Chaeroneia había asesinos mucho más eficientes que él. Su primera tarea consistiría en reunirlos a todos, buscándolos en los rincones más recónditos del planeta, y darles a oler el rastro de su nueva presa.



NUEVE

Si no conoces a tu enemigo no podrás ganar la batalla, pero si lo conoces demasiado, la derrota será doble.

Gran almirante Ravensburg,
Máximas Navales, vol. IX

—Munición preparada —dijo el oficial jefe de artillería mientras el contraalmirante Horstgeld entraba en el puente—. Estamos listos para disparar previo aviso de quince minutos.

—Excelente —contestó Horstgeld.

El puente bullía de agitación. Hacía mucho que la *Tribunicia* no disparaba sus baterías y Horstgeld ya casi había olvidado lo que se sentía al ver el peligro tan cerca. En aquellos momentos, tan sólo la artillería y los torpedos imperiales se interponían entre la bondad del Imperio y la depravación del Enemigo.

Era un sentimiento agradable. Precisamente era la razón por la que Horstgeld estaba en la galaxia.

—¡Predicador! —gritó el contraalmirante con efusividad—. ¿Qué es lo que el Emperador requiere de nosotros?

—¡Obediencia y Fe! —fue la respuesta que salió de los perspicaces labios del predicador, que hablaba desde lo alto del pulpito—. ¡Rebelémonos contra la muerte!

Si a la tripulación del puente no le gustaba la costumbre de Horstgeld de pedir constantemente al predicador que pronunciara oraciones, desde luego no mostraba el menor signo de ello. Los oficiales de navegación intentaban organizar aquel caótico montón de naves y convertirlo en una flota de combate. Los sistemas de comunicaciones no dejaban de transmitir órdenes entre las diferentes naves que estaban bajo el mando de Horstgeld. Los ingenieros mantenían los reactores de plasma a máxima potencian y preparados para efectuar cualquier tipo de maniobra en la órbita baja de Chaeroneia, y el personal de artillería estaba disponiendo los enormes torpedos en las cubiertas de fuego. La *Tribunicia* era vieja pero aún tenía mucho que decir; ya había vivido incontables batallas y estaba deseosa por vivirlas de nuevo.

Pero muy pocos tripulantes sabían lo que Horstgeld acababa de contemplar: el tamaño de la flota enemiga.

El contraalmirante hizo una pausa para inclinarse ante la imagen del Emperador que coronaba la pictopantalla. En aquellos momentos el monitor mostraba un mapa de la órbita de Chaeroneia que indicaba la posición de las diferentes naves de la flota imperial sobre la nebulosa de asteroides que envolvía aquel mundo. La máscara dorada del Emperador refulgía sobre todo el puente, como instando a la tripulación a trabajar aún más duro en Su nombre, pues Él también velaba por el bienestar de la humanidad desde el Trono Dorado de Terra.

—Danos la fuerza para superar nuestras debilidades —oró Horstgeld—. Emperador, presérvanos.

—¿Comandante? —Stelkhanov se puso a la altura de Horstgeld—. Puede que los archivistas de la nave hayan encontrado una coincidencia.

—¿Tan pronto? Pensaba que tendríamos que recurrir al mando del segmentum en Kar Duniash.

—Parece que han encontrado algo en las crónicas de Ravensburg sobre la guerra Gótica. La nave más grande de la flota que se aproxima emite

varias señales energéticas recogidas por el *Ius Bellum* durante la batalla de Gethsemane. —Stelkhanov le dio a Horstgeld una hoja repleta de lecturas procedentes del sensorium—. Las probabilidades de que la valoración sea incorrecta son muy bajas.

—Que el Trono nos proteja —murmuró Horstgeld—. Es el *Forjador de Infiernos*.

—¿Señor?

—¡Comunicaciones! Pónganme inmediatamente con el comisario de flota Leung. Y muestren nuestros refuerzos en la pantalla.

La imagen de la pantalla cambió para mostrar los detalles y perfiles de todas las naves que habían respondido a la llamada de Horstgeld y habían pasado a engrosar la flota imperial que orbitaba sobre Chaeroneia.

—¿Qué demonios es esto? —dijo muy enfadado mientras se daba la vuelta para mirar hacia la sección de comunicaciones. Allí, varios tripulantes ocupaban sus puestos mientras transmitían infinidad de órdenes a toda la flota a través de las redes de comunicaciones internas—. ¡Les pedí naves de guerra! ¡Se suponía que el mando del subsector nos enviaría todo lo que tuviera!

—Éstas son las únicas que estaban disponibles —contestó la jefe de comunicaciones Kelmawr, una mujer pequeña y fuerte que se había ganado los galones después de diversas operaciones de desembarco durante la Crisis Rhanna.

Horstgeld se volvió de nuevo hacia la pantalla.

—La *Piedad*… Eso… es una nave de peregrinos. ¡Por el amor de Terra!, si prácticamente no tiene ni un solo torpedo. ¡Y la *Epicuro* es un maldito navio de recreo!

—Ha sido reformada —afirmó Kelmawr—. El Administratum la confiscó y la convirtió en un mercante armado…

—Póngase en contacto con Kar Duniash. Dígales que tenemos una crisis en toda regla. Si el mando del segmentum no puede ayudarnos, entonces estamos completamente solos.

Horstgeld se sentó en su puesto de mando cubriéndose el rostro con las manos. Aquello no era suficiente. Puede que fueran capaces de detener a un

crucero de combate, precisamente lo que era el *Forjador de Infiernos*, pero no a toda una flota. Especialmente después de que aquel crucero fuera visto por última vez en la guerra Gótica bajo el mando del mismísimo señor del Caos, Abaddon.

El Caos, el Enemigo. Horstgeld no podía decírselo a la tripulación, pero la esencia misma de la corrupción estaba representada por buques como el *Forjador de Infiernos*. Chaeroneia ya no era la única amenaza moral a la que se enfrentaban.

—¿No ha recibido buenas noticias, contraalmirante?

Con toda aquella actividad Horstgeld ni siquiera se había dado cuenta de que Nyxos estaba sentado a su lado, con el rostro casi completamente oculto bajo la capucha de su hábito.

—Toda esa flota está al servicio del Caos —respondió Horstgeld—. Su buque insignia es el *Forjador de Infiernos*. En Gethsemane lideró un ataque que mató a…

—Yo también he leído a Ravensburg, Horstgeld. Sospecho que en la Inquisición nos enseñan bastante más historia que en la Armada.

—La cuestión es que no tenemos las naves suficientes para plantarles cara.

—¿Acaso sugiere que deberíamos abandonar Chaeroneia?

Horstgeld miró directamente a los ojos de aquel anciano. No le gustó nada lo que veía en ellos. El contraalmirante no se creía todas aquellas historias estrafalarias que se contaban de los inquisidores, fervorosos sirvientes imperiales dispuestos a cualquier cosa, incluso a destruir planetas enteros, pero también sabía que la autoridad de un inquisidor se imponía sobre cualquier otra, y que eran hombres y mujeres que no mostraban la menor misericordia con aquellos que se rendían ante los enemigos del Emperador.

—Por supuesto que no —dijo—. Pero aquí hay poco que podamos hacer.

—Puede que no sea necesario hacer tanto. ¿Han restablecido las comunicaciones con Alaric y con Hawkespur?

Horstgeld negó con la cabeza.

—La tripulación está trabajando en ello, pero hay demasiadas interferencias. La polución de la atmósfera es tal que sería muy difícil enviar cualquier tipo de mensaje a la superficie, pero con ese campo de asteroides resulta imposible.

—¿Y la *Ejemplar*!

—La magos Korveylan tampoco ha tenido suerte.

—¿De veras? Pensaba que en el Adeptus Mechanicus no creían en la suerte. Tengo entendido que el comisario Leung se encuentra en la *Ejemplar*.

—Así es.

—Bien. Confío en que los esfuerzos de Leung combinados con los míos propios conseguirán convencer a Korveylan de que establecer contacto con Alaric debe ser su principal prioridad. ¿Podrán aguantar sin mí durante un par de horas?

—Sí, pero puede que necesitemos su autoridad para solicitar más refuerzos al mando del segmentum.

—Veré qué puedo hacer a ese respecto, pero debe usted comprender que mi prioridad es descubrir qué ha ocurrido en Chaeroneia. Si conseguimos esa información puede que no sea necesario desencadenar ningún tipo de enfrentamiento.

Horstgeld sonrió amargamente.

—Me temo que eso no va a ocurrir, inquisidor. Chaeroneia esconde algo que el Enemigo necesita, y está dispuesto a pasar por encima de nosotros para conseguirlo. No vamos a permitir que lleguen a ese planeta sin plantarles cara.

Nyxos se levantó y se alisó el hábito con las manos.

—En eso tiene razón. Pero yo tengo mis prioridades. Solicitaré una lanzadera y un par de hombres armados en caso de que Korveylan no se muestre dispuesta a colaborar.

—Por supuesto. Inquisidor…, quizá podamos retener al enemigo durante algún tiempo y retrasar su aterrizaje, pero poco más. Tengo muy claro que usted representa la voluntad del Emperador y estoy dispuesto a sacrificar esta flota si lo considera necesario, pero creo que el tiempo que debemos esperar por los que están ahí abajo tiene un límite.

—A no ser que yo le diga lo contrario, considere usted que el Emperador le ordena que alcance ese límite. Jamás he dudado en hacer todo lo posible para aplastar a los enemigos del Emperador, y no aceptaré menos por parte de todos aquellos que estén bajo mi autoridad. Y ahora, si no le importa, prepare una lanzadera.

Horstgeld se levantó e hizo el saludo de la Armada. Probablemente sería la última vez que hablara con Nyxos cara a cara y quería que pareciera lo más formal posible.

—Cuando llegue a la cubierta de lanzamiento lo estará esperando. Deséenos suerte, inquisidor.

—La Inquisición tampoco cree en la suerte, Horstgeld, el Emperador nos protege.

Dicho eso, Nyxos salió del puente. En aquellos momentos el inquisidor parecía un hombre mucho más diligente de lo que hacía pensar su aspecto viejo y jorobado. Horstgeld sabía que la magos Korveylan debería estar en el mismo bando que el resto de la flota, tanto si le gustaba como si no. Eso por lo menos significaba que el Enemigo debería esforzarse un poco más para atravesar la línea defensiva y llegar hasta la superficie de Chaeroneia.



El cielo estaba repleto de unos enormes artefactos planeadores, como grandes mantas raya que volaban entre las capas más bajas de las nubes de polución. En el suelo se veían serpientes metálicas que se retorcían y se deslizaban en grandes charcas que refulgían con el brillo multicolor procedente del aceite que contenían. Había colonias de hongos compuestas de óxido vivo, insectos de metal pequeños y brillantes que parecían juguetes mecánicos correteando como cucarachas en busca de fragmentos de acero que devorar. Hubo un tiempo en el que Chaeroneia era un típico mundo forja, con una flora y una fauna endémicas prácticamente inexistentes, pues resultaba imposible que nada sobreviviera a causa de la contaminación; pero

mil años de corrupción habían dado lugar a un ecosistema biomecánico único, donde innumerables criaturas pseudomecánicas se reprodujeron como si se tratara de colonias de insectos.

Thalassa guiaba a la fuerza de asalto por las zonas menos densamente pobladas. Una docena de ciudades habían sido erigidas sobre el manufactorium original, y cada una de ellas había visto cómo determinadas zonas prosperaban mientras que otras quedaban abandonadas. Los intrusos avanzaban a través de cavernas formadas por restos fosilizados de criaturas biomecánicas, cuevas serpenteantes horadadas por sus enormes cráneos, o entre charcas hediondas de un líquido refrigerante que caía desde alguna central de energía que había muchos niveles por encima de sus cabezas. Aparte de algunos sirvientes y servidores convictos, habían conseguido evitar encontrarse con cualquier habitante de la ciudad. Sin embargo, Alaric podía sentir cómo cientos de ojos artificiales los vigilaban, y estaba convencido de que alguien en aquella ciudad conocía su localización exacta. Habían visto patrullas de plataformas de artillería por todas partes, y gracias a sus muchos años de entrenamiento Alaric supo encontrar el mejor modo de ocultarse en cada momento. De hecho, daba la impresión de que su instinto se había transmitido al resto de la tropa, pues incluso el archimagos Saphentis parecía moverse como un soldado.

A lo largo de su viaje habían visto innumerables cosas. Desde las enormes agujas de cristal que tanto abundaban en aquel planeta hasta un enorme monstruo con la piel de color gris brillante que nadaba en un río de sangre negra. También se toparon con una criatura similar a una enorme araña que se abría paso entre las torres dejando tras de sí unas enormes tiras viscosas que acto seguido se solidificaban formando puentes. Chaeroneia era como una exhibición interminable de maravillas oscuras y misteriosas, pues a la vuelta de cada esquina aguardaba algo nuevo y terrible.

El viaje estaba resultando tremendamente arduo y difícil. Cada vez con más frecuencia Tharkk solicitaba que se detuvieran para descansar y evitar así que sus tecnoguardias murieran a causa del cansancio. Cuando atravesaban algún terreno especialmente difícil, los miembros de la escuadra de Alaric tenían que transportar a la tecnosacerdote Thalassa. Había algo en

el metabolismo de la interrogadora Hawkespur que no había reaccionado bien ante la exposición a la gran cantidad de toxinas, y en su garganta y pulmones habían empezado a aparecer tumores que hacían que respirara con dificultad y que tuviera que detenerse constantemente para escupir mucosidades viscosas. Los Caballeros Grises eran expertos en primeros auxilios a pie de campo, y Saphentis era un excelente cirujano, pero el caso de Hawkespur no tenía remedio. Sin unas instalaciones médicas totalmente equipadas, la interrogadora no aguantaría más de una semana. La propia Hawkespur no había dicho nada; había sido educada en una de las mejores academias navales y era lo suficientemente inteligente y valerosa como para no permitir que su muerte interfiriera en el cumplimiento de su deber.

—Ya deberíamos estar muy cerca —dijo Hawkespur al final del tercer día. Caminaban por un mar de desechos que se extendía entre dos enormes fábricas que se alzaban como gigantescos esqueletos oscuros—. Deberíamos descansar, probablemente esa fortaleza de datos esté vigilada y no nos conviene que los tecnoguardias estén exhaustos cuando lleguemos allí.

—Da la impresión de que usted tampoco se encuentra muy bien —comentó Alaric. Aunque Hawkespur se había puesto el casco, el Caballero Gris podía ver sus ojos rojizos a través del visor.

—Un breve descanso tampoco me sentaría mal —admitió a regañadientes.

—No nos será de mucha ayuda si está muerta, interrogadora. He oído que era usted la mejor tiradora de Hydraphur.

—Sólo gané una competición, juez.

—A mí me parece más que suficiente. —Alaric se volvió para escudriñar el terreno que tenían a su alrededor. Los niveles inferiores de la factoría que tenían más cerca parecían abandonados y podían ser un escondite perfecto. Aquél era un buen lugar para descansar antes de acometer el tramo final del viaje a través del valle de centrales de datos que los llevaría hasta su destino—. Mis marines espaciales sólo necesitan una hora de semisueño. Nosotros montaremos guardia. Dígale a Tharkk que comunique a sus tecnoguardias que pueden descansar, y que Thalassa haga lo mismo.

Hawkespur miró a su alrededor.

—¿Dónde está Thalassa?

Alaric también la buscó con la mirada. Vio a sus marines espaciales diseminados por aquella zona, con Lykkos vigilando la retaguardia; también vio a Tharkk y a los pocos tecnoguardias que quedaban con vida en el centro junto con el archimagos Saphentis, pero no había rastro de Thalassa.

El terreno estaba completamente cubierto de desechos y escombros, y había infinidad de lugares en los que Thalassa podría haber caído y no ser vista.

—¡Maldición! —gruñó Alaric—. La necesitamos. —Acto seguido sacó el comunicador—. Caballeros Grises, necesito saber si mantenemos contacto visual con la tecnosacerdote Thalassa.

Las runas que comenzaron a parpadear transmitieron una respuesta negativa.

—Yo la ayudé a atravesar el campo de escombros que cruzamos hace un par de kilómetros —contestó el hermano Cardios—. Pero no he vuelto a verla desde entonces.

—¡Capitán Tharkk! —gritó Alaric.

El oficial de la tecnoguardia se acercó apresuradamente.

—¿Juez?

—¿Está Thalassa con ustedes?

—Negativo, juez. No hemos recibido orden de ayudarla.

—No podemos perder tiempo buscándola —dijo Hawkespur.

—Lo sé —contestó Alaric—. Tharkk, que sus hombres busquen refugio en la fábrica. Hawkespur, vaya con ellos. Descansen un poco. Caballeros Grises, peinad la zona en un radio de medio kilómetro, después regresad y retomad la guardia. Yo permaneceré aquí. —Se acercó hasta el archimagos Saphentis, quien, sin inmutarse, seguía sentado sobre una pieza de maquinaria oxidada—. Archimagos, usted es responsable de Thalassa.

—Era una de mis subordinadas. Vigilarla no era mi cometido. Había una gran diferencia.

—¿Era? Habla como si ya estuviera muerta.

—¿Acaso cree que no lo está?

Alaric se dio la vuelta y comenzó a avanzar con paso firme hacia la fábrica. Probablemente Saphentis tenía razón, eso era lo más grave de todo. Desde el momento en que se estrellaron sobre la superficie de Chaeroneia Alaric se dio cuenta de que aquel planeta tenía maneras de acabar con ellos sin que ni siquiera se percataran, pero no podían permitirse el lujo de perder a Thalassa; Saphentis podría desempeñar algunas de sus funciones, pero no era un experto en datos.

El archimagos era el responsable de Thalassa, y eso era lo que más preocupaba a Alaric. La tecnosacerdote se había mostrado horrorizada ante la corrupción de Chaeroneia, pero Saphentis no había mostrado el menor signo de repulsión. De hecho, parecía estar impresionado por cómo aquel planeta había reinventado el credo del Mechanicus. Si Thalassa había empezado a sospechar que Saphentis no estaba en aquel planeta para servir al Imperio sino para llevar a cabo alguna otra actividad, ¿acaso habría tenido el archimagos algún reparo en acabar con ella? Probablemente no. Cuanto mayor era el rango menos humano era un tecnosacerdote, y Saphentis era nada menos que un archimagos y le quedaba muy poco de humano.

Alaric vio cómo el tecnosacerdote recogía inocentemente del suelo un fragmento de metal oxidado y lo incineraba con una llama que salía directamente de una de sus manos biónicas, contemplando cómo se elevaba un fino hilo de humo negro. La fuerza de asalto necesitaba ahora a Saphentis más que en cualquier otro momento. Si Alaric se enfrascaba en un cruce de acusaciones y lo tachaba de asesino y traidor, probablemente Saphentis desaparecería en las oscuras entrañas de aquella ciudad y los Caballeros Grises serían incapaces de dar con él. Alaric ni siquiera sabía si sería capaz de plantarle cara a Saphentis en combate directo, ya que los dispositivos augméticos de combate del archimagos eran formidables y el Caballero Gris no sabía hasta qué punto podrían llegar.

Saphentis también sabía todo eso. Sabía muy bien que Alaric no podría arreglárselas solo. Si las peores sospechas de Alaric eran ciertas, Saphentis estaría utilizando a los Caballeros Grises y a los hombres de Tharkk como guardaespaldas mientras él intentaba descubrir el secreto oculto de Chaeroneia, y lo peor de todo era que Alaric debería permanecer a su lado

con la esperanza de tener instinto suficiente como para saber en qué momento Saphentis estaría a punto de traicionarlos. Eso era lo que menos le gustaba de todo aquello, las maquinaciones, las traiciones encubiertas que parecían empapar todo lo que la Inquisición tocaba. Hubo un tiempo en el que él mismo pensaba que organizaciones como el Mechanicus y la Inquisición actuaban como una sola al servicio del Emperador, pero cada día que pasaba tenía más claro que no eran más que otra manera que tenía la humanidad de luchar contra sí misma en lugar de concentrarse en el Enemigo.

Al menos los Caballeros Grises se mantenían al margen. Ellos sí que eran uno, devoto y de espíritu noble. Y ésa era la cualidad que les permitiría salir adelante. ¡Los traidores serían condenados!

—Aquí Haulvarn —sonó una voz procedente del comunicador—. Aquí no hay nada, pero daremos una última batida.

—Entendido. Yo me ocuparé del primer turno de guardia; que todos duerman un poco. Hemos sufrido una baja y lo que nos espera será muy duro.

Bajo el crepúsculo polvoriento de Chaeroneia, Alaric miró las siluetas de las armaduras de los marines espaciales que se acercaban caminando sobre los escombros. Los Caballeros Grises eran unos de los mejores guerreros de la galaxia, y aun así estaban a merced de aquel planeta, aislados, solos y sin información. Sin embargo, resultaba un consuelo para Alaric pensar que ya se habían visto en una situación similar cuando se enfrentaron a Ghargatuloth, y entonces no dudaron lo más mínimo a la hora de cumplir con su deber. Incluso si Chaeroneia conseguía finalmente acabar con ellos, no había duda de que le costaría un tremendo esfuerzo.

Sin embargo, aunque los Caballeros Grises pudieran retrasarlo un poco, el fin se acercaba inexorablemente. Thalassa había muerto, de eso no cabía duda. Seguramente habría caído en una de las muchas grietas del terreno o habría sido devorada por algún depredador. Si el arma más efectiva del Enemigo era sembrar la confusión y la desconfianza entre las líneas de las fuerzas imperiales, resultaba evidente que estaba teniendo éxito.

* * *

Sumergida en el espeso mercurio que llenaba el depósito de datos, la criatura que una vez fue el archimagos veneratus Scraecos volvió a sentir la patética debilidad de sus partes biológicas. Allí dentro el dolor resultaba insoportable y sentía un intenso frío provocado por el contacto del metal líquido con las pocas partes carnosas que aún le quedaban, como los filamentos de piel que tenía entre los implantes augméticos. Hacía ya mucho, mucho tiempo que Scraecos había dejado de lado temores tan humanos como la claustrofobia o el miedo a morir ahogado, de modo que en aquel depósito de datos no sentía nada de eso. Sin embargo, resultaba muy impactante comprobar lo lejos que debía llegar antes de alcanzar una sintonía completa con el Dios Máquina.

Por supuesto, únicamente su parte más humana y ancestral tenía aquella sensación. Pero ese resquicio cada vez estaba más enterrado por su nuevo ser, pues la lógica pura del plan del Omnissiah no dejaba espacio para preocupaciones como el miedo o el sufrimiento.

Las mecadendritas conectadas al rostro de Scraecos comenzaron a moverse en el líquido en que estaban sumergidas formando haces filamentosos. De los extremos de aquellos tentáculos salieron varias sondas que recogieron la información contenida en el depósito. Scraecos vio la silueta de Manufactorium Noctis dibujada por la percepción lógica de su mente. Agujas y cimientos repletos de cámaras y túneles o redes de pasadizos que se extendían entre las torres. Unas criaturas biomecánicas enormes y viscosas se arrastraban por las entrañas de la ciudad inundándola con su energía bioeléctrica y con los productos que emanaban de sus cuerpos. Vio las fábricas en las que se creaba a los sirvientes y en las que, una vez agotada su vida útil, se los descomponía para que pasaran a formar parte de los materiales biomecánicos que daban forma y vida a la ciudad.

Una parte de Scraecos se admiró ante el impresionante desarrollo que habían conseguido alcanzar a lo largo del último milenio. Pero eso, por

supuesto, no era más que un pequeño e insignificante resquicio que aún flotaba en medio de un mar de lógica. El resto de Scraecos se limitaba a absorber información, a desechar la que no era útil y a concentrarse en el resto.

Los programas de caza puestos en marcha por Scraecos eran tremendamente exigentes; requerían el empleo de muchos más sirvientes que de costumbre, y los activos biológicos que se les estaban implantando les proporcionarían mucha más independencia. Receptores de datos completamente autosuficientes, los programas de caza eran incansables y voraces, dejando incluso de lado las necesidades primarias dictadas por la lógica durante la implacable búsqueda de sus presas. Pero, por supuesto, también tenían debilidades. Aunque Chaeroneia estaba repleta de material transmisor de datos, como las enormes estructuras de cristal negro o el metal líquido de los depósitos, aún quedaban zonas del planeta muy alejadas de cualquier medio de transmisión. Aquello significaba que los programas cazadores no podrían moverse con total libertad, pues sólo podían actuar en lugares en los que había un medio adecuado para ellos.

En su mente, Scraecos vio todo el sistema de datos de Chaeroneia. Unas enormes torres de cristal refulgían sobre las tinieblas, entre las que se incluía la antigua fábrica de sirvientes que los intrusos habían abandonado hacía muy poco tiempo. Las placas de datos de los tecnosacerdotes que supervisaban los trabajos en las factorías también refulgían en su mente emitiendo breves destellos de luz. Un cazador también podría moverse por ese medio si fuera necesario. Muchos de esos mismos tecnosacerdotes también aparecían iluminados en su mente, pues algunos de los augméticos más comunes entre los supervisores de Manufactorium Noctis consistían en enormes órganos de almacenamiento de datos.

En el horizonte, entre la enorme aguja central y el resto de la ciudad, se extendía un enorme espacio brillante en el que había miles de recovecos que podrían ser escondites perfectos para los cazadores, pero al tecnosacerdocio de Chaeroneia le interesaba mucho mantener a los intrusos tan alejados de allí como fuera posible, de modo que no era una buena opción.

Scraecos se concentró especialmente en las zonas más propicias de la ciudad para que sus programas de caza actuaran con mayor eficacia. Acto seguido sincronizó las transmisiones de datos enviadas por tecnosacerdotes, servidores con sensorium y todas las criaturas biomecánicas de Manufactorium Noctis. Una única corriente receptiva discurría por el interior de aquel depósito de datos envolviendo miles de filamentos y convirtiéndolos en un largo cordón palpitante que se retorcía como una serpiente.

Scraecos dispuso sus mecadendritas alrededor de ese cordón como si fueran los tentáculos de algún depredador de las llanuras abisales. A continuación sus miembros mecánicos extrajeron varias sondas y la corriente de información comenzó a fluir a través del tecnosacerdote, que tuvo que abrir al máximo sus órganos receptivos para poder procesar toda la información procedente de los millones de criaturas y máquinas receptoras.

Muy pocos tecnosacerdotes de Chaeroneia habrían sido capaces de soportar aquello. Y muchos menos aún podrían gestionar los programas de caza. Ésa era la razón por la que el tecnosacerdocio lo había elegido a él.

Porque en algún punto de su interior sabía dónde se escondían los intrusos.

Millones de imágenes de Chaeroneia desfilaban por la mente de Scraecos, que tuvo que aumentar el ritmo de sus procesadores cerebrales para poder ordenarlas de manera correcta. Hordas de sirvientes trabajando sobre enormes motores que vomitaban columnas de vapor; símbolos sagrados proyectados sobre las nubes; interminables letanías que narraban las revelaciones del Dios Máquina; tecnosacerdotes entonando alabanzas al Omnissiah desde las agujas de los templos, emitiendo oraciones en código máquina en las que se alababa al Gran Comprendedor, quien había comunicado a los tecnosacerdotes de Chaeroneia sus revelaciones a través del avatar que se les había aparecido hacía ya más de mil años.

Todo aquello era magnífico, pero no era lo que Scraecos buscaba.

El tecnosacerdote se centró en las tierras baldías que se extendían entre las agujas, en las que los intrusos pensarían que podrían estar a salvo de los millones de ojos que tenía aquella ciudad. Eran capas y capas de historia

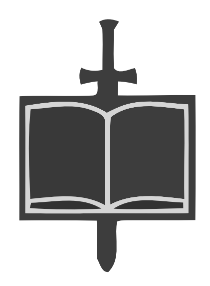
olvidada, desechos y escombros devorados por la corrosión que tanto se había demonizado por la tradición del viejo e ignorante Adeptus Mechanicus. Pero el Dios de las Máquinas era también el Dios de la Herrumbre. Scraecos tenía eso muy claro, al igual que el resto de Chaeroneia, de modo que aquellos lugares eran tan sagrados a los ojos del Omnissiah como cualquier templo nuevo y reluciente. Scraecos buscó entre los callejones y las entrañas más oscuras de la ciudad, en los cementerios oxidados donde yacían titánicas criaturas biomecánicas y en las llanuras azotadas por el viento sobre las que volaban grandes seres alados en busca de sus presas.

Fue precisamente allí donde una de aquellas criaturas vio algo: varios humanos con unas enormes armaduras decoradas con los tonos grisáceos de los marines espaciales se movían por Manufactorium Noctis. Las imágenes transmitidas por aquella criatura estaban tomadas desde mucha altura, pero no cabía duda, eran ellos. Avanzaban en formación acompañados de varios humanos sin armadura y de lo que parecía ser un tecnosacerdote del viejo Mechanicus.

Perfecto. Se movían como soldados; aún creían que su pensamiento militar podría vencer a la implacable inteligencia de la casta sacerdotal de Chaeroneia. Scraecos estableció su ubicación exacta.

Era evidente hacia dónde se dirigían. Se encaminaban hacia un lugar que en la mente de Scraecos se percibía como un punto casi cegador debido a la enorme cantidad de datos que contenía, un lugar en el que los cazadores podían desenvolverse con total facilidad para abalanzarse sobre cualquier cosa que pudiera saciar su voracidad. Y era evidente que allí esa voracidad quedaría plenamente saciada.

En algún lugar oculto en lo más profundo de su personalidad, Scraecos esbozó una sonrisa. El resto de él, la gran masa lógica que constituía la mayor parte de su intelecto, se limitó a ordenar a los programas de caza que salieran de la aguja central y que cruzaran Manufactorium Noctis en busca de sus presas.



DIEZ

Un demonio puede existir bajo infinidad de formas, pero en todas ellas hay algo idéntico. Todo demonio es una mentira a la que se ha dotado de cuerpo, pues sólo una criatura hecha de falsedad puede tomar forma en la verdad del universo.

Lord inquisidor Coteaz,
en el Cónclave de Deliae

—Hemos llegado —dijo Alaric cuando alcanzaron a la entrada del valle.

—Esto no me gusta nada —dijo Haulvarn, que avanzaba junto a él—. Aquí abajo cualquiera podría tendernos una emboscada.

Tenía razón. Aquel valle era como una gran cicatriz abierta entre la enorme arquitectura de la ciudad. Tenía una profundidad de varias docenas de pisos y estaba rodeado por unos muros de la misma sustancia cristalina y negra con la que estaban construidas las agujas. Unos enormes bloques de ese cristal, como monolitos de obsidiana, cubrían todo el fondo del valle. Si algo se ocultaba en lo alto de aquellos acantilados, los Caballeros Grises y la Tecnoguardia constituirían un objetivo tremendamente fácil, pues avanzaban por el fondo del valle en dirección a la enorme estructura cilindrica que constituía la fortaleza de datos.

—Entonces tendremos que avanzar rápido —contestó Alaric—. Lykkos, continúa vigilando la parte más alta de los acantilados, eres el único con la visión lo suficientemente desarrollada. Que todos los demás se mantengan unidos y sigan avanzando. Probablemente nos estarán esperando.

En las profundidades del valle soplaba un viento cortante, un viento tan frío como los muros de cristal que se alzaban a ambos lados. Con sorpresa, Alaric se dio cuenta de que los desechos sobre los que caminaban eran partes de antiguos servidores; cráneos oxidados, armazones metálicos o piezas de acero mugriento que una vez sirvieron para recubrir extremidades humanas. Alaric no tenía ninguna duda de que las partes biológicas de aquellos servidores, probablemente elegidos de entre los sirvientes menos útiles, habían sido extraídas y empleadas para crear las aberraciones biomecánicas que proporcionaban energía a gran parte de la ciudad. Los restos mecánicos, servos y exoesqueletos, habían terminado allí abajo.

Era cierto que el Imperio no daba demasiado valor a la vida del individuo, pero al menos los humanos eran sagrados ante los ojos del Emperador, y sus muertes, sin importar lo numerosas que fueran, eran vistas como sacrificios inevitables. Sin embargo, en Chaeroneia la vida humana no era más que combustible.

—Las lecturas que estoy recibiendo son muy contradictorias —dijo Saphentis mientras miraba el auspex que tenía acoplado al brazo—. Cerca de aquí hay fuentes de energía muy poco habituales.

Alaric sintió que algo comenzaba a arañar su núcleo psíquico, el escudo de fe que mantenía su mente a salvo de las depravaciones del Enemigo. Una sensación que se hacía más y más fuerte conforme avanzaban por el valle. Había algo que estaba probando sus defensas, algo que se había apostado en torno a la atalaya que protegía su mente y que empezaba a clavar las uñas en su superficie.

Los protectores hexagrámicos y pentagrámicos tallados en la ceramita de su armadura comenzaban a calentarse. De pronto empezó a oír un susurro, un sonido silbante y casi imperceptible que parecía pronunciar su nombre una y otra vez.

—¿Alguien más ha oído eso? —preguntó.

—¿Oír qué? —dijo Hawkespur.

Algo se movió en el interior del cristal de uno de los acantilados, como si una criatura estuviera nadando bajo aquella capa de hielo negro. Era eso a lo que se refería la advertencia que Alaric acababa de percibir.

Sus protectores se sobrecalentaron y sintió cómo algo enorme pero inexplicablemente incorpóreo lo levantaba del suelo y lo lanzaba contra uno de los muros. El cristal se resquebrajó e infinidad de pequeñas esquirlas se clavaron en su armadura. Alaric cayó al suelo intentando con todas sus fuerzas no soltar la alabarda. De pronto oyó un grito tan fuerte que pareció convertirse en un muro de sonido que atravesó su cuerpo y se instaló en lo más profundo de su mente.

En seguida comenzaron a sonar disparos, generando destellos rojizos que volaban en todas direcciones.

Una mano fría y espectral salió del muro contra el que Alaric acababa de golpearse, lo agarró por el cuello y lo levantó del suelo. No se trataba de algo físico, no era carne ni hueso, tampoco era metal. Tras el cristal, Alaric vio una especie de rostro que ni siquiera era tal cosa, pues estaba formado por una mezcla de formas geométricas que se fusionaban para dar forma a unos colmillos retorcidos y unos ojos ardientes y amoratados.

—*¡Domine salve nos!* —susurró Alaric.

En aquel mismo instante el muro psíquico que protegía su mente se iluminó abrasando las garras de aquella criatura con el fuego de su fe. El monstruo profirió un alarido y soltó a Alaric antes de replegarse y volver a la oscuridad del muro.

—¡Tharkk! ¡Que sus hombres se organicen en formación cerrada! ¡Caballeros Grises, rodeadlos!

Infinidad de criaturas irreales comenzaron a descender por los muros que rodeaban el valle saltando de un bloque de cristal a otro. La primera en llegar al suelo levantó a uno de los tecnoguardias y comenzó a devorarlo. La represión emocional de aquel hombre no fue suficiente para mitigar el tremendo dolor que debió de sentir al ser retorcido y lanzado por los aires por la masa informe que formaba el cuerpo de aquella criatura. Fue descuartizado miembro a miembro mientras trozos de piel y fragmentos de

hueso volaban por los aires. Todo aquel proceso no duró más de unos cuantos segundos, pero el tiempo pareció discurrir mucho más despacio, como si Chaeroneia quisiera que aquel hombre sufriera tanto como fuera posible antes de acabar con su vida.

Tharkk se dirigió hacia el centro del valle junto con los dos tecnoguardias que quedaban acompañados por Saphentis. Los Caballeros Grises formaron un círculo en torno a ellos mientras abrían fuego intentando abatir a aquellas criaturas. Eran unos seres endiabladamente rápidos y con unas garras que salían de sus cuerpos formando ángulos imposibles; sus rostros eran como destellos de una luz abrasadora como trazos horripilantes pintados sobre la realidad. Los componían infinidad de formas retorcidas que sólo podían haber sido creadas por un conocimiento matemático totalmente corrompido, y parecían moverse entre los muros de cristal negro que rodeaban el valle como si fueran corrientes eléctricas.

Los protectores de Alaric intentaban absorber gran parte de aquella magia maligna. Todos los Caballeros Grises tenían las mismas defensas, y aquellas criaturas las odiaban. Aquellos seres retrocedían ante la presencia de los marines espaciales, pues la fuerza de su fe era suficiente como para deformar la infrarrealidad en la que se movían.

Las criaturas no cesaban de chillar y de retorcerse, y de sus cuerpos salían colores cada vez más extraños a medida que se aproximaban a los Caballeros Grises. Cada vez estaban más cerca, y parecían volverse aún más rápidas y agresivas progresivamente, como si aquel primer ataque no hubiera sido más que una prueba.

—¡No podemos quedarnos aquí! —gritó Hawkespur.

Había desenfundado el arma y no cesaba de disparar. Los proyectiles abrían unos enormes orificios en los cuerpos de aquellas criaturas.

Alaric debía pensar rápidamente. Hawkespur tenía razón. Podrían resistir allí algún tiempo, pero no aguantarían eternamente. Cada momento que pasaba las criaturas estaban más y más cerca; dentro de muy poco tendrían a su alcance a los Caballeros Grises y podrían arrastrarlos a su terreno, consiguiendo así que los tecnoguardias quedaran desprotegidos.

Tenían que moverse, tenían que llegar hasta la fortaleza.

—Hermano Archis —dijo Alaric alzando la voz por encima de aquel estruendo inhumano—. Creo que a nuestros compañeros de la tecnoguardia no les vendrían mal unas palabras de apoyo.

—¿Juez? —Archis hizo una pausa y por un instante dejó de disparar chorros de fuego con el incinerador para mirar a Alaric.

—Cuéntales la parábola del Gran Maestre Ganelon. He oído que la cuentas muy bien.

Archis volvió a apuntar e incineró a otra de aquellas criaturas, dejando unos horribles estigmas de color morado oscuro sobre su cuerpo.

—«Hubo una vez un hombre llamado Ganelon —comenzó Archis con tono dubitativo—. Uno de los grandes maestres de nuestro capítulo. Él…»

—Como se narra en el *Index Beati* del gran capellán Greacris, hermano Archis, yo mismo te enseñé esta parábola.

—Por supuesto. —Archis hizo una pausa durante un momento, como si quisiera retomar la compostura—. «De modo que buscad reflejaros, novicios, en las obras de Ganelon, quien obtuvo el rango de Gran Maestre doscientos cincuenta y un años después de ser ordenado Caballero. Pues las legiones del Dios del Placer habían sembrado el terror a lo largo de toda la nebulosa de Garon, y las Santas Órdenes de la Inquisición del Emperador suplicaron a los Caballeros Grises que desataran la guerra sobre los ignorantes pueblos que allí residían…»

Archis conocía aquella parábola de memoria. Alaric había entonado infinidad de plegarias en incontables ocasiones, e incluso los más nuevos de la escuadra, Archis incluido, se tomaban muy en serio su salud espiritual. Alaric se había asegurado de elegir una parábola que Archis conociera perfectamente, de modo que pudiera transmitir a la escuadra aquel mensaje inmortalizado por el gran capellán Greacris hacía ya más de ocho siglos.

Mientras Archis hablaba, Alaric hizo una señal a la escuadra para que avanzaran. La voz del marine se volvía más y más fuerte a medida que iba relatando aquella parábola tan familiar. Los Caballeros Grises y la Tecnoguardia se abrían camino por el fondo del valle mientras las criaturas huían a su paso.

La fuerza de los Caballeros Grises no residía en su equipo, ni en su entrenamiento, ni en los implantes augméticos ni en el mecenazgo del Ordo Malleus. Su fuerza era la fe. Y eso era lo que les permitiría sobrevivir allí abajo. Era la única arma que el Enemigo jamás podría contrarrestar.

—«Y así Ganelon contempló los horrores engendrados por el Dios del Placer —continuó Archis elevando la voz sobre los chillidos de las criaturas —. Pero los secuaces del Dios del Placer eran crueles y muy numerosos, hasta que Ganelon quedó completamente rodeado de hechiceros y herejes, y aquellos que los conocían aseguraron que se enfrentaba a una muerte segura.»

Las horribles criaturas que tenían a su alrededor ardían envueltas en llamas, pues las palabras de Archis las abrasaban. Sin embargo, algunas de ellas incluso llegaron a poner a prueba las defensas psíquicas de los Caballeros Grises, pero en cuanto sus garras entraban en contacto con ellas se retorcían de dolor y proferían unos terribles alaridos. Cuando caían aturdidas, los demás Caballeros Grises podían disparar contra ellas haciendo que los proyectiles bólter perforaran la materia pseudofísica de sus cuerpos. Muy pronto, bajo la superficie de cristal de aquellos acantilados comenzaron a verse infinidad de criaturas de cuyas heridas emanaban cálculos matemáticos corruptos y ensangrentados.

—La fortaleza de datos está muy cerca —dijo Alaric—. Ya casi hemos llegado.

—Si estas cosas se mueven a través de los materiales transmisores de datos —apuntó Hawkespur mientras intentaba abrirse paso entre los desechos para mantenerse junto a la Tecnoguardia—, ahí dentro se volverán mucho más fuertes.

—Yo me ocuparé de eso, usted encárguese de mantenerse con vida.

—«Y el Señor Hechicero del Dios del Placer le habló a Ganelon —prosiguió Archis—. Y le prometió grandes cosas. El Señor del Placer le daría a Ganelon todo aquello que deseara, sin importar lo mundano o lo hermoso que fuera. Le prometió una vida de gloria a cambio de su servicio. Y la magia del hechicero le mostró a Ganelon todo lo que el Dios del Placer podía ofrecerle, y eran regalos ciertamente maravillosos…»

Alaric levantó la vista y vio varias plataformas gravíticas que se disponían a aterrizar sobre la fortaleza de datos. En aquel momento comprendió que encontrarían mucha resistencia, aunque siempre lo había sabido. Sin embargo, ahora estaba preparado. Los Caballeros Grises estaban listos, pues ésa era la clase de batalla para la que habían sido creados.

—«Pero Ganelon habló con el Lord Hechicero. Le habló del peso del deber que llevaba consigo y de la oportunidad que le había sido otorgada por gracia del Emperador para desempeñar esa tarea. Y le dijo al Lord Hechicero: "¿Qué puede haber en este universo, o en cualquier otro, que pueda compararse con la gloria del deber cumplido de un guerrero? ¿Qué presente podría recibir que aplacara la humillación de abandonar la tarea que el Emperador me ha encomendado?". Y el Lord Hechicero no fue capaz de encontrar respuesta alguna, de modo que sus engañosas palabras resultaron no ser más que mentiras y toda su magia se derrumbó sin remedio. Ganelon le cercenó la cabeza de una sola estocada y así la Nebulosa de Garon volvió a ser bañada por la cálida luz del Emperador…»

Archis casi había terminado. La escuadra había conseguido llegar a la fortaleza de datos y se disponía a ascender por los primeros escalones de una enorme escalinata que llevaba hasta el gran rectángulo negro que constituía la entrada. El edificio era un grandísimo cilindro vertical, su superficie de obsidiana palpitaba debido a la magnitud de la información que contenía. Alaric podía sentir el peso de todo aquel conocimiento, información recopilada a lo largo de miles y miles de años que ejercía una presión insoportable sobre su conciencia. Información, la piedra fundacional del Adeptus Mechanicus y, presumiblemente, la sangre que discurría por las venas de la herejía que había enraizado en Chaeroneia.

Las criaturas se mostraban muy recelosas, ocultas tras la superficie negra de cristal o disueltas en vagas sombras que acechaban en la distancia. La parábola de Archis había funcionado, concentrando la fe de los Caballeros Grises hasta abrasar a sus enemigos.

—¿Qué clase de demonios son esas criaturas? —preguntó Hawkespur mientras avanzaban con precaución hacia la entrada.

—Programas autoejecutables —contestó Saphentis—. Estructuras de datos con una capacidad de decisión limitada. Parece evidente que el Mechanicus las ha dotado de capacidad para manipular la gravedad y la materia. Creaciones altamente heréticas, por supuesto.

—¿Creaciones? No, archimagos. Esas cosas no han sido creadas por ningún tecnosacerdote.

—¿Le importaría explicarse con más claridad, juez?

—Reconozco a los demonios en cuanto los veo. Este planeta ha estado inmerso en la disformidad durante mil años. Creo que esos demonios han infectado los sistemas de almacenamiento y transmisión de datos y los tecnosacerdotes los están utilizando. —Alaric miró fijamente a Saphentis—. Este planeta está más corrompido de lo que usted cree. Hechicería, y sabe el Trono qué más.

—Entonces corremos un grave peligro.

—Se equivoca de nuevo. Al principio todo en este mundo era nuevo para mí. El Mechanicus, las tecnoherejías… cosas para las que nuestro entrenamiento nunca nos ha preparado. Pero los demonios son algo diferente, algo que conozco muy bien. Probablemente estos tecnosacerdotes piensen que sus demonios son la mejor arma de que disponen, pero nosotros hemos dedicado toda nuestra vida a combatirlos. Esta batalla acaba de inclinarse a nuestro favor.

Los Caballeros Grises guiaron a la fuerza de asalto a través de la imponente entrada, y todo el peso de la información cayó sobre Alaric cuando sus pupilas se abrieron para adaptarse a la tenue luz que reinaba allí dentro. El interior de la fortaleza era un caos de formas horripilantes. Su adusto exterior servía para contener infinidad de estructuras amenazantes de cristales de datos, cientos de agujas y hojas que sobresalían por todas partes formando ángulos imposibles. Era algo tremendamente desconcertante, los ángulos no eran lógicos y las distancias no parecían reales, era como si todo lo que había en el interior se percibiera desde una docena de puntos de vista diferentes. Colores extraños emanaban de aquellas estructuras cristalinas mientras los tecnodemonios parecían acechar desde el interior de los propios muros.

—Se están reagrupando —dijo Alaric—. ¡Saphentis! Consíganos información. Concéntrese en los datos históricos de los últimos mil años.

—¿Mil? Pero tan sólo han pasado cien años…

—¡Haga lo que le digo! Haulvarn, Archis, quedaos donde estáis, el resto cerrad el perímetro, no dejemos que nos rodeen.

Alaric intentó calcular hasta dónde llegaba el espacio operacional de aquel edificio. Resultaba imposible saber hasta qué punto podría llegar una persona a pie. Allí había algo que no encajaba en absoluto con los parámetros normales de la realidad, y Alaric temía que sus hombres pudieran perderse sin importar el tamaño real de aquella estancia. Era como si la magnitud de la información contenida en aquella fortaleza fuera tal que su peso hubiera conseguido rasgar el tejido de la realidad haciendo que se combara y se retorciera.

Los demonios estaban allí. Podía sentirlos a través de los protectores de su armadura, a través de su piel y alrededor del núcleo de su alma, agazapados, vigilantes, esperando. Esperando algo.

Además, infinidad de tecnosacerdotes estaban en camino con sus plataformas gravíticas repletas de refuerzos. Saphentis tendría que darse prisa, pues tenían que salir de nuevo al exterior aunque debieran moverse por el valle bajo el fuego enemigo. Alaric sabía que no sería fácil, pero sus posibilidades se reducían a cada segundo que pasaba.

—Saphentis, ¿qué ha averiguado?

Saphentis tenía los dos brazos provistos de sondas incrustados en el cristal; los servos de sus articulaciones gemían a medida que los torrentes de información fluían a través de su cuerpo.

—Interesante —dijo—. Hay muchísima información, pero carezco de las matrices de filtración de datos que tenía Thalassa. Necesitaré unos minutos.

Resultaba tan evidente que no disponían de aquellos minutos que Alaric ni siquiera se molestó en decirlo.

El cristal se iluminaba con tonalidades extrañas, colores que ni siquiera estaban en el espectro visible. Los protectores de Alaric comenzaban a sobrecalentarse. El Caballero Gris miró al resto de su escuadra; Lykkos tenía una mano sobre una copia diminuta del *Liber Daemonicum* que siempre

llevaba en un compartimento de la placa pectoral. Alaric hizo lo mismo y comenzó a murmurar una oración para rogar al Emperador que le concediera la claridad y la firmeza necesarias en medio del fragor del combate.

—¡Todos a mí! —gritó el hermano Cardios—. ¡Ya vienen!

De pronto se produjo una explosión de fuego bólter y Alaric se volvió justo a tiempo para ver cómo algo levantaba al hermano Cardios y lo lanzaba contra el techo de cristal negro levantando una lluvia de esquirlas oscuras. Una mano gigante y espectral soltó al marine cuando una oleada de fuego cayó sobre ella; los destellos de los disparos iluminaron a una enorme criatura mientras los proyectiles impactaban en su cuerpo irreal. Su descomunal cabeza, similar a la de un perro, dejaba salir ríos de fuego púrpura, y sus ojos eran como pozos humeantes y negros. Todo su cuerpo bullía con cálculos matemáticos corrompidos, sus ángulos y formas se retorcían y se entremezclaban unas con otras de tal manera que resultaba imposible concentrarse en un punto concreto; los Caballeros Grises sólo podían apreciar su magnitud y su imponente fuerza.

Era un demonio enorme. Todos los tecnodemonios parecían haber fusionado sus poderes individuales para formar una única criatura que no se viera afectada por las plegarias de los Caballeros Grises.

Dvorn lanzó un grito y se dirigió a la carrera hacia el lugar que había ocupado Cardios momentos antes; al llegar allí lanzó un golpe tan fuerte con el martillo némesis que perforo la sustancia irreal del cuerpo de aquella criatura dejando salir un espeluznante reguero de cálculo corrompido. El demonio lanzó un alarido y desplegó una enorme garra con la que aplastó a Dvorn contra el cristal. La grieta abierta por el Caballero Gris dejó salir una nube de chispas de energía justo antes de que una enorme pata saliera de la masa deforme de aquel demonio y golpeara el suelo como si de un pistón industrial se tratara.

Todo aquel que aún tenía capacidad para disparar estaba abriendo fuego; toda la fuerza de asalto se había dispuesto en torno a Saphentis en formación cerrada. Tanto el capitán Tharkk como sus dos tecnoguardias tuvieron que aunar sus fuerzas para arrastrar de vuelta al hermano Cardios. Dvorn les

estaba haciendo ganar unos segundos muy valiosos. El Caballero Gris rodó por el suelo al tiempo que disparaba sobre la parte baja de aquel demonio, y acto seguido golpeó con el martillo en el vientre de la criatura intentando desgarrarle las entrañas.

El demonio se retorció de dolor pero no se detuvo. Rápidamente se desplazó a un lado e intentó dirigirse hacia el muro de cristal. Sus enormes heridas se cerraron y nuevos y extraños colores volvieron a emanar de su cuerpo.

Los demonios que habían infectado las superficies transmisoras de datos también eran responsables de haber proyectado a aquella criatura hacia el exterior, al igual que habían hecho con los demonios cazadores cuando los hombres de Alaric atravesaban el valle. Allí eran mucho más fuertes, pero también eran vulnerables, ya que se centraban en abrirse paso a través de los Caballeros Grises para llegar hasta Saphentis, pues era él quien había invadido sus dominios.

Alaric empuñó con fuerza la alabarda némesis y se arrodilló intentando hundir la hoja en el suelo de cristal.

—¡Yo soy el martillo! —gritó—. ¡Soy la punta de Su lanza! ¡Soy el guante que cubre Su puño!

Sintió cómo los demonios se alejaban de él abrasados por la ira que emanaba de la hoja. Los demonios odiaban aquella sensación, y Alaric sabía muy bien cómo hacerles daño.

El enorme demonio se detuvo, inclinó la cabeza hacia atrás y lanzó un alarido mientras de su boca salían torrentes de información pura como si de chorros de sangre se tratara. Aprovechando esa circunstancia, Lykkos dio un paso hacia adelante, apoyó una rodilla en el suelo y efectuó tres disparos con el cañón psíquico hacia la garganta de aquella bestia. Los proyectiles destrozaron la cabeza del demonio esparciendo restos de su espectral cerebro por todo el techo de la cámara. El monstruo se retorció y todos los Caballeros Grises abrieron fuego sobre él. Archis accionó el sistema de ignición de su incinerador y dejó salir una lengua de fuego que abrasó las patas de la criatura.

—¡Contemplad el destino de los blasfemos! —gritó Alaric, que había decidido cambiar de plegaria, ya que notaba que los demonios que lo rodeaban estaban intentando encontrar el modo de resquebrajar su fe—. ¡Pues toda alma se aproxima hacia la atalaya del Señor de la Humanidad! ¡Contemplad el destino de los infieles, pues toda alma ha nacido para creer!

De pronto un tremendo dolor se apoderó de Alaric, abrasándole los dedos y los músculos de los brazos mientras sostenía con fuerza la alabarda. Estaba enfrascado en un combate que enfrentaba su propia fuerza de voluntad con la de aquellos demonios, y no estaba dispuesto a rendirse, pues no había nada en aquella galaxia o en cualquier otra que pudiera vencer la fuerza de voluntad de un Caballero Gris.

El hermano Haulvarn vio cómo el demonio se retorcía y rápidamente corrió hacia él para clavar la hoja de su espada directamente en sus fauces. Dvorn lanzó un terrible golpe con el martillo sobre el costado de la bestia, lo que hizo que cayera de lado. En ese mismo instante Haulvarn se subió sobre ella y, lleno de ira, la apuñaló con la espada mientras la sangre multicolor que manaba de sus muchas heridas salpicaba toda la armadura del Caballero Gris.

Los tecnodemonios debían concentrarse en repeler el ataque espiritual lanzado por Alaric y al mismo tiempo mantener a su creación en pie. No consiguieron hacer ambas cosas a la vez y su criatura cayó bajo las estocadas de Dvorn y de Haulvarn. A continuación, el resto de la escuadra abrió fuego sobre su cuerpo malherido. Finalmente, produciendo un terrible sonido que Alaric deseó no volver a oír jamás, el demonio se deshizo, incapaz de mantenerse en el espacio real, y la masa informe de luz y color de la que se componía su carne demoníaca se diluyó en el interior del cristal, haciendo que su silueta desapareciera completamente de la realidad.

Alaric se dejó caer al suelo. Las imágenes de miles de tecnodemonios aún refulgían en sus retinas.

—Ha caído —declaró Hawkespur.

—No nos queda mucho tiempo —afirmó Alaric mientras se ponía en pie. Sus guanteletes de ceramita estaban enrojecidos a causa del calor y la

hoja de la alabarda némesis estaba completamente teñida de negro. Dirigió la vista hacia Saphentis—. ¿Archimagos?

—He encontrado todo lo que he podido. Es información incompleta y corrompida, pero no está exenta de valor.

—Bien. Tharkk, manténganse cerca del archimagos y de Hawkespur.

El capitán Tharkk esbozó un leve saludo militar. Sólo le quedaban dos tecnoguardias, pero Alaric sabía que la supresión emocional y el condicionamiento del Adeptus Mechanicus les permitirían luchar hasta el final.

Haulvarn se puso en pie y ayudó a Dvorn. Ambos estaban cubiertos de una sustancia espesa y multicolor, como si fuera aceite de máquina.

—¿Heridas? —preguntó Alaric.

—Nada —contestó Haulvarn.

—Tampoco yo —continuó Dvorn.

—¿Cardios?

—Tengo algunas heridas, pero nada grave —contesto el hermano Cardios, que estaba apoyado de espaldas contra el cristal. Su placa pectoral tenía unas profundas hendiduras y su generador dorsal había quedado destrozado.

—Tenemos contacto —advirtió Lykkos—. Están muy cerca y aproximándose.

—¡Por el Trono de Terra! —exclamó Alaric con resignación—. Retirada. Tenemos que tomar el valle.

—Si están apostados en lo alto de los acantilados resultaremos un blanco muy fácil —apuntó el capitán Tharkk—. Y además están los demonios.

—Exacto, ya sabemos lo que nos aguarda, de modo que en marcha.

De pronto comenzaron a sonar unos disparos que hicieron saltar miles de esquirlas al impactar en el cristal. Lykkos se volvió justo cuando una ráfaga de fuego pesado caía sobre él.

—¡A cubierto! —gritó Alaric. Aunque no tendría que haberse molestado. Tanto los Caballeros Grises como la Tecnoguardia se echaron al suelo mientras los disparos llovían desde todas partes. Por encima de aquel

estruendo, Alaric pudo oír órdenes en código máquina emitidas por uno de los tecnosacerdotes.

El cristal comenzó a deformarse. Produciendo un ruido como el de miles de vidrios rompiéndose a la vez, comenzaron a abrirse nuevos orificios en los muros. Los marines espaciales y la Tecnoguardia se pusieron a cubierto detrás de los numerosos afloramientos de cristal o en las irregularidades del terreno, intentando protegerse lo mejor que podían del fuego que llovía desde todas partes. Alaric hizo lo mismo, y entonces pudo vislumbrar a los servidores de combate. Sus pequeñas cabezas estaban dotadas de sistemas de detección de objetivos y sus corpulentos torsos sostenían grandes ametralladoras o cañones automáticos que no cesaban de disparar en todas direcciones.

La potencia de fuego disminuyó cuando la fuerza de ataque se colocó en posición. El fuego de contraataque era poco potente y desordenado; los tecnoguardias disparaban sus rifles láser, pero la mayoría de los Caballeros Grises prefirieron ahorrar munición en lugar de desperdiciarla disparando contra objetivos que ni siquiera podían ver y de los que desconocían su número exacto. Alaric vio los pálidos cuerpos de los sirvientes y a los servidores que acechaban entre las sombras y se apostaban tras los afloramientos de cristal, probablemente preparándose para un asalto a gran escala.

—Saphentis —susurró Alaric—. ¿Ha conseguido descargar un plano de este lugar?

—Tal plano no existe —respondió el archimagos—. La disposición de este lugar depende de los deseos del tecnosacerdote que esté al mando en cada momento.

—Entonces, ¿cómo vamos a salir de aquí?

—Si consiguiéramos tener acceso a los protocolos necesarios podríamos reformar esta estructura y crear una salida en la dirección que más nos convenga.

—¿Podremos conseguir ese acceso?

—No.

Alaric sintió que algo se movía detrás de él. Se dio la vuelta justo a tiempo para ver cómo en el muro que tenía a su espalda se abría un túnel como si de una enorme boca se tratara; la enorme silueta de un servidor de combate se abalanzó sobre él: uno de sus brazos era un enorme cañón automático y el otro estaba equipado con unas terribles sierras mecánicas.

—Ven conmigo —dijo a través del transmisor vocal insertado en su cadavérico rostro. Aquel servidor se encontraba en una posición inmejorable para masacrar a toda la escuadra de Alaric bajo el fuego de su cañón automático.

—¿Por qué? —preguntó el Caballero Gris.

-Porque yo puedo ayudarte —contestó el servidor.

—Eso no son más que mentiras.

—Entonces destrúyeme.

Alaric lanzó una ráfaga de fuego bólter directamente a la cabeza del servidor. Su cerebro, el órgano que controlaba sus funciones motoras, quedó completamente destruido y el servidor se desplomó sobre uno de los muros del túnel.

Acto seguido algo más comenzó a moverse, pero esta vez era algo mucho más pequeño; una pequeña y esquiva criatura similar a un escarabajo. Tenía unas brillantes mandíbulas mecánicas y docenas de patas articuladas, e inmediatamente comenzó a perforar el afloramiento de cristal tras el que Alaric se escondía.

—Mátanos a todos si es lo que quieres —dijo con una voz débil que Alaric apenas fue capaz de oír—. Pero nosotros podemos ayudarte.

—¿Cómo? —Alaric intentaba descubrir qué clase de criatura era aquélla. Probablemente sería un espécimen más de la fauna biomecánica de Chaeroneia o algún artefacto artificial dedicado a limpiar y mantener la fortaleza. Fuera como fuere, no debería hablar con esa criatura.

—Ya lo hice antes, en aquella aguja. ¿Acaso crees que fue la gracia del Emperador lo que os salvó a todos?

Alaric no sabía qué pensar. Podría tratarse de algún truco, quizá fuera un engaño ideado por el tecnosacerdote que estaba al mando o por los propios tecnodemonios. Pero incluso si se trataba de una trampa, resultaba

prácticamente imposible que los Caballeros Grises pudieran resistir otro ataque del Mechanicus, sobre todo después de los daños que les habían infligido los tecnodemonios. En situaciones como aquélla, el liderazgo consistía en la capacidad para tomar decisiones rápidas y llevarlas hasta sus últimas consecuencias, y en aquel momento Alaric decidió que sería mejor caer en una trampa que dejar que el Mechanicus los masacrara en sus escondites.

—¿Qué debo hacer? —preguntó.

—Mantenlos ocupados.

Alaric se volvió hacia Saphentis, que estaba agazapado, intentando protegerse, y rodeado por los dos tecnoguardias.

—Diga algo, Saphentis.

El archimagos dirigió sus ojos compuestos hacia Alaric; su extraño rostro intentaba dar la impresión de que no estaba sorprendido.

—¿Y qué se supone que debo decir, juez?

—Ofrézcales un trato.

—Como ha repetido en varias ocasiones, es usted quien da las órdenes.

Saphentis movió la cabeza hacia atrás y comenzó a emitir un mensaje agudo y chirriante en código máquina. Se produjo una pausa y los disparos cesaron. Acto seguido se produjo una respuesta codificada en infinidad de ceros y unos procedente de algún lugar oculto en aquel laberinto de cristal.

—¿Qué les ha dicho? —preguntó Alaric.

—Les he dicho que depondríamos las armas si aceptaban que entráramos en su tecnosacerdocio y nos iniciaban en su nueva versión del Culto Mechanicus.

—¿Y cuál ha sido su respuesta?

—Se han reído de nosotros.

Los servidores de combate empezaron a avanzar de nuevo. Sus pasos, sincronizados y acompasados, hacían crujir el cristal bajo sus pies. Alaric se aventuró a echar un vistazo fuera de la seguridad de su parapeto y pudo ver por lo menos a cinco de ellos, equipados con diversas variantes de armas pesadas y acompañados de un séquito de sirvientes listos para aniquilar a los Caballeros Grises en cuanto salieran de sus refugios. El cristal se había

deformado dando lugar a una enorme galería en la que los servidores y los sirvientes podrían desplegar varias líneas de ataque.

Oculto en las tinieblas que dominaban el fondo de aquella galería se hallaba el tecnosacerdote que estaba al mando. La parte superior de su cuerpo estaba cubierta de láminas de cristal transmisor de datos, como si fueran las planchas de una armadura o las articulaciones de un reptil de obsidiana, y lo que deberían ser sus piernas era una masa de tentáculos mecánicos. En torno a su cuerpo brillaba débilmente una aura resplandeciente: un campo de energía, lo que significaba que si alguno de los disparos de los Caballeros Grises o de los tecnoguardias llegaba hasta él, probablemente lo repelería sin problemas.

—Caballeros Grises, que cada uno se encargue de un servidor —dijo Alaric a través del comunicador—. De izquierda a derecha, Haulvarn, Dvorn, Archis, Lykkos y después yo mismo. Cardios, quédate atrás y ocúpate de los sirvientes con tu incinerador. ¿Entendido?

Las runas del visor de Alaric parpadearon indicando que los Caballeros Grises habían recibido el mensaje. No es que se tratara de un plan perfecto, pero al menos les haría ganar algunos segundos, tal y como Alaric había prometido.

El servidor que Alaric tenía más cerca apuntó directamente hacia el Caballero Gris con el lanzamisiles que tenía montado en uno de sus brazos. Si abría fuego destrozaría el afloramiento de cristal tras el que se ocultaba, lo que haría que quedara expuesto, y probablemente le causaría heridas de extrema gravedad.

De pronto el servidor se dio la vuelta y disparó directamente sobre los sirvientes que tenía detrás.

La tremenda explosión hizo saltar por los aires miles de esquirlas de cristal afiladas como cuchillas y trituró los cuerpos del grupo de sirvientes que avanzaban detrás del servidor. Acto seguido, otro servidor hizo exactamente lo mismo y disparó su cañón automático en dirección a la parte de atrás de la galería, originando una nueva masacre entre los sirvientes que se movían en las tinieblas. El tecnosacerdote emitió un nuevo mensaje en código máquina y las propias fuerzas del Mechanicus comenzaron a

intercambiar disparos. Los proyectiles bólter de los sirvientes intentaban contrarrestar las armas pesadas de los servidores.

—¡Permaneced a cubierto! —gritó Alaric mientras el eco de los disparos recorría toda la galería. Una tremenda explosión lanzó el cuerpo de uno de los servidores por los aires, que acabó cayendo junto a la posición que ocupaban los Caballeros Grises, quienes observaron ver que la armadura que le protegía el torso estaba calcinada y que de sus unidades motoras salían varias columnas de humo.

De pronto, el servidor giró la cabeza y miró a Alaric.

—Seguidme—dijo.

El suelo de cristal que tenía debajo se combó y se deformó alterando la estructura de la fortaleza y creando una enorme depresión en la que podía verse la boca de un túnel.

—¡Moveos! —dijo Alaric a través del comunicador, y a continuación se dirigió hacia la abertura.

Algunos de los sirvientes consiguieron descubrirlo en medio de la confusión, y justo cuando corría hacia el túnel un disparo impacto directamente sobre la hombrera de su armadura. El resto de los Caballeros Grises avanzaban tras él. Uno de los tecnoguardias lanzó un alarido, probablemente el primer signo de emoción que había mostrado en toda su vida, cuando recibió un disparo en el estómago y cayó de bruces al suelo. Hawkespur y Saphentis avanzaban justo detrás de él, mientras Tharkk y el único tecnoguardia que quedaba intentaban proteger al archimagos.

El servidor, del que no cesaba de salir humo, se arrastró hacia el interior del túnel seguido por Alaric. Aquella galería se iba horadando conforme el servidor avanzaba, perforando como un taladro los cimientos de la fortaleza. Los Caballeros Grises avanzaban justo detrás; Archis arrastraba a Saphentis mientras el fuego que llovía del exterior era cada vez más y más intenso.

Tharkk fue el último en entrar en el túnel, respondiendo al fuego de los sirvientes que disparaban desde la parte de atrás de la galería. Nada más entrar, Alaric se dio la vuelta justo a tiempo para ver cómo el tecnosacerdote de la fortaleza se dirigía hacia el capitán montado en una plataforma gravítica, una estructura que había conseguido ocultar bajo la masa de

mecadendritas que formaba la parte inferior de su cuerpo. Aquel ser extendió los brazos y emitió una maldición en código máquina. Las placas de cristal que cubrían sus miembros se elevaron dejando ver una piel negra y putrefacta. Esas mismas placas comenzaron a girar alrededor de él mientras repelían los disparos de Tharkk.

Finalmente, las planchas de cristal volaron hacia el capitán de la Tecnoguardia, rodeándolo y cortándolo en láminas horizontales.

La entrada del túnel se cerró justo antes de que el cuerpo triturado del capitán Tharkk cayera al suelo. De pronto el sonido de los disparos comenzó a oírse más y más distante, envuelto en los gritos de rabia que el tecnosacerdote comenzó a emitir en código máquina.

El servidor continuaba avanzando. Los muros del túnel eran grisáceos y sin brillo, como si el cristal del que se componían estuviera enfermo o muerto. Alaric se volvió para comprobar cuántos lo habían conseguido: su escuadra, Hawkespur, Saphentis y un tecnoguardia, el único que quedaba con vida. Aceleró el paso hasta ponerse a la altura del servidor, que seguía avanzando por el túnel sin haberse inmutado lo más mínimo por la muerte de Tharkk.

—¿Qué eres? —preguntó Alaric.

—Todo a su debido tiempo —contestó el servidor. Su voz temblaba como si su transmisor vocal empezara a fallar.

Hawkespur se puso junto a Alaric; aún tenía la pistola en la mano.

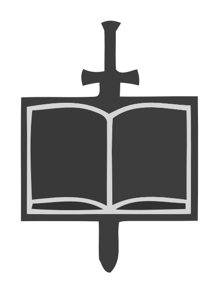
—Juez, ¿qué ha pasado ahí fuera?

—Creo que tenemos un aliado —contestó Alaric.

—¿Quién ? ¿Un servidor?

—No creo que se trate de algo tan simple. Pero pronto lo descubriremos.

Alaric guiaba a la fuerza de asalto a través de las entrañas de Chaeroneia, y a medida que avanzaban por el túnel, éste se iba cerrando detrás de ellos. Poco a poco aquel planeta se los estaba tragando. O bien había algún lugar seguro más allá de Manufactorium Noctis o Alaric estaba llevando a su escuadra directamente hacia una trampa mucho peor que aquella de la que acababan de escapar.



ONCE

Cuando el Gran Maestre Ganelon oyó las palabras del demonio ya no hubo necesidad de que siguiera escuchando. Pues las palabras del Enemigo no son más que mentiras; incluso aquellas que son ciertas las pronuncia buscando el engaño.

Parábola de Ganelon,
recogida por el capellán Greacris en su Index Beati

—Viejos amigos —dijo Urkrathos mientras caminaba por el puente de mando del *Forjador de Infiernos*.

Los demonios que controlaban aquella nave miraron a su capitán llenos de un odio tan puro que parecía manar a través de sus ojos, formando gotas negras y ardientes de pura aversión. Había un total de cuarenta y ocho demonios engarzados en el puente de mando del crucero de combate *Forjador de Infiernos*, cada uno de ellos indefectiblemente ligado a uno de los muchos aspectos de aquella nave mediante ritos atávicos más antiguos que la propia humanidad, y todos ellos debían obedecer todas y cada una de las órdenes de Urkrathos.

El puente de mando era una galería alargada, con el techo bajo y dominada por un calor infernal en la que flotaba un hedor que parecía

provenir de una cámara de tortura. Tanto los muros como el suelo eran de acero desgastado y oxidado del que brotaban gotas de sangre, y toda la estancia estaba iluminada por una tenue luz que procedía de la pantalla holográfica que Urkrathos usaba para hacer las veces de pantalla táctica. Una maraña de maquinaria ennegrecida y de aparatos electrónicos cubría casi por completo los muros, el suelo y el techo, como si se tratara de tumores mecánicos que dejaban salir chispas y columnas de vapor mientras los antiquísimos cogitadores mantenían activo el perverso y malicioso espíritu máquina del *Forjador de Infiernos*. Los demonios engarzados en los enormes timones de control eran masas musculosas pero inútiles, pues sus garras y sus colmillos resultarían inservibles mientras debieran lealtad a Urkrathos. Algunos de ellos tenían enormes tenazas como las de un cangrejo; otros, docenas de patas aracnoides que terminaban en unas fauces pequeñas y voraces; o masas de tentáculos retorcidos capaces de estrangular a un hombre sin el menor esfuerzo, y sólo el Emperador sabía qué más rasgos terribles y mortíferos. Pero ninguno podía atacar a Urkrathos o desobedecer sus órdenes por mucho que todos y cada uno de ellos desearan hacerlo con todas sus fuerzas.

Urkráthos iba y venía a lo largo de todo el puente de mando mientras una imagen de Chaeroneia se proyectaba a lo largo del monitor. Era un buen planeta, oscuro y enfermizo, tan contaminado por la disformidad que uno podía apreciar su corrupción tan sólo con mirarlo. Los asteroides que rodeaban aquel mundo bailaban al son de una melodía indescifrable, movidos por un hechizo que dominaba sus órbitas para impedir que cualquier cogitador pudiera predecir su próximo movimiento. Aquel campo de asteroides impedía que la flota que aguardaba en la órbita media de Chaeroneia pudiera efectuar un desembarco medianamente efectivo, lo cual significaba que, hicieran lo que hicieran aquellas naves imperiales, la ofrenda permanecería en Chaeroneia hasta que Urkrathos la recogiera.

Y ciertamente se trataba de un tributo verdaderamente magnífico.

—Muéstrame nuestras posiciones —ordenó Urkrathos.

El demonio encargado de la proyección, una criatura huraña y repugnante con una docena de ojos, emitió una serie de sonidos

irreconocibles mientras proyectaba la nueva imagen en el aire. La flota de Urkrathos se veía a una cierta distancia del planeta. Urkrathos comandaba el *Forjador de Infiernos*, el crucero *Desikratis*, una nave repleta de cañones; la plataforma de combate *Cadáver*, que era la base de la escuadra de combate *Buitre*, y tres escoltas de la clase Idolator que conformaban el *Ala de Escápula*.

El *Desikratis* estaba comandado por un enorme demonio que constituía el único miembro de la tripulación, pues sus tentáculos, repletos de terminaciones nerviosas, llegaban hasta el último recodo de aquella nave de artillería. El propio *Desikratis* también comandaba las tres naves que formaban el *Ala de Escápula*, hacia las que parecía mostrar una actitud untanto paternalista. La plataforma de combate *Cadáver* estaba bajo el mando de Kreathak *el Tres Veces Mutilado*, uno de los mejores pilotos de caza de los últimos doscientos años, que también lideraba la escuadra de combate *Buitre*.

Aquella flota sería más que suficiente para recoger el tributo y llevárselo a Abaddon, que aguardaba en el Ojo del Terror. Pero el mismísimo señor de la guerra Abbadon había ordenado a Urkrathos que se asegurara de que aquella ofrenda le llegara intacta, de modo que Urkrathos decidió llevar a Chaeroneia todo lo que pudo encontrar para cumplir a la perfección con la tarea que el *Saqueador* le había encomendado.

—Estableced contacto con la *Cadáver* —dijo Urkrathos—. Decidle al comandante Kreathak que prepare todas las naves para el ataque. Dejaré que sea él quien se encargue de esas naves de escolta. —Urkrathos observó detenidamente la composición del flota imperial: era algo patético; un único crucero protegido por sus escoltas, una nave más cuya designación les era desconocida, un puñado de transportes de tropas y unos cuantos cargueros —. Nosotros nos encargaremos de su buque insignia.

El demonio encargado de los sistemas de comunicaciones era un monstruo enorme, casi del tamaño de una ballena, que permanecía incrustado en el centro del techo oxidado. La mayor parte de su cuerpo abombado la ocupaba su enorme masa cerebral, encargada de procesar las palabras de Urkrathos y transmitirlas a través de los sistemas internos de

comunicaciones. Al igual que el resto de los cuarenta y ocho demonios, aquél había sido conquistado personalmente por Urkrathos durante los combates que libraron las Legiones Negras en su intento de forjar un imperio propio en el Ojo del Terror; otros le habían sido entregados al capitán en reconocimiento a alguna gran victoria ante los ojos de sus dioses. Por decreto de los poderes del Caos, los demonios que fueran derrotados por el capitán, así como los que le fueran entregados por una u otra razón, permanecerían bajo su mando en un estado de esclavitud total y absoluta, quedándoles totalmente prohibido por la voluntad de los dioses desobedecer cualquiera de sus órdenes. Urkrathos decidió convertirlos en la tripulación de su nave, pues le agradaba tener a unas criaturas tan poderosas atrapadas en su fortaleza, así siempre podría ver el odio que sentían hacia él a través de sus ojos.

Aquello era lo único por lo que merecía la pena luchar, lo único que tenía valor; la sensación de poseer total y completamente a otros seres inteligentes, la seguridad de que deberían obedecer todas y cada una de las órdenes que él les diera. Aquello era exactamente lo que el *Saqueador* prometía: un universo esclavizado en el que los ignorantes serían aplastados bajo los pies de aquellos bendecidos por el Caos. Y si alguien de aquella escoria imperial que orbitaba en torno a Chaeroneia conseguía sobrevivir, Urkrathos también lo convertiría en su esclavo, pues era perfectamente capaz de hacerlo.

Hubo un tiempo, un tiempo enterrado en lo más profundo de su memoria, en que Urkrathos luchaba por el bien de la humanidad y del Emperador. Él también había sido un esclavo del Emperador. Pero Horus les hizo ver que no eran esclavos de nadie, y ahora Abaddon sería el que se lo demostrara al resto de la galaxia.

—¡Artillero! —gritó Urkrathos. Una criatura delgada y fibrosa que estaba crucificada en una de las paredes emitió un gruñido—. Quiero la artillería lista para abrir fuego a máximo alcance.

—Así será —farfulló la criatura. Sus ojos rojos se ocultaron en el interior de sus cuencas oculares mientras transmitía la orden a las mentes de los artilleros que se encontraban en las entrañas de la nave; muy pronto el

Forjador de Infiernos estaría listo para disparar todos sus torpedos contra el buque insignia de la flota imperial y reducirlo a un montón de desechos humeantes.

—Es algo que casi me hace sentir tristeza —pensó Urkrathos en voz alta —. Esperaba tener que abordar su nave. Aunque quizá aún pueda hacerlo, si es que consiguen mantenerse con vida el tiempo suficiente. Preparad los protocolos de abordaje.

El demonio que transmitía los mensajes sufrió varias convulsiones mientras codificaba las palabras de Urkrathos y las enviaba a las tropas de asalto que transportaba el *Forjador de Infiernos*. Aquellas tropas constituían la escoria del universo, lo peor de lo peor, criaturas deformadas y degeneradas que una vez fueron seres humanos pero que a lo largo de generaciones y generaciones habían acabado por convertirse en brutales máquinas de matar. Urkrathos no contaba con ninguna escuadra de las Legiones Negras, unidades de marines espaciales que habían sido la élite del combate cuerpo a cuerpo desde mucho antes de los tiempos de la Herejía y de los combates en el Ojo del Terror, pero dudaba seriamente de que hubiera algo en la flota imperial capaz de repeler un asalto lanzado desde el *Forjador de Infiernos*.

Sí, él mismo habría preferido un combate en toda regla, pues era en el fragor de la batalla cuando el Caos alcanzaba su máximo esplendor. Pero ya era recompensa suficiente el hecho de que el *Saqueador* pudiera recibir su tributo, y la Cruzada Negra del Ojo del Terror sin duda se vería muy reforzada por la victoria de Urkrathos.

El capitán dejó a sus demonios en el puente de mando y se dirigió hacia las cubiertas inferiores de la nave, donde mantenía encadenada a su numerosa dotación de esclavos. Fuera fácil o no, la victoria que se avecinaba debía ser sellada con la bendición de los Dioses del Caos, y para asegurarse de que eso ocurría, Urkrathos debía sacrificar a un buen número de inocentes antes de que la batalla se desencadenara.

* * *

El inquisidor Nyxos descendió por la rampa de la lanzadera como el hombre viejo que fingía ser. Caminaba incluso con un bastón, y su aspecto resultaba frágil y débil en comparación con los robustos marinos que lo acompañaban.

El comisario de flota Leung lo esperaba en la cubierta de aterrizaje. Leung era el clásico producto salido de la Schola Progenium, un huérfano más de algún interminable conflicto que había crecido rodeado de uniformes almidonados y al que le había sido inculcada la idea de que sólo una finísima línea de cobardía separaba a un hombre de su corrupción irremediable. Cuando el inquisidor se acercó, Leung lo saludó fríamente; sus pequeños ojos brillaban bajo la visera de la gorra de oficial. Llevaba un enorme abrigo negro sobre los hombros, a pesar del calor insoportable que reinaba en la cubierta de aterrizaje de la *Ejemplar*.

No había nadie más junto a Leung. Incluso un simple contramaestre que viajara de una nave a otra esperaría una pequeña comitiva de bienvenida, parte del protocolo que cualquier capitán debía cumplir con sus colegas.

—Saludos, comisario —dijo Nyxos—. Veo que a nuestra anfitriona no le gustan las ceremonias.

Leung se quitó la gorra y se la puso bajo el brazo. Se mantenía en posición de firme como si estuviera presenciando un desfile en una plaza de armas.

—Nuestra anfitriona no reconoce la autoridad de la Armada Imperial ni de ninguno de sus oficiales, de hecho, tan sólo acepta mi presencia a regañadientes. —La voz de Leung era tensa y tirante, como el resto de su persona.

—Bien, el Mechanicus siempre se ha vanagloriado de su independencia —asintió Nyxos haciendo una pausa para agradecer su ayuda a los marinos que lo habían acompañado hasta el final de la rampa—. ¿Está preparada para recibirme a mí?

—Eso creo —contestó Leung—. Aunque he tenido que preparar sus aposentos yo mismo.

—Es usted un buen hombre. Ahora lléveme allí, si no le importa.

—Por supuesto.

Vista desde el interior, la *Ejemplar* era muy diferente de la *Tribunicia*. Era como si aquellas dos naves hubieran sido construidas por especies completamente diferentes o en períodos históricos muy separados entre sí. Las líneas góticas y elegantes de la *Tribunicia* habían sido sustituidas por la funcionalidad angulosa propia del Adeptus Mechanicus. El símbolo de la rueda dentada estaba por todas partes, incluso en los enormes bloques que formaban los muros y el suelo de la cubierta de aterrizaje. En aquel hangar podían verse otras naves; algunas de ellas eran lanzaderas tremendamente avanzadas que estaban siendo reparadas por varios servidores y por algún que otro miembro encapuchado de la tripulación del Mechanicus. El olor sofocante y empalagoso del aceite de máquina flotaba en el aire, y la tripulación que trabajaba en las naves hacía muy poco ruido. Todas las cubiertas de aterrizaje que Nyxos había visto antes eran más bien lugares muy ajetreados y llenos de ruido, donde los mecánicos se gritaban los unos a los otros empleando con frecuencia una jerga incomprensible. Los miembros del Mechanicus, sin embargo, llevaban a cabo sus tareas en un silencio casi sepulcral. En aquella nave, las voces humanas habían sido sustituidas por el siseo de los elementos hidráulicos y por el sonido de los pistones que trabajaban afanosamente bajo la cubierta.

—¿Qué opinión le merece nuestra magos? —preguntó Nyxos mientras caminaba.

—No muy buena —contestó Leung—. Muestra muy poco respeto por las autoridades imperiales, tan sólo respeta a los rangos más altos del Mechanicus. Incluso mi cargo parece no impresionarla lo más mínimo.

—Esperemos que no muestre la misma actitud hacia la Inquisición —dijo Nyxos—. ¿Cree usted que obedecerá las órdenes del contraalmirante?

—Probablemente —contestó Leung. Nyxos se percató de que parecía que el comisario marchaba junto a él en lugar de caminar—. Pero ella cree actuar

de manera independiente. Todas sus órdenes tienen que ver con Chaeroneia, no con la nave que hemos enviado para investigar.

—¿Sabe usted ante qué tecnosacerdote responde? —preguntó Nyxos—. Resulta imposible establecer contacto con el archimagos Saphentis. ¿Cree usted que está actuando por sí misma?

—Lo dudo. Con frecuencia envía comunicaciones cifradas de alto nivel. Sospecho que van dirigidas al mando que el Adeptus Mechanicus tiene en este subsector. Sin embargo, no ha revelado muchos datos sobre la estructura con la que el Mechanicus opera en esta zona.

—Bien. Tendré que convencerla de que se muestre un poco más abierta.

Leung, Nyxos y los marinos que los seguían llegaron hasta un elevador de carga y el comisario introdujo un código en el teclado que lo controlaba. En seguida, la plataforma sobre la que se encontraban comenzó a elevarse y Nyxos pudo ver las diferentes cubiertas por las que pasaban. Algunas de ellas parecían enormes laboratorios de investigación, en otras podían verse mesas interminables llenas de artefactos tecnológicos y tecnosacerdotes inclinados sobre matraces o microscopios. Incluso había algunas que albergaban grandes cogitadores y estaban refrigeradas mediante una neblina húmeda que se extendía por el suelo como si fuera agua estancada. La Tecnoguardia se entrenaba en enormes campos de instrucción localizados en otras cubiertas revestidas de bronce. Enormes servidores permanecían inmóviles acoplados a sus sistemas de carga, y grandes bloques que ocultaban una maquinaria muy compleja distribuían la energía procedente de los reactores de plasma a lo largo de toda la nave. El rojo óxido y el bronce eran los colores dominantes. Un zumbido sordo y mecánico retumbaba por toda la nave, mezclado con los extraños y rítmicos cánticos emitidos por los coros de servidores que provenían de las cámaras destinadas a los tecnorrituales.

Resultaba evidente que la *Ejemplar* era un crucero excelente, resultado de un conocimiento tecnológico de vanguardia y de la explotación de una enorme cantidad de recursos. Pero la cuestión de si se trataba de un buque de combate o de una nave de investigación era algo diferente. Sin embargo,

la opinión de Nyxos era que el Mechanicus estaba arriesgando una nave y una tripulación tremendamente valiosas para investigar Chaeroneia.

Finalmente el elevador llegó hasta el puente de mando, una cubierta cuyos muros estaban repletos de hornacinas y relicarios dedicados al Omnissiah y en la que el símbolo de la calavera y la rueda dentada presidía desde lo alto de todas y cada una de las columnas. El aire era pesado y estaba dominado por el olor de los incensarios en los que ardían las libaciones de aceite de máquina. El elevador se detuvo frente a una amplia galería de color rojo óxido y decorada con complejas formas geométricas talladas en los muros y en el suelo. Varios sacerdotes caminaban seguidos por grupos de sirvientes, servidores y adeptos de los rangos más bajos. Muchos ojos, tanto biológicos como biónicos, se giraron para mirar a los intrusos, como si Nyxos no tuviera derecho a caminar sobre un suelo que era sagrado para el Mechanicus.

Los pensamientos del inquisidor fueron interrumpidos por el sonido agudo de una sirena, seguido por una comunicación de emergencia emitida en código máquina.

—¿Qué ocurre? —gritó Nyxos alzando la voz por encima de la confusión.

Los tecnosacerdotes y los sirvientes comenzaron a correr apresurados de un lado a otro.

—Debe de tratarse de los puestos de combate —dijo Leung—. O de una alarma de proximidad.

—Maldita sea. —Nyxos extrajo su unidad de comunicaciones. Intentaba usarla sólo en casos de emergencia, pero daba la impresión de que aquella ocasión lo merecía. Se trataba de un ingenio muy poco común y tremendamente antiguo que transportaba en una caja lacada de color rojo que llevaba colgada del cuello, bajo sus ropajes. Era un artefacto capaz de pinchar cualquier frecuencia de comunicaciones local y permitir a Nyxos interceptar cualquier mensaje emitido a través de un canal cercano—. Les habla el inquisidor Nyxos, del Ordo Malleus —gritó tras sintonizar la frecuencia que empleaban en el puente de mando de aquella nave—. Exijo saber de qué emergencia se trata.

—Especifique sus intenciones —dijo una voz femenina y monótona que Nyxos reconoció como la de la magos Korveylan.

—Mis intenciones son servir al Emperador, magos. Y no me haga tener que justificar cualquiera de las medidas que pueda tener que tomar.

Se produjo una pausa demasiado larga como para resultar cómoda.

—Muy bien —contestó Korveylan—. Nuestros sensores han detectado una serie de torpedos que se dirigen hacia la *Ejemplar*, prepárense para el impacto.

* * *

Bajo Manufactorium Noctis yacían los restos del viejo Chaeroneia, los últimos vestigios de un mundo forja leal a Marte y al Emperador. La vieja arquitectura del Adeptus Mechanicus aún sobrevivía, construcciones industriales entremezcladas con criptas y edificios religiosos, todo ello dominado por el fuerte simbolismo de la calavera y la rueda dentada. Lo poco que había conseguido mantenerse en pie lo había hecho gracias a bolsas de aire aisladas en las que la masa biomecánica de los tecnosacerdotes corruptos jamás había conseguido llegar, capillas, fábricas, cámaras rituales y archivos.

Dos horas después de escapar de la emboscada que les habían tendido los herejes, Alaric y su pequeña fuerza de asalto llegaron a una de aquellas bolsas. El aire estaba estancado y olía a viejo, pero por lo menos estaba libre del hedor biomecánico, carne putrefacta y aceite de máquina descompuesto, que acompañaba a los tecnosacerdotes herejes y a sus sirvientes. Alaric accedió a aquel espacio cavernoso con el bólter de asalto listo para abrir fuego y sin saber si habían encontrado un aliado en Chaeroneia o si acababan de caer en una nueva trampa.

—Desplegaos —ordenó.

Los miembros de su escuadra se dispersaron con rapidez y sigilo, algo que le hubiera resultado imposible a cualquier hombre normal dada la

enorme servoarmadura que llevaban. Alaric se volvió para mirar al único tecnoguardia que aún seguía con vida.

—Quédese aquí —dijo—. Proteja a la interrogadora.

A la interrogadora Hawkespur no pareció molestarle que le fuera asignado un guardaespaldas y se agazapó en la entrada del túnel. Saphentis también se quedó por allí.

Conforme caminaba, Alaric se percató de que se movían por una enorme capilla del tamaño de una catedral dedicada al Omnissiah. En el centro del techo abovedado podía verse un enorme agujero que una vez miró hacia el cielo de Chaeroneia, pero que ahora estaba cubierto por toneladas de escombros y desechos. El peso de la ciudad que tenía encima deformaba la cúpula dándole un cierto aspecto biológico. Unos regueros de agua hedionda caían desde las grietas del techo, un artesonado decorado con imágenes de tecnorrituales que ahora aparecían marchitas y decoloradas a causa del tiempo y la humedad. El espacio circular del crucero estaba rodeado por unas enormes columnas, cada una de ellas tallada con la silueta de un tecnosacerdote, presumiblemente un homenaje al pasado imperial de Chaeroneia. El suelo estaba repleto de tallas de círculos concéntricos o de ecuaciones, larguísimas secuencias de números y símbolos que sin duda encerraban un importante significado para los antiguos y complejos rituales del Culto Mechanicus. Ahora, el bronce del suelo se mostraba oxidado y verde a causa de la corrosión.

En uno de los extremos de aquella catedral se alzaba un enorme altar, un único bloque de una sustancia metálica y grisácea que Alaric pensó que debía de tratarse de carbono. Los restos de las pilas de libaciones y de los candelabros hexagonales aún estaban allí.

—Este lado está limpio —dijo el hermano Dvorn a través del comunicador.

—Éste también —confirmó Haulvarn.

—El auspex no detecta ningún signo de vida —dijo Saphentis, que estaba consultando la placa de datos que acababa de extraer de uno de sus brazos provistos de cuchillas.

Alaric avanzó desconfiado hasta el centro de la catedral. En aquel lugar reinaba el silencio, el zumbido mecánico que estaba siempre presente en la ciudad que se levantaba sobre sus cabezas no llegaba hasta allí abajo. El aire era muy pesado y aún flotaban en él las esencias de los rituales que se llevaban a cabo en aquella catedral antes de que Chaeroneia cayera. Ceremonias dirigidas por generaciones enteras de tecnosacerdotes que intentaban explorar los misterios más ocultos del Omnissiah mediante la contemplación y los ritos atávicos.

—Marines espaciales —dijo una voz proveniente de las sombras que dominaban uno de los extremos de aquella cámara—. No os extrañéis de que se hayan movilizado tan rápidamente.

Alaric se ocultó detrás de la columna que tenía más cerca y apuntó directamente en la dirección de la que provenía la voz mientras mantenía el dedo sobre el gatillo. Oyó el sonido de las botas de ceramita al caminar sobre la roca cuando los miembros de su escuadra también hicieron lo mismo.

—Por favor, no disparéis, nosotros somos los que os hemos salvado. —Una figura torpe y delgada emergió de las tinieblas desde detrás del altar con las manos en alto. Parecía una especie de tecnoadepto cuyo cuerpo estaba compuesto únicamente de partes biónicas. El metal que cubría su rostro y sus manos era de un color marrón anaranjado y sus ropajes estaban tremendamente sucios y deshilachados—. Os pido disculpas —dijo avergonzado—. Tengo muy pocas partes biológicas, supongo que vuestros auspex no pueden detectarme, pero no era mi intención asustaros.

Alaric se irguió sin apartar el dedo del gatillo.

—¿Quién eres? —preguntó.

El tecnosacerdote dio unos cuantos pasos hacia adelante con sus escuálidos brazos mecánicos aún levantados. Progresivamente, más y más figuras comenzaron a emerger detrás de él.

—Soy Iuscus Gallen —contestó—, adepto minoris, y éstos son mis camaradas.

Señaló hacia el grupo de tecnosacerdotes que había aparecido detrás de él. Todos estaban en tan mal estado como el propio Gallen, y casi ninguno

de ellos tenía el más mínimo atisbo de carne que sobresaliera entre sus averiados componentes biónicos.

—¿Habéis sido vosotros los que nos habéis ayudado a salir de la fortaleza?

—¿Nosotros? Que el Omnissiah me perdone, no, no hemos sido nosotros, jamás hubiéramos sido capaces de hacer eso, ha sido el magos ante el que respondemos.

Saphentis dio un paso adelante sin preocuparse por abandonar su barricada.

—Como archimagos designado por el fabricador general exijo ser llevado ante ese magos.

El único ojo humano que le quedaba a Gallen miró a Saphentis con sorpresa.

—¡Un archimagos! ¿Acaso el verdadero Mechanicus ha regresado a Chaeroneia? ¿Es que ha traído consigo al Adeptus Astartes para limpiar este mundo de una vez por todas?

—No, no lo ha hecho —dijo una nueva voz grave y profunda. De pronto se produjo un fuerte sonido proveniente de la parte de atrás del altar y un enorme servidor de carga apareció ante la vista de los Caballeros Grises. La voz salía de la unidad vocal que llevaba colgada del cuello. Las partes humanas de aquel servidor habían muerto hacía ya mucho tiempo y ahora sólo podían verse unos pocos fragmentos óseos que se perdían entre sus unidades motoras y las enormes unidades de carga que tenía en los hombros. Lo normal sería que sin un sistema nervioso humano que lo controlara aquel servidor no fuera capaz de moverse lo más mínimo—. Estos que veis aquí son los únicos soldados que han enviado, no hay ningún ejército que vaya a limpiar Chaeroneia. ¿No es eso cierto?

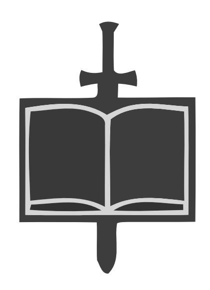
Alaric salió desde detrás de la columna.

—Así es —respondió—. Ésta es una misión de reconocimiento bajo la autoridad de las Santa Órdenes de la Inquisición del Emperador. El archimagos nos acompaña a título de consejero.

—Eso es una vergüenza —dijo el servidor—. Pero va a tener usted mucho trabajo que hacer.

—Expliqúese —dijo Saphentis de manera tajante.

—Por supuesto. Estoy siendo muy poco educado. Me presentaré formalmente, aunque ustedes ya me han conocido en la fortaleza, y también antes, en la aguja, aunque probablemente no se han dado cuenta de ello. Soy el magos Antigonus, y parece que todos hemos venido hasta aquí con una misma misión. Síganme y se lo explicaré.



DOCE

Con frecuencia el tiempo es la única línea que separa la gloria de la herejía.

Inquisidor QUIXOS
(fuente eliminada)

El territorio de Antigonus se extendía a lo largo de varios niveles de fábricas y edificios religiosos que consiguieron soportar el tremendo peso de la ciudad que se había construido sobre ellos a lo largo de varios cientos de años. Alaric seguía a aquel enorme servidor a través de armerías repletas de armas robadas y de servidores de combate capturados. Mientras caminaban atravesaron barracones repletos de tecnosacerdotes fugitivos que luchaban su propia batalla contra el tiempo intentando reparar sus componentes biónicos y sustituir sus partes biológicas marchitas. Alaric también vio un enorme depósito de agua subterráneo que había sido transformado en una serie de piscinas hidropónicas en las que se cultivaban unas algas viscosas y verdes, el único alimento medianamente comestible con el que aquella pequeña comunidad pretendía mantenerse con vida. Por encima de su cabeza vio las entradas que daban acceso al laberíntico sistema de túneles horadado en las entrañas de Chaeroneia; todas ellas estaban protegidas por

suficientes trampas explosivas y armas centinela como para mantener a sus atacantes alejados durante meses. Aquél era un mundo angosto y asfixiante dominado por la decadencia y el pesimismo, pero por lo menos no era un territorio corrompido como el planeta entre cuyas entrañas se ocultaba.

—De modo que… —dijo finalmente Alaric—, ¿está usted muerto?

—Eso depende de cómo se mire —contestó Antigonus. Avanzaban por un hangar en el que varios tanques oxidados y diversos transportes de tropas estaban siendo reacondicionados para convertirlos en un centro de mantenimiento improvisado para la pequeña fuerza de tecnosacerdotes—. Carezco de un cuerpo dotado de vida desde hace más de mil años.

—En el espacio real no ha pasado más que un siglo —dijo Alaric.

—En cualquier caso, es demasiado tiempo sin una forma física. Creo que ha tenido un efecto bastante marcado sobre mí. No me cabe ninguna duda de que su archimagos estará horrorizado al ver hasta qué punto hemos quebrantado el código del Culto Mechanicus aquí abajo.

—Pero ¿cómo han conseguido resistir aquí abajo?

—Ésa, juez, es una pregunta bastante compleja. Chaeroneia es un mundo muy viejo que se mueve mediante una tecnología que el Mechanicus no era capaz de reproducir en mis días, y estoy seguro de que eso aún no ha cambiado. Me refiero a cogitadores y a materiales de almacenamiento y transmisión de datos con mucha más capacidad de la que el Mechanicus ha sido capaz de alcanzar a día de hoy. De hecho, es tan avanzado que puede contener todos los datos necesarios para reconstruir una mente humana, incluso puede dotarla de cualquier singularidad particular. Marte me envió aquí para investigar rumores que hablaban de una tecnoherejía, y cuando descubrí que los rumores eran ciertos, los herejes me dieron caza. Pensaron que había muerto, pero conseguí traspasar mi conciencia al motor de un viejo cogitador.

—¿Tan sólo su mente?

—Tan sólo, como usted ha dicho, mi mente. No sé cuánto tiempo pasé allí antes de ser capaz de reconstruirme. No era nada, juez, no existía. Es una sensación imposible de describir. No era más que un puñado de ideas que antes formaban parte del magos Antigonus. Creo que me llevó cientos de

años, pero poco a poco conseguí rehacerme. Descubrí que era capaz de moverme a través de las máquinas siempre y cuando su espíritu máquina particular no fuera lo suficientemente fuerte como para plantarme cara. Mientras me movía por un sistema de almacenamiento de datos históricos descubrí lo que había pasado en Chaeroneia mientras yo estaba muerto. No puedo decir que fuera una lectura agradable. De ese modo aprendí qué podía y qué no podía hacer. Después vine aquí abajo, reuní a los pocos tecnosacerdotes que aún se mantenían fieles y fundé este movimiento de resistencia.

—Si me lo permite, magos, no parece que haya tenido mucho éxito.

El enorme servidor, que se movía dando bandazos, encogió sus hombros neumáticos.

—Puede que esté en lo cierto. Sin embargo, sabemos mucho más sobre Chaeroneia y su tecnosacerdocio que nadie, aunque ustedes sean mucho más efectivos a la hora de luchar contra el enemigo que nosotros. Además, si los tecnosacerdotes han devuelto a Chaeroneia al espacio real deben tener una buena razón para hacerlo. Sea lo que sea lo que se traen entre manos, dudo mucho de que vaya a resultar beneficioso para el Imperio. Eso significa que usted y yo nos necesitamos mutuamente.

Alaric y el servidor que contenía la conciencia de Antigonus salieron del hangar y entraron en un corredor dominado por las estatuas ruinosas de antiguos archimagos, los mismos que habían gobernado Chaeroneia mucho antes de que la tecnoherejía enraizara en aquel planeta.

—Aquí —dijo Antigonus mientras señalaba con el brazo oxidado hacia una de las estatuas.

La talla representaba a un tecnosacerdote vestido con los antiguos ropajes del Mechanicus. Tan sólo podía distinguirse su rostro, aunque los rasgos habían sido deformados por el paso del tiempo. Los ojos eran unos pequeños discos incrustados en el cráneo, y de la parte inferior de la cara salía un puñado de larguísimos tentáculos; mecadendritas, miembros prensiles que muchos tecnosacerdotes empleaban para llevar a cabo trabajos delicados. En la base de la estatua aún podían leerse unas palabras que habían desaparecido casi por completo: **ARCHIMAGOS VENERATUS SCRAECOS**.

—Él fue el culpable. Quizá fuera el líder. Puede que fuera el origen de la tecnoherejía de este planeta o su adepto más antiguo. Fue él quien acabó conmigo. Apostaría a que también fue él quien decidió sumergir Chaeroneia en la disformidad y quien invocó la maldición de la máquina con la que me infectaron a mí y a todos los programas de caza que usan para proteger sus centrales de datos.

Alaric alzó la vista y miró la estatua. La criatura que representaba era tan extraña como cualquier otro tecnosacerdote. Sabía que el de archimagos veneratus era uno de los rangos más altos del tecnosacerdocio de cualquier mundo forja. Aquella tecnoherejía debió de extenderse muy rápido por toda Chaeroneia, y se dirigió directamente hacia los estratos más altos.

—Aquello no eran programas de caza —dijo Alaric—. Eran demonios. Es cierto que de una clase bastante extraña, pues sus cuerpos se componían de información y no de hechicería. Pero al fin y al cabo eran demonios. Y eso significa que podemos derrotarlos.

Antigonus miró a Alaric intentando que su rostro mostrara una mínima expresión de sorpresa.

—¿Demonios? Pensé que no era más que otra de las mentiras de la maldición de la máquina.

Alaric negó con la cabeza.

—Probablemente dijera la verdad, los demonios sólo dicen la verdad cuando saben que nadie va a creerla.

—¿Y dice usted que consiguió derrotarlos en la fortaleza?

—Sí. Con la ayuda de mis hermanos de batalla.

—¿Fueron capaces de acceder a la información que almacenan allí? Nosotros llevamos décadas intentándolo.

Alaric suspiró.

—Eso tendrá que preguntárselo al archimagos Saphentis, que no siempre se muestra dispuesto a compartir información conmigo. Quizá como tecnosacerdote tenga usted más suerte que yo.

—Los tecnosacerdotes no somos conocidos por nuestras habilidades sociales, juez, pero aun así creo detectar una cierta tensión entre ustedes.

—Saphentis defiende los intereses del Mechanicus, y éstos no siempre coinciden con los objetivos de la Inquisición.

—¿Acaso sospecha usted de él?

—Vino aquí acompañado por otra tecnosacerdote. Cuando ella desapareció, Saphentis no mostró el menor signo de preocupación. Y creo que siente cierta admiración por lo que ha ocurrido en Chaeroneia.

Antigonus comenzó a caminar por el corredor en dirección a los barracones improvisados donde descansaba la escuadra de Alaric. Saphentis y Hawkespur estaban recibiendo cuidados de los tecnosacerdotes médicos.

—Puede que sus sospechas no estén desencaminadas, juez. Fue precisamente un tecnosacerdote de alto rango el que trajo esta tecnoherejía a Chaeroneia. Sin embargo, haré lo que usted sugiere y hablaré con él. Quizá haya encontrado algo en aquella fortaleza que nos permita asestar un golpe mortal a los líderes de este planeta.

—Con Chaeroneia de vuelta en el espacio real —dijo Alaric—, puede que ésa sea la única oportunidad que tengamos. Pero antes necesitamos una última cosa. ¿Pueden ustedes establecer contacto con naves en órbita?

Antigonus se quedó pensativo durante un instante, el cráneo del servidor que cobijaba su mente pareció inclinarse hacia un lado.

—Quizá. Pero no es nada seguro.

—Se trata de algo sumamente importante. Hawkespur necesita contactar con el inquisidor Nyxos, que se encuentra en órbita. Tiene que ser informado de lo que está ocurriendo aquí abajo.

—¿Y qué me dice de usted?

—¿De mí?

—No cabe duda de que está usted cansado y herido. Me atrevería a pensar que no ha descansado ni un solo minuto desde que llegó a la superficie.

Alaric levantó el bólter de asalto que llevaba montado en el guantelete del brazo izquierdo de su armadura; la boca del cañón estaba completamente tiznada de negro.

—No me vendría mal algo de munición —dijo.

—Veré qué puedo hacer. Mientras tanto hablaré con Saphentis; tanto si está de nuestro lado como si no, puede que sepa más que yo sobre Chaeroneia.

Finalmente, el corredor por el que caminaban dio paso a los barracones. Las literas de metal estaban alineadas en nichos, y pequeños relicarios dedicados al Omnissiah llenaban el ambiente con un olor a aceite de máquina aromatizado. Los miembros de la escuadra de Alaric estaban llevando a cabo los ritos de mantenimiento de su equipo, murmurando sus propias oraciones de preparación mientras limpiaban los bólters y las armas némesis. El hermano Dvorn se había despojado de la parte superior de su armadura y estaba reparando los numerosos arañazos y agujeros abiertos en la superficie de ceramita. Dvorn era un hombre muy musculado, incluso para tratarse de un marine espacial, y como siempre, había permanecido en primera línea de acción en todo momento. Cardios, por el contrario, había caído herido a manos del tecnodemonio que los atacó en la fortaleza, y las fracturas de su caja torácica habían sido tratadas y vendadas por los tecnosacerdotes de Antigonus. También se había roto un brazo. La dolorosa operación para colocarlo de nuevo en su lugar le había dejado una enorme cicatriz roja bajo el bíceps. Sin embargo, el daño que había recibido en las costillas era mucho más grave; probablemente las esquirlas de hueso se habrían clavado en algunos de sus órganos, lo que significaba que sería más lento y estaría en peores condiciones que los demás marines, y hasta que no fuese trasladado a un apotecarión su estado sólo podía empeorar.

Aquéllos eran los hermanos de batalla a los que Alaric debía su propia vida, sólo por el mero hecho de haber estado a su lado durante el combate. De hecho, era mucho lo que se debían los unos a los otros; un Caballero Gris jamás hubiera aguantado tanto en Chaeroneia por sí solo.

Y Alaric era el responsable tanto de su conducta en combate como de su bienestar espiritual.

El Caballero Gris pasó junto a la interrogadora Hawkespur, que estaba sentada en uno de los bancos. Se había desabrochado el traje de vacío y tenía la parte superior atada alrededor de la cintura. La malla que llevaba debajo era lo suficientemente fina como para que Alaric pudiera ver el contorno de

sus costillas a través del tejido. Parecía como si hubiera perdido un peso excesivo en los pocos días que llevaba en Chaeroneia; gran parte de esa masa corporal la habría perdido en su lucha contra los terribles tumores azulados que le habían salido bajo la piel de la garganta y en la parte superior del pecho. Tenía la cara muy pálida y cubierta por varios mechones sudorosos de un pelo oscuro y corto.

—Hawkespur, ¿cómo se encuentra? —le preguntó Alaric.

Ella se encogió de hombros.

—Intento sobrellevarlo.

—¿Hasta cuándo cree que conseguirá aguantar?

—Aguantaré todo lo que pueda. Según mis propias estimaciones, algo menos de una semana. Pero sólo recibí instrucción médica durante dos años, cuando era cadete. Puede que sea más o puede que sea menos.

—Antigonus va a intentar establecer contacto con Nyxos. Después de eso podrá usted quedarse aquí.

—Nada de eso, juez. Soy la única representante de la Inquisición en este planeta. Debo estar al tanto de todo lo que ustedes descubran. El hecho de que me quede un tiempo limitado no significa que mi misión ya haya fracasado.

Hawkespur comenzó a toser y al instante se acercó uno de los tecnosacerdotes de Antigonus llevando una caja oxidada llena de medicamentos. Alaric los dejó a solas y se dirigió a ver a los miembros de su escuadra.

—Hermanos —dijo—. Puede que el magos Antigonus sea un valioso aliado. Conoce muy bien lo que pasó aquí y la manera de actuar del enemigo. Puede sernos de mucha ayuda si pretendemos asestar un golpe mortal a esta herejía.

—Bien —declaró el hermano Dvorn—. Estoy cansado de escondernos entre las sombras. No hay nada en este planeta que pueda vencernos, al menos no en el uno contra uno. Todo lo que necesitamos es saber dónde encontrar a nuestro enemigo.

—Espero que eso sea cierto —repuso Alaric—. Pero aun así puede que no sea tan simple. Antigonus va a intentar ponernos en contacto con Nyxos,

así podremos ponerlo al corriente de la situación y ver si tiene nuevas órdenes para nosotros.

—Quienquiera que controle este planeta —añadió el hermano Haulvarn—, a buen seguro, no devolvió este mundo al espacio real por casualidad, y sabía que antes o después las tropas imperiales descubrirían que está en manos de demonios y herejes. Este planeta está aquí por una razón, y sea lo que sea lo que están planeando, muy pronto estarán listos para llevarlo a cabo. ¿Sabe Antigonus por qué han elegido precisamente este momento para salir a la luz?

Alaric se sentó en uno de los bancos, que casi se quebró bajo su enorme cuerpo. Apoyó la alabarda némesis contra la pared y comenzó a soltar la plancha de ceramita de su placa pectoral.

—No, no lo sabe. Pero hay un hecho cuya existencia nosotros conocemos bien y él no.

Haulvarn levantó una ceja.

—¿El Ojo?

—La Decimotercera Cruzada Negra ha traído al espacio imperial más fuerzas adoradoras del Caos que ningún otro suceso de los últimos mil años. Puede que se trate de una coincidencia o puede que no, pero si los señores de Chaeroneia han iniciado esta misión para contribuir al triunfo de la Cruzada Negra, nuestra victoria aquí sería también una victoria para las tropas que intentan contener la marea del Caos que está saliendo del Ojo. Y no me cabe duda de que todos nosotros hemos oído rumores que dicen que necesitamos victorias imperiosamente.

Alaric se quitó la placa pectoral y observó los enormes moratones que teñían la piel en los puntos en los que había recibido disparos o golpes durante los combates de los últimos días. Estaba cansado y dolorido, y cuando se recuperara tendría nuevas cicatrices que acompañarían a las viejas. Eso si conseguía sobrevivir, por supuesto. Probablemente Chaeroneia aún tendría otros modos de acabar con él de los que ni siquiera tenía conocimiento.

—Pero ahora mismo esas cuestiones escapan a nuestro control —continuó Alaric—. Por el momento debemos concentrarnos en aquello que

podemos cambiar y que es más importante para los que nos rodean. Este equipamiento de combate ha visto mucha corrupción en este planeta y debemos consagrarlo de nuevo. Lo mismo ocurre con nuestros cuerpos y nuestras mentes. Haulvarn, lidera los ritos de mantenimiento. Archis, habla con el espíritu de tu incinerador. No creo que tardemos mucho en tener que entrar de nuevo en combate, y debemos aprovechar el tiempo.

El hermano Haulvarn comenzó a entonar las palabras graves y rítmicas de los ritos de mantenimiento, suplicando perdón a los espíritus de los pertrechos y armaduras de la escuadra por haberlos obligado a contemplar la traición moral de Chaeroneia. Cualquiera que viera a todos los hermanos de batalla rezando al unísono contemplaría también la fuerza de los Caballeros Grises; no eran su físico potenciado ni su elogiado equipamiento de combate, ni siquiera el entrenamiento exclusivo que los había preparado para luchar contra todo aquello que no debiera existir. La fuerza de los Caballeros Grises residía en su fe, en el escudo de ideales que protegía sus mentes de las aberraciones del Caos y de las mentiras de los demonios. Nadie en todo el Imperio tenía tal fuerza; ésa era la razón por la que los Caballeros Grises existían, la razón por la que el Imperio confiaba en ellos para ser la punta de lanza de las victorias logradas en nombre del Emperador.

Y deberían exprimir semejante fuerza hasta sus últimas gotas, pues en Chaeroneia era lo único que tenían.



El inquisidor Nyxos hizo caso omiso de las protestas del adepto de protocolo que había en la entrada del puente de la *Ejemplar* y atravesó el cordón de tecnoguardias silenciosos. Conforme avanzaba con paso decidido tenía la esperanza de que los soldados de la Armada que lo acompañaban detuvieran a cualquiera que se interpusiera en su camino. Las alertas de torpedos seguían sonando por toda la nave, y la confusión previa a la batalla, tan

común en todas las naves de combate, crecía por momentos; los sirvientes corrían de un lado a otro llevando mensajes en tubos cilindricos o transportando de una cubierta a otra piezas esenciales para el mantenimiento. Los tecnosacerdotes no cesaban de emitir órdenes en lingua technis. El tableteo del código máquina fue creciendo progresivamente hasta parecerse al sonido de una ametralladora.

En cuanto entró en el puente, Nyxos pudo comprobar por qué la magos Korveylan se mostraba tan reacia a que ninguno de los visitantes que acudían a su nave la viera personalmente. Su cuerpo era un sólido bloque de circuitos de memoria y de cogitadores, que formaban un pilar cuadrado rodeado de circuitos y cables entrelazados. Lo poco que quedaba de su cuerpo biológico (caja torácica, espina dorsal, corazón, pulmones y sistema nervioso) estaba contenido en un cilindro de plasticristal que sobresalía en lo alto del bloque de cogitadores. El rostro, desprovisto de toda piel, se mantenía unido gracias a una serie de pernos metálicos. Toda ella estaba atornillada al suelo del puente y tan sólo podía mover las manos. Deslizaba los dedos con destreza sobre el panel de control de la placa de datos que tenía al lado. Su cara más «normal», la que usaba para las conexiones visuales con otras naves, estaba junto a la consola de comunicaciones; no era más que un autómata usado para dar la impresión de que Korveylan era como otro tecnosacerdote cualquiera ajeno al Mechanicus que pudiera haber visto.

Cuando Nyxos entró en el puente, Korveylan levantó la vista. Su rostro no era más que una maraña de músculo y huesos, de modo que el inquisidor fue incapaz de percibir cualquier reacción por su parte. Por otro lado, la voz sintética que salía de los altavoces insertos en su cuerpo mecánico sonaba molesta y diligente.

—Inquisidor, vamos a entrar en combate, salga del puente.

—No creo que esté molestando a nadie —contestó Nyxos con tranquilidad. El resto del personal del puente estaba integrado únicamente por servidores, y todos ellos parecían muy ocupados en sus diferentes consolas, tecleando afanosamente sobre los teclados de bronce o moviendo

los engranajes de unos cogitadores que parecían funcionar con una precisión milimétrica.

La unidad que sostenía a Korveylan giró sobre sí misma para poder mirar a Nyxos directamente a la cara.

—Soy la oficial al mando de esta nave.

—Y yo soy un sirviente de la voluntad del Emperador —contestó Nyxos de manera tajante—. Yo gano.

Se produjo una pausa mientras Korveylan consideraba lo que acababa de oír.

—Observe.

Nyxos interpretó aquello como que podía quedarse a condición de que no tocara nada. Le pareció bien.

La pantalla táctica de la *Ejemplar* tomó la forma de un enorme planetario, una estructura de círculos concéntricos que giraban unos alrededor de los otros, era algo similar a los instrumentos empleados para mostrar la posición relativa de los planetas dentro de un sistema solar. Aquel entramado, sin embargo, tenía sobre los anillos unos símbolos de color plata y bronce que mostraban la posición de las diversas naves y objetos que orbitaban en torno a Chaeroneia. Nyxos se percató de que había varios símbolos triangulares que debían representar los torpedos que se aproximaban a toda velocidad hacia la flota imperial. Unos discos de color bronce que aparecían un poco más lejos mostraban la posición de la flota enemiga, incluyendo el *Forjador de Infiernos*, mientras que una enorme esfera rodeada de una densa nube de pequeños objetos representaba Chaeroneia.

Una batalla espacial, tal y como Nyxos había aprendido a lo largo de su larga carrera como inquisidor, era una partida agónica en la que las diferentes maniobras y asaltos se prolongaban horas. Durante ese tiempo cualquier capitán competente sabía exactamente lo que iba a ocurrir a continuación, y con frecuencia no le quedaba más opción que recibir cualquier cosa que el enemigo lanzara contra su nave. Sin embargo, aquel ataque enemigo se había producido tan rápido que la batalla se estaba

desarrollando minuto a minuto, una velocidad endiablada para los estándares de la Armada.

—¡Cubierta de máquinas! —gritó Korveylan a través de la red de comunicaciones internas—. Activen reactores auxiliares cinco y ocho. Máxima potencia. Maniobra evasiva.

Varios miembros del Mechanicus entraron en el puente abriéndose paso entre los soldados de la Armada que acompañaban a Nyxos; no había duda de que Korveylan los había llamado en secreto para vigilaran de cerca al inquisidor. Nyxos reconoció al instante los uniformes de la Tecnoguardia y las armaduras de bronce de las tropas skitarii, los soldados más efectivos que viajaban a bordo de aquella nave.

—¡Impacto! —gritó una voz a través del sistema de comunicaciones interno. Acto seguido, los torpedos hicieron blanco sacudiendo violentamente toda la nave. Nyxos tuvo que ayudarse de sus miembros servoaumentados para no perder el equilibrio, pero varios de los servidores salieron disparados de sus anclajes cayendo como marionetas a las que les hubieran cortado los hilos. Los tecnoguardias se aferraron a cualquier cosa que pudieron para no caer al suelo. Varios cogitadores sufrieron cortocircuitos y las luces parpadearon repetidamente.

—Informe de daños —dijo Korveylan con tranquilidad mientras aún podía oírse el eco de la explosión por toda la nave. En seguida comenzaron a oírse una serie de explosiones secundarias en las entrañas de la nave, seguramente provenientes de depósitos de armamento o de combustible.

Varias pictopantallas emergieron del suelo justo al lado de Korveylan, cada una de ellas mostraba una de las diferentes secciones de la nave que habían quedado dañadas por el impacto. Las imágenes no parecían augurar nada bueno a los ojos de Nyxos, pues dejaban ver placas de metal retorcido y columnas de humo negro y anaranjado.

—Daños menores en la cubierta de máquinas —dijo una voz desde alguna parte de la nave.

—Daños menores en los sistemas de artillería —repitió una voz muy similar.

Los oficiales de la nave informaron de que los torpedos habían hecho impacto pero no con fuerza suficiente como para poner a la *Ejemplar* en serio peligro.

—Maniobra de contraataque —ordenó Korveylan—. Torretas de proa a máxima potencia.

Nyxos se acercó a Korveylan.

—¿Qué hace usted aquí, comandante?

—Ahora no es el momento —replicó Korveylan con un tono molesto claramente humano.

—Ahora es el momento perfecto. Puede que no tenga ocasión de preguntárselo de nuevo.

De pronto se produjo otra explosión, esta vez sonó mucho más cerca y se oyó cómo el metal se retorcía a sólo unas pocas cubiertas de distancia. Nyxos distinguió el chirrido que se produjo al abrirse una brecha en una de ellas. El aire comenzó a silbar al escapar a través de una fisura del casco.

—La soberanía del mundo forja de Chaeroneia pertenece al Adeptus Mechanicus. La *Ejemplar* ha sido enviada aquí para supervisar la confirmación de dicha autoridad. Pero sus preguntas me están distrayendo mucho, inquisidor, y tienen un efecto directo sobre mi capacidad para dirigir esta nave.

—No, magos, me refería a cómo ha conseguido usted llegar hasta aquí.

Korveylan ignoró a Nyxos. El planetario táctico mostraba una nueva andanada de torpedos aproximándose. Las baterías de proa de la *Ejemplar* abrieron fuego haciendo que el ruido sordo de sus disparos reverberara por toda la nave.

—Me he tomado la libertad de investigar ciertas cosas antes de venir a bordo. El Mechanicus es extremadamente meticuloso en cuanto a los archivos que conserva, y la autoridad de un inquisidor le permite tener acceso a bastantes de ellos. Por desgracia no a todos, pero sí a los suficientes. Hace escasamente dos años usted no era más que una magos destinada a pilotar cargueros por las cercanías del mundo forja de Salshan Anterior. La *Ejemplar* es el primer crucero de combate que tiene a su mando. Y sin

embargo aquí está, anclada al puente como si toda esta nave le perteneciera, y eso sin mencionar el hecho de que está usted muy lejos de su hogar.

El tercer impacto sacudió a Nyxos como si hubiera chocado contra un muro. Una onda expansiva que se inició en la proa y se extendió por todas las cubiertas. Algunas de las muchas tuberías comenzaron a agrietarse y a dejar salir chorros de gas refrigerante mientras las estructuras de cristal se hacían añicos. De pronto, una columna de fuego se extendió por uno de los muros envolviendo completamente a un servidor que se encontraba anclado allí; los extintores automáticos inundaron la mitad de la estancia de espuma ignífuga.

Nyxos se dio cuenta de que había caído al suelo. No estaba herido pero se sentía tremendamente aturdido y la cabeza le daba vueltas. Miró a su alrededor con el rostro aún en el suelo y vio que uno de los tecnoguardias había perdido un brazo, se lo había seccionado una plancha de metal desprendida a causa del impacto que le había amputado la extremidad a la altura del codo. Entonces una serie de explosiones se produjeron en la parte delantera del puente: otro torpedo acababa de hacer blanco en la proa, había conseguido atravesar el blindaje que recubría el casco de la *Ejemplar* y destruir varios sistemas vitales para el crucero de combate.

—Que todo el personal no indispensable evacúe el puente —dijo Korveylan alzando la voz sobre la creciente confusión.

Un tecnoguardia agarró a Nyxos del hombro empujándolo hacia las puertas del puente.

—¡No va a resultarle tan fácil, Korveylan! —gritó el inquisidor—. ¡Sé que el archimagos Scraecos estuvo en Salshan Anterior! Usted estudió en el seminario que él mismo fundó. Tradujo tres volúmenes de los escritos que publicó en código máquina. ¡Y fuera lo que fuera lo que vino a buscar a Chaeroneia, estoy convencido de que usted sabe que aún sigue ahí!

La magos Korveylan hizo una pausa en sus cálculos de crucero y se volvió para mirar directamente a Nyxos. A pesar de que su rostro era incapaz de mostrar expresión alguna, algo en sus ojos le dijo al inquisidor que ya no estaba tan enfadada; Nyxos tenía experiencia suficiente como para poder ver a través de tanta mentira. Con el puente inundado de chispas y en

medio del ruido de las alarmas de las consolas, la magos Korveylan parecía de pronto muy tranquila.

—El jefe de máquinas tiene ahora el control sobre el puente —dijo a través del sistema de comunicaciones internas. Acto seguido cerró los ojos, comenzó a musitar una oración que Nyxos fue incapaz de comprender, y explotó formando una inmensa nube de esquirlas de cristal.

* * *

El camino que llevaba hasta el obelisco de comunicaciones era muy pronunciado y traicionero, serpenteaba entre los restos de los viejos sistemas de tratamiento de aguas residuales de Manufactorium Noctis. La interrogadora Hawkespur seguía con dificultad los pasos de Alaric a través de las sendas abiertas entre las enormes cisternas de agua, ascendiendo por escaleras que el paso del tiempo había destruido casi por completo. El magos Antigonus lideraba la expedición. Su conciencia, contenida en un ágil servidor de mantenimiento con cuatro patas aracnoides, se abría paso sin dificultad entre los numerosos obstáculos. El archimagos Saphentis también estaba allí, avanzando casi majestuoso junto a Antigonus.

Alaric se movía con mucha más facilidad que Hawkespur, pues su fuerza aumentada le permitía hundir los dedos en la roca para seguir escalando. Mientras seguía a Antigonus pudo ver enterramientos primitivos donde montones de huesos ancestrales descansaban en nichos excavados en la piedra. Una reliquia de los tiempos en los que la subclase de sirvientes de Chaeroneia cayó en el salvajismo, durante los primeros siglos que aquel planeta pasó en la disformidad. En las placas de mármol que había en los muros podían verse inscripciones talladas en lingua technis, textos que indicaban las fechas en las que los tecnosacerdotes habían salido de sus agujas y habían empezado a construir la sociedad caníbal que Alaric había visto en los niveles superiores de aquella ciudad; aquellos sirvientes fueron reunidos y marcados con códigos de barras, y una vez que sus vidas útiles

quedaron agotadas, fueron llevados a las plantas de tratamiento donde se convirtieron en las monstruosidades biomecánicas que sostenían la vida de Manufactorium Noctis.

Resultaba evidente que se habían producido enfrentamientos. En algunos puntos Alaric pudo ver armaduras casi completamente corroídas por el paso del tiempo. Lo único que quedaba de ellas eran manchas verdosas en las rocas sobre las que el cuerpo había caído mientras intentaba sofocar alguna rebelión o algún disturbio. Pero por cada signo de rebeldía había dos o tres símbolos de sumisión; estatuas de tecnosacerdotes casi totalmente irreconocibles o inscripciones en código máquina proclamando las nuevas leyes corrompidas de Chaeroneia. Fue desde aquellos oscuros túneles que los sirvientes de Chaeroneia marcharon para seguir a los tecnosacerdotes que consideraban sus verdaderos señores, y como respuesta, aquel planeta se los acabó tragando literalmente.

—Ya no falta mucho —dijo Antigonus. La unidad vocal de aquel servidor hacía que su voz sonara débil y distante—. El obelisco hacia el que nos dirigimos se usaba antiguamente como baliza de navegación para las naves que se movían en la órbita baja de este planeta. Intentamos usarla para enviar una señal de socorro, pero pronto comprendimos que jamás podríamos emitir ninguna señal desde la disformidad con los recursos que teníamos.

—¿Cree que ahora la señal podrá alcanzar la órbita? —preguntó Hawkespur.

—Si aún funciona, sí —contestó Antigonus.

—Archimagos —continuó Hawkespur—. ¿Ha conseguido averiguar si los tecnosacerdotes tienen alguna estación orbital? Si es así, podrían interceptar nuestra señal y seguirnos hasta aquí abajo.

—No he encontrado ningún tipo de información a ese respecto —contestó Saphentis.

—Seguimos sin saber qué es exactamente lo que ha encontrado —dijo Alaric—. A pesar de que hemos perdido a Thalassa y a casi toda nuestra Tecnoguardia para que usted tuviera acceso a esa información.

—Se trata de una información que sólo le será útil a un tecnosacerdote —contestó Saphentis.

—Por suerte —replicó Alaric—, tenemos uno entre nosotros. ¿Antigonus?

El servidor de Antigonus se detuvo y se dio la vuelta. Su rostro no era más que una máscara de metal con dos tachuelas por ojos y una rejilla redondeada que albergaba su unidad vocal.

—El Enemigo tuvo que liberar a sus demonios que mantenerlos a ustedes alejados de allí. Los datos que usted encontró deben de ser de mucha importancia.

Acababan de llegar a la entrada de una enorme cámara rectangular. El techo era tan alto que se perdía entre las sombras, más allá del alcance de los focos montados sobre los hombros del servidor de Antigonus. Antiguamente habría sido un enorme depósito de agua o de combustible para la ciudad bajo la que se encontraba, pero estaba seco y abandonado desde hacía cientos de años.

—Muy bien. Los datos que pude recabar estaban incompletos y muy corrompidos. Sin embargo, pude confirmar sus sospechas en cuanto a la fecha, juez. Chaeroneia ha estado fuera del espacio real durante algo menos de mil cien años. Casi todo el resto de la información tiene que ver con la producción de energía, algo que es de suma importancia para un mundo forja que pretenda ser autosuficiente. Chaeroneia genera, almacena y recicla información con una eficiencia superior a la de la tecnología más avanzada del Adeptus Mechanicus.

—No sea demasiado entusiasta, archimagos —dijo Antigonus—. Muchos tecnosacerdotes ya han caído al acercarse tanto al Enemigo. Todo empieza con esa clase de sentimientos. El hecho de que aquellos que controlan este mundo puedan saltarse las reglas que gobiernan la Máquina no significa que sean superiores.

—Por supuesto —continuó Saphentis—. Sin embargo es algo muy reseñable. Las estructuras biomecánicas de esta ciudad parecen ser vitales para este sistema, gran parte de cuya energía es redirigida hacia un enorme complejo situado en las afueras de Manufactorium Noctis. Parece ser una

tierra desértica y radiactiva que ya existía antes de que Chaeroneia se perdiera. Los niveles de energía aumentaron exponencialmente justo antes de la reentrada del planeta en el espacio real.

—Sea lo que sea lo que están haciendo —dijo Hawkespur—, lo están haciendo allí.

—El resto de la información era ideológica. Esta tecnoherejía tiene un precedente histórico.

—Entonces es cierto —dijo Antigonus—. El Mechanicus Oscuro.

—¿Mechanicus Oscuro?

Ese término era desconocido para Alaric.

—Tecnosacerdotes fieles a las Legiones Traidoras de los tiempos de la Herejía de Horus —intervino Hawkespur—. Fueron exterminados durante la Purificación que siguió a la batalla de Terra.

—No fue algo tan simple, interrogadora —replicó Saphentis—. El cisma que se produjo en el Mechanicus resultó mucho más complejo de lo que la Inquisición tiende a pensar. Mi rango me proporciona ciertos privilegios, y el acceso libre a datos históricos es uno de ellos. —Los ojos compuestos de Saphentis cambiaron de color mientras su mente accedía a las células de memoria cifrada que había en sus implantes augméticos—. Es probable que las facciones que se pusieron del lado de Horus —continuó— empezaran a ser conocidas como Mechanicus Oscuro después de la Herejía, cuando Horus ya había sido derrotado y se descubrió que el credo por el que se guiaban estaba corrompido. El Mechanicus Oscuro no era un grupo de tecnosacerdotes, sino las creencias que éstos defendían y los principios según los que actuaban: la fusión de carne y máquina, la creación de nuevos seres, la innovación y la libertad de investigación.

—Pero fueron destruidos —precisó Hawkespur.

Esta vez fue Antigonus quien contestó.

—No se puede matar a las ideas, interrogadora. Por mucho que la Inquisición lo haya intentado, las ideas siempre regresan. Había tantas tecnoherejías recogidas en el librarium de Marte que nunca llegué a estar seguro de cuál era la que se había apoderado de Chaeroneia, pero el Mechanicus Oscuro… sí, eso tiene sentido, mucho sentido. Especialmente si

se han aliado con los demonios. En las postrimerías de la Herejía se creía que el Mechanicus Oscuro tenía contacto con los demonios. Puede que Scraecos y sus tecnosacerdotes hayan renovado esos viejos pactos.

—¿Y cómo se pudo permitir que esas ideas florecieran? —exclamó Alaric con rotundidad—. ¡Cuando las autoridades imperiales localizan una herejía la aplastan sin miramientos! ¡La exterminan! ¿Dice usted que el Mechanicus conocía la existencia de esta herejía y aun así consiguió sobrevivir? ¡Los Preceptos de Guilliman establecen que toda obra del traidor Horus y sus acólitos debe ser destruida! Y esas reglas también incluyen al Mechanicus.

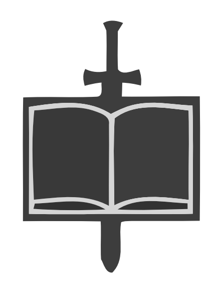
—El juez está en lo cierto —afirmó Saphentis. Alaric miró sorprendido al archimagos, era la primera vez que un tecnosacerdote estaba de acuerdo con él—. Los detalles que descubrí sobre la herejía del Mechanicus Oscuro encajan a la perfección. Los datos están en muy mal estado, pero no cabe duda de que representan un conocimiento del cisma de Horus al que incluso un archimagos como yo no tiene acceso. Scraecos es un archimagos veneratus, pero a pesar de eso es extremadamente improbable que fuera capaz de extraer estos rituales específicos y procedimientos de investigación únicamente de los archivos actuales del Adeptus Mechanicus.

—Lo cual plantea otra pregunta —dijo Hawkespur poniendo voz a los pensamientos del propio Alaric—. ¿De dónde obtuvo Scraecos esa información?

Antigonus suspiró y el cuerpo de su servidor inclinó levemente la cabeza.

—Sabía que la herejía de Chaeroneia era algo excepcional, pero esto es algo más.

—Entonces tenemos que seguir adelante —declaró Hawkespur—. Nuestra prioridad más inmediata es llegar a ese obelisco. Tenemos que informar a Nyxos de que el Mechanicus Oscuro ha regresado.



TRECE

No pidáis conocer el nombre del Enemigo, no pidáis comprender su Voluntad, ni su Método. No pidáis dominar sus Pensamientos ni repetir sus Palabras. Pedid solamente fuerza para destruirlo.

Manual de Campaña de la Infantería Imperial
(Apéndice Espiritual) 97-14

La silueta del *Forjador de Infiernos* ocupaba toda la pantalla del puente de la *Tribunicia*. Se trataba de un enorme crucero pintado de rojo y negro, mucho más grande y con el doble de armamento que la nave comandada por Horstgeld. La nave traidora se dirigía hacia la flota imperial a una velocidad con la que ningún capitán del Imperio podría soñar siquiera. Los torpedos seguían saliendo de sus tubos de proa envueltos en nubes de humo brillante.

—¿Dónde están los informes de daños? —gritó Horstgeld alzando la voz sobre el caos reinante en el puente.

—¡El reactor de plasma número tres tiene una fuga! —dijo una voz procedente de algún lugar de la sección de máquinas—. Todas nuestras tecnooraciones resultan inútiles, solicito permiso para apagarlo.

—¡Solicitud denegada! —contestó Horstgeld. Siempre sería menos peligroso mantener el reactor en funcionamiento que arriesgarse a sufrir un

desplome de energía si decidían apagarlo. Probablemente aquella decisión supondría la pérdida de algunas vidas por culpa de las fugas de plasma sobrecalentado que se producirían en la cubierta de máquinas, pero ésa era la clase de sacrificios que un capitán debía hacer.

Estaban en una situación muy comprometida. La andanada inicial lanzada desde el *Forjador de Infiernos* había hecho blanco tanto en la *Tribunicia* como en la *Ejemplar*. El *Ptolomeo Gamma*, que ya había perdido sus sistemas de comunicaciones, estaba seriamente dañado tras haber recibido un impacto que destrozó gran parte de la sección de popa y abrió una brecha a lo largo de la cubierta de máquinas. Aquella salva no había sido más que el primer movimiento; el *Forjador de Infiernos* intentaría asestar el golpe definitivo a la flota imperial desde una menor distancia, quizá incluso pretendiera recurrir a sus tropas de abordaje, y estaba cargando contra la *Tribunicia* con un fervor que hacía pensar que sólo podía estar capitaneado por un loco.

El segundo crucero enemigo seguía sin estar identificado. Se trataba de una silueta hinchada y repleta de cañones que avanzaba detrás del *Forjador de Infiernos*, y en cuanto estuviera a la altura de la flota imperial sus baterías de babor y estribor causarían estragos entre los transportes y naves de escolta. La otra nave de gran tamaño de la flota enemiga parecía ser una vieja plataforma de combate. Tenía una sección transversal de forma triangular, y en cada uno de sus lados albergaba diversos hangares y cubiertas de lanzamiento para naves de combate.

Cada nave enemiga ya tenía fijado su objetivo. Y en todos los casos el cazador era mucho más poderoso que la presa. Lo único que Horstgeld podía hacer era retrasar al enemigo el mayor tiempo posible, y esperar contra todo pronóstico que el tiempo que intentaba ganar sirviera para algo.

—Póngannos a la altura del *Forjador de Infiernos* —ordenó Horstgeld a la sección de navegación—. ¡Artillería, prepárense para lanzar una andanada! ¡Todos los artilleros a sus puestos! —Horstgeld miró la lectura táctica que podía verse en la pantalla—. ¡Comunicaciones! ¡Pónganme con la *Piedad*!

—¿Señor?

—Ya me han oído, y háganlo rápido.

El *Forjador de Infiernos* era una de las naves más horrorosas que Horstgeld había visto jamás. Originariamente había sido una nave imperial de una de las clases más antiguas, con su característica forma de cuña, pero hacía ya mucho que la Armada Imperial había abandonado aquel diseño. Durante los miles de años que llevaba en servicio, aquella nave traidora se había ido cubriendo progresivamente de llagas y úlceras sangrantes, como si el metal que le daba forma estuviera enfermo, de tal manera que sus piezas de artillería parecían asomar a través de las heridas abiertas en el casco.Una nave tan horrenda debía luchar con tácticas igualmente horripilantes. Horstgeld comenzó a musitar una oración para suplicar perdón al Emperador mientras pensaba en lo que le diría la *Piedad*.

* * *

El obelisco de comunicaciones orbitales era una aguja de color gris metálico de unos noventa metros de altura. Estaba cubierta por cientos de kilómetros de circuitos y semienterrada en la masa repugnante que sostenía gran parte de los cimientos de Manufactorium Noctis.

—¿Lista? —preguntó el magos Antigonus.

Hawkespur asintió. Estaba sentada sobre un montón de escombros a los pies del obelisco, que se alzaba sobre ella hacia la masa de desechos apisonados que formaba el techo de la cámara. Antigonus estaba instalando en una de las paredes del obelisco una unidad vocal que Hawkespur usaría para comunicarse con la flota imperial. Con la capucha de su traje de vacío echada hacia atrás, la interrogadora dejaba ver los bultos azulados de los tumores que le habían crecido bajo la piel de la garganta. No le quedaba mucho tiempo antes de que empezaran a obstruirle las vías respiratorias.

—¿Notará el Mechanicus Oscuro la bajada de potencia? —preguntó Alaric.

—Probablemente —respondió Antigonus mientras efectuaba los últimos ajustes sobre la unidad vocal—. Sospechan que estamos aquí abajo, pero no suelen aventurarse a enviar servidores de caza tan lejos.

—Los espíritus de esta tecnología rara vez responden a nuestras llamadas —dijo Saphentis mientras introducía un dedo mecánico en una de las tallas del obelisco—. Esta construcción tiene que ser muy antigua, seguramente data de los primeros días de Chaeroneia; es sumamente difícil de reproducir.

—Entonces le sugiero que tome notas, archimagos —dijo Alaric—. No tenemos intención de permanecer aquí mucho tiempo.

La cámara comenzó a vibrar a causa del zumbido que se produjo cuando la energía se extendió por todo el obelisco. La unidad vocal emitió un sonido de estática.

—Dejaremos que compruebe todas las frecuencias —dijo Antigonus—. Si tenemos suerte, puede que pinche alguno de los receptores de la flota imperial.

Como siempre, pensó Alaric, *en última instancia todo acababa dependiendo de la suerte*.

—Parece que tenemos algo —exclamó Hawkespur—. A todas las fuerzas imperiales, les habla la interrogadora Hawkespur del Ordo Malleus, por favor, respondan…

* * *

El magos Murgild llegó al puente de la *Ejemplar* justo a tiempo para ver cómo los servidores automáticos de mantenimiento acaban de limpiar las piezas carbonizadas que había por todo el suelo. Dado que la comandante Korveylan estaba anclada al suelo del puente y que su puesto de mando era el epicentro del caos de carne humeante y metal, en seguida supuso que había sido ella quien había muerto. Le causó un cierto desconcierto ver

cómo un servidor recogía los restos de su comandante, pero se encargó muy bien de ocultar esa sensación.

—He sido puesto al mando de la nave —dijo Murgild mientras se dirigía hacia el puesto de mando. Hablaba a través de una unidad vocal que tenía integrada en el pecho, pues la parte inferior de su rostro estaba cubierta por una gruesa placa metálica, una extensión del traje de vacío blindado que llevaba bajo las ropas para protegerse de los peligros de la cubierta de máquinas—. ¿Qué ha ocurrido?

—La magos Korveylan se ha inmolado —dijo el inquisidor Nyxos. Tenía varios cortes en la cara causados por las esquirlas que salieron volando con la explosión. Los soldados de la Armada que había traído de la *Tribunicia* estaban ahora en el puente bajo las órdenes del comisario Leung, por si acaso Murgild albergaba alguna duda respecto a quién representaba la verdadera autoridad en aquella nave—. Le expuse las sospechas que albergaba sobre su lealtad y como respuesta se suicidó.

Murgild hizo una pausa.

—Ya veo.

—La primera andanada de torpedos ya ha terminado, pero la flota enemiga se aproxima a mucha velocidad. Tienen un crucero fuertemente armado que se dirige directamente hacia nosotros, ahora nuestra prioridad es efectuar una maniobra evasiva y situar al escuadrón *Ptolomeo* entre nosotros y ese crucero. Haga usted lo que tenga que hacer, pero recuerde que por la autoridad de la Inquisición soy yo quien está al mando de esta nave. El comisario de flota Leung es ahora responsable de la seguridad.

Murgild se puso frente a la consola de mando y comenzó a repasar los sermones de maniobra de las tablas de navegación. La *Ejemplar* no era una nave especialmente ágil, y los magos tendrían que esforzarse mucho para que se moviera antes de que el enemigo los tuviera a tiro de nuevo. Murgild parecía ignorar el humo grasiento que había alrededor del puesto de mando, los únicos restos que quedaban de la magos Korveylan.

Nyxos se volvió y miró a Leung.

—Comisario, necesito que inspeccionen concienzudamente todos los efectos personales y los diarios de comunicaciones de Korveylan. Averigüen

si guardaba algún registro que diga para quién trabajaba o cuáles eran sus órdenes, y cualquier indicio que pueda indicarnos qué era lo que buscaba.

—Haré que se lleve a cabo una investigación en profundidad.

—Pero hágalo rápido, puede que a esta nave no le quede demasiado tiempo.

—Hemos recibido varias señales que indican que nos tienen a tiro —notificó una voz procedente del sensorium—. Nuestro atacante es la nave de artillería que aún no hemos conseguido identificar.

—Nos están apuntando y van a desplegar sobre nosotros toda su potencia de fuego —dijo Nyxos. El inquisidor miró el planetario táctico y vio que mostraba la silueta redondeada de aquella nave no identificada que se dirigía amenazante hacia la *Ejemplar*—. Por lo menos sabemos a quién nos enfrentamos. Murgild, nuestra prioridad es mantenernos con vida, atraiga a ese crucero pero manténgase fuera del alcance de sus baterías tanto tiempo como le sea posible. ¿Podrá conseguirlo con esta nave?

—Probablemente —contestó Murgild—. Pero depende de la capacidad de maniobra del enemigo.

—Bien. Hágalo. ¿Sabe si Korveylan consiguió descodificar la señal procedente del planeta?

—En los laboratorios verispex se están consiguiendo algunos avances.

—Manténgame informado.

De pronto toda la nave se estremeció al desplomarse otra sección de proa. La *Ejemplar* estaba muy dañada y la situación solamente podía empeorar.

—Capitán —dijo una nueva voz, esta vez procedente del centro de comunicaciones—. Estamos recibiendo unas transmisiones extremadamente anómalas procedentes de la superficie del planeta. Es posible que sean de origen imperial.

—Desvíenlas hacia el puente —dijo Nyxos.

El ruido de estática de aquella señal sonó a través de los altavoces del puente, extendiendo un manto de sonido crepitante sobre el ruido de los servidores que trabajaban en las consolas y el zumbido de los motores que

provenía de las entrañas de la nave. Nyxos tuvo que esforzarse mucho para extraer alguna palabra con sentido de aquella maraña.

—… Repito, les habla la interrogadora Hawkespur del Ordo Malleus, ¿puede alguien…

—¡Hawkespur! Nyxos al habla. ¿Qué demonios ocurre allí abajo?

—Nos estrellamos. Amenaza moral confirmada, se trata del Mechanicus Oscuro.

La voz de Hawkespur sonaba débil, como si la interrogadora estuviera exhausta, y sus palabras también sonaban muy distorsionadas debido a la mala calidad de la señal.

—Hawkespur, aquí arriba el tiempo se nos acaba. El planeta ha enviado una señal y el *Forjador de Infiernos* ha acudido como respuesta. La última vez que se supo de esa nave estaba al servicio de Abbadon *el Saqueador*, y ahora parece que su intención es llegar a la superficie.

—… Señor, el enemigo está desviando una gran cantidad de energía a un complejo situado a las afueras de la ciudad. Puede que allí se oculte lo que busca la flota de Abaddon…

—Ellos no son los únicos. La magos Korveylan también lo buscaba, y no seguía órdenes del Mechanicus. No sabemos para quién trabajaba, puede que para alguien muy importante.

—¿Debo entender que ahora nuestra prioridad es encontrar el centro de la actividad del enemigo y establecer si supone alguna amenaza?

—Correcto. Hagan ustedes lo que tengan que hacer, Hawkespur. Recurran a la tierra quemada si es necesario, pero están ustedes solos ahí abajo, tenemos a varios cruceros enemigos aproximándose y no podremos retenerlos mucho tiempo.

—… Señor, intenten ganar algo de tiempo. Actuaré siguiendo mi propio juicio.

—Hágalo. Y si Alaric sigue con vida, confíe en él, sabe cómo sobrevivir en lugares como ése. Si Saphentis sigue entre ustedes, no se fíen de él, puede que también tenga algo que ver con todo esto. El Mechanicus sabe algo que no nos quiere decir. Hawkespur. ¿Hawkespur?

Nyxos escuchó con atención durante más de un minuto, pero lo único que había era ruido de estática.

—Maldita sea. Murgild, haga que rastreen la frecuencia e infórmeme de cualquier cosa que encuentren.

—Sí, inquisidor.

—Y que los verispex sigan intentando descodificar la señal aunque la nave comience a caerse a pedazos. Si Hawkespur vuelve a establecer contacto quiero poder decirle algo que les sea de ayuda.

* * *

—Comprendo, pero aún no sabemos a qué nos enfrentamos, señor. Intenten ganar algo de tiempo, actuaré siguiendo mi propio juicio —dijo Hawkespur. La unidad vocal no devolvió más que sonido de estática—. ¿Señor? ¿Inquisidor Nyxos?

Los circuitos del obelisco se volvieron de un color rojo oscuro a causa de la resistencia. Acto seguido comenzaron a salir chispas de la unidad vocal, que finalmente sufrió un cortocircuito.

—Puede que la hayan bloqueado —dijo Antigonus.

—Lo que significaría que saben dónde estamos —añadió Alaric.

—Creo que ya me ha dicho todo lo que necesitamos saber —dijo Hawkespur mientras se quitaba los auriculares—. El Mechanicus Oscuro ha solicitado una flota del Caos. Probablemente han estado transmitiendo mensajes desde antes incluso de que nosotros llegáramos. Esa flota está encabezada por el *Forjador de Infiernos*, una de las naves que más destacaron durante la guerra Gótica. Eso significa que nuestra teoría sobre la relación entre la reaparición de Chaeroneia y el ataque lanzado por Abbadon a través del Ojo del Terror cobra fuerza.

—No es que sean muy buenas noticias —observó Antigonus mientras examinaba la unidad vocal.

—Es mejor que no saber nada —contestó Alaric—. Al menos tenemos alguna idea respecto a nuestro enemigo. La flota del Caos quiere algo que hay en Chaeroneia, y si lo descubrimos nosotros primero podemos hacerles mucho daño. Puede que a usted no le guste lo que acaba de oír, pero cualquier información nos facilitará las cosas.

—También significa que tenemos que movernos —dijo Hawkespur mientras volvía a ponerse la capucha de su traje de vacío—. Antigonus, tenemos que llegar pronto hasta ese complejo; ¿podremos hacerlo con rapidez?

—Hay posibilidades. Si movilizamos todos nuestros recursos podríamos estar allí en menos de dos horas. Pero casi nunca enviamos a nadie ahí fuera, no hay lugar donde esconderse, sólo dunas de ceniza. Y allí no hay absolutamente nada, ni construcciones, ni almacenes…

—Parece —intervino Saphentis—, que ahora sí que hay algo. Algo que está consumiendo grandes cantidades de la energía que genera esta ciudad. —El archimagos había permanecido en silencio desde que el obelisco comenzó a transmitir, se limitó a escuchar atentamente como si quisiera interceptar alguna frecuencia imperceptible para un oído normal—. Antigonus, ¿tiene usted alguna idea de qué puede tratarse?

Antigonus se encogió de hombros de la mejor manera que le permitió su servidor.

—El único lugar que necesitaba tal cantidad de energía en Manufactorium Noctis era la planta de ensamblaje de titanes, pero por lo que sabemos fue desmantelada hace más de ochocientos años.

—Sea lo que sea —dijo Hawkespur—, tenemos que llegar hasta allí. Esta misión ya no tiene que ver con la investigación; ahora se trata de privar al enemigo de aquello que el Mechanicus Oscuro ha creado.

—Estoy de acuerdo —asintió Alaric—. Mi escuadra estará lista para ponerse en marcha inmediatamente. ¿Antigonus?

—Mis adeptos están preparados.

—Bien, entonces no hay tiempo que perder.

—Vamos allá —dijo Hawkespur.

Mientras los cuatro regresaban a la base de Antigonus oían cómo Manufactorium Noctis gemía sobre sus cabezas, era como si la propia ciudad intentara hundir sus garras en las entrañas de aquel planeta para ir tras ellos. Todo Chaeroneia los aborrecía, y sabía que estaban allí; eran como una infección en la masa biomecánica de la ciudad. La mácula de hechicería que Alaric sintió cuando vio Chaeroneia por primera vez parecía volverse más y más fuerte.

Aquel planeta los quería muertos. Y probablemente acabaría teniendo éxito. Pero Alaric confiaba en que Hawkespur y sus hermanos de batalla se asegurarían de que, antes de que eso ocurriera, Chaeroneia tuviera que emplear todos sus recursos.

* * *

El misionero Patricos ascendió por la escalera del púlpito del anfiteatro principal, un enorme auditorio capaz de acoger a todos los peregrinos que viajaban a bordo de la *Piedad*. Y la mayoría de ellos estaban allí en aquel momento; hombres, mujeres y niños que abarrotaban los bancos sosteniendo entre sus manos imágenes del águila o libros de oraciones desgastados por el uso, mostrando entre murmullos su miedo y su incertidumbre.

La tripulación de la *Piedad* acababa de recibir un repentino cambio de órdenes por parte del contraalmirante al mando de la flota. Algunos peregrinos pensaban incluso que la nave estaba a punto de ser atacada por algún enemigo. Patricos había estado en aquella nave desde que comenzó su peregrinación en Gathalamor, un viaje que los llevaría a lo largo de todo el extremo sur de la galaxia hasta San Leor, y era el líder espiritual de las miles de personas que viajaban a bordo; él era el encargado de revelarles la voluntad del Emperador. Había guiado su fe durante más de trece años a lo largo de una larga y dura peregrinación y tenía una confianza absoluta depositada en ellos.

—¡Hermanos! —dijo Patricos con su tono de voz fuerte, propio de un predicador—. ¡Hermanas! ¡No perdáis la esperanza! Estamos atravesando tiempos oscuros, sí, y los sirvientes del Emperador nos enfrentamos a algo terrible. ¡Pero somos su gente! Él nos protegerá de las aberraciones de aquellos que quieren hacernos daño, pues nosotros portamos su bondad en nuestros corazones. ¡Únicamente a Él hemos dedicado toda nuestra vida! ¡Confiad en Él como habéis hecho durante estos largos años y seréis recompensados con Su gracia en vuestra próxima vida!

Patricos podía ver el miedo reflejado en los rostros cansados de los peregrinos. Algunos habían accedido a la nave en los muchos mundos en los que se habían detenido, pero la mayoría había salido de Gathalamor. Llevaban tanto tiempo juntos y estaban tan unidos que sólo había hecho falta una única voz para que los rumores y el pánico se extendieran como el fuego.

—¡Pero uno de los miembros de la tripulación ha dicho que se aproxima una flota enemiga! —dijo uno de los peregrinos—. ¡Y que ahora estamos bajo control militar!

Patríeos alzó las manos pidiendo calma.

—Es cierto, la Armada ha reclamado nuestra presencia, pero se trata simplemente de una medida preventiva. En el caso poco probable de que se produzca un ataque enemigo nuestra nave podría servir como transporte o como hospital. ¡Estamos totalmente desarmados! ¡Y llevamos a bordo miles de almas creyentes, los mismos hombres y mujeres temerosos del Emperador por quienes lucha la Armada! No permitirán que nos hagan daño. Ahora, demos gracias y recemos por el sacrificio de aquellos soldados y tripulantes que nos protegen en estos tiempos oscuros. Himnario Tertiam, versículo noventa y tres.

* * *

La enorme silueta del *Forjador de Infiernos*, casi el doble que cualquier crucero convencional, atravesaba el espacio dirigiéndose directamente hacia la *Tribunicia*. Las planchas que recubrían la sección de proa dejaban salir unos enormes regueros de sangre humeante, y entre ellas podían verse unos grandes colmillos blanquecinos que formaban una sierra que protegía toda la proa. Bajo aquellos colmillos se encontraban las cámaras abarrotadas en las que las fuerzas de abordaje se preparaban para el asalto.

El *Forjador de Infiernos* transportaba una numerosa horda de tropas de abordaje compuestas por seres infrahumanos, criaturas perversas y dementes que habían evolucionado y mutado hasta convertirse en eficaces asesinos especializados en el combate en espacios cerrados. Si la *Tribunicia* conseguía sobrevivir al ataque inicial serían ellos los que, a través de las pasarelas de abordaje del *Forjador de Infiernos*, darían buena cuenta del crucero imperial, extendiendo su demencia y su sed de sangre por todas las cubiertas. Se trataba de una táctica muy antigua y una de las más efectivas, teniendo en cuenta el tamaño y la resistencia de la nave comandada por Urkrathos. Una acción de choque directo requería un alto grado de locura según la doctrina de la Armada, pero una acción de abordaje no requería mucho menos. Los capitanes de la Armada Imperial no tenían ni la más mínima idea de cómo defenderse de un enorme crucero que se dirigía hacia ellos a una velocidad endiablada, con su proa dentada preparada para infligir el mayor daño posible. La sola visión de aquella imagen ya había hecho derrumbarse a más de un capitán imperial, y Urkrathos aún tenía a algunos de ellos encerrados en las entrañas del *Forjador de Infiernos*, dementes y degenerados.

El *Forjador de Infiernos* avanzaba inexorablemente. Los demonios del puente habían cumplido su trabajo y la tremenda fuerza de empuje de los reactores del crucero lo propulsaban directamente hacia la *Tribunicia*.

El *Forjador de Infiernos* no pudo hacer nada cuando la *Piedad* se interpuso en su trayectoria.

Los motores de la *Piedad* rugieron cuando la lenta y pesada nave de peregrinos fue empujada en todas direcciones a la vez. En el gran anfiteatro la gente comenzó a gritar cuando los sistemas de gravedad artificial fallaron

y los peregrinos fueron lanzados contra las hileras de bancos de mármol. El misionario Patricos tuvo que agarrarse con fuerza al facistol para no salir disparado y caer directamente sobre las primeras filas de peregrinos.

—¡Seguid rezando! —gritó, intentando que su voz se oyera por encima del chirrido de los motores y los alaridos de pánico—. ¡Seguid rezando! ¡Pues Él escuchará vuestras súplicas!

Algo enorme había impactado contra la parte baja de la nave, destrozando las cubiertas inferiores y convirtiéndolas en un amasijo de metal. Patricos cayó de espaldas y los peregrinos se abalanzaron sobre los bancos cuando la nave comenzó a dar sacudidas. Unos sonidos horribles llegaban a sus oídos desde debajo de ellos: células de combustible que explotaban, cubiertas enteras succionadas por el vacío, secciones del casco arrancadas por el impacto…

Patricos se puso en pie tambaleándose. Los peregrinos que no estaban inconscientes seguían rezando, murmurando palabras sagradas con el rostro pálido por el pánico.

—¡Él no puede oírnos! —gritó Patricos elevando al máximo su voz grave y autoritaria—. ¡No rezáis con suficiente fe! ¡Debéis mostrarle lo profundo de vuestra devoción!

Uno de los motores laterales explotó haciendo estallar a su vez las células de combustible e inundando las cubiertas de máquinas con su combustible ardiente.

—¡Seguid rezando! —La nave se retorcía como un animal agonizante y las lenguas de fuego comenzaron a abrirse paso a través del suelo—. ¡Tú! ¡Reza con más fuerza! ¡Ahora!

* * *

La proa dentada del *Forjador de Infiernos* atravesó de lleno el anfiteatro y sus miles de colmillos destrozaron infinidad de cuerpos. Los pocos que no fueron aniquilados en aquel momento murieron cuando el vacío se apoderó

de lo poco que quedaba, dejando los restos de la *Piedad* a merced del frío espacial.

—¡Por los colmillos de los dioses! ¡Maldición! —gritó Urkrathos mientras los restos de la *Piedad* aún seguían clavados en la proa del *Forjador de Infiernos*—. ¡Tú! ¿Nos hemos desviado de nuestro rumbo?

El demonio encargado de la navegación, una criatura musculosa cubierta de runas de hechicería, gruñó desde el muro al que había sido clavado con puntas de acero meteórico.

—La colisión nos ha hecho desviarnos. No impactaremos de proa.

Urkrathos miró la pictopantalla en la que podían verse los restos de la *Piedad* clavados en los colmillos de la proa dentada. El demonio tenía razón: el *Forjador de Infiernos* no impactaría de frente.

—¡Corrige la trayectoria!

El demonio lanzó un chillido agudo por cada una de sus tres bocas babeantes.

—Imposible —dijo.

Urkrathos desenfundó la pistola bólter e hizo tres disparos que impactaron directamente sobre el pecho del demonio, esparciendo icor ardiente por el muro que había detrás.

—¿Te atreves a desafiarme? —rugió—. ¡Que tu alma se pudra en el infierno, demonio!

—Yo no tengo alma —contestó el demonio sonriendo—. Y no puedo desafiarte. Pero es cierto, la hoja del *Forjador de Infiernos* no atravesará el corazón del enemigo.

Urkrathos escupió sobre uno de los muchos ojos color esmeralda del demonio. Era cierto. E incluso si hubiera habido tiempo para corregir el rumbo tendría que haberlo hecho aquel mismo demonio. El *Forjador de Infiernos* iba a fallar.

—¡A las armas! —gritó Urkrathos—. ¡Retirad a las tropas de abordaje de las cubiertas de proa y que el personal de artillería se prepare para disparar una andanada!

¡Maldita escoria imperial! Nunca morían en el momento adecuado. Ahora tendría que desplegar toda su potencia de fuego sobre el buque

insignia del enemigo, una muerte mucho más lenta y dolorosa que la que había planeado para ellos. Esos adoradores del Emperador Cadáver buscaban su propio sufrimiento. Al aniquilarlos, Urkrathos cumpliría con un deber sagrado.

* * *

El contraalmirante Horstgeld contempló en la pictopantalla los restos agonizantes de la *Piedad*. No estaba seguro de que la tripulación de aquella nave hubiera comprendido las órdenes que les había dado; aunque de haberlo hecho probablemente no las hubieran obedecido, por muy piadosos y fervientes adoradores del Emperador que fueran. Pero ellos no eran los responsables de la muerte de todos aquellos miles de peregrinos inocentes. Horstgeld lo era. Eso era lo que significaba estar al mando. Asumir la responsabilidad de lo que le ocurriera a todos y cada uno de los ciudadanos imperiales que tuviera a su cargo, fuera bueno o malo.

Las correcciones de rumbo aparecieron en la pictopantalla. El *Forjador de Infiernos* no impactaría contra la *Tribunicia* pasaría de largo por muy poco, pero sería suficiente. La *Tribunicia* prolongaría su existencia un poco más. Pero aquellos pocos momentos habían costado la destrucción de la *Piedad* y la muerte de todos los que iban a bordo.

—Confesor —dijo Horstgeld al confesor Talas, que como siempre estaba en lo alto del pulpito—. Hemos pecado. Los ritos de admonición, por favor.

* * *

Bajo Manufactorium Noctis, en los cimientos de la ciudad, donde los estratos artificiales se unían con la corteza de Chaeroneia, había infinidad de bolsas y cavernas abiertas en la roca. Prácticamente todo el acero y otros

metales habían sido extraídos dejando interminables galerías vacías. La mayoría de ellas se había derrumbado, pero se habían mantenido las suficientes como para formar una enorme autopista oculta bajo la ciudad que desembocaba directamente en las afueras de la actual Manufactorium.

Un antiguo transporte blindado Chimera, tan reparado y modificado que quedaba muy poco del vehículo original, lideraba la débil columna de combate que avanzaba a toda velocidad hacia el desierto de ceniza radiactiva que se extendía al otro lado de la ciudad. Robado y mantenido por la resistencia de los tecnosacerdotes de Antigonus, el Chimera era el vehículo más poderoso de aquella fuerza de asalto improvisada, y daba la impresión de que se estaba cayendo a pedazos.

—¿Qué nos encontraremos cuando lleguemos allí? —preguntó Alaric alzando la voz sobre el ruido ensordecedor del motor. Él y su escuadra iban en el Chimera junto al tecnosacerdote Gallan, que parecía tener una afición especial por mantener en funcionamiento cosas que debían de haber sido abandonadas hacía mucho.

Gallen se volvió y miró a Alaric con el único ojo natural que aún le quedaba.

—Las galerías más antiguas se mantienen intactas —dijo—. En ellas trabajaban grupos de sirvientes, de modo que son transitables tanto a pie como en cualquier transporte, y llevan directamente hasta el desierto.

—¿Y qué hay allí?

—Nada.

Alaric supo al instante que no era verdad. Podía sentir la enorme maldad hacia la que se dirigían, podía sentir cómo intentaba que no se acercaran. El núcleo indestructible de su alma podía sentirlo.

—Creo que debería usted recitar los ritos de contrición —dijo el hermano Archis—. Deberíamos afrontar esto con nuestras almas purificadas.

—No —replicó Alaric—. Yo no, deberías recitarlos tú, Archis, parece que se te da muy bien rezar.

—De acuerdo, juez —asintió Archis—. Hermanos, uníos a mí.

El resto de la escuadra, Alaric incluido, inclinó la cabeza y Archis comenzó a hablar. Los ritos de contrición reconocían la debilidad de sus almas y los errores que habían cometido en el cumplimiento de su deber para con el Emperador; pues su único propósito era erradicar a los demonios, y los demonios aún existían y asolaban a las gentes del Imperio. De modo que mientras la tarea de los Caballeros Grises no fuera terminada, tendrían que suplicar perdón al Emperador y esperar que Su gracia les otorgara la fuerza necesaria para poder cumplir con su cometido.

Algún día, cuando todos ellos hubieran muerto y lucharan junto al Emperador al final de los tiempos, su tarea estaría completa. Pero hasta entonces estaban en deuda con el Emperador, una deuda que darían su vida por saldar.

* * *

—¿Dice que los ha perdido? —preguntó la conciencia colectiva de los tecnosacerdotes de Chaeroneia.

—Por el momento —contestó Scraecos.

El archimagos veneratus se hallaba en los restos de la fortaleza. Había hecho que su estructura de cristal se abriera por completo, haciendo que incluso las capas más bajas de aquel material transmisor de datos quedaran expuestas a cielo abierto. Los cuerpos de servidores de combate destrozados y de sirvientes muertos yacían semienterrados por el cristal sobre el que habían caído, incrustados en la estructura de la fortaleza debido a la violencia con la que Scraecos la había deformado.

Allí no quedaba ni rastro de los intrusos. Sólo los cuerpos de sus compañeros muertos, un par de tecnoguardias vestidos con los ropajes del color rojo óxido característico del Adeptus Mechanicus más ortodoxo. Ni rastro de los marines espaciales, ni del archimagos que probablemente sería su líder. Scraecos había buscado hasta llegar a las capas muertas de material

transmisor de datos, donde la tecnología que conocían los tecnosacerdotes dominantes jamás podría penetrar.

Scraecos hurgaba entre los restos destrozados de uno de los tecnoguardias mientras era interrogado por los pensamientos transmitidos desde la aguja central.

Expliqúese, dijo la voz de los mil sacerdotes dentro de su cabeza.

—Se trata de una misión de reconocimiento —dijo Scraecos—. Es extremadamente improbable que puedan llevar a cabo su misión y permanecer ocultos a nuestros sistemas de rastreo.

Sin embargo, permanecen ocultos —contestaron los tecnosacerdotes—. *Explíquese con más detalle.*

—Hemos matado a varios de sus miembros —continuó Scraecos—. Y conocemos sus técnicas y su estructura interna. Ahora sabemos mucho más sobre lo que son capaces de hacer. Poseen alguna extraña forma de tecnología avanzada que ha conseguido evitar nuestros programas de caza. —Scraecos miró con desdén los programas de caza que nadaban retorciéndose bajo la superficie de cristal—. No cabe duda de que es algo desarrollado por el Mechanicus ortodoxo durante el tiempo en que no hemos estado en contacto con el Imperio.

Sus palabras no son más que excusas, archimagos veneratus Scraecos. No hay ninguna prueba de que sus pesquisas hayan facilitado la captura de los intrusos. Parece que en lugar de eso, su identidad individual lo ha convertido en un miembro menos eficiente. Por lo tanto, el archimagos veneratus Scraecos debe regresar a la conciencia común de los tecnosacerdotes de la aguja central.

Scraecos apretó sus mecadendritas movido por la frustración. Los filamentos de recepción de datos que habían sustituido a sus manos brillaban al contacto con el cristal mientras el archimagos buscaba información sobre los fallos y errores de los programas de caza. Ellos eran los que habían fracasado. Ellos, no él. Él era el archimagos más grande de la historia de Chaeroneia, el más importante desde el gran cisma en tiempos de Horus. Scraecos había cumplido con su tarea con una precisión absoluta. Era él quien gobernaba Chaeroneia.

El Castigador había hablado con Scraecos. Al principio únicamente habló con él.

—Muy bien —dijo Scraecos—. Regresaré con los tecnosacerdotes. Volveré a ser nosotros.

Se enviarán plataformas gravíticas. Archimagos veneratus Scraecos, prepárese para el cese de su conciencia individual.

Así concluyó la comunicación. Scraecos volvió a quedarse a solas en la fortaleza. La estructura de aquella construcción había sido abierta como la corola de una flor negra de cristal, los muros se habían convertido en enormes pétalos atezados. El resto del valle también se había deformado, los acantilados de obsidiana estaban repletos de cráteres humeantes, resultado de las sondas empleadas para rastrear el material transmisor de datos en busca de cualquier indicio de los intrusos.

Hacía ya algún tiempo que Scraecos se preguntaba si habría algún tipo de resistencia activa en Manufactorium Noctis. La mayor parte del tiempo, por supuesto, su memoria y sus facultades cognitivas no eran independientes, sino parte de la mente colectiva de Chaeroneia. Pero en las pocas ocasiones en las que había tenido ocasión de existir por separado se había preguntado si ciertos cortocircuitos de causa desconocida, muertes de tecnoguardias o ciertos actos que parecían sabotajes, realmente podrían explicarse como accidentes industriales aleatorios.

Había alguien que estaba coordinando un movimiento de resistencia en Chaeroneia. Quizá se tratara de tecnosacerdotes disidentes, rivales de la casta dominante del planeta. O podría tratarse de reliquias vivientes, seres que de algún modo se habían mantenido fieles al Mechanicus ortodoxo que Chaeroneia había dejado atrás hacía ya mucho tiempo. La supervivencia de los intrusos no hacía sino confirmar esta teoría en la mente de Scraecos. Hasta a aquel momento la resistencia había conseguido permanecer oculta, pero al ayudar a los intrusos habían confirmado su existencia. Aquél iba a ser el último error que cometerían.

El archimagos veneratus Scraecos era el líder de Chaeroneia. Él representaba la voluntad del verdadero Omnissiah, tal y como le había sido revelada a través del Castigador.

Estos pensamientos no eran de arrogancia ni ambición, eran la pura y fría lógica que gobernaba el noventa y nueve por ciento de la mente de Scraecos. Y el archimagos conseguiría acabar tanto con la resistencia como con los intrusos… a su manera.

De pronto, una enorme plataforma gravítica apareció entre dos de las muchas agujas, escoltada por varias plataformas de artillería. Estaban allí para llevar a Scraecos de vuelta a la aguja central. Lo cual era perfecto, pues era el mejor lugar para confirmarse como el intelecto destacado que lideraría la voluntad colectiva de Chaeroneia.

Los programas de caza habían fracasado. Lo que significaba que tendría que ocuparse de aquel problema personalmente.



Los cañones de la *Desikratis* estaban consiguiendo destruir los escudos de la *Ejemplar*, convirtiéndolos en enormes columnas de un humo negro y centelleante. El horrendo y abotargado crucero del Caos no cesaba de vomitar ráfagas de fuego que, incluso a aquella distancia, estaban haciendo caer una tras otra las defensas del crucero imperial. El demonio que se retorcía en el corazón de la *Desikratis* cargaba y apuntaba todos y cada uno de sus cañones, moviendo los proyectiles con sus tentáculos y abriendo fuego mediante un impulso de sus sistema nervioso corrupto. La *Ejemplar* estaba mostrando mucha más resistencia de lo que cabría esperar de una nave de su tamaño, pero por muy resistente que fuera, la *Desikratis* se aproximaba a gran velocidad, y en cuanto estuviera en posición para lanzar una andanada completa con toda su artillería de babor, conseguiría perforar el casco de la *Ejemplar* y convertir todas sus cubiertas en un amasijo de metal retorcido y humeante.

Pero aquello aún no había ocurrido, y la *Ejemplar* respondería mucho más efectivamente de lo que cualquiera podía esperar.

* * *

—Máxima potencia a los escudos de estribor —dijo el magos Murgild. El puente de mando de la *Ejemplar* estaba ahora repleto de tecnosacerdotes y de sirvientes, sustitutos de los servidores abrasados. Mediante extraños y complejos protocolos habían conseguido gobernar la maltrecha nave, que pudo zafarse del alcance de la artillería enemiga—. Protocolo de evasión beta. Control de daños de los sensores de proa.

Las informaciones de última hora enviadas desde el archivo de la nave sugerían que el crucero enemigo podía ser la *Desikratis*, una nave del Caos que participó en la guerra Gótica para reaparecer más tarde en las batallas espaciales de Némesis Tessera durante la invasión lanzada desde el Ojo.

Probablemente la *Ejemplar* no podría plantarle cara en igualdad de condiciones. Pero no importaba, el objetivo no era vencer, era mantener al Enemigo ocupado mientras Hawkespur y Alaric destruían lo que aquella flota había ido a buscar a Chaeroneia.

—Comisario —dijo Nyxos a través del comunicador—. ¿Qué han encontrado?

La voz del comisario Leung chispeaba desde los aposentos de Korveylan, en las entrañas de la *Ejemplar*.

—Muy pocas pruebas concretas sobre actividades sospechosas. Sin embargo, algunos tecnosacerdotes me han dado datos sobre los estudios que Korveylan realizó bajo las órdenes del archimagos Scraecos.

—¿Tecnosacerdotes? ¿Son de confianza?

—Eso creo, inquisidor. Parece ser que la magos Korveylan no era muy querida por la tripulación.

Nyxos se permitió el lujo de esbozar una leve sonrisa.

—No me extraña. ¿Qué ha averiguado?

—Debo confesar que no acabo de comprenderlo del todo. Parece ser que Scraecos dirigió una especie de seminario que tuvo lugar en Salshan Anterior hace unos ciento cincuenta años, trataba temas tanto religiosos

como técnicos, y se centraba en algo a lo que los estudios de Korveylan se refieren como «plantilla de construcción estándar». Aparte de eso, parece que se tomó muchas molestias para eliminar pistas de su pasado.

—Ya veo. Gracias, comisario. Infórmeme inmediatamente si encuentra cualquier cosa.

—De acuerdo, inquisidor.

—Y puede que las cosas se pongan muy difíciles dentro de poco. En breve vamos a entrar en combate y no creo que tengamos muchas probabilidades de ganar.

—Entendido.

La comunicación se cerró. De pronto la actividad en el puente parecía más tranquila y relajada, pero en realidad se estaba volviendo más y más intensa a medida que la *Desikratis* se aproximaba.

Una plantilla de construcción estándar, por supuesto. Todo tenía sentido.

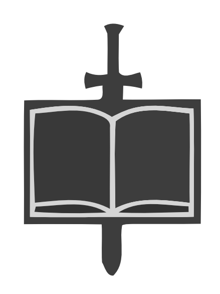
—Murgild —dijo Nyxos intentando desviar su propia atención de esos pensamientos—. Tenemos que establecer contacto con el planeta sea como sea. ¿Tienen datos históricos sobre Chaeroneia?

—Por supuesto, pero no creo que tengan mucho que ver con el planeta actual.

—No importa. Haga que los preparen todos en las cubiertas verispex. Voy a tener que abandonar el puente, pero recuerde que está usted bajo autoridad inquisitorial. Trate de mantenernos con vida.

—Por supuesto.

Nyxos salió del puente a toda prisa. Podía oír el sonido de los escudos que iban cayendo uno tras otro bajo el fuego de artillería de la *Desikratis*, dejando a la *Ejemplar* desnuda e indefensa. No quedaba mucho tiempo, pero ahora sabía de qué se trataba todo: Chaeroneia, la flota del Caos, la traición de Korveylan…, todo. Si conseguía informar a Hawkespur aún les quedaría una última oportunidad, y todos aquellos hombres y mujeres no estarían muriendo en vano.



CATORCE

¡Dadme una pistola que no dispare! ¡Dadme una espada que no esté afilada! ¡Dadme una arma que no inflija daño alguno, siempre y cuando siembre pavor!

Eclesiarca Sebastián Thor,
carta escrita al Convento Sanctorum

El Imperio se basaba en la ignorancia. Era una verdad tan obvia que muy pocos se daban cuenta de ella. Durante más de diez mil años el Imperio había reclamado autoridad sobre la totalidad de la raza humana, primero bajo el yugo del Emperador y luego bajo el del Adeptus Terra, que decía actuar según Su voluntad inmortal. Pero el Imperio existía en medio de un completo aislamiento histórico. Antes de que el Emperador iniciara la Gran Cruzada que conquistó miles de mundos deshabitados, no había absolutamente nada.

Infinidad de leyendas intentaban arrojar algo de luz sobre los oscuros años de la historia preimperial. No importaba cuántos eruditos hubieran dedicado sus vidas a responder a la pregunta de qué había antes del Imperio, resultaba imposible diferenciar las conjeturas de las mentiras. Sin embargo, había una serie de ideas comunes que compartían todos aquellos que alguna

vez habían prestado atención a la historia preimperial, aunque incluso éstas generaban divergencias constantes.

Primero se produjo la Dispersión. El descubrimiento de los viajes a velocidades superiores a la de la luz a través de la disformidad, una dimensión paralela, permitió migraciones masivas por toda la galaxia, propiciando así el éxodo de la humanidad. Pero la Dispersión no era más que una conjetura, un modo de intentar explicar por qué los comerciantes independientes o las flotas de exploración seguían encontrando, incluso en el presente, tantos mundos habitados por humanos. Sin embargo, aquél era el único modo mediante el cual la raza humana pudo haber llegado a su estado actual, de manera que la idea más extendida era que la Dispersión se había producido en un pasado tan lejano que no se conservaban pruebas directas.

Después vino la Edad Oscura de la Tecnología. La humanidad, en lugar de venerar la tecnología y preservar la santidad de su espíritu como más tarde se haría en Marte, persiguió cualquier avance tecnológico con un ardor desmedido. Se produjeron increíbles maravillas y horrores inimaginables, máquinas de guerra capaces de sembrar el terror en planetas enteros, abominaciones genéticas, máquinas capaces de crear mundos a su alrededor y cosas mucho más terribles, muchísimo más terribles.

Inevitablemente, la Edad Oscura llevó a la humanidad a la Era de los Conflictos, en la que la humanidad se hundió en una vorágine interminable de guerras fratricidas. Los viajes a través de la disformidad se hicieron imposibles, por lo que la humanidad fue dividida y cientos de mundos aislados cayeron en la barbarie, un salvajismo del que por lo general nunca volverían a salir hasta que el Imperio enviara misioneros para mostrarles de nuevo la luz.

Pero, según parecía, hubo quien quizá previo el advenimiento de la Era de los Conflictos; unas pocas mentes que advirtieron que la humanidad estaba en peligro y que debían preservar la tecnología más estable y valiosa para futuras generaciones, incrementando así las posibilidades de que la raza humana sobreviviera a la terrible matanza que se avecinaba. Nadie durante la época del Imperio fue capaz de establecer quiénes habían sido, pero a

buen seguro se encontraban entre las mentes más brillantes de la Edad Oscura. Quizá fueron las únicas que advirtieron el precio que la galaxia debería pagar por la tecnología profana.

Decidieron dejar constancia de sus conocimientos de forma que pudieran sobrevivir para siempre y ser comprendidos por cualquiera. Ciertas tecnologías clave fueron reducidas a algoritmos y conservadas en formatos tan simples que incluso razas humanas no demasiado bárbaras pudieran descifrar con facilidad. Se trataba de las plantillas de construcción estándar.

En cierto sentido el Sacerdocio de Marte hacía algo similar, preservar el conocimiento a través de la contemplación religiosa. Con el nacimiento del Imperio y el Tratado de Marte, el Adeptus Mechanicus pudo explorar la galaxia durante la Gran Cruzada, conociendo así la existencia de las plantillas de construcción estándar.

Las PCE eran tan puras que se convirtieron en objeto de veneración por parte de los tecnosacerdotes, pues eran como porciones del genio del Omnissiah comprimidas y formateadas para beneficio de la humanidad. Durante la Gran Cruzada se descubrieron algunos fragmentos dispersos en mundos ruinosos, y los tecnosacerdotes los emplearon para crear algunos de los avances tecnológicos más estables y omnipresentes del Imperio, como los vehículos Rhino o los sistemas disipadores de calor geotérmico que suministraban energía a innumerables ciudades colmena. Pero sólo se encontraron fragmentos incompletos de PCE.

La plantilla de construcción estándar no era más que una utopía. Pensar que una sola de ellas podría haber sobrevivido a tantos miles de años de guerra requería mucha imaginación. Pero eso no detuvo a muchos tecnosacerdotes, que empezaron a buscar plantillas de construcción estándar como si fueran reliquias, navegando entre leyendas y verdades a medias y enviando misiones de exploración a los mundos más distantes y olvidados de la mano del Emperador en busca del menor indicio de aquel conocimiento ancestral.

Uno de aquellos tecnosacerdotes fue el archimagos Veneratus Scraecos, quien impartió un seminario en el mundo forja de Salshan Anterior

destinado a estudiar las leyendas sobre las PCE y a generar complejos modelos estadísticos a partir de los fragmentos de ellas que poseía el Adeptus Mechanicus.

Scraecos llegó a Chaeroneia pensando que en aquel mundo forja se conservaba una plantilla de construcción estándar, y quizá, sólo quizá, tenía razón.

* * *

Alaric se arrastraba hacia adelante mientras intentaba que su enorme armadura no destacara sobre la pila de metal oxidado que había bajo su cuerpo, tratando de evitar que tanto él como el tecnosacerdote que iba a su lado fueran descubiertos por cualquiera que estuviera vigilando los pozos de salida de la mina.

El pozo ascendía dibujando una pendiente muy pronunciada, de manera que apenas entraba luz desde el exterior. Horadados en la roca hacía cientos de años, los muros y el suelo de aquel pozo estaban ahora ocultos bajo varios metros de herrumbre.

—Estamos cerca —dijo el tecnosacerdote Gallen mientras ascendía junto a Alaric. Las únicas armas de Gallen eran un rifle automático muy oxidado y los viejos accesorios de combate de sus implantes biónicos, tan oxidados como el propio rifle. Era evidente que estaba asustado. Los tecnosacerdotes de Antigonus siempre habían vivido a punto de ser descubiertos y con la muerte pisándoles los talones, pero habían evitado cualquier tipo de enfrentamiento directo con el Mechanicus Oscuro. Ahora, la llegada de Alaric los había involucrado directamente en una guerra abierta.

—¿Hay alguien ahí arriba? —susurró Alaric.

El Caballero Gris se volvió para mirar al resto de su escuadra. El brillo de sus armaduras había quedado completamente oculto bajo la capa de suciedad que las cubría. Junto a la escuadra de Alaric había también una veintena de tecnosacerdotes, que mostraban diferentes grados de declive y

oxidación, y también Antigonus con su cuerpo de servidor aracnoide. La fuerza de asalto la completaban Hawkespur, junto con el solitario tecnoguardia encargado de protegerla, y el archimagos Saphentis.

—El auspex no indica nada —respondió Gallen—. Pero no puede detectar a algunos de sus tecnosacerdotes.

—Yo iré delante —dijo Alaric.

Puede que los tecnosacerdotes fueran expertos en sabotajes, pero los Caballeros Grises eran mucho mejores soldados. Alaric hizo una señal a sus hombres para que se acercaran a la salida del pozo.

El aire de aquel desierto apestaba. No se trataba de un desierto natural, pues se había formado después de innumerables milenios de contaminación que habían dado lugar a dunas de cenizas de hidrocarburos y grandes extensiones de cristal radiactivo. Todos los mundos forja tenían algo en común: enormes desiertos tóxicos u océanos acídicos que se extendían entre sus diferentes ciudades. Grandes extensiones de Chaeroneia ya parecían auténticos infiernos mucho antes de que el Mechanicus Oscuro se hiciera con el control del planeta.

Alaric ascendía hacia la mancha de cielo contaminado que podía verse al final del túnel. Archis se arrastraba justo a su lado empujando el incinerador, que llevaba por delante de él.

—¿Listo? —preguntó Alaric.

—Uno nunca está listo del todo —contestó Archis—. El momento en que creemos que estamos listos es el mismo momento en que el Enemigo descubre una nueva manera de acabar con nosotros.

Alaric se sujetó al borde de roca que rodeaba la salida del pozo. En el cielo nocturno que se abrió sobre él podían verse formas iluminadas, símbolos ocultos y oraciones blasfemas proyectadas sobre las nubes desde las enormes agujas de Manufactorium Noctis. Aquellas formas se extendían por todo el desierto como si el manto de su herejía cubriera todo el planeta. Las proyecciones podían verse perfectamente, pues las nubes formaban una capa compacta y espesa, como si quisieran ocultar la existencia de un universo cuerdo y recto más allá de Chaeroneia.

Alaric sacó la cabeza por la boca del pozo y miró al exterior. Durante el viaje hacia allí se había hecho una idea de lo que se encontraría ahí fuera: dunas tóxicas, repugnantes lagos de aguas hediondas, criaturas carroñeras merodeando… Pero no vio nada de eso.

Vista desde fuera, Manufactorium Noctis era una enorme construcción del tamaño de un puerto espacial. Estaba rodeada por una serie de torres de vigilancia repletas de armas de fuego pesadas y protegidas por redes de trincheras y emplazamientos de artillería. Entre cada una de aquellas torres se extendía un muro de rococemento tachonado de estructuras biomecánicas que parecían enormes colonias de hongos; talleres, almacenes, generadores y búnkers de control estaban interconectados mediante unos conductos retorcidos que daban la impresión de ser músculos o haces de tendones. Por todos lados había masas de carne grisácea que llegaban hasta los pies de las torres de vigilancia y se adentraban en las trincheras cubriendo el rococemento como si fueran forúnculos infectados. En primera línea podía verse una especie de franja plateada que marcaba la verdadera frontera de la ciudad. Parecía algo líquido, como un foso; la primera línea de defensa contra los intrusos.

Pero aquello no era lo peor de todo. Lo peor era el ejército que estaba apostado junto al muro de rococemento. Sus soldados eran más altos que muchos de los edificios biomecánicos; la distancia podría ser engañosa, pero Alaric calculó que su altura oscilaba entre los treinta y los cincuenta metros, y a pesar de las tremendas infecciones biomecánicas que sufrían, al Caballero Gris no le quedó ninguna duda.

Titanes, cientos de ellos.

Las fuerzas de choque del Adeptus Mechanicus, la tecnoguardia y los skitarii, eran tropas formidables, al igual que sus enormes piezas de artillería Ordinatus, pero ninguna arma de los tecnosacerdotes podía compararse con el poder de los titanes. Máquinas de guerra bípedas que según algunos guardaban cierta semejanza con el mismísimo Emperador, una semejanza representada por la magnitud de su poder destructivo. Incluso los más pequeños, los titanes de exploración Warhound, podían desplegar más potencia de fuego que una docena de escuadras de la Guardia Imperial.

Los titanes eran dioses máquina empleados para destruir cualquier fortificación y aplastar formaciones enemigas. Había muy pocas cosas en la galaxia que pudieran resistir su enorme poder. Pero lo más importante era que las legiones de titanes constituían un símbolo del dominio imperial tan incuestionable como los propios marines espaciales.

—¡Por el Trono de Terra! —susurró Archis—. Para construir tantos deben haber necesitado…

—Mil años —concluyó la frase Alaric. Había demasiados como para poder contarlos. Parecían fabricados según los patrones de los titanes Reaver, la piedra angular de las legiones de titanes. Su forma era más o menos humanoide, y todos ellos llevaban una arma pesada en cada uno de los brazos, junto con pequeñas armas dispuestas a lo largo de piernas y torso. Muchas de aquellas armas eran mezclas irreconocibles de mecánica y biología.

Alaric trató de echar un vistazo con más detenimiento al complejo. En el centro se alzaba una única aguja, más alta que las demás, coronada por un enorme disco rodeado de luces; debía tratarse de la aguja que controlaba todo el complejo. También había unas enormes chimeneas que dejaban salir un humo negro y grasiento que se perdía en el cielo y que probablemente provenía de las forjas subterráneas en las que se fundían las enormes piezas de metal necesarias para fabricar aquellos titanes.

El paisaje que se extendía alrededor del complejo era una tierra baldía y llena de cicatrices, heridas abiertas en la tierra con el fin de mantener una estructura estable en medio de aquel desierto de cenizas. Construir aquel enorme complejo debía de haber requerido la totalidad de los recursos de Manufactorium Noctis, e incluso ya terminado parecía necesitar la mayor parte de la energía que generaba aquella ciudad. El hecho de que siguiera consumiendo tanta energía sólo podía significar que el Mechanicus Oscuro seguía construyendo y ensamblando titanes en sus plantas biomecánicas.

Pero en aquel lugar había mucho más que energía pura. Alaric sintió de nuevo la maldad que percibió cuando orbitaba sobre Chaeroneia, unos impulsos oscuros y palpitantes bajo su piel lo suficientemente fuertes como para convertir el aire que lo rodeaba en una nube grasienta e irrespirable.

Estaba allí. El oscuro corazón de Chaeroneia latía allí mismo, oculto entre el ejército de titanes.

El magos Antigonus trepó hasta ponerse a la altura de los Caballeros Grises.

—¡Que el Omnissiah nos proteja! —exclamó cuando vio el complejo que se abría ante sus ojos—. Deben de haber trasladado hasta aquí las fábricas de titanes. Piedra a piedra, viga a viga…, todo. Qué estúpido he sido al pensar que las habrían desmantelado sin más. Esto es lo que han estado construyendo todo este tiempo, y yo he estado demasiado ciego y asustado como para venir aquí y descubrirlo. —Incluso a través de la unidad vocal del cuerpo de su servidor las palabras de Antigonus mostraban un claro tono de arrepentimiento—. Prometí llevarlos ante la justicia —continuó—. Y en lugar de eso he permitido que construyan… todo esto.

—Eso no tiene importancia —le aseguró Alaric—. Lo que de verdad importa es lo que haga ahora. Ésta es nuestra oportunidad para herirlos de muerte, a todos ellos, y quizá evitar así que consigan hacer aquello para lo que han regresado al espacio real.

Hawkespur también había llegado a la salida del pozo junto a Saphentis, quien por lo menos ahora mostraba un mínimo cuidado en mantenerse oculto.

—Claro —dijo la interrogadora, como si debiera haber intuido que las fábricas de titanes habían estado allí desde el principio—. Esto es lo que ha venido a buscar esa flota del Caos. El Mechanicus Oscuro pretende hacer un trato con Abaddon, al igual que hicieron con Horus, y han construido todos esos titanes para sellar el acuerdo.

—¿De manera que tenemos que destruirlos todos?

—Parece que ésa es la única opción.

—Eso —interrumpió Saphentis—, va a resultar un poco difícil.

—No recuerdo que nuestras órdenes implicaran que fuera a ser fácil —contestó Hawkespur de manera tajante.

—Sin embargo, parece inútil perseguir un objetivo que jamás podremos alcanzar. Las probabilidades de que nuestra fuerza de asalto sea capaz de destruir tantos titanes, incluso aunque aún no estén operativos, son tan

cercanas a cero que resultan imposibles de calcular. A buen seguro el Mechanicus Oscuro se percatará de nuestra presencia y dedicará todos sus recursos a detenernos, y entonces no nos quedará ningún lugar donde escondernos.

—Entonces ¿qué sugiere? —preguntó Hawkespur.

—Encontrar el modo de salir de este planeta —contestó Saphentis.

—¿Rendirnos?

—Abandonar la misión. Todos nosotros somos recursos muy valiosos para el Imperio. Resulta difícil de aceptar que morir intentando conseguir lo imposible tenga algo que ver con la voluntad del Emperador al que ustedes dicen servir.

—¿Hawkespur? —le preguntó Alaric—. Usted es la representante de la autoridad inquisitorial aquí abajo.

Hawkespur se acercó un poco más a la salida del pozo para poder apreciar con más detalle la legión de titanes y las defensas del complejo. Pero lo que no podía ver, por supuesto, eran los miles de sirvientes y tecnosacerdotes que caerían sobre ellos en cuanto el personal del complejo informara de que había intrusos.

—Tenemos que entrar —insistió Hawkespur—. Nuestro objetivo principal deben ser esos titanes. Si realmente están destinados a luchar en el Ojo, acabar con uno solo de ellos ya constituirá una gran ayuda. Nuestro segundo objetivo debe ser recabar toda la información que sea posible sobre los métodos de trabajo de esta fábrica, y descubrir si hay algún modo de conseguir nuestro objetivo principal sin tener que sabotear todos esos titanes uno por uno. Aparte de eso, haremos cuanto podamos y moriremos con dignidad. ¿Alguna objeción aparte de la del archimagos?

—Acataré la voluntad de la Inquisición —dijo Saphentis. Su voz artificial mostró muy poca convicción.

—Alaric, tenga en cuenta que será usted quien deberá liderar el combate.

—Vamos a entrar. Como usted ha dicho, aunque solamente consigamos destruir uno de ellos eso supondrá una inestimable ayuda.

—Bien. ¿Antigonus?

—No le hará falta sacar todo ese tema de la Inquisición para convencerme, interrogadora —dijo Antigonus—. Creo que es el momento de que lancemos un ataque directo. Yo mismo puedo efectuar un reconocimiento de sus defensas, les cuesta bastante diferenciarme de cualquier otro servidor.

—Pero morirá si lo hacen —dijo Hawkespur.

—En cuanto a eso, interrogadora, la situación no ha cambiado mucho.

Antigonus salió del pozo y comenzó a atravesar la llanura de ceniza en dirección a la franja plateada que señalaba el límite de la fábrica. Su cuerpo de servidor estaba tan oxidado que parecía llevar décadas trabajando entre las dunas de ceniza. Era un buen disfraz, el mejor para ocultarse en Chaeroneia.

* * *

—¡A cubierto! ¡Prepárense para el impacto! ¡Iniciando maniobra evasiva!

La voz del magos Mugild resonó por todas las cubiertas verispex, una increíble mezcla de equipamiento exótico, tecnoaltares llenos de incienso y larguísimas mesas en las que se llevaban a cabo los más extraños experimentos. Aquella cubierta no era el mejor lugar para aguardar el impacto de los proyectiles enemigos, pero era donde Nyxos se encontraba en aquellos momentos. El inquisidor se agarró con fuerza a uno de los enormes bancos de laboratorio cuando la nave entera comenzó a estremecerse.

Muchos de los tecnosacerdotes cayeron al suelo. Matraces llenos de productos químicos volaron por todas partes y los recipientes de cristal se hicieron añicos. Nyxos consiguió mantenerse en pie; el enorme exoesqueleto oculto bajo sus ropajes tuvo que esforzarse al máximo para evitar que saliera disparado como un muñeco. En el exterior de la nave comenzaron a sonar unas fuertes explosiones, las alarmas se dispararon por todas partes y la luz, ya de por sí bastante tenue, comenzó a parpadear cuando los sistemas de energía de la nave resultaron dañados por el fuego y la metralla. Aquellos

laboratorios se empleaban para analizar las muestras recogidas durante las misiones de exploración para las que la *Ejemplar* fue diseñada y construida, y en caso de ataque daban muy pocas concesiones a la seguridad de los magos que trabajaban en ellas.

—¡Tenemos que salir de aquí cuanto antes! —gritó Nyxos alzando la voz sobre la confusión reinante—. ¿Podrá conseguirlo?

—No…, aún no… —contestó el tecnosacerdote que tenía más cerca.

Nyxos no había tenido tiempo para aprender los procedimientos de aquellos tecnosacerdotes, ni siquiera había podido aprenderse sus nombres ni verificar si eran fieles a Korveylan. Pero nada de aquello importaba, lo más importante era el tiempo.

Nyxos tenía una única oportunidad para ayudar a Hawkespur y a Alaric, y era precisamente ésa.

—¡No es suficiente! —dijo Nyxos—. ¡Usted! —Señaló a una tecnosacerdote, o por lo menos parecía haber una mujer bajo aquella maraña de sondas y circuitos—. ¡Refuerce la señal! ¡Saque la energía de donde pueda!

—No creo que aguante…

—Siempre será mejor que no intentarlo siquiera. ¡Y usted! —dijo señalando al primer tecnosacerdote de nuevo. Aparentemente era el supervisor del laboratorio y miraba a Nyxos desde detrás de unos implantes oculares que magnificaban varias veces sus ojos desnudos y sin párpados—. Codifique la transmisión, y no quiero excusas.

—Pero… los canales de recepción de los archivos históricos de Chaeroneia tienen más de cien años, hay muchas probabilidades de que hayan cambiado…

—Entonces fracasaremos, magos, en cuyo caso seré yo quien asuma toda la responsabilidad. Sé que puede resultar difícil de entender para ustedes los tecnosacerdotes, pero recuerden que ahora juegan según las reglas de la Inquisición. Codifiquen el mensaje y envíenlo de inmediato.

El tecnosacerdote de los grandes implantes oculares se dirigió hacia el cogitador principal de la cubierta, una monstruosidad mecánica del tamaño

de un tanque. Aparentemente funcionaba gracias a una enorme manivela que el tecnosacerdote comenzó a hacer girar empleando todas sus fuerzas.

Los enormes pistones y ruedas dentadas que había en su interior comenzaron a trabajar, girando y moviéndose a través de los agujeros abiertos en la enorme carcasa de bronce. De pronto sonaron nuevas explosiones, esta vez mucho más cerca. En aquel momento Nyxos supo que el último escudo de la nave había sido destruido. Aquello significaba que el fuego procedente de la *Desikratis* pronto empezaría a perforar el casco y las diferentes cubiertas comenzarían a caer una tras otra, el vacío penetraría en las cámaras presurizadas y los sistemas de la nave dejarían de funcionar. Las bajas ya habían empezado a producirse. Incontables bajas.

Los combates espaciales eran algo que Nyxos odiaba con todas sus fuerzas. Únicamente terminaban cuando las tripulaciones, no las naves, eran totalmente masacradas. Un combate espacial de poca importancia resultaba equivalente a una batalla terrestre a gran escala en términos de bajas, y la batalla de Chaeroneia probablemente se cobraría la vida de todos y cada uno de los sirvientes imperiales que había en órbita.

—Tendremos que desviar energía de las baterías de proa —dijo la tecnosacerdote, que trabajaba sobre un complejo sistema de tuberías entrelazadas que ocupaba toda una pared del laboratorio, y que probablemente servía para distribuir energía por toda la nave. Con una mano se tapaba una enorme herida que tenía en la frente para evitar que la sangre le impidiera ver lo que hacía.

—¡Pues hágalo! —contestó Nyxos.

Acto seguido sonó otra explosión, aún más cercana, que hizo que todo el mundo excepto Nyxos cayera al suelo. Las chispas comenzaron a llover por todo el laboratorio y el inquisidor oyó unos terribles alaridos acompañados de un fuerte olor a carne quemada; uno de los tecnosacerdotes estaba envuelto en llamas y había caído al suelo mientras sus compañeros intentaban sofocar el fuego.

Nyxos miró a su alrededor. El laboratorio había quedado destrozado. Sólo el Trono sabía cómo estaría el resto de la nave. Aquélla era la última oportunidad de Nyxos. Resultaba increíble la velocidad con la que habían

trabajado los tecnosacerdotes, pero no valdría de nada si finalmente fracasaban.

El cogitador principal no cesaba de expulsar fichas perforadas. El tecnosacerdote que estaba al mando intentaba hacer girar la manivela con todas sus fuerzas, pero no se movía lo suficientemente rápido.

Nyxos se golpeó contra el cogitador. Algo fallaba en el sistema de gravedad artificial, y moverse por la *Ejemplar* era como intentar atravesar la cubierta de una nave en plena tormenta.

—¡Déjeme a mí! —gruñó mientras agarraba con fuerza la manivela. Sus miembros servoasistidos se aferraron a la rueda de metal y los augméticos comenzaron a hacerla girar a toda velocidad, tan rápido que el tecnosacerdote, sorprendido, tuvo que quitarse de en medio. El cogitador comenzó a emitir unos fuertes ruidos mientras de las juntas de su carcasa salían humo y chispas.

—¡Funciona! —gritó la tecnosacerdote.

El cogitador dejó salir una última ficha perforada. El tecnosacerdote principal la recogió y comenzó a escanearla inmediatamente. Sus enormes pupilas aumentadas se movían de un lado a otro.

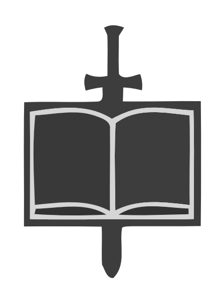
—Lo están recibiendo —dijo.

—¿Podrán transmitir el mensaje los proyectores? —preguntó Nyxos. Sus servos chirriaban mientras seguía haciendo girar la manivela.

—No ere…

La explosión destrozó el laboratorio lanzando por todas partes nubes de metralla ardiendo. Las chispas comenzaron a caer de nuevo como una lluvia de fuego. El sonido del aire al ser succionado por el vacío era ensordecedor, todos los tecnosacerdotes y los instrumentos del laboratorio comenzaron a desaparecer a través del enorme orificio que se había abierto en el casco.

Poco después, en medio del silencio reinante en el vacío, el cogitador principal explotó produciendo una lluvia de tornillos y piezas metálicas, como pequeñas hojas afiladas que giraban en la gravedad cero. Pero por entonces ya quedaba muy poca gente con vida en aquella cubierta como para preocuparse de eso.



QUINCE

Morir al servicio del Emperador es su recompensa. Pero vivir para fracasar ante Sus ojos es su condena.

URIAH JACOBUS,
Epístolas (versículo noventa y tres)

Scraecos ascendía por el interior de la aguja central cuando sintió la llamada del Castigador. El movimiento peristáltico que hacía moverse el elevador biológico se detuvo en cuanto se oyó su inconfundible voz. Cada partícula de cada átomo se estremeció. No era algo físico pero tampoco psíquico. Cuando el Castigador hablaba lo hacía con toda la sabiduría del Omnissiah, y resultaba imposible no escuchar ni obedecer.

Scraecos aún no había vuelto a unirse con la conciencia común de los tecnosacerdotes de Chaeroneia. Hacía mucho, mucho tiempo, que no oía la llamada del Castigador como ser independiente. Fue como la primera vez que habló con él, en las entrañas de la tierra, dándose cuenta de que por fin podía ver el rostro del Omnissiah.

El Castigador había hablado con Scraecos. Sólo con Scraecos. Y lo estaba haciendo otra vez.

La voz del Omnissiah no empleaba algo tan vulgar y efímero como las palabras. Hablaba mediante conceptos puros. Las pocas partículas biológicas del cerebro de Scraecos comenzaron a vibrar estimuladas por olas de comprensión absoluta.

El Castigador le habló de que era el momento de invocar al avatar del Omnissiah y de que toda la galaxia pudiera ver su rostro. Era la razón por la que Chaeroneia había regresado al espacio real. Aquélla sería la primera parte de la gran revelación; toda la humanidad contemplaría al verdadero Dios Máquina, algo vivo y consciente, sabio, independiente del Emperador Cadáver e infinitamente más poderoso. Todos aquellos que lo contemplaran no tendrían más opción que arrodillarse y entregar sus vidas al Omnissiah.

El Mechanicus ortodoxo, marchito como las uvas alrededor de su cepa, abdicaría. El Adeptus Astartes abandonaría su culto ancestral e inútil, la carne de sus miembros sería arrancada y sustituida por la Máquina para crear un ejército a imagen y semejanza del Dios Máquina. La Guardia Imperial serviría al nuevo e iluminado Mechanicus. La conciencia colectiva de los tecnosacerdotes, la sabiduría común de los primeros que habían visto la luz en Chaeroneia, se trasladaría a Terra y establecería allí su corte.

Todo aquello no tardaría demasiado en llegar. La luz del conocimiento puro era demasiado brillante. No quedarían sombras en las que los infieles pudieran esconderse. La transición sería dolorosa para algunos, los dementes y los corrompidos, que serían encontrados y enviados a las forjas. Pero para los miles de millones de almas que trabajaban bajo el yugo imperial se abriría una nueva era dorada de la tecnología. La raza humana alcanzaría todo su potencial al fusionarse con las ruedas dentadas que conformaban la Máquina. De ese modo se crearía la máquina más perfecta de todas, el cuerpo del Omnissiah, compuesto de innumerables forjas y factorías, altares máquina y cogitadores, construido y mantenido por la totalidad de la raza humana, que cantaría sus alabanzas mientras dedicaban sus vidas a tan sagrada labor.

Era algo hermoso. El archimagos veneratus Scraecos podía ver todo el universo bajo la luz del plan del Omnissiah, donde las mismísimas estrellas se moverían a años luz de distancia siguiendo patrones de movimiento

perfectos derivados de las oraciones binarias. ¿Acaso podría ser el futuro algo diferente? ¿Acaso podría haber algo más que no fuera la máquina, funcionando según la sagrada lógica?

La voz se apagó. El Castigador había hablado.

Las contracciones musculares que hacían moverse el elevador se iniciaron de nuevo, llevando a Scraecos por aquella garganta biomecánica en dirección a la cima de la aguja central, donde volvería a ocupar su lugar en la conciencia colectiva.

Deseó que el elevador se detuviera.

El Castigador lo sabía todo. Sólo hablaba en muy pocas ocasiones, y cuando lo hacía lo calculaba todo cuidadosamente, incluso el tiempo.

¿Por qué había esperado hasta que Scraecos fuera un ser individual y estuviera solo? La respuesta era evidente. Quería hablar directamente a Scraecos como conciencia independiente, como hizo mil años antes cuando el archimagos vio por primera vez su rostro en las llanuras de ceniza.

Sin duda los demás tecnosacerdotes, con sus mentes unidas y sus personalidades subsumidas, estarían calculando las diferentes tareas que deberían llevarse a cabo para hacer realidad la visión del Castigador tan pronto como fuera posible. Quizá tendrían que invocar al Castigador fuera del planeta, o reproducir el complejo ritual que hundió a Chaeroneia en la disformidad por primera vez. Pero Scraecos no estaba entre ellos, pues le había hablado directamente a él.

El archimagos veneratus Scraecos había estado ciego mucho tiempo, pero ahora lo veía claro. Él era el elegido del Omnissiah. Él era el camino mediante el cual la obra del Omnissiah, revelada a través de su avatar, el Castigador, se completaría. Una vez más, el momento elegido por el Castigador para esa llamada sólo podía significar una cosa. Scraecos, antes de regresar a la memoria colectiva, tendría que completar la misión para la que había sido convertido en ser individual: dar caza a los intrusos y matarlos a todos.

El Castigador quería que continuara con esa misión. Era la única conclusión que Scraecos podía extraer. De todos los tecnosacerdotes que estaban intentando hacer realidad aquella visión, Scraecos era el más

sagrado. Había herejes en Chaeroneia, algunos de ellos eran recién llegados, enviados por el Imperio, pero probablemente habría otros que habían permanecido atrapados en Chaeroneia desde el principio. Si el Castigador debía ser presentado ante la galaxia, todas y cada una de las almas de Chaeroneia tenían que trabajar para un único fin. No había sitio para herejes. Scraecos era el arma sagrada de un Omnissiah sabio y ancestral, fuerte y despiadado. El archimagos siempre había sido inflexible y fuerte; brutal, quizá; incluso desde mucho antes de encontrar al Castigador. Ésa era la razón por la que Scraecos era el elegido. Él había sido el cuerpo y la mente de un asesino y el alma de un lacayo piadoso. De manera que serviría a su dios mediante la muerte.

Scraecos ordenó al elevador que invirtiera su movimiento peristáltico e hizo que descendiera hasta la base de la aguja. Por el momento, la mente colectiva de los tecnosacerdotes tendría que trabajar sin él; tenía un cometido sagrado con el que cumplir entre las sombras de Chaeroneia, un trabajo que no había podido terminar en la fortaleza. Esta vez no fracasaría. No con la voluntad del Omnissiah en su interior.

El fracaso era una anomalía de la lógica. El éxito era inevitable. Antes de que la galaxia pudiera ver al Castigador, todos aquellos que se oponían en Chaeroneia a la voluntad del Dios Máquina debían estar muertos.

* * *

Los residuos que había en las llanuras de ceniza eran corrosivos y tóxicos. Gracias a la capucha de su traje de vacío Hawkespur aún podía respirar, pero al tener que avanzar arrastrándose por el suelo, los guantes y las rodilleras del traje ya casi habían desaparecido por completo.

Los tecnosacerdotes eran expertos en mantenerse ocultos. La fuerza de asalto consiguió evitar ser detectada por alguna plataforma gravítica con la que se cruzaron por el camino mientras el magos Antigonus guiaba a los

hombres de Alaric hacia la franja plateada que marcaba los límites de las fábricas de titanes.

—¿Qué es eso? —preguntó Alaric cuando la franja plateada ya se veía claramente.

—No lo sé —contestó Hawkespur—. Puede que se trate de otro tipo de material transmisor de datos, deben de estar usándolo a modo de foso.

—Entonces tendremos que cruzarlo.

—Podríamos rodear la fábrica hasta encontrar un punto donde cruzarlo, pero eso nos llevaría varios días.

Alaric miró a la interrogadora. El Caballero Gris vio que tenía la piel verde y pálida a través del visor lleno de ceniza del traje de vacío.

—A usted no le quedan varios días.

—No. Y seguramente todos los pasos para cruzarlo estén vigilados.

—Entonces tendremos que cruzar a nado.

Hawkespur esbozó una leve sonrisa mientras miraba la enorme servoarmadura de Alaric.

—¿Puede usted nadar?

—Le sorprendería.

El archimagos Saphentis llegó hasta ellos. Sus miembros biónicos se desplegaban y retraían como las patas de un cangrejo, elevando su cuerpo sobre el suelo como si no quisiera mancharse de ceniza.

—Interrogadora Hawkespur —dijo—. Quizá debiera alzar un poco la vista.

Hawkespur miró hacia arriba. Por primera vez en varios días sonrió.

Las oraciones blasfemas habían desaparecido, y en su lugar, proyectadas sobre la densa capa de nubes, podían verse unas enormes letras de varios cientos de metros cada una.

001OOINTERROGADORAO1110HAWKESPUR

POSIBLE PRESENCIA+PCE EN CHAEROIOOA.

010PTUS MECHANICU1

Y FORJADOR INFIERNOS EN SU BUSCA.
EVITAR+QUE+CAIGA+EN+MANOS+DEL+ENEMI101GO+A CUALQUIER 1PRECI1010. RECUPERACIÓN+NO+PRIORI101ORIA.
PRE+CAUCIÓN.
NYXOS+CORTOOI 1110.

—Nyxos… —dejó escapar Hawkespur—. Ha encontrado una manera.

—Ahí arriba las cosas tienen que estar muy feas —dijo Alaric—. Sólo el Trono sabe los riesgos que debe de haber corrido para transmitir ese mensaje hasta aquí abajo.

—Esto lo cambia todo. —Hawkespur miró hacia las fábricas de titanes—. Si los tecnosacerdotes han encontrado una plantilla de construcción estándar…, si es eso de lo que trata todo esto…

—Si es así —la interrumpió Saphentis—, entonces puede que hayamos encontrado las creencias que defendía el Mechanicus Oscuro durante la Herejía de Horus. No creo que exista un conocimiento más peligroso.

—¡No! —dijo de pronto una voz que no resultaba nada familiar.

Era el único tecnoguardia que quedaba con vida, al que le había sido ordenado proteger a Hawkespur. El soldado levantó el visor opaco de su

casco y dejó ver un rostro pálido y casi anodino. Tenía varias cicatrices quirúrgicas en la sien.

—Las plantillas de construcción estándar son perfectas. Todos nosotros aprendemos eso cuando somos sirvientes. Contienen incorrupta la sabiduría del Omnissiah. No pueden contener una sola palabra que pueda ser considerada herejía.

Alaric miró sorprendido al soldado. Era la primera vez que lo oía hablar; de hecho, era la primera vez que uno de los tecnoguardias hablaba, aparte del capitán Tharkk.

—¿Qué les dice el Mechanicus acerca de ellas? —preguntó el Caballero Gris.

—Una PCE es un dispositivo tecnológico que contiene información pura. No deja espacio para innovaciones corruptas o errores. Son sagradas.

El tecnoguardia hablaba rápido y sin detenerse, como si recitara un texto aprendido de memoria.

—El dogma del Culto Mechanicus —intervino Saphentis—. La religión de Marte se presenta a los rangos más bajos de soldados y sirvientes en términos simples. A los miembros de los estratos más bajos se les habla del Omnissiah como un objeto de veneración religiosa. Las plantillas de construcción estándar les son descritas como artefactos sagrados. Los tecnosacerdotes de rango más alto comprenden esto en términos más pragmáticos y filosóficos, pero su devoción no es ni mucho menos menor. Algunos, por supuesto, tienen creencias divergentes, pero se mantiene un control muy cuidadoso sobre ese tipo de cosas.

—De modo que una PCE —dijo Hawkespur— es algo tremendamente poderoso, pero no sólo por lo que ustedes, los sacerdotes, puedan hacer con ella. Un tecnosacerdote que poseyera una de ellas podría convertirse en… bueno, en un dios, dentro del Mechanicus. Podría producirse un nuevo cisma.

—Es probable —contestó Saphentis—. La capacidad para poner en peligro la lealtad de los rangos más bajos podría darle a un solo individuo un enorme poder dentro del Mechanicus.

—¿Suficiente como para amenazar a la clase dominante de Marte? —La pregunta de la interrogadora fue ciertamente atrevida. Ninguna organización imperial se mostraba tan celosa e inescrutable ante el resto del Imperio como el Adeptus Mechanicus.

—No hablaré de esas cuestiones —contestó Saphentis.

—Bien —dijo Alaric—. Porque tenemos que movernos. La señal de Nyxos no habrá hecho más que confirmarles que seguimos vivos y que intentamos hacerles daño.

El mensaje de Nyxos ya había desaparecido. Los símbolos ocultos y extraños habían regresado a la capa de nubes. Fuera lo que fuera lo que había hecho Nyxos para acceder a los proyectores de la aguja, había funcionado. Pero Alaric sabía que aquél había sido el último y desesperado intento del inquisidor, y que no podría hacerlo de nuevo, independientemente de cómo se resolviera la batalla por la órbita de Chaeroneia.

Aquel mensaje les sería útil cuando se desatara el enfrentamiento final. Podría parecer irrelevante, pero nada mataba más soldados que el desconocimiento de aquello a lo que se enfrentaban, y toda información era valiosa. Alaric sabía que necesitaban toda la ayuda que pudieran encontrar.

* * *

El fuego se había extendido por la *Tribunicia* de proa a popa. Los reactores de plasma se habían sobrecargado y habían inundado las cubiertas de máquinas de combustible en llamas, a través de las enormes heridas abiertas en el casco goteaban cascadas de metal fundido. Toda la sección trasera de la nave estaba en llamas, y no cesaba de vomitar desechos y cuerpos sin vida sobre la órbita de Chaeroneia mientras la nave avanzaba lenta y pesadamente en su baile de destrucción con el *Forjador de Infiernos*.

La *Tribunicia* contaba con las piezas de artillería más temibles que cualquier nave de la Armada Imperial pudiera tener. Pero la tripulación del

Forjador de Infiernos contaba con cientos de años de experiencia y con las criaturas ancestrales y malévolas que habitaban en sus entrañas. Tenía artilleros y jefes de artillería demoníacos que habían enviado infinidad de naves al fondo de su fría tumba espacial a lo largo de miles de años. El *Forjador de Infiernos* lanzó una andanada tras otra sobre la *Tribunicia*, que seguía girando para intentar evitar el impacto directo de los proyectiles.

Pero el *Forjador de Infiernos* también estaba herido. Sangraba a través de miles de pequeñas heridas, y varias placas del casco se habían desprendido, dejando a la luz enormes superficies de carne viva que morían lentamente al contacto con el vacío espacial. Sin embargo, no había nada que la tripulación de aquella nave no pudiera reparar, con el tiempo necesario.

De pronto, en la parte inferior del *Forjador de Infiernos* se abrieron unas enormes compuertas, dando la impresión de que había unas grandes cuencas oculares vacías en el casco. La nave extrajo varias docenas de gigantescos tendones que terminaban en unos enormes ganchos óseos que se afirmaron en las grietas del casco de la *Tribunicia*. Lenta y penosamente, el *Forjador de Infiernos* comenzó a atraer a la nave enemiga.

El puente del *Forjador de Infiernos* era caliente y oscuro, y apestaba a sangre de demonio estancada. Urkrathos observaba la agonía de la *Tribunicia* en la holopantalla del puesto de mando, y soltó un gruñido de aprobación cuando otro de los reactores de la sección de popa de la nave imperial explotó. Incluso los demonios contemplaban el espectáculo; por mucho que odiaran a Urkrathos y el modo en que los había esclavizado, seguían amando la muerte y la destrucción, especialmente cuando éstas visitaban a los adoradores del Emperador Cadáver.

Era una buena batalla. Un combate brutal en el que los contendientes estaban a tiro de piedra, y en el que el poder superior del *Forjador de Infiernos* estaba resultando mucho más efectivo que la disciplina de la Armada Imperial. Incluso alguien tan rígido como un elegido de la Legión Negra, como era el caso de Urkrathos, tenía que saciar su sed de sangre de vez en cuando. En ocasiones la guerra no era la obra de los Dioses Oscuros, era un fin en sí misma, un fin hermoso y brutal.

—¿Están fijados los ganchos de abordaje? —preguntó Urkrathos.

—Fijos y retrayéndose —respondió el jefe de las fuerzas de abordaje desde las entrañas del *Forjador de Infiernos*. Su voz llegó a través del demonio de comunicaciones que estaba fundido con el techo del puente.

—Bien. Preparados para el contacto.

Urkrathos cambió el canal del comunicador haciendo que su voz retumbara por toda la nave.

—Jefe de armamento, traiga mi espada de la armería. El resto, preparados para el abordaje.

Según los estándares de tráfico espacial, la órbita que se abría sobre Manufactorium Noctis era un intrincado laberinto. Restos de lanzaderas y otros transportes espaciales brillaban como chispas rojizas bajo la enfermiza luz de la estrella Borosis. Enormes lenguas de fuego amarillento procedentes de los disparos de artillería atravesaban el vacío, mezclándose con los destellos rojizos del fuego de las torretas.

El *Forjador de Infiernos* y la *Tribunicia* estaban inmersos en una espiral de muerte y destrucción, los disparos volaban entre ambas naves como una nube de luciérnagas. Al mismo tiempo, la *Ejemplar* intentaba resistir al acoso de la *Desikratis*, pero el viejo y redondeado crucero no cesaba de lanzar una andanada tras otra con total impunidad. El demonio que controlaba la nave gruñía de pura maldad mientras infligía un terrible sufrimiento a la nave del Mechanicus.

El contraalmirante Horstgeld había dado orden de proteger a los transportes de tropas. Esos transportes eran el objetivo del *Ala de Buitre*, un escuadrón de cazas de élite lanzados desde la plataforma de combate *Cadáver*. La *Ptolomeo Gamma* y la *Ptolomeo Beta* intentaban proteger a toda costa al transporte de tropas *Calydon*, pero la *Ptolomeo Gamma* había quedado reducida a un cascarón humeante debido a los ataques coordinados del *Ala de Buitre*.

La Guardia Imperial, que había sido enviada a Borosis para aterrizar en el misterioso planeta enarbolando la bandera del Imperio, estaba siendo aniquilada sin haber pisado siquiera la superficie del planeta. Muchos hombres de las Tierras Altas de Mortressan y de otra docena de regimientos

similares estaban dando sus vidas por el Emperador sin tener la oportunidad de luchar por ellas, y sin saber qué le estaba ocurriendo a la flota imperial.

Todos los transportes pequeños se habían refugiado en los alrededores del yate armado *Epicuro*, como suplicando a la vieja nave de recreo que los protegiera con sus baterías y torretas improvisadas. El *Ala de Buitre* había decidido concentrarse en el *Epicuro*, y estaba acabando con la nave rápidamente. La mayoría de los tripulantes del puente habían muerto tras el impacto directo de un torpedo, y los hombres de las cubiertas de máquinas estaban muriendo abrasados por el plasma de los reactores, que estaba destruyendo todos los sistemas de la nave uno por uno.

Las naves del Caos, por otro lado, funcionaban a pleno rendimiento. El *Forjador de Infiernos* tenía la proa dañada, pero no lo suficiente como para preocuparse. La *Desikratis* tenía el casco tan resistente como el exoesqueleto de un crustáceo, y carecía de tripulación a la que matar, de modo que las andanadas lanzadas desde la *Ejemplar* tenían tan poco efecto que el demonio que comandaba toda la nave apenas las percibía. Había unos cuantos pilotos del *Ala de Buitre* que jamás volverían a volar gracias a los disciplinados artilleros de las torretas o debido a colisiones con la gruesa capa de desechos que rodeaba Chaeroneia, pero la mayor parte de las unidades del escuadrón consiguieron regresar a la *Cadaver* para reabastecerse de combustible y munición.

La batalla ya estaba decidida antes incluso de haber empezado, y Horstgeld lo había sabido en todo momento. Todos los oficiales que conocían la composición de la flota del Caos también lo sabían. Incluso el *Forjador de Infiernos*, un enorme crucero de combate curtido en mil batallas, podría haber acabado él solo con toda la flota imperial sin demasiada dificultad. Los cazabombarderos del *Ala de Buitre* no hacían sino acelerar lo inevitable, y la *Desikratis* estaba allí por el mero placer de la guerra, castigando a la *Ejemplar* desde una distancia prudencial, pues su enorme capacidad de fuego le permitía no tener que aproximarse demasiado.

Sólo era cuestión de tiempo. Pero siempre lo había sido. En aquellos momentos había muy pocos sirvientes imperiales que no estuvieran rezando

al Emperador por sus vidas. Pero unos pocos, los únicos que sabían lo que realmente estaba ocurriendo, rezaban pidiendo algo más: unos pocos minutos de aquel tiempo que resultaba tan valioso. Necesitaban ganar cada minuto y cada segundo para intentar ayudar a Alaric.

* * *

Alaric fue el primero en posar el pie sobre el foso. Estaba lleno de un líquido similar al mercurio; era una sustancia espesa que en un momento era tan fluida como el agua y al siguiente tan sólida como el acero.

Los Caballeros Grises avanzaban en cabeza, como siempre. Alaric miró hacia las torres de vigilancia. No se veían signos de que hubieran sido detectados, no se oían alarmas ni disparos. Pero por supuesto eso no quería decir nada. El Mechanicus Oscuro podía estar esperando a que fueran vulnerables, mientras cruzaban el foso, antes de abrir fuego.

Alaric fue el primero en empezar el avance, bólter de asalto en mano. El hermano Dvorn avanzaba junto a él, y el resto de los Caballeros Grises los seguían muy de cerca. De pronto las corrientes del pozo se apoderaron de Alaric y tiraron de él hacia abajo como unas manos ansiosas. El Caballero Gris se hundió hasta la cintura. La orilla opuesta estaba a unos cien pasos de distancia, era un sólido muro de rococemento que marcaba la verdadera frontera del complejo. Había varios lugares para cubrirse alrededor de la base de la torre de vigilancia más cercana, donde el acero negruzco de la fortificación formaba una enorme pinza que rodeaba el rococemento. Pero el foso estaba completamente al descubierto.

—Y ahora esto —gruñó Dvorn—. No me gusta nada.

El mercurio comenzó a extenderse en pequeñas gotas por la cintura y el abdomen de Alaric, y se deformaba dando lugar a unas pequeñas ondulaciones, como cadenas montañosas en miniatura. El Caballero Gris seguía intentando avanzar, pero el mercurio parecía solidificarse a cada paso.

—¿Alguien más ha sentido eso? —preguntó Lykkos.

—¿Sentir qué? —contestó Archis.

—Que nadie se mueva —dijo Alaric de pronto.

Aquella sensación no era física, pero estaba allí, bajo la superficie del foso. Era como si emanara de la maldad demoníaca procedente de las fábricas de titanes; un nuevo destello procedente de la disformidad, tranquilo, como las alas de una mariposa: el latido del corazón de un demonio.

—¡Contacto! —gritó Alaric en cuanto sintió el ataque.

Aún no había terminado de pronunciar aquella palabra cuando el demonio emergió del mercurio frente a él. Tenía unas enormes mandíbulas abiertas de par en par, los dientes perforaban las encías como cuchillos plateados.

Un tecnodemonio. Era similar a los guardianes de la fortaleza de datos, pero mucho más fuerte, una criatura que había cobrado forma a partir de aquel medio de mercurio para tender una emboscada a los Caballeros Grises.

Alaric ni siquiera tuvo tiempo para disparar antes de que el demonio se abalanzara sobre él. Cerró las mandíbulas en torno al brazo con el que el Caballero Gris sostenía el bólter, y su propio peso hizo que Alaric cayera de espaldas sobre el mercurio. El juez intentó zafarse del demonio con una estocada de su alabarda, para después destrozar las entrañas de aquella bestia, pero el mercurio se estaba solidificando como un puño que se cerraba a su alrededor.

No podía ver. No podía respirar. Pero en aquel momento ése era el menor de sus problemas. Intentó zafar su brazo de las fauces del demonio, pero era demasiado fuerte. Apretó como pudo el gatillo del bólter y sintió cómo los disparos impactaban sobre el mercurio, pero seguía sin poder moverse.

De pronto se produjo un destello blanquecino y el demonio comenzó a retorcerse cuando algún objeto abrasador se clavó en su repugnante cráneo canino. Iluminado por aquel breve destello, Alaric vio cómo una mano lo agarraba por la armadura y lo sacaba del mercurio.

Alaric tosió con fuerza mientras expulsaba gotas del líquido plateado que había tragado. Vio que el hermano Dvorn era quien lo había salvado, aplastando el cráneo de aquel demonio con el martillo némesis.

Pero Alaric no tuvo tiempo para agradecérselo. De pronto comenzaron a llover disparos desde todas partes, e infinidad de demonios volaron por el aire, como dragones de plata, sumergiéndose en el foso y saliendo de nuevo mientras hostigaban a los Caballeros Grises. El hermano Cardios luchaba contra uno de ellos, que se había aferrado a su cuerpo como un único tentáculo de metal, tratando de soltar el brazo con el que sostenía el incinerador. Los tecnosacerdotes de Antigonus comenzaron a abrir fuego desde la orilla, intentando unir sus esfuerzos a los de los Caballeros Grises, pero sus esfuerzos resultaban inútiles.

Demonios. No había nada peor en toda la galaxia. Pero los demonios eran algo que Alaric conocía bien.

Consiguió liberar su brazo de la garra de mercurio. Decapitado y tras haber caído de espaldas, el demonio intentaba ahora ahogar a Cardios en el metálico elemento. El Caballero Gris se retorcía y lanzaba una estocada tras otra, atravesando una y otra vez el cuerpo de aquella criatura. Finalmente, Cardios, soltando un grito, consiguió zafarse del peso del demonio y lanzarlo contra el suelo. Dvorn dio un paso atrás y hundió de nuevo el martillo en su cuerpo de mercurio, haciendo que desapareciera con una tremenda explosión de luz.

Haulvarn derribó a otro con un disparo de bólter. Lykkos destrozó a otros dos con sendos disparos de su cañón psíquico; los proyectiles bólter hechizados dejaron dos enormes heridas humeantes en sus cuerpos. Los Caballeros Grises se replegaron hasta estar espalda contra espalda, formando así una isla de marines espaciales en medio del foso. Ningún demonio podría acercarse sin ser destrozado por una estocada de las armas némesis o por un disparo de bólter.

—¡Podemos atravesarlos! —gritó Alaric alzando la voz sobre los chillidos de los tecnodemonios. Debía de haber unos treinta de ellos, moviéndose y retorciéndose entre el mercurio—. ¡Manteneos unidos y rezad!

Los Caballeros Grises comenzaron a avanzar paso a paso por el foso, con el mercurio llegándoles hasta las placas pectorales de las armaduras. Los demonios habían aprendido de las muertes de sus hermanos en la fortaleza de datos y no se aventuraban a acercarse demasiado. Se aproximaban velozmente para soltar una dentellada y retirarse antes de que alguna hoja némesis los cortara en dos.

—Ya es suficiente —dijo de pronto una voz que sonó tan profunda como un terremoto.

La superficie de mercurio comenzó a borbotear y algo emergió del suelo justo en medio de la formación de los Caballeros Grises, lanzándolos despedidos hacia todas partes. Alaric sintió cómo una enorme fuerza lo golpeaba con tanta violencia que casi le hizo perder el conocimiento; una ola de mercurio lo lanzó por los aires hasta caer directamente sobre el muro de rococemento. Alaric se quedó tumbado durante un instante mientras intentaba recuperar sus sentidos. El suelo se había grietado por el impacto, y vio su propia armadura iluminada por la luz púrpura y enfermiza que emanaba de la criatura que acababa de emerger del foso.

Estaba flotando en el aire rodeada por una aureola de fuego violeta. De sus largos dedos salían miles de chispas, que también parecían arder en sus cuencas oculares. Tenía la piel tan pálida que casi parecía traslúcida, y bajo ella podían verse extrañas figuras que se retorcían, como si algo dentro del cuerpo de aquella criatura estuviera a punto de explotar.

Esa criatura era humana. Lo que tenía bajo la piel eran circuitos. Era la tecnosacerdote Thalassa.

—Scraecos sabía que vendríais —dijo con una voz que no era la suya. Después se dio la vuelta lentamente para mirar al Caballero Gris—. Especialmente tú. Le conté lo fuerte que eres, también cuánto te admiraba y lo mucho que te temía. Él me ha enseñado la verdadera fuerza, juez Alaric. En este mundo contemplé el autentico poder por primera vez, y cuando los sirvientes de Scraecos me encontraron, por fin lo comprendí todo.

El hermano Archis fue el primero en atacar. Consiguió emerger de entre el mercurio y lanzó una ráfaga de fuego bólter directamente a la cabeza de Thalassa. Los proyectiles provocaron diversas explosiones multicolores sobre

la piel de la tecnosacerdote, quien se volvió para enfrentarse a su atacante y dejar salir de su cuerpo un rayo de negritud pura, un oscuro tentáculo que agarró por el cuello a Archis, levantándolo por los aires. El Caballero Gris intentó dar una estocada con la alabarda, pero en aquel mismo momento un nuevo tentáculo emergió de la otra mano de Thalassa para detener el golpe. De pronto, más y más tentáculos comenzaron a salir del cuerpo de la tecnosacerdote, emergían desde sus ojos y desde debajo de los ropajes plateados que ondeaban al viento mientras Thalassa flotaba en el aire.

Alaric sintió que en algún punto bajo aquel horrible cuerpo latía un corazón. El corazón de un demonio. Realizando un tremendo esfuerzo, el Caballero Gris consiguió ponerse en pie mientras luchaba contra las corrientes de mercurio que discurrían entre los pies de Thalassa. Finalmente pudo encontrar un punto de apoyo y, dando un tremendo salto, clavó la alabarda némesis en el cuerpo de la tecnosacerdote.

De pronto, innumerables tecnodemonios comenzaron a emerger del foso de mercurio, abalanzándose contra Alaric como si la repentina aparición de la tecnosacerdote los hubiera despertado. El Caballero Gris consiguió deshacerse de ellos y volvió a hundir la alabarda directamente en el torso de Thalassa, sintiendo cómo la carne demoníaca se quebraba bajo la fuerza de la hoja. Acto seguido, Alaric hizo girar la hoja para desgarrar la herida y extraer la alabarda de nuevo. Thalassa descendió hasta ponerse a su nivel y dejó salir de su pecho un nuevo par de brazos; tras ellos, el juez pudo ver un rostro bestial de cuyos ojos brotaban llamaradas violeta. Había algo en el interior de Thalassa, y se disponía a luchar contra Alaric.

Los brazos de aquel demonio tenían tantas articulaciones que se retorcían como serpientes, y sus extremos estaban provistos de unas garras que levantaron a Alaric agarrándolo por el cuello. El demonio lanzó al Caballero Gris contra el suelo al tiempo que profería un aterrador alarido, pues la alabarda de Alaric aún seguía clavada en su cuerpo y el impacto hizo que la hoja desgarrara la herida dejando salir un chorro de sangre demoníaca.

Alaric pudo levantar la vista un instante antes de hundirse en el mercurio, y vio cómo el cuerpo del hermano Archis se derrumbaba, partido

en dos a la altura de la cintura. Había sido Archis quien encabezó sus oraciones en la fortaleza. Él fue quien aprendió las parábolas de los grandes maestres arrodillado a los pies del capellán Durendin.

Alaric lanzó un iracundo grito de guerra y luchó contra las corrientes de mercurio que intentaban arrastrarlo hasta las profundidades del foso. Abriéndose paso a través de los demonios consiguió alcanzar la superficie. Aquel demonio había acabado con la vida de uno de sus hermanos, y los Caballeros Grises siempre vengaban la muerte de los suyos.

—¡Azaulathis! —gritó de pronto una voz.

Alaric consiguió ponerse en pie justo a tiempo para ver cómo el demonio que había en el interior de Thalassa giraba sus ojos amenazante para mirar directamente hacia la fuente de aquellas palabras; alguien había pronunciado su nombre, alguien que no debería estar allí.

El cuerpo aracnoide del servidor del magos Antigonus se había abalanzado sobre Thalassa, agarrándose a su cuerpo con sus múltiples patas metálicas. Podía distinguirse el brillo rojizo del cortador láser del servidor, que intentaba perforar la piel de Thalassa para alcanzar al demonio que se retorcía en su interior.

El hermano Haulvarn estaba a su lado, tratando de acabar con los tecnodemonios que se cernían en torno a Antigonus para arrancar las placas metálicas de su cuerpo. Cardios intentó ayudar a su hermano activando el incinerador y lanzando una lengua de fuego que se extendió por la superficie del foso, formando un enorme arco y abrasando la piel plateada de los demonios que no cesaban de emerger de las profundidades del mercurio.

Thalassa arrancó una de las patas de Antigonus, y acto seguido el demonio salió del interior del torso de la tecnosacerdote para seccionar otra. Sus ojos ardían de odio, y sus fauces eran como un enorme orificio palpitante atravesado por unos colmillos negros y afilados como cuchillos, entre los que se retorcía una lengua larga y repugnante.

Antigonus intentaba repeler el ataque. Alaric hundió la alabarda en el cuerpo del demonio, sintiendo cómo los protectores psíquicos ardían sobre su piel como reacción a la presencia de una maldad tan pura.

De pronto, el demonio profirió un alarido grave y discordante y toda la superficie del foso se estremeció como un océano azotado por la tormenta, lo que hizo que los Caballeros Grises perdieran el equilibrio. Alaric estuvo a punto de hundirse de nuevo.

—¡Ya te vencí una vez! —gritó Antigonus a través de su unidad vocal, que crepitó al alcanzar el máximo volumen—. ¡Y puedo volver a hacerlo!

Los ojos del demonio se iluminaron de pronto.

—¡Tú! —gruñó al reconocer a Antigonus tras una breve pausa.

Antigonus perforó el cuerpo de Thalassa con el cortador láser. Tanto la tecnosacerdote como el demonio de su interior lanzaron un alarido de dolor antes de desplomarse sobre el mercurio. Antigonus se apartó del cuerpo de Thalassa dando un enorme salto antes de caer sobre la superficie del foso. Alaric se olvidó de disparar o cercenar la cabeza del demonio y decidió atacar a la tecnosacerdote, envolviéndola con los brazos para intentar ahogarla. Thalassa comenzó a agitarse con una fuerza sobrehumana que a Alaric le resultó casi imposible controlar.

De pronto alguien llegó para unir sus esfuerzos a los del juez. Alaric pensó que se trataba de otro Caballero Gris, pero entonces vio su propio rostro reflejado cientos de veces en los ojos compuestos del archimagos Saphentis. El tecnosacerdote había conseguido abrirse paso por las corrientes de mercurio, avanzando a través del metálico elemento gracias a los impulsos eléctricos que emanaban de su cuerpo. Agarró con fuerza a la tecnosacerdote con sus dos brazos biónicos mientras extendía dos de sus mecadendritas, de las que salieron sendas sierras giratorias. Con un movimiento rápido y preciso, Saphentis decapitó a Thalassa.

La cabeza de la tecnosacerdote voló hasta el otro lado del foso en una explosión de energía oscura que salió de su cuello cercenado. Azaulathis, el demonio, emergió de la herida para levitar sobre el foso, haciendo que el cuerpo de Thalassa cayera sin vida sobre los brazos de Alaric. El cuerpo de aquel demonio era una pesadilla retorcida de información convertida en carne; sus enormes y terribles fauces estaban rodeadas por un anillo de ojos, entre los cuales podían verse infinidad de bocas más pequeñas. Unos tentáculos negros emergieron de los orificios sangrantes que tenía por todo

su cuerpo corrompido, retorciéndose en todas direcciones mientras un halo de energía púrpura se extendía a su alrededor formando una oscura aureola amoratada. Aquellos tentáculos se retorcían de dolor por la presión del espacio real, que iluminaba su piel como si estuvieran ardiendo.

De pronto, una lluvia de fuego bólter se cernió sobre él, esparciendo por todo el foso infinidad de trozos de carne demoníaca y humeante. Los Caballeros Grises continuaron disparando, hasta que el hermano Cardios lanzó una lengua de fuego con el incinerador que abrasó la piel del rostro de Azaulathis, dejando al descubierto un cráneo ardiente y corrompido que se retorcía de dolor.

Alaric vio que Hawkespur estaba en la orilla exterior. Había desenfundado la pistola automática y apuntaba cuidadosamente. La interrogadora efectuó un único y preciso disparo que impacto directamente sobre una de las cuencas oculares del demonio, atravesándole la cabeza y saliendo por la parte de atrás del cráneo. Azaulathis se detuvo un instante, momento que los Caballeros Grises aprovecharon para destrozar definitivamente su cuerpo a base de fuego bólter.

—¡Adelante! —gritó Saphentis.

El cuerpo del tecnosacerdote estaba cubierto casi completamente por la sangre corrupta y amoratada de Thalassa. Intentaba mantener abierto un paso a través del mercurio mediante sus impulsos eléctricos, y Alaric vio cómo el resto de Caballeros Grises ya se dirigían hacia allí.

—¡Todo el mundo hacia la orilla! —ordenó Alaric—. ¡Cardios, intenta encontrar a Archis! ¡Hawkespur, guíe a los demás hasta el otro lado! ¡Rápido!

Los tecnodemonios parecían haberse replegado tras contemplar las muertes de Thalassa y de Azaulathis. Finalmente, los Caballeros Grises consiguieron ganar la otra orilla del foso. El hermano Haulvarn ayudó al magos Antigonus, cuyo servidor estaba muy dañado, a agarrarse a uno de los salientes del rococemento. El último en llegar fue Cardios, que llevaba consigo la parte superior del cuerpo destrozado de Archis.

Alaric lideró el avance hasta que la escuadra llegó a los pies de la torre de vigilancia, donde unos enormes contrafuertes de rococemento la anclaban al

suelo, proporcionándoles un buen lugar para ponerse a cubierto entre sus cimientos de hierro oscuro. Hawkespur y los tecnosacerdotes de Antigonus también consiguieron atravesar el foso. Por último, el archimagos Saphentis también llegó hasta la orilla, cerrándose tras él el paso abierto en el mercurio. Saphentis se detuvo un instante para recoger algo del suelo antes de correr para ponerse a cubierto junto a Alaric.

Cardios ya estaba junto al juez, sosteniendo entre los brazos la parte superior del cuerpo del hermano Archis; era una visión trágica, pues el cuerpo del valeroso Caballero Gris había quedado destrozado por la fuerza del demonio.

—Incluso si tuviéramos tiempo para enterrarlo aquí —dijo Alaric— no lo haríamos. No en esta tierra corrompida. Cardios, extráele la semilla genética y reparte su munición, tendremos que abandonar el cuerpo aquí.

Cardios asintió y comenzó a desabrochar el casco de Archis. Como ocurría con todos los marines espaciales, las múltiples mejoras de un Caballero Gris se controlaban mediante dos órganos gemelos: la semilla genética. La semilla genética era, en la práctica, imposible de crear, de modo que cada capítulo hacía todo lo que estuviera en sus manos para recuperar la semilla genética de sus muertos y poder implantarla así a sus nuevos reclutas, y los Caballeros Grises no eran una excepción. La semilla genética de cada capítulo había sido desarrollada para reproducir el código genético de su primarca, cada uno de los invencibles guerreros creados por el Emperador para liderar la Gran Cruzada hacía ya más de diez mil años. Sin embargo, jamás se había sabido con seguridad quién fue el donante de los genes que dieron lugar a los Caballeros Grises, pues el capítulo fue creado en el mayor de los secretos poco después de las primeras fundaciones. Había quien aseguraba que procedían de un primarca que dio lugar a una semilla genética particularmente estable, aunque otros aseguraban que el donante fue el mismísimo Emperador. Nadie sabía la respuesta a ciencia cierta, y los Caballeros Grises preferían que así fuera; los Caballeros Grises no luchaban por la memoria ancestral de algún primarca, en primer lugar luchaban por el Emperador, y en segundo lugar por el Ordo Malleus, y nunca nada se interpondría en su camino. La semilla genética de Archis era sagrada, con

independencia de su origen, y era deber de Alaric llevarla de vuelta al monasterio fortaleza que los Caballeros Grises tenían en Titán siempre y cuando le fuera posible.

El cuerpo humeante del servidor de Antigonus se acercó chirriando entre las sombras de la torre de vigilancia. El archimagos vio el cuerpo de Archis e hizo una reverencia como señal de respeto, acto seguido se agazapó en la oscuridad para que su cuerpo no malgastara una energía que le era muy valiosa.

—Necesita un nuevo cuerpo —dijo Alaric.

—Lo sé —contestó Antigonus. La voz de su unidad vocal sonaba distorsionada a causa del esfuerzo—. Me sorprende que éste haya aguantado hasta ahora.

—Usted ya conocía a aquel demonio.

—Scraecos lo envió en mi busca cuando llegué aquí por primera vez, y tuve suerte de no terminar como Thalassa. Reconocí su voz en cuanto la oí. Tener algo así viviendo en tu interior debe dejar una marca muy profunda.

—Ha luchado usted con valor —dijo Alaric.

—Usted también —contestó Antigonus—. Todos ustedes, especialmente su hermano de batalla.

Antigonus señaló el cuerpo del hermano Archis. Cardios ya casi había conseguido extraer su semilla genética de la garganta.

—Me temo que tendremos que repetir ese mismo proceso más veces —dijo Alaric—. Este planeta está infestado de demonios.

—Parece que alguien no está de acuerdo con usted.

El archimagos Saphentis avanzó con tranquilidad entre los cimientos de la torre; sostenía en una mano la cabeza cercenada de Thalassa.

—Explíquese —le dijo a la cabeza.

Los ojos de Thalassa, que se habían convertido en unas esferas brillantes y plateadas, se abrieron súbitamente.

—Demonios… —dijo. Su voz no era más que un susurro trémulo que fluía a través de la sangre que brotaba de la boca—. No, no son demonios…, son programas de caza al servicio de los archimagos…

La energía que se había apoderado de ella cuando Azaulathis poseyó su cuerpo era lo único que la mantenía con vida, un débil eco de magia oscura a punto de apagarse por completo.

—Ha perdido la cordura —dijo Antigonus.

—Puede ser —contestó Alaric, quien acto seguido miró directamente a los ojos de Thalassa—. ¿Cómo lo sabe?

—Los… los archimagos me lo han dicho…, sus múltiples voces hablan como una sola…

—¿Son los que dirigen este planeta?

—Sí. Me han mostrado muchas cosas. Me perdí, pero ellos me encontraron. Pude ver un mundo totalmente autosuficiente…, un mundo que maneja el poder de la disformidad…, pude ver el rostro del Omnissiah, vi al Castigador, su conocimiento convertido en carne y en metal, enviado hasta nosotros para que nos ilumine… no, aquí no hay demonios, sólo hay conocimiento puro hecho realidad, un conocimiento enviado para servirnos y para mostrarnos el camino.

Alaric alzó el bólter de asalto y voló aquella cabeza con un único disparo. Apenas sin inmutarse, Saphentis contempló la escena mientras la sangre corrompida de Thalassa salpicaba de nuevo sus ropajes.

—Miente —dijo Alaric—. Por lo menos en lo referente a los demonios.

—No son conscientes de su propia corrupción —reflexionó Saphentis—. Interesante.

—Todos ellos están engañados —contestó Alaric—. Todo aquel que conjura demonios y que actúa movido por la voluntad del Caos acaba por convencerse a sí mismo de que es cualquier cosa menos un ser corrupto. El Caos no es más que una mentira, archimagos. Lo único real es su capacidad para hacer que el hereje se engañe a sí mismo, y a este respecto el Mechanicus Oscuro no es ninguna excepción; lo que nosotros percibimos como Caos ellos lo ven como una extensión de la tecnología.

—Convertir las enseñanzas del Omnissiah en una justificación para una corrupción tan profunda constituye una blasfemia imperdonable —dijo Saphentis.

El tecnosacerdote se sentó junto a Alaric, y por primera vez sintió que el cansancio le atenazaba los miembros biónicos.

—Me equivoqué al sospechar de usted —confesó Alaric—. Me refiero a Thalassa, debió de perderse y ellos la capturaron. Pensaba que había sido usted quien la había matado.

—¿Porque expresé cierta admiración por la autosuficiencia alcanzada por este planeta? —Si Saphentis hubiera tenido la posibilidad de esbozar una sonrisa irónica, Alaric estaba seguro de que lo hubiera hecho—. No escogí mis palabras con la prudencia con la que debería haberlo hecho. Es natural que usted pensara eso de mí, juez. Lo único que pretendía era comprender este mundo y al mismo tiempo cumplir con nuestra misión, pero parece que no elegí la mejor manera de hacerlo. Y también debí tener más cuidado con Thalassa; no estaba preparada para cargar con la responsabilidad que deposité sobre ella. Su pérdida ha sido mi fracaso. Tan sólo puedo esperar que el Omnissiah me perdone por ser tan débil.

—¿De modo que estamos en el mismo bando? —preguntó Alaric.

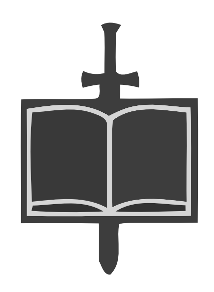
—No lo dude —contestó Saphentis.

—Y ahora que este asunto está claro —terció Hawkespur—, será mejor que nos pongamos en marcha.

—Estoy de acuerdo. —Alaric miró al hermano Cardios, que ya había terminado de extraer la semilla genética del cadáver de Archis—. Tendremos que abandonarlo aquí, no nos queda más remedio, más tarde rezaremos para suplicar perdón. Dvorn, encárgate de Antigonus si su cuerpo falla. El resto manteneos unidos e intentad no exponeros demasiado; nuestro primer objetivo es investigar, después lucharemos.

La fuerza de asalto musitó una oración en silencio para honrar la muerte de su hermano y acto seguido se adentró en las fábricas de titanes, intentando mantenerse oculta entre los cimientos de la torre de vigilancia y avanzando a través de las protuberancias carnosas y las masas de maquinaria oxidada diseminadas por la superficie del muro de rococemento. Frente a ellos, alzándose como gigantes en el horizonte, estaban los titanes; siluetas amenazantes, silenciosas, estructuras imponentes que escondían un tremendo poder destructivo.

Era un ejército que podría sembrar la destrucción en cualquier mundo. Un ejército a punto de despertar.



DIECISÉIS

Muere por el fracaso y la vergüenza caerá sobre ti, muere por la desesperación y la vergüenza caerá sobre todos nosotros.

Sexagésimo Tercer Pergamino Terrestre,
Verso 114 (autor desconocido)

El contraalmirante Horstgeld se arrastraba boca abajo; su uniforme de la Armada estaba hecho jirones y aún humeaba. Agarraba con fuerza la escopeta mientras intentaba abrirse paso a lo largo de la proa moviéndose entre el humo y los restos abrasados que se habían desprendido del techo del puente.

Las andanadas disparadas desde el *Forjador de Infiernos* habían sacudido el puente con violencia, pero no lo habían destruido. La mayor parte de la tripulación aún seguía con vida, agazapada e intentando mantenerse a cubierto desde que se desplomó la primera viga del techo.

Estaban siendo abordados. Aquél era el peor desenlace posible para una batalla contra el Caos.

Era donde el Enemigo se mostraba más fuerte, en el cara a cara, donde la magia maligna y las mutaciones suponían una gran ventaja y donde la mera

presencia de la corrupción era capaz de resquebrajar la fe de los más valerosos.

—¡Aguantad! —gritó el jefe de seguridad del puente, un hombre no muy alto pero tremendamente fuerte que vestía una armadura completa de las que normalmente se empleaban a bordo para sofocar motines. Jamás había habido ningún motín en la *Tribunicia*, pero Horstgeld siempre había insistido en que sus naves debían cumplir todas y cada una de las normas de seguridad. Sin embargo, dada la velocidad con que se había perdido contacto con las demás secciones de la nave, las medidas de seguridad de a bordo no habían sido excesivamente útiles—. ¡Apuntad antes de abrir fuego! ¡Asegurad el objetivo y después disparad!

Los tripulantes del puente se habían hecho con todas las armas que habían podido encontrar mientras las fuerzas de abordaje del Caos invadían sin remedio las diferentes cubiertas. Muchos de los defensores del puente, incluido Horstgeld, tenían los rifles estándar de la Armada Imperial, armas sólidas y resistentes diseñadas para inundar los corredores de cualquier nave con fuego pesado. Otros estaban armados con rifles láser de la Guardia Imperial, e incluso había quien únicamente disponía de sus armas personales: pistolas automáticas y pistolas láser, casi todas ellas diseñadas para intimidar más que para defenderse. Horstgeld vio que un operador de comunicaciones estaba armado únicamente con un trozo de tubería que se había desprendido del techo cuando la *Tribunicia* recibió los primeros impactos; otro empuñaba una enorme herramienta de acero.

—¡Llenad vuestras almas de valor, fieles sirvientes del Emperador! —gritó el confesor Talas—. ¡Que Su voluntad sea vuestro escudo y Su ira vuestra mejor arma!

Por primera vez en toda su carrera militar, muchos de los tripulantes del puente escuchaban a Talas con verdadera atención, buscando algo de esperanza en sus palabras.

De pronto comenzaron a salir chispas de la puerta principal del puente: algo intentaba entrar.

—¡Muy bien! —gritó el jefe de seguridad mientras desenfundaba la maza de energía y bajaba el visor del casco antes de levantar el escudo

antidisturbios—. ¡Permaneced unidos y manteneos a cubierto! ¡Disparad a los blancos seguros y no olvidéis quién…!

De pronto, un enorme puño atravesó la puerta y dio comienzo una tormenta de fuego. Un fuego intenso y cegador acompañado de un sonido aterrador que se extendió por todo el puente. La enorme pantalla se resquebrajó en mil pedazos y la estatua del Emperador comenzó a tambalearse. El fuego llovía sobre los enormes bancos de madera y las grandes columnas de piedra. Horstgeld gritaba mientras disparaba casi a ciegas, sintiendo el retroceso de su rifle sobre todo su cuerpo. Vio las siluetas de varios tripulantes mientras caían al suelo sin vida, y entre los destellos de los disparos distinguió las figuras humanoides, deformes y gigantescas que se abrían paso a través de la brecha abierta en la puerta. Los atacantes caían a docenas, pero no cesaban de llegar más y más, avanzando sobre los cuerpos de sus camaradas muertos hasta que llegaron a los bancos más lejanos y comenzaron a abrir fuego con sus armas de asalto.

De pronto un enorme arpón dentado atravesó el cuerpo del oficial jefe de navegación. La cabeza cercenada del oficial de seguridad chocó contra la columna junto a la que Horstgeld se encontraba. El banco que tenía justo enfrente comenzó a crujir como si algo enorme lo estuviera aplastando, el contraalmirante se alejó tan rápido como pudo sintiendo cómo el suelo se iba cubriendo de sangre aún caliente; infinidad de fragmentos de metralla volaban por todas partes. Horstgeld recargó el rifle frenéticamente mientras el fuego en el puente se volvía cada vez más y más intenso.

Horstgeld ya había estado antes en situaciones como aquélla. Incluso en una ocasión formó parte de una fuerza de abordaje que tomó una nave espacial infestada de orcos. Había sido testigo de innumerables motines y ataques piratas y había conseguido sobrevivir a muchos naufragios y ataques de artillería enemiga. Había visto morir a muchísimos hombres. Él mismo había matado a unos pocos en combate cuerpo a cuerpo y a miles de ellos en la distancia, ejerciendo de comandante de la Armada Imperial. Pero la situación en la que se encontraba en aquellos momentos era la peor de todas con diferencia.

De pronto algo comenzó a abrirse paso a través de los bancos que había en la entrada del puente. Otra figura sobrevoló la cabeza de Horstgeld, quien disparó sin dudar un instante destrozando una de sus alas correosas y viendo cómo se precipitaba dando vueltas sobre el puesto de mando de artillería. Mientras se estrellaba, el contraalmirante vio que aquella criatura estaba provista de garras y dientes amenazantes. Alguien gritó, un alarido de dolor que se cortó de pronto de manera brutal.

La intensidad del fuego comenzó a disminuir poco a poco, sustituida por el sonido de huesos al fracturarse y de estocadas de armas blancas hundiéndose en la carne. Gritos y lamentos se sucedían sin cesar, alaridos de monstruos que una vez fueron humanos. La matanza se estaba volviendo cada vez más violenta y sangrienta. Horstgeld se apoyó contra el respaldo de uno de los bancos y terminó de recargar el rifle.

La carnicería estaba tocando a su fin. Casi toda la tripulación del puente había muerto y los pocos que quedaban estaban cayendo sin remedio.

Entonces Horstgeld oyó los pasos decididos de una armadura que se aproximaba hacia él.

—Comandante —dijo una voz fuerte y profunda.

Horstgeld se aventuró a mirar entre las grietas del banco. Lo único que pudo distinguir fue la enorme silueta de una armadura similar a las empleadas por los Caballeros Grises de Alaric, pero un poco más abultada y deforme. Estaba envuelta en una nube de humo grasiento.

Un marine espacial. ¡Por el Emperador, se trataba de un marine espacial de las Legiones Traidoras!, los desertores de la humanidad, una unidad tan peligrosa que incluso las enseñanzas imperiales mantenían que jamás había llegado a existir, ya que la mera idea de un marine traidor podría resultar mortal para las mentes más débiles.

Horstgeld agarró el rifle con fuerza. Se suponía que debía tener valor, que su obligación era morir sirviendo al Emperador, pero también se suponía que no debía ser una víctima fácil.

—¡Contraalmirante! —gritó, corrigiendo al marine, como respuesta.

—Ah, estupendo, entonces será un premio aún más valioso.

Horstgeld vio cómo aquel marine espacial caminaba hacia él aplastando los cuerpos de los tripulantes muertos a su paso. El contraalmirante distinguió su armadura, negra y ancestral, con una de las hombreras decorada con un símbolo dorado que representaba un ojo abierto de par en par. Aquel marine portaba una enorme espada de energía en una mano cuya hoja refulgía como si el arma tuviera vida. Su rostro era ancestral y malvado, con la piel tersa, los ojos de un intenso negro brillante y los dientes afilados y amenazantes. Su cráneo, completamente afeitado, estaba marcado con una estrella de ocho puntas. Unas pequeñas columnas de vapor salían de las juntas de su armadura, que parecía excesivamente fría y mecánica en comparación con la ornamentación propia de las armaduras de los Caballeros Grises; aquél era un marine espacial de los días de Horus, una reminiscencia de los tiempos más oscuros e inciertos del Imperio. La pura encarnación del Caos. El odio hecho carne.

—¡Contemplad! —gritó una voz temblorosa que Horstgeld identificó como la del confesor Talas—. ¡Contemplad la forma del Enemigo! —Talas se puso en pie en lo alto del púlpito—. ¡Contemplad la marca de la corrupción sobre su cuerpo, el hedor de la traición, el sonido de…

El marine traidor desenfundó una pistola bólter y efectuó un único y certero disparo que impacto directamente en la cabeza de Talas. El viejo confesor se desplomó sobre el suelo de madera del púlpito. Acto seguido, uno de los mutantes se abalanzó sobre su cuerpo sin vida. El sonido de huesos quebrándose que se oyó después sólo podía significar que aquel ser estaba devorando al confesor.

El marine traidor continuó caminando con decisión hasta rodear el banco tras el que Horstgeld se escondía.

—¿Eres tú quien está al mando?

Horstgeld asintió. Tenía que ser valiente. Jamás había huido de nada en toda su vida y aquélla no iba a ser la primera vez; no estaba dispuesto a concederle a aquel ser despreciable ese placer.

El marine guardó la espada en una funda que llevaba a la espalda. Horstgeld levantó el rifle, pero su enemigo se lo arrancó de las manos antes de que pudiera abrir fuego. Los reflejos de los marines traidores eran rápidos

como un rayo; al fin y al cabo seguían siendo marines espaciales, con todos sus implantes augméticos y mejoras.

El marine traidor levantó a Horstgeld agarrándolo por la cintura. Sus enormes manos le rodearon el cuello con facilidad hasta que el contraalmirante estuvo a la altura de los ojos de su atacante. Horstgeld podía oler el hedor a sangre y azufre de su aliento. Aquellos ojos negros como gemas lo miraban fijamente.

—Hace mucho tiempo que luché contra los de tu clase —comenzó el marine espacial del Caos—. Horus nos lideraba y nos dijo que erais criaturas extremadamente débiles, que merecíais la más cruel de las muertes, y cada vez que veo a uno de vosotros me doy cuenta de que tenía razón. Cada vez que salgo de la disformidad puedo comprobar que os habéis vuelto más patéticos si cabe.

Horstgeld habría escupido a la cara de aquel marine, pero tenía la boca completamente seca.

—Horus era un traidor, estaba corrompido, era un demonio. Nosotros vencimos.

—No. Fuimos nosotros quienes os derrotamos. Matamos a vuestro Emperador. Pero después los primarcas conspiradores cerraron filas. Y todos los burócratas y especuladores borraron nuestro triunfo de vuestra historia. Nos presentaron como los perdedores, cuando todo este tiempo hemos estado preparándonos para regresar. Ahora ese momento ha llegado, esclavo del Emperador Cadáver. El Ojo del Terror se ha abierto. Cadia caerá sin remedio. Mírate, ¿quién crees que es más fuerte? ¿Quién merece el poder sobre toda la galaxia?

—Pero… vosotros nos teméis. ¿Por qué estaríais aquí si no? Si somos tan débiles, ¿por qué habéis venido?

El marine espacial del Caos lanzó a Horstgeld contra el suelo y le dio una terrible patada en una pierna. Un intenso dolor se apoderó del contraalmirante, que casi perdió el conocimiento cuando los huesos de su pierna se quebraron por el golpe.

—Ya basta —rugió el marine—. Yo soy Urkrathos, de la Legión Negra, el elegido de Abaddon *el Saqueador*. Voy a acabar contigo y con todos los

tripulantes de esta nave. La muerte es misericordiosa. Todo aquel que se atreva a desafiarme será llevado a mi nave y arrojado al pozo de sangre, donde su alma se convertirá en sustento para hechizos y alimento para demonios, ése es el destino que te brindo la oportunidad de evitar. Mi naturaleza dista mucho de ser misericordiosa, de manera que esta oferta no se repetirá, ¿comprendes?

—Vuelve al infierno —le espetó Horstgeld.

Urkrathos pisó con fuerza la pierna rota de Horstgeld. El dolor se volvió tan intenso que el contraalmirante no pudo evitar soltar un alarido estremecedor.

—¿Dónde está mi tributo? —preguntó Urkrathos.

—¿Qué… qué tributo?

Ukrathos levantó de nuevo a Horstgeld, lo lanzó contra la columna más cercana y desenfundó la espada. Acto seguido, clavó la hoja sin piedad en el hombro del contraalmirante, ensartándolo en la columna como un insecto atravesado por un alfiler.

—No pienso preguntarlo otra vez, contraalmirante —lo amenazó Urkrathos—. Ambos estamos aquí por la misma razón.

—No sé de qué estás hablando —contestó Horstgeld mientras escupía una masa de sangre coagulada. Apenas podía ver nada a causa del dolor. En aquellos momentos el mundo no era más que una espiral de dolor, y lo único que era capaz de distinguir en medio de aquella niebla era el rostro de Urkrathos, con sus colmillos amenazantes y sus ojos negros llenos de ira—. No… no hemos sido capaces de averiguar de qué se trata.

—¿Dónde está? —gritó Urkrathos—. ¿Dónde está el Castigador?

Horstgeld intentó hablar de nuevo, trató de increpar a aquel traidor, pero le resultaba imposible articular palabra, tenía la garganta llena de sangre y ni siquiera podía respirar.

Urkrathos extrajo la espada de la columna y agarró a Horstgeld antes de que cayera. Levantó el cuerpo entumecido del contraalmirante y, rezumando ira, le aplastó la cabeza golpeándola una y otra vez contra el mármol.

Cuando hubo terminado, dejó caer el cuerpo sin vida sobre el suelo del puente. Su espada ya había sido desenfundada, pero su sed de sangre aún no

había sido satisfecha, de modo que Urkrathos la hundió de nuevo en el cuerpo sin vida de Horstgeld y dejó que los demonios de su hoja se alimentaran con la sangre de aquel sirviente imperial.

El baño de sangre que había desatado casi no lo había saciado. Cada vez le resultaba más fácil aplastar al enemigo. Cada nueva nave, cada batalla. El Imperio no había sido capaz de reunir más que una patética flotilla para intentar hacer frente a Urkrathos. Aquello era un insulto. Parecía como si todas las buenas batallas fueran cosa del pasado.

De pronto, y sin previo aviso, un pensamiento inundó la mente de Urkrathos; ni siquiera era un pensamiento suyo, era una transmisión del demonio encargado de las comunicaciones del *Forjador de Infiernos*.

¿Qué pasa? —respondió Urkrathos, enfadado. No le gustaba que los demonios se sumergieran en su mente—. *Más vale que se trate de una emergencia, de lo contrario sufriréis las consecuencias.*

Nuestros aliados sobre la superficie del planeta nos dan la bienvenida —contestó la voz chillona y bestial del demonio—. *El cielo se abre para nosotros*.

Muéstramelo.

Entonces apareció una imagen en la mente del marine traidor. La atmósfera de Chaeroneia era un espeso manto de polución salpicado de manchas brillantes formadas por los miles de asteroides que orbitaban a su alrededor. Cuando la flota del Caos llegó a los alrededores del planeta, Urkrathos supuso que la flota imperial estaría tratando de encontrar algún modo de llegar hasta la superficie. Llegar hasta Chaeroneia era un problema del que Urkrathos tendría que ocuparse una vez que hubiera aniquilado a la flota enemiga.

Sin embargo, la imagen proyectada por el demonio de comunicaciones había cambiado. Unas ondas expansivas parecían estar extendiéndose por la órbita como ondulaciones sobre el agua; el epicentro estaba en algún punto de las capas altas de la atmósfera, directamente sobre el origen de la señal que habían recibido ofreciéndoles su tributo.

Los asteroides se estaban moviendo. Los puntos de luz giraban alrededor del epicentro como un banco de peces. Se trataba de una magia

extremadamente poderosa, muy por encima de las posibilidades de cualquier psíquico imperial.

¿Qué es eso? —preguntó Urkrathos con un cierto nerviosismo—. *¿Quién lo está haciendo?*

Este humilde sirviente lo desconoce, contestó el demonio.

Al cabo de poco tiempo se había formado un paso que atravesaba el campo de asteroides, una zona segura lo suficientemente ancha como para que el *Forjador de Infiernos* llegara a través de ella hasta la superficie de Chaeroneia.

Por supuesto, quienquiera que le hubiera ofrecido aquel tributo a Abaddon también debía de estar controlando lo que ocurría en los alrededores de la órbita. Ahora que la flota imperial había sido destruida o estaba inutilizada, ya no había riesgo de que la Guardia Imperial aterrizara en Chaeroneia. Urkrathos había vencido, y ahora aquel misterioso benefactor del Caos le daba la bienvenida al *Forjador de Infiernos* con los brazos abiertos.

Urkrathos a la tripulación —dijo interiormente Urkrathos, sabiendo que sus palabras se transmitirían de manera automática al sistema de comunicaciones del *Forjador de Infiernos*, que después las trasmitiría al resto de las fuerzas de abordaje que se habían hecho con el control de la *Tribunicia*—. *Que todas las fuerzas de abordaje se replieguen y se preparen para la maniobra de retirada.* —Urkrathos cambió mentalmente de canal—. *¿Kreathak?*

Kreathak contestó desde el interior de la cabina de su caza Helltalon. Su pensamiento llegaba distorsionado a causa del ruido de los motores y los disparos del cañón.

¿Mi señor?

Formad de nuevo y regresad a la Cadáver. *Descendemos a la superficie.*

Los cazas enemigos están plenamente operativos. Solicito confirmación de la orden.

Sí, orden confirmada. De prisa, no quiero que perdáis el tiempo intentando destruirlos, quiero que todos nuestros cazas formen patrullas defensivas.

Por supuesto, mi señor.

Kreathak se apresuró a obedecer la orden. Si conseguía poner fin definitivamente a aquel baño de sangre, podría regresar a la plataforma de combate *Cadáver* y prepararse para defender el paso abierto en el campo de asteroides mientras la nave de Urkrathos recogía el tributo.

Urkrathos volvió a cambiar mentalmente de canal.

«Desikratis», cambio.

¿Señor?, fue la respuesta demoníaca procedente de la *Desikratis.*

Retirada.

Pero señor, la presa aún puede ser desangrada.

He ordenado retirada. Ya habrá tiempo de ensañarse con el enemigo cuando hayamos terminado. Necesito que la Desikratis *mantenga alejadas a las naves imperiales mientras bajamos a la superficie. ¿Entendido?*

A «Desikratis» le gusta divertirse, le gusta hacer que sufran.

Y podrá hacerlo, pero aún no. No me obligues a castigarte, «Desikratis», aún me queda espacio en el puente para muchos más sirvientes, y tú no eres tan valioso como para desafiar la voluntad del Elegido y quedar impune.

Suplico perdón —gimoteó el demonio como respuesta—. *Abandonaré a mi presa. Ya no puede huir, me estará esperando.*

Así es. Ahora retírate y mantente cerca del Forjador de Infiernos, *quiero que cubras el paso una vez que atravesemos la atmósfera.*

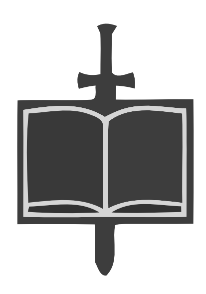
Urkrathos cerró la comunicación desde el interior de su mente y sintió cómo los demonios desaparecían de su cabeza.

Miró de nuevo el cuerpo sin vida del contraalmirante. Las pequeñas fauces diseminadas por toda la hoja de la espada seguían bebiendo ávidamente su sangre. Urkrathos la retiró; era bueno que el arma no se saciara por completo. El marine traidor propinó una patada al cadáver y escupió sobre él con desprecio. A continuación se dio la vuelta y salió del puente con paso firme. En el exterior esperaban las fuerzas de abordaje que habían sobrevivido al ataque. Urkrathos se dirigió hacia la cápsula de desembarco Dreadclaw que había atravesado el casco de la nave imperial, y que lo llevaría a él y a sus tropas de vuelta al *Forjador de Infiernos.*

Con prácticamente la totalidad de los tripulantes de la *Tribunicia* muertos o agonizando, lo único que las tropas de abordaje debían temer era

al propio Urkrathos. Y ésa era precisamente la forma de esclavitud preferida por el marine: dirigir mediante el miedo. Aquellos seres no tenían grilletes, pero se postraban ante su señor a medida que pasaba a su lado. Tampoco había una sola celda en todo el *Forjador de Infiernos* destinada a mantenerlos bajo control. Hacían lo que se les ordenada por puro miedo a lo que les ocurriría si desobedecían. No había demostración de poder más incontestable que el hecho de que los paladines del Caos fueran los dueños absolutos de las almas de las criaturas inferiores, al igual que también poseían el alma de cada uno de los seres sensitivos que había en la galaxia.

Sí, Urkrathos tendría poder, serviría a Abaddon y juntos esclavizarían toda la galaxia. Pero por el momento aún quedaba trabajo que hacer. El *Forjador de Infiernos* debía prepararse para un aterrizaje atmosférico, las tropas debían reagruparse y reorganizarse y había que hacer sitio para recoger el tributo. Pero aquello no eran más que simples trámites. El final estaba cerca. Urkrathos había vencido.



DIECISIETE

Y cuando todo hubo terminado, cuando la sangre se secó y los fuegos se extinguieron, descubrimos que seguíamos siendo lo mismo que siempre habíamos sido: seres humanos insignificantes y aterrorizados, con la luz del Emperador como única guía en medio de esta oscura galaxia gobernada por el pecado.

SAN PRÁXIDES de OPHELIA VII,
Reflexiones sobre el Martirio

—¿Qué quieres que haga?

Hacía mucho tiempo que el archimagos veneratus Scraecos no emitía sonido alguno a través de su unidad vocal. Era una sensación extraña, algo pesado y primitivo, pero sabía que era la mejor manera para comunicarse con la construcción de conocimiento puro que conformaba el avatar del Omnissiah.

No obtuvo respuesta. Scraecos miraba fijamente la puerta de ferrocemento del hangar en el que se encontraba. Sintió cómo algo escudriñaba su interior, como los rayos del sol al atravesar la atmósfera de un planeta. Estaba siendo juzgado. El Omnissiah lo juzgaba en todo momento, por supuesto, pero ahora era algo tan tangible que tenía la impresión de que estaba siendo diseccionado e inspeccionado pieza por pieza, augmetización por augmetización.

Si tenía alguna falta, si Scraecos fracasaba en aquel interrogatorio silencioso, únicamente habría un final: sería destruido totalmente. La esencia de la Máquina le sería arrancada tanto de sus partes biónicas como de sus partes naturales hasta quedar convertido en un montón de chatarra inservible. Aquello era algo que ya había visto antes. Los tecnosacerdotes que estuvieron en su lugar mil años atrás no tenían una voluntad tan fuerte ni una comprensión tan profunda como la de Scraecos, y fueron descuartizados y aniquilados. Fue una demostración incuestionable del poder del Omnissiah. Del mismo modo que Él podía comprender el universo en toda su magnitud, también podía elegir no comprenderte a ti, y eso tenía como único resultado posible el cese de tu existencia. Aquello era el verdadero poder. El Omnissiah era quien decidía qué era real y qué no lo era, y por esa razón Él era el verdadero dueño del universo.

—Mírame.

La voz del Omnissiah era un conocimiento tan puro que iluminó inmediatamente la mente de Scraecos. El tecnosacerdote quedó cegado ante tal magnitud. Resultaba imposible contestar a aquella voz mediante cualquier recurso mecánico, la voz del Omnissiah hablaba desde el infinito.

Scraecos levantó la vista. El rostro del Castigador lo estaba observando. La primera vez que Scraecos contempló aquel mismo rostro se sintió aterrado, y aquel sentimiento aún no había desaparecido. Esos enormes ojos llameantes no eran más que unos simples rasgos, pero estaban repletos de un conocimiento tan ancestral que la historia de la raza humana no era más que una nota al pie del último capítulo. Su mirada hizo que Scraecos se quedara clavado en el suelo, desprovisto de toda su experiencia y su veteranía y convertido en un insignificante niño ante los ojos del Castigador.

El Castigador era el avatar del Omnissiah. A través del Castigador, el Omnissiah podía comunicarse directamente con sus sirvientes. Aquello daba una idea de lo corrompido e ignorante que se había vuelto el Adeptus Mechanicus, pues el Omnissiah debía degradarse hasta el punto de adoptar una forma física. Sólo así podría instruir a los tecnosacerdotes de Chaeroneia sin que los archimagos del Imperio tergiversaran sus enseñanzas. Del mismo modo, fue Él quien ordenó que Chaeroneia se exiliara del Imperio para así proteger sus enseñanzas y mantenerlas puras. Devolver aquel planeta al espacio real suponía un gran riesgo, pues el Imperio aún podría encontrar el modo de corromper el conocimiento del verdadero Mechanicus antes de que el Omnissiah pudiera revelar su rostro al resto de la galaxia.

—Me has preguntado qué quiero que hagas. ¿Es que acaso no has aprendido nada?

Scraecos se estremeció ante la intensidad del reproche del Omnissiah.

—He… he permanecido alienado durante mucho tiempo… No he sido un solo individuo, sino muchos. Me temo que mi individualidad ha quedado limitada.

—No. Ahora eres más fuerte. ¿Entiendes ahora la razón por la que te elegí la primera vez? ¿Y por la que he vuelto a elegirte ahora?

—¡Sí! ¡Sí, mi señor! Porque soy un asesino.

—Tú eres un asesino. —Aquellas palabras sonaron como un signo de aprobación. Nunca antes ningún tecnosacerdote había sido halagado por el Omnissiah—. Aunque durante mucho tiempo has contribuido a la construcción de mi templo del conocimiento, jamás has sido un verdadero archimagos. Siempre has sido un asesino. Cuando eras un esclavo del Mechanicus corrompido, matabas por ascender y por ganar favores. ¿Acaso no es cierto?

—Es cierto.

Scraecos había matado. Las luchas internas entre los magos del Adeptus Mechanicus eran mucho más intensas de lo que el Imperio jamás sabría. Imprevistos, desastres naturales, naufragios espaciales y asesinatos a sangre fría podían prepararse con relativa facilidad, y el mismo Scraecos lo había

hecho en varias ocasiones cuando buscaba obtener el rango de archimagos veneratus. Mató para conseguir que lo enviaran a Chaeroneia la primera vez con el fin de investigar ciertos rumores sobre la presencia de tecnología preimperial bajo los desiertos tóxicos. Jamás habría imaginado que allí encontraría algo como el Castigador; pero en última instancia fueron los asesinatos lo que le permitió llegar hasta el avatar.

—Y aún eres un asesino. Ésa es la razón por la que incluso los demás magos de Chaeroneia decidieron devolverte tu ser. Incluso en su obstinación han conseguido descubrir al asesino que hay en tu interior. Cuando fundieron sus mentes con la tuya, esa chispa aún estaba allí.

Scraecos estaba desconcertado.

—¿Acaso no te han servido bien?

—Por supuesto. Ése es el deber de toda criatura viviente de este mundo. Y a pesar de que comprendo sus fracasos y puedo utilizarlos para mi beneficio, siguen siendo fracasos. Se limitan a hacer lo que se les ordena, pero ¿acaso no os ordeno ir siempre en pos de la innovación? Y a pesar de eso su pensamiento dista mucho de ser innovador. Si la innovación está presente en la máquina también debe estarlo en la mente. Únicamente de ese modo podrán mente, máquina y carne formar parte de la maquinaria que conforma el universo. Sin embargo, tú, archimagos veneratus Scraecos, eres diferente. Tú no matas porque lo ordenen tus superiores o lo demanden las circunstancias, matas por el mero placer de matar. Ésa fue la parte de ti que el Mechanicus no fue capaz de borrar, la parte que me buscó a mí y te trajo hasta aquí. El único resquicio de tu mente que quedaba libre fue la única parte de ti que comprendió mi credo. Ésa fue la razón por la que fuiste el primero, y la razón por la que estás aquí ahora.

—De modo que fuiste tú quien me trajo aquí.

—Por supuesto. Nada ocurre en este mundo sin que yo lo desee. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí. —La voz de Scraecos sonaba temblorosa. El tecnosacerdote estaba dominado por una extraña sensación, era algo perteneciente a los albores de su vida, algo que había dejado una profunda marca en su interior, pero no recordaba el qué. Era algo frío y acuciante, capaz de despojar a su mente de

sus propios pensamientos dejando detrás tan sólo su ser. Scraecos buscó entre sus núcleos de datos y descubrió que se trataba del miedo. Por primera vez desde que tenía conciencia estaba sintiendo miedo. Había sido llamado para hacer cumplir la voluntad del Omnissiah y temía fracasar—. Quieres que vuelva a matar.

—El foso exterior de la fábrica ha sido asaltado. Los programas de caza no han conseguido atrapar a su presa. Los intrusos están en el interior de la fábrica de titanes. Debes tomar el mando del destacamento, enfrentarte a los intrusos y aniquilarlos. Eso incluye a los infieles que han estado escondidos en las entrañas de este planeta desde que Chaeroneia abandonó el espacio real. Algunos de los que se encuentran entre ellos han sido enviados por el Imperio e intentan robar lo que legítimamente pertenece al Omnissiah. Esos intrusos deben ser eliminados antes de que lleguen nuestros aliados. Dejo esta tarea en tus manos, archimagos veneratus Scraecos. Tu sed de destrucción ha demostrado que estás muy por encima de otros tecnosacerdotes. Sólo si cumples con tu cometido merecerás convertirte en el primero de mis profetas. Tu éxito es una evidencia matemática. Y ahora, ve y haz cumplir la voluntad de tu Omnissiah.

Un éxtasis indescriptible se apoderó de Scraecos. Él era el profeta. El éxito estaba cerca; tan sólo faltaba coronarse con una victoria que resultaría inevitable. Sí, era un asesino. Y sí, la voluntad del Omnissiah transmitida a través del Castigador era que Scraecos matara por su dios. El miedo desapareció dejando paso al júbilo.

—¡No fracasaré, mi señor! —gritó Scraecos aumentando al máximo el volumen de su unidad vocal—. ¡Yo soy el elemento final de la ecuación, pues la muerte es mi lógica!

La mirada penetrante del Castigador pareció desvanecerse. Scraecos dejó de sentirse acuciado por el inmenso peso del juicio del Omnissiah. La fábrica de titanes contaba con una formidable dotación de tropas, pues merecía una protección mucho más estricta que las simples unidades de sirvientes que los tecnosacerdotes habían empleado hasta aquel momento para intentar dar caza a los intrusos. Cuando el Castigador ordenó la reconstrucción de la fábrica y la dedicación exclusiva de Manufactorium

Noctis a la producción de máquinas de guerra, también decretó que las mejores tropas de élite debían defender las instalaciones a cualquier precio. Ahora que la voluntad del Omnissiah le había sido revelada de nuevo, la existencia de aquellas tropas no hacía sino confirmar la certidumbre absoluta de la victoria de Scraecos.

El archimagos hizo una reverencia ante el Castigador. Acto seguido se volvió y se dirigió hacia el elevador que lo llevaría al primer nivel, donde tomaría el mando del destacamento que haría despertar a todo el ejército.

* * *

El archimagos Saphentis levantó la vista sobre el enorme cogitador que ocupaba uno de los muros del búnker. Aquel cogitador era una monstruosidad biomecánica compuesta de hueso y hierro que albergaba una compleja maquinaria mecánica, como órganos vivientes encerrados en una gran caja torácica de metal.

—Su configuración es muy poco ortodoxa —dijo—. Pero creo que podré ocuparme de eso.

—Más vale que sea rápido —repuso Alaric.

La fuerza de asalto se había topado con un búnker en las inmediaciones del perímetro de la torre de vigilancia. Se trataba de una construcción que se elevaba por encima del rococemento, una superficie de piedra desfigurada por protuberancias venosas que parecía estar abandonada, a pesar de que el cogitador aún estaba en funcionamiento. El interior apestaba a materia biológica en descomposición, y el aire sería prácticamente irrespirable para cualquier humano que no estuviera augmetizado. Antigonus y sus tecnosacerdotes se habían apostado en el exterior, vigilando los alrededores junto con la escuadra de Alaric. La fábrica de titanes era un complejo lo suficientemente grande como para que hubiera rincones aislados que escapaban a la vigilancia de los tecnosacerdotes, pero no quedaba ninguna duda de que era tan sólo cuestión de tiempo que las fuerzas del Mechanicus

Oscuro dieran con ellos, especialmente si descubrían que Saphentis estaba manipulando aquel cogitador.

—Necesitamos un plan —dijo la interrogadora Hawkespur—. Nos estamos moviendo a ciegas.

—Estoy de acuerdo —contestó Alaric—. Mi escuadra está capacitada para enfrentarse a cualquier cosa, pero sólo podremos asestarle una herida mortal al Mechanicus Oscuro si sabemos lo que tenemos entre manos.

—Nuestra primera prioridad es la plantilla de construcción estándar. Si está aquí, tenemos que encontrar pruebas y destruirla. No creo que tengamos muchas posibilidades de recuperarla, y viendo lo que le ha hecho a Chaeroneia, creo que es lo mejor.

—¿Y nuestra segunda prioridad?

—Causar tanta destrucción como nos sea posible.

—Creo que eso vendrá por sí solo. —Alaric miró a Saphentis—. ¿Ha encontrado algo?

—Esta terminal tiene un acceso relativamente comprensible —contestó Saphentis—. Debería ser capaz de obtener los planos físicos.

—¿Sabrán ellos que hemos accedido a su sistema?

—Casi con total seguridad. —Saphentis introdujo dos sondas en el cogitador perforando una especie de órgano venoso, similar a un estómago, que parecía estar lleno de material transmisor de datos—. Eso es. Esta planta requiere grandes cantidades de energía debido a las fundiciones que ocupan casi la totalidad de su superficie subterránea. Absorbe gran parte de las reservas minerales del planeta. Otro núcleo importante de consumo energético se localiza en la aguja central. Parece ser que también es el centro de los sistemas de información y comunicaciones de todo el planeta. Los datos están incompletos y muy fragmentados, quizá se deba a la naturaleza bioorgánica de esta construcción. Estoy descargando todo lo que puedo.

—Haulvarn, ¿cómo están las cosas ahí fuera? —preguntó Alaric a través del comunicador.

—Todo en orden, señor —respondió Haulvarn desde el exterior—. Hemos establecido contacto visual con algunos objetos volantes, pero probablemente se trataba de animales.

—No quiero que se dé nada por sentado —replicó Alaric.

—Hay un tercer núcleo de consumo energético —continuó Saphentis mientras insertaba más sondas en diversos interfaces y orificios de las entrañas del cogitador—. Bajo la superficie, a cierta profundidad. Parece que se trata de un enorme vacío abierto en las construcciones subterráneas, lo suficientemente grande como para albergar un centro de reparación y mantenimiento de titanes. —Súbitamente, Saphentis retiró las sondas del cogitador—. Creo que han detectado mi presencia. Contramedidas inminentes.

—¿Saben dónde estamos? —preguntó Alaric.

—Probablemente.

—Entonces, ¿qué ha logrado averiguar?

Las sondas de Saphentis se replegaron completamente en sus manos biónicas y acto seguido el tecnosacerdote extrajo una placa de datos. La pantalla estaba repleta de signos. Alaric la miró con detenimiento.

La fábrica de titanes era una construcción colosal. La enorme superficie de rococemento carnoso no era más que el nivel superior de un gigantesco complejo industrial horadado en las entrañas de Chaeroneia y situado bajo los desiertos de ceniza.

Los esquemas físicos también indicaban los niveles de consumo energético de las diferentes secciones; las forjas donde se producían las piezas para los titanes estaban marcadas con colores vividos, indicando que era allí donde se consumían gran parte de los recursos energéticos de Manufactorium Noctis. El gran espacio vacío que Saphentis había localizado estaba justo bajo la superficie, una cámara horadada en una veta de roca sólida del tamaño de un hangar espacial. Consumía una gran cantidad de energía.

—Amplíe los planos de la superficie —dijo Alaric—. Debemos encontrar un lugar donde escondernos.

En la placa de datos apareció un plano detallado de la superficie del complejo. Los propios titanes ocupaban gran parte de esta zona, y las pocas construcciones que había estaban todas ellas destinadas a almacenar combustible o instalaciones de mantenimiento; también había unas enormes

máquinas empleadas para cargar los gigantescos proyectiles que disparaban los cañones Vulcan y las células de energía para los megacañones de plasma.

—Ahí —dijo Alaric señalando una extensa superficie metálica. Era un titán tumbado en el suelo. Probablemente habría sido destruido en un accidente o bien era defectuoso y estaba a la espera de ser desmantelado. Se encontraba a poca distancia del búnker—. Ahí nos haremos fuertes. Los almacenes de combustible y de munición no son un buen lugar para enfrascarse en un combate con fuego pesado, y los búnkers probablemente estarán ocupados. Ese titán puede ofrecernos una cobertura perfecta, y está construido con los materiales más resistentes que el Mechanicus es capaz de producir.

—Es cierto —dijo Hawkespur—. Pero ¿luego qué?

—Después todo se desarrollará por sí solo; o vencemos o conseguiremos escapar. El Enemigo va a emplear sus mejores armas, y eso significa que habrá demonios. Pero el Mechanicus Oscuro aún no se ha dado cuenta de que se ha aliado con los demonios. Nuestra mejor oportunidad para asestarles un golpe mortal es enfrentarnos a esos demonios cara a cara. Puede que esos tecnosacerdotes no sepan cómo reaccionar cuando se den cuenta de que sus mejores armas ni siquiera son suyas. Debemos llegar aquí en cuanto se presente la menor ocasión. —Alaric señaló el gran espacio subterráneo horadado bajo el centro de la fábrica—. Desde ahí abajo se controla todo este lugar.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Hawkespur.

—Lo sé —contestó Alaric de manera tajante—. Tuve exactamente la misma sensación cuando me enfrenté a Ghargatuloth, y también cuando vi Chaeroneia por primera vez. Estoy seguro de que proviene de ahí abajo. Si no conseguimos que esa maldad salga para enfrentarse a nosotros, tendremos que entrar a buscarla.

—De modo que parece que ese plan, si es que se puede denominar así, no nos deja muchas posibilidades de sobrevivir —apuntó Saphentis.

—Exacto, archimagos, ¿tiene usted algo que objetar?

—En absoluto, juez. Soy muy libre de arriesgar mi vida si existe la más mínima posibilidad de que consiga conservarla. Es una de las ventajas de la

libertad lógica.

—Entonces está decidido. —Alaric accionó el comunicador—: Nos movemos, estableceremos una posición defensiva a cuatrocientos metros al este, en el titán caído.

Las runas de confirmación parpadearon en la retina del Caballero Gris, activadas por los miembros de su escuadra.

—Recibido —dijo el magos Antigonus—. Pero no me sentiré yo mismo hasta que encuentre un cuerpo en mejor estado. ¿Se da usted cuenta, juez, de que se me acaba de presentar una oportunidad inmejorable?

—Lo sé —contestó Alaric—. Pero creo que será mejor no jugar aún esa carta. La reservaremos como un as en la manga.

—Muy bien. Mis tecnosacerdotes se pondrán en marcha inmediatamente.

Alaric miró a Hawkespur.

—¿Está usted preparada para esto?

—Juez, pase lo que pase, mi vida se acerca a su fin. Este planeta lo sabe, de modo que no es cuestión de estar preparada, sino de cuánto daño puedo infligir a los herejes antes de morir. —Hawkespur desenfundó la pistola—. El inquisidor Nyxos me entrenó bien, me enseñó que llegaría un momento en el que todo quedaría reducido a una arma y un poco de fe. Y ahora me alegro de haberlo escuchado.

—A todos los marines espaciales —dijo Alaric a través del comunicador —. Nos movemos.

El juez se dirigió hacia la puerta del búnker y salió al exterior amparado por la enorme sombra generada por la torre de vigilancia. Todos los tecnosacerdotes y los demás Caballeros Grises ya avanzaban por la superficie de rococemento en dirección a la silueta abultada y desvencijada del titán caído, que podía verse a poca distancia.

En aquel momento Alaric empezó a sentir más intensamente aquella maldad, como si algo oscuro y terrible estuviera despertando bajo sus pies. Algo que lo estaba vigilando, a él y a todos sus hombres. Podía sentir cómo movía los hilos, cómo manejaba mediante su hechicería oscura las mentes de las tropas destinadas en aquella factoría, guiándolas hacia los intrusos

para exterminarlos. Era una fuerza con una capacidad de destrucción temible, algo horrible, pero, de algún modo, con un propósito puro.

El Caos no era nada más que corrupción y mentiras dotadas de forma, y esa forma se había apoderado de Chaeroneia; sin embargo, aquel Caos era de un tipo al que Alaric jamás se había enfrentado, era algo frío y calculador, mortífero y despiadado. Tan sólo una inteligencia tan maligna como aquélla podía haber creado un ejército de titanes y después esperar más de mil años antes de sacarlos a la luz; una maldad tan pura como para corromper a todo un planeta de tecnosacerdotes temerosos del Omnissiah sin que ni siquiera se dieran cuenta de la verdadera naturaleza del poder que los gobernaba.

Alaric jamás había conocido el miedo, no como lo entendería un hombre normal, pero sí conocía la sensación de enfrentarse a algo que jamás debería haber existido y que tenía capacidad para herirlo en lo más profundo de su alma. Era una sensación que estaba experimentando en aquel mismo momento. Chaeroneia era capaz de absorberle la vida por completo, y si no era lo suficientemente fuerte, podría perder algo más que la propia vida bajo las sombras de aquellos dioses máquina.

—Posición a la vista —dijo el hermano Cardios, que avanzaba a la cabeza, a través del comunicador—. Parece abandonado. Vamos a entrar.

—Adelante, estoy justo detrás.

Casi de manera inconsciente, Alaric comprobó que el bólter de asalto estaba cargado y aceleró el paso en dirección al titán. Mientras, repasaba mentalmente los ritos de preparación, sabiendo que tanto sus Caballeros Grises como los tecnosacerdotes también estarían haciendo lo mismo: prepararse para luchar y morir dando lo mejor de sí mismos.

Probablemente todos ellos morirían. Pero no era una cuestión de supervivencia, al menos no en aquel momento, era una cuestión de morir de la manera más destructiva posible, una muerte que abriera una herida letal en el corazón de Chaeroneia.

* * *

Los marines espaciales y los traidores que los acompañaban se veían iluminados como estrellas sobre un cielo nocturno. Reflejos brillantes de luz infrarroja que resaltaban sobre la superficie de rococemento. Scraecos pudo contar cinco marines espaciales y casi treinta tecnosacerdotes. Las señales infrarrojas generadas por los tecnosacerdotes hacían pensar que les quedaban muy pocas partes biológicas, y que el mantenimiento de sus implantes augméticos era bastante pobre, pues de ellos emanaban diversos gases y columnas de calor. Inoperativos. Decadentes. Una tenue sombra de lo que habían sido en el momento en que decidieron alejarse de la verdadera luz del Omnissiah como alimañas.

Dos de ellos eran humanos más normales. Podía percibirse que uno estaba enfermo, mientras que el otro estaba más sano. También había otro tecnosacerdote con unas augmetizaciones extraordinarias, unos implantes tremendamente eficientes cuyas señales Scraecos no era capaz de descifrar. Podía tratarse de algún nuevo converso reclutado de entre los colectivos de tecnosacerdotes experimentales diseminados por todo el planeta, aunque lo más probable es que fuera un miembro del Mechanicus enviado a Chaeroneia para reclamar su soberanía. En último lugar avanzaba un servidor viejo y desvencijado, que dejaba escapar sus pocas reservas energéticas en forma de un calor que se perdía en el aire.

No parecía una fuerza demasiado terrible. Era cierto que, de acuerdo con los archivos históricos del Imperio, una escuadra de marines espaciales era una de las unidades imperiales de infantería más efectivas, pero Scraecos estaba mejor preparado.

Con un solo pensamiento de su mente, el archimagos veneratus apartó su visión compuesta del escáner para mirar a través del espacio real. Los intrusos se dirigían hacia el titán caído. Basado en las antiguas estructuras de los titanes imperiales Reaver, el nacimiento de aquella máquina no se desarrolló correctamente, de modo que fue abandonada en aquel mismo lugar para que los sirvientes desguazaran sus componentes y mantuvieran así el ciclo de eficiencia caníbal que mantenía en funcionamiento la factoría de titanes.

Scraecos los vigilaba desde una posición elevada, en lo alto de uno de los búnkers de combustible, lo que le permitía tener una vista excelente del campo de batalla. El titán caído era un buen lugar para mantener una posición, pero aquello no significaba nada. Scraecos se dio la vuelta hacia las tropas que había agrupadas tras él. Acababan de salir de las barracas diseminadas por toda la factoría y de las unidades de almacenamiento biológico ocultas bajo la superficie.

Los servidores de la muerte eran los mejores soldados de Chaeroneia. Y eran precisamente eso, soldados; no máquinas o servidores convencionales, sino otra cosa. Sus carcasas, armadas y blindadas, se habían construido según los diseños más antiguos y resistentes y habían sido adaptadas a partir de servidores de trabajo o de combate con un propósito muy diferente, y ese propósito era servir de cuerpo físico para los programas de caza. Programas voraces y salvajes nacidos en los materiales transmisores de datos de Chaeroneia, dotados de vida propia mediante el conocimiento infinito del Omnissiah. Los programas empleados en la fortaleza de datos habían fracasado, y aquellos que ahora habitaban los servidores lo sabían; su sed de sangre estaba avivada por la ira y la vergüenza, y seguían un impulso lógico con el que pretendían tener éxito allí donde otros como ellos habían fracasado.

Tras aquellos rostros metálicos, Scraecos podía percibir una inteligencia monstruosa. Los programas de caza eran un recurso mortífero, y el Mechanicus Verdadero había diseñado para ellos unos cuerpos a la altura de su eficiencia. Cada uno de aquellos mortíferos servidores estaba equipado con dos láseres de asalto montados sobre los hombros, lo que les dejaba las manos libres para operar sus enormes tenazas electrificadas, las armas preferidas por los programas de caza. Cada uno de los tres manípulos de servidores de la muerte se erguían en posición de firmes sobre sus apéndices articulados, que les proporcionaban mucha más movilidad que las cadenas, patas o ruedas que normalmente usaban los servidores de combate convencionales.

El manípulo Gamma contaba con el apoyo de una unidad de enormes motores Eviscerator, sus grandes cañones de fotones giraban impacientes

mientras sus extremidades curvadas estaban listas para desgarrar a cuantos enemigos pudieran. El manípulo Delta contaba con una escuadra completa de aniquiladores, guerreros de aspecto engañosamente humanoide que una vez fueron tecnosacerdotes parcialmente humanos, pero que, después de haber fracasado en su servicio al Omnissiah, fueron transformados en receptores biológicos para los programas de caza más desarrollados. El manípulo Ypsilon estaba liderado por el propio Scraecos, y durante el combate protegería al tecnosacerdote de cualquier enemigo que se le aproximara.

—Manípulo Gamma, informe.

—Manípulo Gamma preparado —fue la respuesta en código máquina, emitida al unísono por la mente colectiva de sus programas de caza.

—Bien. ¿Manípulo Delta?

—Manípulo Delta preparado.

—¿Manípulo Ypsilon?

—Listo para servir, archimagos veneratus.

—Iniciar protocolo de asalto. Moveos.

Al instante, todos los servidores comenzaron a avanzar desafiantes hacia el titán caído, como si fueran uno solo. El sonido que emitían era similar al del metal al atravesar la carne. Scraecos se movía con ellos, avanzaba seguro, rodeado por los servidores de la muerte del manípulo Ypsilon.

Los intrusos en seguida sabrían que estaban siendo atacados. El sonido atronador de los motores Eviscerator revelaría su presencia mucho antes de que pudieran abrir fuego. Pero no importaba. Aquellos intrusos estaban condenados. Scraecos había pensado mucho en lo que el Omnissiah le había dicho en aquella cámara subterránea sagrada. Scraecos era un asesino, y su deber divino para con el Omnissiah era matar, de modo que cuando la matanza se desatara él tendría que estar en el epicentro de aquella carnicería.

* * *

Alaric alzó la vista por encima de la enorme placa que cubría una de las piernas del gigantesco titán. Podía ver cómo las tropas enemigas se aproximaban. Su visión mejorada le permitía divisar en medio del crepúsculo permanente de Chaeroneia el brillo de las hojas metálicas y de las mortíferas tenazas.

Probablemente se tratara de servidores, pero aquéllos se movían de un modo diferente. Alaric sintió cómo un torrente de hechicería oscura caía sobre su escudo psíquico como una tormenta.

—¿Cuántos son? —preguntó el magos Antigonus mientras el servidor que albergaba su conciencia intentaba ascender penosamente por la carcasa metálica.

Alaric miró con más detenimiento.

—Son varias unidades, puede que un centenar en total, ¿sabe usted qué son?

La unidad de visión del servidor de Antigonus comenzó a chirriar mientras el tecnosacerdote intentaba ver el ejército enemigo con más claridad.

—No, pero… algunos de mis tecnosacerdotes aseguran que los magos estaban desarrollando algo nuevo, algo que habían empezado a probar en los subterráneos de la ciudad para atrapar sirvientes en libertad. Parece tratarse de soldados tremendamente rápidos y efectivos, pero ninguno de mis tecnosacerdotes ha podido verlos de cerca.

—Pues parece que estamos a punto de verlos muy de cerca. Tenemos esta sección bien protegida, pero debemos enviar a varios hombres a la cabeza del titán y mantener a alguien en la retaguardia por si intentan rodearnos.

Antigonus transmitió las instrucciones a sus tecnosacerdotes para que ocuparan sus posiciones a lo largo del titán caído. Una de sus piernas constituía una posición muy protegida, una estructura de ceramita con una altura de dos pisos. Tenía suficientes recovecos como para que los defensores pudieran ponerse a cubierto y disparar desde una posición elevada. Justo detrás de ellos estaba el torso, una estructura de similar tamaño pero probablemente más difícil de defender. Una tercera posición la constituían

uno de los brazos, principalmente formado por un cañón Vulcan, y la cabeza del titán, cuyos ojos oxidados miraban fijamente hacia el cielo contaminado de Chaeroneia. El brazo y la cabeza constituían el flanco más débil; allí era donde se produciría el ataque del Mechanicus Oscuro, y donde los Caballeros Grises deberían luchar más allá del límite de sus posibilidades.

Contaban con menos de cuarenta efectivos. El enemigo probablemente tendría más del triple de tropas; con la perspectiva de innumerables refuerzos a medida que nuevas unidades fueran llegando a la factoría.

Las tropas enemigas se encontraban a menos de cien metros, y avanzaban moviéndose entre las sombras del enorme ejército de titanes, que formaba un imponente telón de fondo. Unas máquinas enormes y humeantes se alzaban sobre los servidores. En aquellos momentos Alaric podía sentir la maldad que habitaba en su interior con mucha más fuerza, una magia oscura, atávica y maligna. No había nada, ni humano ni artificial, capaz de producir una sensación similar.

Demonios. Aquellos servidores estaban poseídos por demonios.

—¡Caballeros Grises! ¡Hacia el brazo! Saphentis, usted también. Ahí es donde intentarán romper las defensas.

Alaric observaba cómo el enemigo se aproximaba inexorablemente. Las primeras ráfagas de fuego de aproximación comenzaron a volar sobre sus cabezas, disparadas desde las enormes máquinas de guerra que acompañaban a aquel ejército.

Los disparos empezaron a impactar sobre la ceramita, silbando al rebotar contra el blindaje del titán. Alaric era incapaz de reconocer qué tipo de arma estaban empleando, y eso que el Caballero Gris conocía a la perfección todas y cada una de las armas que podían dispararse a lo largo y ancho del Imperio.

Repentinamente los servidores aceleraron el avance; comenzaron a retorcerse como serpientes y a moverse mucho más rápido de lo que cualquier hombre sería capaz. El sonido que emanaba de ellos era más bien una cacofonía terrible e infernal emitida en código máquina, mezclada con

una especie de gemidos que parecían provenir directamente de la disformidad.

Era un grito de guerra. Y antes de que Alaric pudiera reaccionar, el Mechanicus Oscuro había caído sobre ellos.

Los disparos láser comenzaron a caer sobre la posición, rebotando en el blindaje y produciendo un estruendo tan terrible que Alaric ni siquiera pudo oír su propia voz cuando gritó a los tecnosacerdotes que se pusieran a cubierto. Acto seguido, saltó a la superficie de rococemento y corrió hacia el brazo para refugiarse junto con el resto de su escuadra.

—¡Lykkos! ¡Adelante!

El hermano Lykkos fue el primero en abrir fuego, disparando el cañón psíquico tan rápido como el arma le permitía directamente sobre la masa de servidores que se aproximaban. Vistos a corta distancia eran unas criaturas horribles; sus cuerpos terminaban en unas enormes colas articuladas que les permitían moverse a una velocidad endiablada. Las cabezas eran una masa deforme de sensores y sondas, con varias lentes oculares similares a los ojos de una araña. Cada una de aquellas criaturas tenía varias armas láser que no cesaban de disparar rayos escarlata, y sus brazos terminaban en unas enormes tenazas que generaban grandes chorros de chispas al arrastrarse por el rococemento.

Alaric calculó mentalmente la distancia a la que se encontraba el enemigo. ¿Cuántas veces habría hecho lo mismo en otros combates o en maniobras de entrenamiento? Era como si hubiera desarrollado otro sentido más.

—¡Fuego! —gritó en cuanto los servidores entraron dentro del radio de alcance de los bólters.

Los rifles y las armas láser abrieron fuego, dando lugar a infinidad de pequeñas explosiones plateadas cuando los disparos impactaban sobre las carcasas de los servidores. Los Caballeros Grises también disparaban desde lo alto de la maquinaria ennegrecida del titán caído, lanzando proyectiles bólter directamente sobre las tropas enemigas.

Muy pronto, algunos de los servidores fueron abatidos; otros perdieron los brazos o la cabeza, pero aun así seguían avanzando. Alaric vio cómo uno

de los tecnosacerdotes de Antigonus caía al suelo sin vida, con el cuello y la garganta destrozados por el fuego láser.

No era suficiente. Los Caballeros Grises vieron cómo un número indeterminado de servidores se abalanzaban sobre ellos, pero aquellos servidores no eran tropas convencionales, jamás se rendían ni se retiraban. Eran criaturas inhumanas e impías. No conocían el miedo ni el desaliento, ni ninguna de las otras armas que se utilizaban para luchar contra tropas convencionales.

Cuando los servidores llegaron hasta ellos, los Caballeros Grises sintieron como si algo enorme y sólido impactara contra su posición. En las décimas de segundo que aquellos seres necesitaron para llegar hasta la escuadra, todos los hermanos de batalla desenfundaron las armas némesis. Alaric sintió la sed de sangre que ardía en el interior de aquellos servidores; sólo los más corrompidos sirvientes del Caos podían sentir un regocijo tan grande al desatar la muerte.

De pronto, un servidor se abalanzó sobre el juez. Era como una nebulosa sonora de código máquina, un ataque directo contra los sentidos. Cerró sus tenazas sobre la armadura de Alaric y un dolor eléctrico recorrió el cuerpo del Caballero Gris, que pudo ver muy de cerca el rostro mitad insecto mitad máquina de aquella criatura, un rostro dominado por unos ojos en los que ardía una maldad indescriptible. Alaric apoyó todo su peso sobre una rodilla, agarró con fuerza una de las tenazas del servidor y lo levantó sobre su cabeza lanzándolo contra el suelo. La carcasa que lo protegía se rompió en mil pedazos provocando una nube de chispas, pero el servidor siguió luchando. Cargó contra él dejando unas profundas marcas sobre la ceramita y un dolor afilado y punzante que recorrió toda la piel del Caballero Gris.

Haciendo un terrible esfuerzo, Alaric consiguió hundir la empuñadura de su alabarda en el pecho del servidor. Sintió cómo el demonio que habitaba su alma se retorcía intentando encontrar un modo de infectarlo con miedo y confusión. El servidor comenzó a contorsionarse y a arrastrase sobre el rococemento, tratando de ganar la espalda de Alaric, pero el Caballero Gris se giró rápidamente y, con un rápido movimiento de alabarda partió el cuerpo del servidor en dos a la altura de la cintura. La cola cayó al

suelo retorciéndose, pero la parte superior del cuerpo siguió luchando, aprisionando con sus tenazas la armadura de Alaric. De pronto, del rostro del servidor emergió una especie de apéndice afilado, como una enorme aguja quirúrgica, que aquella criatura intentó clavar en el rostro de Alaric.

Éste agarró la aguja con la mano que tenía libre y la arrancó de cuajo del rostro del servidor, dejando salir un aceite negro y repugnante mientras el demonio que había en su interior lanzaba un alarido tan fuerte que pudo oírse por encima del estruendo de los disparos. Alaric lanzó al suelo lo poco que quedaba del servidor y, con un tajo de la alabarda, le partió la cabeza en dos. El grito agudo de aquel demonio lo invadió todo por un instante, hasta que finalmente, con su huésped destruido, la presión del espacio real lo obligó a refugiarse de nuevo en la disformidad.

Los servidores estaban por todas partes. Por cada uno de ellos que era abatido, dos o tres más aparecían sobre los restos del titán. Alaric vio cómo uno de ellos aprisionaba con las tenazas el cuerpo del tecnosacerdote Gallen y lo levantaba sobre su cabeza. A continuación, extrajo la enorme aguja de su cabeza mecánica y la hundió directamente en el rostro de Gallen, clavándosela directamente en el cerebro. El cuerpo de Gallen comenzó a sufrir convulsiones y Alaric vio cómo su carne parecía hervir; el Caballero Gris comprendió que el tecnodemonio que había en el interior de aquel servidor estaba absorbiendo la esencia misma del cuerpo y el alma del tecnosacerdote.

La escuadra de los Caballeros Grises era lo único capaz de mantener a raya a los servidores. El hermano Dvorn destrozó a uno de ellos con un tremendo golpe del martillo némesis, destrozándole el torso y enviando al demonio que lo había infectado de vuelta a la disformidad. El hermano Haulvarn luchaba contra otro; intentaba librarse de sus tenazas al tiempo que lanzaba una ráfaga de bólter directamente sobre su cuerpo, haciendo que retrocediera. Cardios trataba de mantener alejados a los servidores que se abalanzaban sobre sus hermanos, lanzando incansablemente lenguas de fuego con el incinerador; el fuego en sí mismo no era capaz de infligir un gran daño a los cuerpos de metal de los servidores, pero aquel incinerador

contaba con depósitos de promethium tres veces bendecido, capaz de abrasar la sustancia demoníaca como el fuego abrasa la carne.

Los tecnosacerdotes estaban sufriendo muchas bajas. Muchos de ellos ya habían caído y los servidores habían conseguido adentrarse en el interior de la posición formada por el titán caído, lanzando unos chillidos atronadores cada vez que acababan con una nueva víctima. Alaric vio a Hawkespur sobre el torso oxidado de la enorme máquina de guerra disparando con precisión. El tecnoguardia estaba junto a ella, dispuesto a cumplir sus órdenes hasta la muerte mientras abría fuego con el rifle infernal.

—¡Replegaos! —gritó Alaric—. ¡Cerrad el círculo! ¡Nos están rodeando!

Los Caballeros Grises se alejaron de la barrera formada por el brazo del titán para ayudar a los tecnosacerdotes, que estaban sufriendo incontables bajas. Si conseguían apostarse en formación cerrada tendrían suficiente potencia de fuego bólter como para mantener a raya a los servidores que se abalanzaban sobre ellos, dando así algo de tiempo a los tecnosacerdotes para sumarse a la defensa. En combate cuerpo a cuerpo, parecía que los servidores estaban diseñados para utilizar las tenazas en detrimento de las armas láser. Y en combate a media distancia los tecnosacerdotes tendrían más oportunidades de causar bajas al enemigo que si se enfrentaban a ellos en un uno contra uno.

Pero aquella estrategia no les daría más que unos pocos momentos. Unos breves segundos que les permitirían infligir al Mechanicus Oscuro una herida un poco más profunda.

De pronto, unos enormes rayos de energía oscura comenzaron a caer sobre la superficie de rococemento ensangrentado, dejando cicatrices oscuras en el suelo y mutilando a todos los tecnosacerdotes que alcanzaban. Alaric levantó la vista y vio más tropas del Mechanicus Oscuro parapetadas sobre la pierna del titán; habían conseguido trepar por las placas del blindaje y estaban usando sus temibles armas para acabar con los defensores.

Aquellos nuevos atacantes parecían tecnosacerdotes, pero tenían algo extraño, no se parecían a los tecnosacerdotes del Mechanicus Oscuro que Alaric había visto en Chaeroneia. Unos repugnantes tentáculos se retorcían entre los componentes mecánicos que formaban sus cuerpos. Por debajo de

sus ropajes ensangrentados emanaba energía oscura, y las enormes armas que portaban parecían arder imbuidas de fuego negro, como si funcionaran a base de hechicería. Aquellos seres eran una mezcla de tecnosacerdotes y hechicería demoníaca; estaban poseídos al igual que los servidores, pero contaban con una inteligencia muy superior a la de los tecnodemonios.

—¡Línea de fuego! —gritó Alaric—. ¡Hacia arriba! ¡Ahora!

Los Caballeros Grises abrieron fuego haciendo caer a uno o dos de aquellos sacerdotes demoníacos, pero aparecieron muchos más junto a la pierna del titán; parecían moverse mediante algún tipo de unidad antigravitacional. En cuanto dispararon, una lluvia de energía oscura cayó sobre los Caballeros Grises, seccionando la pierna del hermano Cardios a la altura del muslo.

—¡A cubierto! —gritó Alaric.

La escuadra rompió la formación mientras los sacerdotes demoníacos desplegaban toda su potencia de fuego sobre ellos. Dvorn estuvo a punto de recibir un impacto mientras intentaba arrastrar al hermano Cardios para ponerlo a cubierto.

Alaric saltó al suelo justo detrás de una de las enormes placas del torso del titán. El magos Antigonus estaba junto a él. El cuerpo de su servidor era prácticamente incapaz de moverse y estaba cubierto de sangre y de impactos láser.

—Cañones de fotones —dijo Antigonus mientras levantaba la vista sobre el parapeto para ver cómo los sacerdotes demoníacos aniquilaban a los tecnosacerdotes que no habían conseguido ponerse a cubierto—. Aceleradores de partículas portátiles. Capaces de atravesar cualquier blindaje. Ignoraba que aún pudieran fabricarse.

Alaric miró el cuerpo destrozado de Antigonus.

—¿Cree que podría trasladarse al cuerpo de alguno de sus servidores?

—No si hay un demonio en el interior.

Alaric se levantó y abrió fuego por encima de la placa de ceramita. Varias ráfagas de fotones impactaron sobre el blindaje del titán como respuesta. Cuando volvía a cubrirse, Alaric vio que una nueva unidad de servidores se aproximaba. Esta vez venían tras ellos unos enormes motores

de guerra que no cesaban de emitir unas grandes columnas de humo. Algo o alguien los estaba controlando.

Antigonus también lo vio. Un tecnosacerdote rodeado de cuerpos destrozados de servidores. La parte inferior de su rostro era una maraña de mecadendritas, y donde deberían estar sus manos se agitaba un grupo de sensores y cables.

—Scraecos —dijo Antigonus.

Alaric pudo reconocerlo por la estatua que había visto en la catedral subterránea.

—Los hemos asustado. Han enviado a su mejor arma para acabar con nosotros.

—En ese caso les devolveremos el favor. Creo que ha llegado el momento, juez.

—¿Podrá hacerlo?

—Probablemente no. Pero siempre me han gustado los desafíos. Cúbranme e intenten que esos cañones de fotones no me alcancen.

Alaric asintió.

—¡Caballeros Grises! ¡Fuego de cobertura! ¡A mí! ¡Mantenedlos ocupados!

Alaric salió del parapeto y comenzó a correr hacia el rococemento mientras cargaba. Rayos de fotones negros empezaron a llover a su alrededor; uno de ellos casi le arrancó un brazo, pero el Caballero Gris siguió corriendo con la certidumbre de que un blanco en movimiento sería más difícil de alcanzar para los sacerdotes demoníacos. Mientras corría no cesaba de disparar proyectiles bólter casi a ciegas.

Así consiguió llegar hasta la base de la pierna del titán. El sacerdote demoníaco que estaba más cerca de él cambió la configuración del cañón de fotones, y los rayos que disparaba se convirtieron en docenas de proyectiles negros, que impactaron contra la armadura de Alaric dejando pequeños cráteres humeantes por todo su cuerpo. Un dolor indescriptible se apoderó de él. Algunos de aquellos proyectiles habían conseguido atravesarle el pecho y le habían salido por la espalda, pero Alaric había sufrido heridas peores y jamás había dejado de luchar.

El Caballero Gris se abalanzó sobre el sacerdote demoníaco. El demonio que tenía en su interior lanzó un alarido y reconfiguró el cuerpo de su huésped haciendo que extendiera sus extremidades mecánicas. De pronto, aquella criatura blandió un látigo eléctrico, Alaric se protegió con la empuñadura de la alabarda y golpeó el rostro del sacerdote con tanta fuerza que todos sus elementos mecánicos quedaron expuestos mientras se perdían en una nube de chispas.

La criatura volvió a extender los brazos para agarrar a Alaric con ánimo de derribarlo. Durante un instante, el Caballero Gris vio a otro tecnosacerdote demoníaco que lo apuntaba con el cañón de fotones, preparado para abrir fuego en cuanto Alaric cayera al suelo.

De pronto, aquel segundo sacerdote fue abatido por una figura que se abalanzó sobre él tan rápido que resultó casi imposible de percibir. Era el archimagos Saphentis. Tenía los brazos biónicos en configuración de combate y no dudó ni un instante en apuñalar y seccionar el cuerpo de su enemigo.

Alaric hundió la hoja de la alabarda en la espalda del sacerdote que luchaba contra él. Entonces, algo explotó dejando salir una nube de chispas azuladas y el Caballero Gris sintió cómo la resistencia disminuía; apartó al sacerdote de él de un empujón y, dibujando un arco con la hoja de la alabarda, lo seccionó en dos. El demonio que tenía en el interior lanzó un agudo chillido y por un instante Alaric pudo ver su silueta antes de que volviera a la disformidad. Era una criatura horrenda, una maraña de músculos brillantes y húmedos dominada por dos ojos verdosos y ardientes incrustados en su carne palpitante. Al cabo de un instante había desaparecido; su huésped había sido destruido y la sustancia de la que estaba hecho era incapaz de mantenerse estable en el espacio real.

El resto de la escuadra continuaba luchando contra los sacerdotes demoníacos. En aquel mismo instante Dvorn mató a uno de ellos mientras que Haulvarn acababa de decapitar a otro.

Lykkos yacía en el suelo muy cerca de ellos, probablemente muerto, tenía dos grandes agujeros humeantes en el pecho y en el abdomen. En algún lugar de aquel campo de batalla improvisado, un impedido Cardios seguía

lanzando lenguas de fuego sobre los servidores que se agrupaban en torno al titán caído.

El magos Antigonus había conseguido llegar hasta el torso de aquella máquina de guerra, y corría por el rococemento en dirección a su objetivo. Los sacerdotes demoníacos estaban retrocediendo y se refugiaban en torno a la pierna del titán. Muchos de ellos habían muerto.

—¡Caballeros Grises! ¡Formación cerrada!

Alaric volvió a reunir a su escuadra tras una de las enormes placas de ceramita mientras intentaban mantener el fuego de supresión.

—Lykkos ha caído —dijo Haulvarn.

—Lo he visto —contestó Alaric.

—Antigonus ha ido tras el archimagos veneratus —comentó Saphentis.

—Exacto.

—Es un plan muy ambicioso.

La voz de Saphentis parecía tranquila a pesar de los disparos láser y proyectiles de fotones que no cesaban de explotar a su alrededor.

—Los mejores planes siempre lo son.

—Creo que debo unirme a él. Esa escoria no merece el título de veneratus, y Antigonus necesitará mi ayuda.

Alaric miró a Saphentis de arriba abajo. Estaba cubierto de restos de partes biológicas de los servidores y sacerdotes que había destrozado, y tanto las hojas de las sierras como el resto de sus implantes de combate estaban preparados para seguir matando.

—No le falta razón —asintió Alaric—. Buena suerte. Por el Emperador.

—Por el Emperador, juez.

Sin mediar más palabras Saphentis se levantó decidido y abandonó el parapeto. Alaric ordenó al resto de los Caballeros Grises que le proporcionaran fuego de cobertura mientras el tecnosacerdote se movía a una velocidad endiablada hacia el brazo del titán, esquivando hábilmente los rayos oscuros que disparaban sobre él. Probablemente estaría calculando los ángulos de disparo a medida que avanzaba, lo que le permitía moverse con seguridad entre las ráfagas de fuego y los rayos de fotones, deteniéndose para acabar con eficacia con cuantos servidores se interponían en su

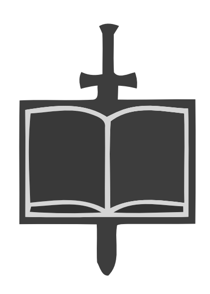
camino. Pasó junto al hermano Cardios, que estaba apostado en el brazo del titán intentando mantener a raya él solo a la masa de servidores.

Entonces Saphentis desapareció más allá de aquel brazo gigantesco, sumergiéndose directamente entre la guardia personal de servidores de Scraecos.

—¡Manteneos unidos! —gritó Alaric—. ¡Escoged bien vuestros blancos! Los tecnosacerdotes de Antigonus tendrán que arreglárselas por sí solos. Ahora es una cuestión de supervivencia. Debemos luchar para ganar algo de tiempo.

—Yo soy el martillo —comenzó a recitar Haulvarn, preparando su alma para una muerte casi segura.

—Soy la punta de su lanza —continuó Dvorn—. Soy el guante que cubre su puño…



DIECIOCHO

En tiempos pretéritos los hombres construían maravillas, aseguraban tener poder sobre las estrellas y buscaban ser mejores por el bien común. Ahora somos mucho más inteligentes.

Archimagos supremo Cryol,
Especulaciones sobre la prehistoria imperial

Las reservas energéticas del archimagos Saphentis comenzaban a escasear. Intentaba exprimir hasta el último ápice de su energía y desviarlo hacia sus unidades de autorreparación, tratando de mantener unidas las piezas dañadas mediante campos magnéticos e inundando sus heridas biológicas con agentes coagulantes para mantenerse con vida. Ya no le quedaba mucho tiempo, aunque por otro lado no necesitaba demasiado.

Scraecos estaba protegido por una unidad completa de servidores. A una cierta distancia podían haber aniquilado a Saphentis con fuego láser, pero en el combate cuerpo a cuerpo sus tenazas resultaban muy inferiores a los implantes de combate del archimagos.

Aquél era un fallo de lógica fundamental, y ponía de manifiesto que aquellos servidores estaban controlados por demonios y no por programas de caza. Los implantes augméticos de Saphentis y las subrutinas que los

controlaban le otorgaban una ventaja mucho mayor cuando se enfrentaba a enemigos que no se guiaban por parámetros lógicos. Además, ni siquiera tenía que acabar con todos aquellos servidores; tan sólo tenía que pasar a través de ellos.

Saphentis esquivó una de las tenazas y evitó la mordedura de otra, seccionando el brazo de uno de los servidores con su hoja biónica. De pronto, otro servidor se interpuso en su camino como si fuera una cobra preparada para atacar, con su sonda completamente desplegada y lista para hundirse en el cuello del archimagos y absorber su alma. Inmediatamente, Saphentis perforó el pecho de aquella máquina con una de sus sierras.

Si aquellos servidores hubieran mantenido la formación y coordinado sus ataques como verdaderas máquinas al servicio del Omnissiah, Saphentis no habría tenido la más mínima oportunidad. Pero aquellas criaturas actuaban movidas por el Caos, carecían de lógica por propia definición, de modo que Saphentis podía calcular con facilidad cada uno de sus movimientos, acercándose inexorablemente a Scraecos.

Aquel archimagos veneratus tenía el máximo grado de implantes que el Adeptus Mechanicus era capaz de generar, Saphentis lo supo sólo con mirarlo. No cabía ninguna duda de que había sido dotado de la tecnología biomecánica desarrollada por los herejes; un recurso corrupto y maligno pero muy efectivo a corto plazo. Scraecos estaba consiguiendo que los recursos de autorreparación de Saphentis se agotaran poco a poco, limitándose a esperar a que el tecnosacerdote llegara hasta él.

Probablemente Scraecos consiguiera acabar con Saphentis, pero ésa no era la cuestión. La cuestión era que aún quedaba una mínima oportunidad de que Saphentis exterminara al archimagos, y exprimir esa opción hasta las últimas consecuencias era el deber de Saphentis para con su Omnissiah.

Las masas metálicas que hacían las veces de manos de Scraecos refulgían lanzando destellos y chispas azuladas contra el suelo. Con un rápido movimiento, las diferentes sondas que salían de sus extremidades se unieron formando dos látigos de metal que comenzaron a lanzar arcos de energía azulada contra Saphentis.

El tecnosacerdote consiguió esquivar uno de ellos, pero el otro impactó directamente sobre su pecho. Saphentis sintió cómo sus circuitos explotaban en su interior como infinidad de pequeños vasos sanguíneos, la energía eléctrica se extendió por todo su cuerpo y comenzó a abrasar las pocas partes biológicas que le quedaban.

Scraecos se iba aproximando sin dejar de lanzar latigazos eléctricos contra Saphentis aprovechando la lentitud del tecnosacerdote. En comparación con el archimagos, la configuración de Saphentis había quedado obsoleta; su ancestral tecnología mecánica estaba siendo superada por las herejías biológicas que formaban el cuerpo artificial de Scraecos. Finalmente, uno de los látigos eléctricos se enredó en torno al brazo de Saphentis mientras que el otro le rodeó los hombros y la espalda.

A Saphentis lo invadió una clase de dolor que él creía haber olvidado hacía ya mucho tiempo. Los ojos plateados y mortíferos de Scraecos contemplaban impasibles la agonía del tecnosacerdote mientras éste permanecía inmóvil. Scraecos lo estaba utilizando para crear un circuito cerrado entre su fuente de energía y el suelo. Las terminaciones nerviosas del tecnosacerdote comenzaron a abrasarse y sus reservas energéticas se agotaron completamente. Las señales de alerta que refulgían en las retinas de Saphentis se hundieron en una tormenta de dolor insoportable.

Finalmente, Scraecos levantó al tecnosacerdote sobre su cabeza y lo lanzó por el aire. Saphentis perdió la conciencia durante un instante mientras volaba por el aire rodeado por una nube de chispas azuladas, justo antes de chocar contra la pierna de un enorme titán Warhound.

Tras caer al suelo, el tecnosacerdote intentó focalizar sus órganos de visión. Había caído de espaldas y podía ver sobre él la silueta abultada del titán; las placas de su recubrimiento de ceramita estaban unidas al cuerpo mediante unas protuberancias biológicas, una herejía más entre muchas otras.

Saphentis sabía que había caído a una cierta distancia de Scraecos y de sus servidores, y que quizá gozara de unos segundos muy valiosos antes de que alguno de ellos llegara para asestarle el golpe definitivo. Consiguió ponerse en pie con mucha dificultad. Comprobó que uno de sus brazos con

capacidad de combate había quedado inservible y le colgaba inmóvil de un costado, su unidad de impulsos nerviosos estaba abrasada. Varias columnas de un humo grasiento emanaban de las juntas de su cuerpo, y podía percibir el olor a carne quemada procedente de sus partes biológicas. Había infinidad de puntos negros diseminados por todo su campo de visión, pues muchos de los omatidios de sus ojos compuestos habían quedado inservibles tras el golpe.

En la distancia, Saphentis pudo ver cómo los servidores comenzaban a trepar por los restos del titán caído como escarabajos metálicos. No había nada que pudiera hacer para ayudar a Alaric.

Scraecos se aproximaba. El sacerdote del Mechanicus Oscuro caminaba con paso tranquilo y decidido hacia las sombras que había bajo el titán Warhound. A medida que avanzaba no cesaba de reconfigurar las sondas que tenía por manos, como si aún no hubiera decidido cuál sería la mejor manera de acabar con Saphentis.

—Las viejas ideas nunca mueren —dijo Scraecos transmitiendo sus pensamientos en la cadencia entrecortada de la lingua technis—. Al igual que tú.

—Sólo los herejes pueden morir —contestó Saphentis.

—¿Herejes? No. Tu ignorancia es la única herejía que hay en este planeta. Tienes a tu alrededor la obra del Omnissiah, que me ha sido transmitida a través de su propia voz. La enfermedad que albergas en tu interior es lo que te hace verlo como algo repugnante, pero yo soy capaz de percibir la verdadera belleza de este mundo.

—Tus palabras te condenarán —dijo Saphentis. El dolor le resultaba insoportable, y todo lo que le quedaba de humano suplicaba que aquella tortura terminara cuanto antes. Aquél era el sacrificio que debía hacer por el Omnissiah, era lo único por lo que aún seguía vivo—. Tu credo es deplorable, pero este… este planeta caníbal que has creado… todo en él es depravación. El hecho de que te dejaras corromper durante tanto tiempo en la disformidad ya es todo un sacrilegio, pero que estés tan ciego como para no verlo es algo imperdonable.

Scraecos rodeó a Saphentis por el cuello con uno de sus tentáculos metálicos y lo lanzó contra la pierna del titán.

—¿Ciego? ¿Ciego después de haber conseguido que los programas de caza se ciernan sobre ti y que el Omnissiah aplaste tu alma? ¡Cuando Él haya desgarrado tu mente hasta hacerte comprender lo enfermizo del Imperio que defiendes te darás cuenta de que el ciego eres tú! —La voz de Scraecos se había convertido en un gruñido, del que manaban los ceros y unos de la lingua technis como si fueran veneno—. He visto estrellas y planetas enteros moverse para bailar al son de su plan, pero tú no verás nada más que oscuridad y muerte. Tu Omnissiah no es más que una blasfemia, una invención de un puñado de débiles y cobardes para aplastar vuestra imaginación. Mi Omnissiah devorará tu alma, y una vez que esté saciado comprobaremos cuál de los dos sale vencedor.

El riego sanguíneo dejó de circular por el cerebro de Saphentis. Le quedaban apenas treinta segundos de vida, eso contando con que la paciencia de Scraecos no se agotara antes.

Casi todos los sistemas primarios de Saphentis estaban inoperativos.

Todo su sistema nervioso estaba bloqueado. Pero no todo en su cuerpo estaba conectado a su sistema nervioso. Saphentis había sido actualizado cientos de veces. Cada nueva intervención lo acercaba un poco más al Omnissiah sustituyendo sus órganos biológicos por elementos biónicos cada vez más enigmáticos. Había muchos órganos en el cuerpo de Saphentis que las sucesivas actualizaciones habían dejado obsoletos; sistemas que no había usado durante décadas pero que aún seguían conectados a algo en lo más profundo de su ser.

Saphentis decidió escanear todos y cada uno de sus sistemas, aunque eso le costara el último resquicio de energía. Comprobó entonces que la mayor parte de sus sistemas motores estaban inoperativos, no tenía control sobre prácticamente ninguno de ellos. Incluso aunque pudiera mover sus brazos biónicos, necesitaría más tiempo para redireccionar su sistema nervioso a través de sus antiguas conexiones del que Scraecos estaría dispuesto a concederle.

Los ojos del archimagos veneratus eran dos discos plateados salpicados de protuberancias biológicas. La piel de su rostro había sido tensada hasta tal punto que entre sus mecadendritas podía entreverse un cráneo blanquecino. Scraecos se había colocado justo delante de Saphentis, para que el rostro del Mechanicus Oscuro fuera lo último que viera el tecnosacerdote.

—Mi Omnissiah conoce lo que vosotros veneráis —dijo Saphentis forzando al máximo su unidad vocal—. Conoce las plantillas de construcción estándar, y no son los objetos sagrados que vosotros pensáis que son.

Scraecos acercó su rostro hasta casi tocar el de Saphentis, haciendo que el tecnosacerdote se hundiera aún más en la hendidura que había abierto en la ceramita tras el golpe.

—¿Es que es eso lo que crees que se oculta bajo tus pies? ¿Una PCE? Qué decepción, tecnosacerdote, careces completamente de imaginación.

Saphentis concentró sus ojos sobre el repugnante rostro de Scraecos y centralizó el último resquicio de energía que le quedaba en sus implantes oculares, provocando una explosión que dispersó todo un espectro de luz a través de sus ojos compuestos; rayos infrarrojos, ultravioletas, espectros electromagnéticos e infinidad de respuestas lumínicas emergieron de sus ojos compuestos con tanta fuerza que su sistema de visión insectoide fue incapaz de soportarlo.

Los ojos de Saphentis explotaron dejando salir miles de pequeños fragmentos que atravesaron el rostro de Scraecos y se abrieron paso hasta incrustarse en su cerebro. El archimagos retrocedió conmocionado. La explosión había destrozado el único órgano humano que le quedaba: el cerebro.

Saphentis consiguió librarse del tentáculo que lo oprimía y comenzó a arrastrarse por el suelo junto al enorme pie del titán. Scraecos se tambaleó, las sondas de sus extremidades se agitaban sin control, una sangre grisácea le salía a borbotones del rostro y sus mecadendritas se contraían a causa del dolor.

Saphentis oyó cómo Scraecos emitía unas sílabas en código máquina. No podía ver nada; sus ojos habían quedado totalmente destruidos. Sintió cómo

le ardía el interior del cráneo, justo detrás de las cuencas oculares, donde sus nervios ópticos se habían abrasado. Pero aún estaba vivo, al menos durante un poco más.

Saphentis comenzó entonces a revisitar mentalmente viejos sistemas, unidades de impulsos mentales que habían permanecido latentes y olvidadas durante más años de los que el tecnosacerdote podía recordar. El mismo sabía que no aguantarían, pero aquello no importaba, tan sólo necesitaba unos pocos segundos más.

De pronto, los tres brazos que aún le quedaban operativos comenzaron a moverse, y también recobró el control sobre sus piernas. Sintió cómo su cuerpo temblaba mientras intentaba recuperar el control, hasta que, poco a poco, consiguió ponerse en pie.

Sus ropajes estaban ardiendo. Sus partes biológicas también. Pero los pocos elementos de Saphentis que no sentían dolor ignoraban las súplicas de los que sí lo hacían.

Oyó cómo Scraecos emitía maldiciones en código máquina, furioso por haber caído en la trampa. Saphentis no podía ver; de hecho, jamás volvería a ver de nuevo, pero fue capaz de calcular la posición de Scraecos mediante el sonido e inmediatamente se dirigió hacia el archimagos.

Saphentis se abalanzó sobre él golpeándolo contra la superficie de rococemento. Inmediatamente las mecadendritas faciales del archimagos, que resultaron conservar más fuerza de la que cabría esperar, comenzaron a luchar contra el tecnosacerdote. Saphentis consiguió seccionar una de ellas con un golpe de la única sierra que le quedaba operativa mientras intentaba golpear a ciegas el rostro y el pecho de Scraecos. Las mecadendritas del archimagos envolvieron uno de los brazos del tecnosacerdote, arrancándole el antebrazo a la altura del codo.

Scraecos desplegó otra sonda, que atravesó el torso de Saphentis como si fuera una lanza.

La espina dorsal de Saphentis quedó seccionada y sus piernas definitivamente inoperativas, pero consiguió zafarse de las mecadendritas que le oprimían el cuerpo y pudo coger a Scraecos por el cuello. Sabía que no podría estrangularlo, estaba seguro de ello, pero tampoco tenía por qué

hacerlo. Si todo iba bien, si el Omnissiah los estaba contemplando y deseaba que Saphentis finalmente se impusiera, entonces sólo tendría que mantener inmovilizado a Scraecos unos pocos segundos más.

De pronto, el extremo de una de las mecadendritas se convirtió en unas tenazas y Scraecos volvió a atravesar el cuerpo de Saphentis, destrozando definitivamente muchos de los órganos e implantes del tecnosacerdote y esparciendo trozos de metal ensangrentado sobre el rococemento que los rodeaba. Saphentis seguía agarrándolo con fuerza, intentando seccionar a ciegas las mecadendritas del archimagos, pero éste había vuelto a rodear la cintura y el cuello del tecnosacerdote y ahora trataba de levantarlo del suelo. En unos pocos segundos lo conseguiría.

—Las probabilidades de que consiguieras vencerme —dijo Scraecos— en ningún momento han sido superiores a cero. Tu muerte ha sido un imperativo lógico desde el principio. La incógnita de esta ecuación quedará resuelta con tu aniquilación, pues la muerte es la lógica final.

—Tu razonamiento es correcto —contestó Saphentis. Su voz se entremezclaba con el sonido de estática que emitía su unidad vocal, que a duras penas seguía funcionando—. Excepto por un único factor que no has tenido en cuenta.

—¿Ah, sí? —se burló Scraecos mientras sus mecadendritas comenzaban a llevar a cabo la tarea de desmontar el cuerpo de Saphentis—. ¿Y de qué se trata?

—Tu fuerza ha sido superada —dijo Saphentis con tranquilidad.



Scraecos sintió cómo el titán se ponía en movimiento antes incluso de verlo con sus propios ojos; el sonido ensordecedor de su motor de arranque penetró en su mente como una tormenta. El titán Warhound era un modelo de reconocimiento diseñado pensando más en la velocidad que en el tamaño y la resistencia, pero aun así era una máquina enorme, veinte metros de

ceramita y de metal corrompido propulsados por un reactor de plasma que en aquel momento comenzaba a transmitir a sus gigantescos miembros una increíble cantidad de energía.

—¡No! —gritó Scraecos—. ¡Yo soy la lógica de la muerte! ¡Mi voluntad es la solución de la ecuación!

—No, Scraecos. Yo soy el fin. Siempre lo he sido.

La voz profunda y grave del magos Antigonus retumbó a través del sistema de altavoces del Warhound mientras el titán levantaba uno de sus enormes pies.

—¡Tú! —gritó Scraecos—. ¡Tú estás muerto! ¡Estás muerto!

—Los herejes mueren, los justos sobreviven. Tú eres un hereje.

Scraecos intentó moverse, pero Saphentis aún lo tenía agarrado por el cuello y el peso muerto del tecnosacerdote había caído sobre él. Finalmente, con un impulso de sus mecadendritas consiguió zafarse del cuerpo que lo oprimía justo cuando la sombra del enorme pie del titán se cernía sobre él, sumiéndolo en la oscuridad como si estuviera presenciando un eclipse.

Scraecos casi consiguió ponerse en pie, pero antes de que pudiera dar un solo paso la planta del titán cayó sobre él con tanta fuerza que dejó un cráter en el suelo, aplastando tanto su cuerpo como el de Saphentis.

El magos Antigonus vio morir tanto a Scraecos como a Saphentis. Sus muertes no significaron más que una leve explosión de energía al ser aplastados por el enorme pie del titán.

Saphentis sirvió al Omnissiah hasta la muerte. Era lo máximo que cualquier tecnosacerdote podía esperar. Antigonus sintió una leve sensación de pesadumbre al comprobar que Saphentis había dado su vida sólo para retener a Scraecos un poco más, dándole a Antigonus el tiempo suficiente para traspasar su conciencia al Warhound y acabar así con el archimagos veneratus. Antigonus era quien debería haber estado allí abajo, era él quien debería haber dado su vida. Lo que había ocurrido en Chaeroneia era su responsabilidad, pues había estado allí desde el principio.

Pero también estaría hasta el final. Y sabía que tendría muchas más oportunidades para entregar su vida. De modo que apartó ese pensamiento

de su mente, musitó una oración silenciosa suplicando al Omnissiah que concediera la paz al alma de Saphentis y regresó al titán.

El interior del Warhound era un lugar húmedo y apestoso; la tecnología ancestral de las legiones de titanes se había convertido en algo corrupto y maligno. El interior del núcleo de datos era viscoso y húmedo, más parecido a las entrañas de una criatura que a las de una máquina. Antigonus podía sentir la corrupción cálida y húmeda alrededor de su mente, como algo que intentaba colarse en su interior e inundar sus pensamientos de corrupción.

Aquel titán de exploración Warhound era una máquina enorme y muy compleja que requería al menos tres operadores, normalmente más. Pero donde debería estar la cabina, en el interior de la cabeza del titán, aquel Warhound no tenía más que una masa fibrosa, similar a un cerebro, repleta de material transmisor de datos. Si Antigonus hubiera tenido un cuerpo probablemente se habría estremecido al pensar qué era lo que el Mechanicus Oscuro pretendía emplear para controlar aquella máquina.

Antigonus sabía que podía controlar las piernas con suficiente destreza como para poder caminar. Los dos megacañones de plasma con los que contaba presentarían más problemas, al igual que los diversos sensores y cogitadores tácticos que cualquier tripulante, fuera humano o no, necesitaría para controlar de manera eficaz aquella máquina en una situación de combate. Antigonus escudriñó las extrañas masas de información que constituían los sistemas operativos del titán y encontró el centro de comunicaciones, seleccionando un canal de banda ancha que pudiera ser captado por cualquier receptor que estuviera en la zona.

—Juez —dijo en medio de la negritud del espectro de ondas de radio—. ¿Puede oírme?

Cientos de voces susurrantes respondieron a aquella llamada. Una de ellas se alzó sobre las demás.

—Alto y claro —respondió la voz de Alaric.

—Scraecos está muerto, igual que Saphentis.

—Entendido. El ataque de los servidores está cediendo progresivamente. ¿Cree que podrá llegar hasta aquí y acabar definitivamente con ellos?

—Quizá, aunque no tengo el control absoluto sobre esta máquina; me sorprende haber conseguido hacer que se mueva.

—Un titán nos sería de mucha ayuda, magos. Lo que acabamos de contemplar no ha sido más que una respuesta inmediata. Muy pronto tendremos aquí a un ejército completo a menos que…

De pronto Antigonus quedó ensordecido por una explosión de información, similar a miles de voces entonando una misma armonía que lo golpeaba desde todas partes. Estuvo a punto de perder el conocimiento, pero resistió como lo haría un hombre en medio de una tormenta.

—¡Es la plantilla! —exclamó sin saber si Alaric aún podía oírlo—. ¡Es la PCE! ¡Tiene que serlo!

—¿Antigonus? —fue la respuesta de Alaric, que llegó crepitando en medio del torrente de información que estaba cayendo sobre el titán—. Lo he perdido. ¿Qué ocurre?

Antigonus intentó contestar, pero aquella información era como un ruido blanco que ni tan siquiera le permitía escuchar sus propios pensamientos.

—Espere —dijo Alaric— Espere, veo algo…

Alaric intentó distinguir una respuesta en medio del sonido que había inundado el comunicador, pero no percibió nada.

El titán caído estaba salpicado de sangre. La superficie de rococemento sobre la que yacía estaba cubierta de cuerpos de tecnosacerdotes y servidores. Los sacerdotes demoníacos se habían retirado, detenidos quizá por el fuego concentrado de los Caballeros Grises, o puede que asustados por la muerte de Scraecos. Muchos de los servidores aún seguían con vida, pero atacaban de manera descoordinada, moviéndose entre los restos solos o en parejas, sin actuar en oleadas organizadas. Muchos de ellos parecían haber perdido su sentido de dirección y se deslizaban sin control entre los pies de los titanes mientras se alejaban de la posición defendida por los hombres de Alaric. Los Caballeros Grises, incluido Cardios, quien había conseguido arrastrarse hasta ponerse a la altura de Alaric, estaban consiguiendo mantener a raya con relativa facilidad a los pocos servidores que quedaban.

Lo que acababa de captar la atención de Alaric era algo que comenzaba a moverse en la distancia, junto a la aguja que se alzaba en el centro del complejo. Toda una sección del suelo se había elevado y una gigantesca figura estaba empezando a emerger. Algo enorme que habitaba bajo la superficie del complejo estaba alzándose. Alaric vio dos ojos triangulares que ardían con llamas verdosas sobre unos hombros descomunales. Tenía unos enormes conductos de escape, como cuernos retorcidos, y las placas de su armadura refulgían con un reflejo plateado. No había duda de que era una figura humanoide, pero si se trataba de un titán, era un modelo mucho más grande que cualquier otro que hubiera en aquel complejo. Estaba construido a una escala completamente diferente.

—¿Antigonus? —dijo Alaric a través del comunicador, pero la irrupción de aquella figura parecía haber cortado todas las comunicaciones—. Antigonus, ¿qué es eso?

Aquella enorme figura seguía alzándose imponente, rodeada por un humo blanquecino procedente de sus sistemas de refrigeración. Su armadura parecía estar húmeda y brillaba como si estuviera hecha de perlas. El extremo de uno de los brazos de aquella criatura era un enorme cañón rotatorio, mucho más grande que cualquier pieza de artillería que Alaric hubiera visto montada sobre un titán. El otro terminaba en un enorme puño del que manaba una nube de chispas azuladas procedentes del campo de fuerza que tenía a su alrededor. De sus ojos comenzaron a salir unos rayos verdosos que escudriñaron el ejército de titanes, mientras toda su cabeza giraba para escanear el complejo. Era tan alto como los titanes más grandes de aquella factoría, y sólo había emergido hasta la altura de las rodillas.

Alaric miró a su alrededor y vio al único tecnoguardia que quedaba de la unidad de Tharkk. Ascendía por la armadura del titán caído mientras ayudaba a Hawkespur. La interrogadora se agarraba a él con un brazo, pero su tronco y sus piernas parecían inmóviles.

—Le han dado —dijo el tecnoguardia.

Alaric pudo ver que tenía un impacto de láser en el abdomen. Uno de los servidores la había alcanzado. Incluso con el traje de vacío, Alaric se dio cuenta de que aquella herida era grave. Cualquier interrogador del Ordo

Malleus tenía acceso a los mejores tratamientos sanitarios de todo el Imperio, lo que probablemente podría salvarle la vida, pero en Chaeroneia Hawkespur moriría sin remedio.

—Haulvarn, intenta ayudarla en la medida de lo posible —dijo Alaric, y entonces se volvió hacia el tecnoguardia—. Manténgase junto a ella en todo momento.

—Sí, señor.

Alaric no podía ver el rostro de aquel tecnoguardia, oculto tras el visor del casco, pero aun así sabía que no mostraría la más mínima expresión. El Mechanicus lo había desprovisto de cualquier sentimiento que no fuera el deseo de obedecer. De algún modo los Caballeros Grises no eran muy diferentes de la Tecnoguardia de Tharkk, todos ellos se habían convertido en gente diferente, muy diferente de como hubieran sido de haber vivido una vida normal. Pero ése era precisamente el sacrificio que todos habían hecho. Para servir al Emperador de la humanidad debieron abandonar todo aquello que los hacía humanos.

—¿Qué es eso? —preguntó Hawkespur mientras Haulvarn cortaba su traje de vacío con la hoja de la espada.

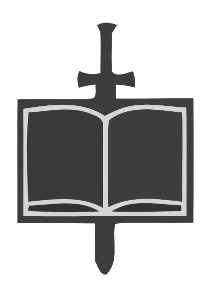
Alaric se volvió. La gigantesca figura ya casi había emergido por completo. Su cabeza y sus hombros sobresalían muy por encima de los demás titanes que el Mechanicus Oscuro había construido.

—Es un titán —dijo—. Parece que lo han enviado para acabar con nosotros.

—Déjeme ver.

Haulvarn levantó el torso de Hawkespur para que ésta lo viera. La interrogadora se estremeció de dolor, y Alaric vio que el láser la había atravesado. Todos sus órganos internos se estaban inundando de sangre, y Alaric se sorprendió al comprobar que aún se mantenía consciente.

—No creo que sea el Mechanicus Oscuro quien lo controla —dijo la interrogadora. Su voz era poco más que un susurro—. Era el titán lo que controlaba a todos esos servidores. Debe tratarse de la plantilla de construcción estándar.



DIECINUEVE

El enemigo de mi enemigo será el próximo en morir.

Lord Solar Macharius,
Máximas de los Eminentes

Urkrathos vio cómo Chaeroneia se extendía bajo sus pies mientras emergía lentamente del velo de polución. Y, por todos los dioses, era algo hermoso.

Desde la ventana de observación situada en la parte inferior del *Forjador de Infiernos* vio aparecer la silueta de Manufactorium Noctis. Primero vio sus magníficas agujas, de las que manaba sangre y aceite a través del metal corroído. Después las redes de pasos y puentes, algunos de ellos diseñados originariamente por los arquitectos de la ciudad, pero otros se habían extendido como una red biológica tejida por arañas gigantes.

Los pozos que se abrían entre las agujas eran como cicatrices oscuras y perniciosas, algunos de ellos estaban repletos de protuberancias carnosas y palpitantes. Algo parecido a venas tan gruesas como túneles perforaban

extraños edificios desde lo más profundo de la ciudad, mientras que algunas de las agujas se apoyaban en enormes esqueletos blanquecinos, pues las formas de vida que los sostenían habían muerto hacía ya muchos años. Desde la atmósfera, Urkrathos podía sentir los latidos del corazón de aquella ciudad, el ciclo de vida y muerte que mantenía en funcionamiento aquel mundo caníbal.

De algún modo había conseguido sobrevivir sumido en la disformidad, donde cualquier otro mundo mortal habría sido aniquilado por los desalmados depredadores que habitaban en las corrientes del empíreo. Pero no sólo había conseguido sobrevivir, sino que había prosperado.

Toda su población, en un tiempo temerosa del Emperador, había conseguido crear un mundo caníbal que le había permitido seguir avanzando. Aquél era un mundo verdaderamente tocado por la mano del Caos; no sólo por sus paladines y sus demonios, sino también por lo más profundo de su alma, por el concepto de la libertad a través de la destrucción que constituía la base misma del Caos.

Urkrathos comprendió entonces por qué había sido llamado. La gente de Chaeroneia había conseguido regresar al espacio real y lo primero que hicieron fue buscar por toda la galaxia a sus semejantes. Cuando conocieron a Abaddon el *Saqueador* y supieron de sus triunfos en el Ojo del Terror comprendieron a quién tendrían que dedicar su devoción, de modo que habían decidido honrar a Abaddon mediante un tributo que mostrara su implicación total con la obra del Caos.

—La señal ha cambiado. —Se oyó un zumbido telepático emitido por el demonio de comunicaciones—. Ahora quiere guiarnos. Habla del lugar donde nos espera el gran tributo.

Urkrathos envió un mensaje mental a todo el puente.

Llevadnos hasta allí .

Los demonios del puente obedecieron la orden al instante, haciendo virar el casco del *Forjador de Infiernos* y dirigiéndolo hacia los límites de la ciudad, donde las agujas ruinosas daban paso al desierto. Incluso desde el interior del *Forjador de Infiernos* Urkrathos podía sentir la toxicidad de aquellas llanuras. Una extensión interminable de dunas de cenizas

radiactivas y planicies de cristal fundido que se extendía en todas direcciones alejándose de Manufactorium Noctis.

Aquélla era una hermosura un tanto diferente, una reminiscencia de la desolación pura que el Caos pretendía dejar a su paso. Chaeroneia era un mundo tan entregado al Caos que incluso su superficie era un tapiz bordado por el culto a los poderes del mal. Enormes ríos de acero tóxico, la sangre de aquel planeta, brotaban a borbotones bajo la corteza. Corrientes de una sustancia viscosa discurrían entre las cenizas. Grandes gargantas refulgían a causa del material radiactivo que albergaban en sus profundidades.

Pero en aquel desierto había algo más. Cerca de los límites de la ciudad, junto a las cicatrices horadadas por los antiguos trabajos de minería, podía verse un enorme complejo rodeado de torres de vigilancia, y con una única aguja que se alzaba justo en el centro. Sobre la superficie de rococemento ulceroso podía distinguirse una legión completa de titanes, una legión que incluía desde titanes de exploración Warhound hasta los enormes modelos Reaver y Warlord. Incluso desde la distancia Urkrathos logró distinguir en ellos la marca de la corrupción: afloramientos putrefactos de hongos, venas palpitantes, pústulas sangrantes y protuberancias mutantes.

Desde hacía varios cientos de años Urkrathos pensaba que ya nada podría sorprenderlo, pero la visión de aquellos titanes alzándose silenciosos casi le cortó la respiración.

—Allí —dijo en voz alta—. Allí es adonde nos dirigimos.

* * *

El gigantesco titán caminaba despacio entre las filas de titanes menores, y toda la superficie de Chaeroneia parecía temblar bajo sus pies. Unas llamaradas verdosas emanaban de sus ojos, dejando caer sobre el suelo enormes gotas de energía pura. Los cañones de sus armas giraban rápidamente al tiempo que extendía los dedos de la mano, como si quisiera estirar sus músculos metálicos después de largos años de inactividad.

Alaric, agazapado junto a su escuadra a la sombra del titán caído, sabía que estaba contemplando el corazón negro de Chaeroneia. Pero faltaba algo. El hedor del Caos, la mancha psíquica que sintió cuando contempló Chaeroneia por primera vez, había desaparecido. Había estado cayendo sobre él en abrumadoras oleadas durante el ataque de los servidores y los sacerdotes demoníacos, pero ahora había desaparecido, como si el titán que se aproximaba la hubiera anulado. En su lugar había quedado el vacío, un silencio psíquico; aun así no era algo puro, sino una nueva forma de corrupción.

Alaric ya no sabía a qué se enfrentaba. Simplemente se sentía incapaz de comprender a aquel enemigo.

—¿Alguna idea, juez? —preguntó Hawkespur.

—Las órdenes están claras —dijo Alaric.

A pesar del dolor, Hawkespur consiguió esbozar una sonrisa.

—¿Piensa seguir luchando?

—Lucharemos, sí. Los Caballeros Grises jamás contemplan la posibilidad de morir. No es algo que se nos dé muy bien. —Alaric rastreó todos los canales del comunicador intentando encontrar uno que no estuviera inundado por el sonido de estática procedente del titán—. Antigonus. Antigonus, ¿está usted ahí?

—¡Juez! Creí que lo había perdido.

La voz del magos Antigonus sonaba muy distorsionada, tanto por las interferencias de su Warhound como por las del nuevo titán.

—¿Puede ver lo que está ocurriendo?

—Apenas puedo ver nada, es como si este Warhound no quisiera mirar.

—Me temo que vamos a necesitar su ayuda una vez más.

—Con el debido respeto, juez, éste es un titán de exploración Warhound. Incluso si consiguiera controlar las armas, no duraría más que unos pocos segundos enfrente de ese… de ese monstruo.

—Eso es lo único que necesitamos.

Alaric en seguida se dio cuenta de que el sonido metálico que llegaba a través del comunicador era, en realidad, la risa de Antigonus, que acababa de comprender el plan del Caballero Gris.

—Juez Alaric, muestra usted una falta de respeto por la lógica que puede resultar muy beneficiosa.

—¿Podrá hacerlo?

—Lo cierto es que lo dudo mucho, pero a lo largo de mi vida he hecho muchas cosas que parecían imposibles, sobre todo en los últimos días. De manera que ¡bienvenido a bordo! Pero dese prisa, juez, no podré esconderme aquí durante mucho tiempo.

Alaric se volvió hacia su escuadra. La pierna mutilada de Cardios había dejado de sangrar, y el hermano de batalla estaba apoyado sobre una placa de ceramita con el incinerador en la mano.

—Cardios, con Hawkespur y con…

Alaric miró al tecnoguardia, dándose cuenta de que ni siquiera sabía su nombre.

—Cabo Locarn, señor —dijo el hombre.

—Con el cabo Locarn. Manténganse alejados de los servidores y recen para que consigamos regresar.

—Preferiría estar con mi escuadra —dijo Cardios.

—Lo sé. Pero en este momento serás de más utilidad aquí. Hawkespur sigue siendo la única autoridad inquisitorial en este planeta, de modo que deberás mantenerla con vida.

—Sí, juez.

—El resto, conmigo. Manteneos unidos, puede que aún queden servidores ahí fuera. Debemos reunimos con Antigonus. Tenemos que actuar con rapidez, ya que probablemente un ejército entero del Mechanicus se dirija hacia aquí en estos momentos.

—Adiós, juez —dijo la interrogadora Hawkespur.

—Por ahora —contestó Alaric mientras salía de los restos del titán caído.

* * *

La mente colectiva de Chaeroneia estaba sumida en el desorden. Exteriormente, por supuesto, permanecía en silencio. Las protuberancias venosas en las que los tecnosacerdotes esperaban sumergidos en líquido amniótico permanecían inalterables. El aire denso y pesado de la aguja central apenas se movía. Pero los pensamientos circulaban de manera frenética entre las mentes interconectadas.

Algunos de los tecnosacerdotes más veteranos de Chaeroneia, aquellos que ya eran magos cuando las excavaciones de Scraecos desvelaron al Castigador bajo el desierto de ceniza, eran poco más que cerebros conectados a sus vecinos mediante unos gruesos cables por los que transmitían sus impulsos nerviosos. Sin embargo, eran sus opiniones las que prevalecían sobre las de los demás. Ellos lo habían presenciado todo, el crecimiento progresivo de Manufactorium Noctis y de las otras ciudades forja de Chaeroneia, el desarrollo de la tecnología biomecánica y el perfeccionamiento de los sistemas de retroalimentación del planeta. De modo que eran ellos quienes conocían mejor que nadie el daño que la situación actual podía infligir al delicado equilibrio entre creación y consumo.

Incluso los hechos que estaban ocurriendo eran materia de discusión. El archimagos veneratus Scraecos había desertado y se había negado a retornar a la mente colectiva, había decidido mantener su personalidad individual en contra de la voluntad de Chaeroneia. Casi todos los pensamientos sugerían que Scraecos, tras ser el primero en mirar directamente al rostro del Castigador, se había convencido de su propia superioridad sobre los demás tecnosacerdotes y había decidido desafiar su autoridad. Otros pensaban que Scraecos estaba muerto. Había incluso quien pensaba que la verdad era una combinación de ambas posibilidades.

Tampoco existía ninguna seguridad respecto al destino de los intrusos.

Se habían registrado picos de energía, probablemente originados por pequeñas armas de fuego, en la fábrica de titanes, y el destacamento destinado en la aguja central afirmaba que había tres manípulos enteros de servidores muertos; pero algunos de los tecnosacerdotes difundieron la idea de que aunque se tratara de marines espaciales, resultaba imposible que los

intrusos pudieran haberse aproximado tanto a la aguja. Incluso los informes enviados por los programas de caza desde el foso del complejo resultaban confusos a la hora de determinar si los intrusos habían conseguido llegar hasta la fábrica.

Los sensores orbitales indicaban que en aquellos momentos un número indeterminado de naves se aproximaba a la superficie en dirección al complejo. La confusión era absoluta, y la confusión era precisamente la antítesis de la mente colectiva de los tecnosacerdotes, acostumbrados a conocer todo lo que ocurría en Chaeroneia.

El único hecho sobre el que no existía ninguna duda era que hacía pocos minutos el Castigador había salido de su cripta y ahora estaba en la factoría de titanes moviéndose entre las máquinas de guerra. Podía verse incluso desde las ventanas mugrientas de la aguja central, abriéndose paso entre los titanes mientras las llamas verdosas que emanaban de sus ojos lo iluminaban todo a su alrededor. Por lo que sabía la memoria colectiva, el Castigador jamás había visto el cielo de Chaeroneia, ya que su cripta, al igual que todo su cuerpo, se construyó en torno a la tumba encontrada por Scraecos. Hasta ahora, el Castigador jamás se había movido de su emplazamiento. Los tecnosacerdotes ni siquiera sabían que su cripta podía elevarse hasta la superficie. El proceso de construcción tanto de la cripta como de su cuerpo había sido supervisado por Scraecos.

El avatar del Omnissiah, el intermediario de su dios, estaba caminando entre ellos, y ni siquiera se había dignado dirigirles la más mínima palabra ni explicarles la razón de su despertar. El mero hecho de sugerir que aquello podía llegar a ocurrir habría constituido una herejía para cualquier súbdito de Chaeroneia. Pero lo cierto era que estaba ocurriendo en aquel mismo instante, y la mente colectiva de los tecnosacerdotes desconocía el porqué.

Pensamientos contradictorios chocaban entre los diferentes cerebros interconectados. Chaeroneia no había mostrado devoción suficiente, según afirmaba uno de ellos, y el Castigador había despertado para condenarlos, pues de la misma manera que era la voz del Omnissiah, también era su arma. Otro afirmaba que una nueva y terrible amenaza se cernía sobre Chaeroneia, y sólo el escudo físico del Castigador podría salvar al planeta.

Incluso hubo un pensamiento que sugirió que el cuerpo del Castigador estaba siendo controlado por algún agente externo. El origen de este pensamiento, la mente de un tecnosacerdote recientemente asimilado por la mente colectiva, fue inhabilitado inmediatamente por atreverse a sugerir semejante herejía.

* * *

Los motores del Warhound comenzaron a cobrar vida dentro de su torso mientras Antigonus ponía en marcha aquel enorme titán de exploración. Aquella máquina de guerra se rebelaba ante cada movimiento, luchando contra la conciencia externa que intentaba controlarlo.

Alaric se agarró con fuerza a un saliente de la armadura del titán. Desde aquel punto elevado, justo encima de uno los hombros del Warhound, podía ver el bosque de titanes dispuestos en hileras a lo largo de todo el complejo. Había titanes Reaver y Warlord, además de muchos otros Warhound y de algunos modelos que el Caballero Gris desconocía. Muchas de aquellas gigantescas máquinas estaban más corrompidas de lo que una mente sana se atrevería a imaginar. Muchos de sus sistemas hidráulicos habían sido sustituidos por protuberancias húmedas y musculosas o por exoesqueletos de cartílago y hueso. La mayoría estaban cubiertos de pústulas y atravesados por agujas óseas que perforaban sus armaduras. Alaric jamás había visto tal concentración de poder destructivo en un solo lugar, y mucho menos tanta corrupción.

Pero el titán que movía la PCE hacía que todos los demás quedaran empequeñecidos. Era casi el doble de alto que un Warhound, más grande incluso que los titanes de la clase Imperator, los más poderosos que el Adeptus Mechanicus era capaz de construir. Caminaba despacio a través del complejo mientras sus ojos escaneaban el terreno como si buscaran algo.

La forma de aquel titán era más esbelta que los burdos diseños del Adeptus Mechanicus; la cabeza se alzaba sobre los hombros en lugar de estar

incrustada en el pecho, y estaba protegida por un enorme collar de ceramita. Aquel collar se extendía hacia los lados hasta formar dos hombreras que protegían la parte superior de los brazos. El rostro de aquelia bestia estaba desprovisto de rasgos excepto por los ojos, que ardían emitiendo un intenso color verde que lo iluminaba todo a su alrededor. Las placas de la armadura que protegían el torso y las extremidades eran de un extraño color gris blancuzco, parecido al de las perlas, y de entre ellas manaban regueros de humedad, dándole al titán un aspecto biológico y enfermizo.

En lugar de tener sistemas hidráulicos y articulaciones, las partes móviles estaban interconectadas mediante unas gruesas marañas de fibras negruzcas que se dilataban y contraían a modo de músculos. Aquella máquina de guerra se movía con una tranquilidad majestuosa, cada uno de sus movimientos era preciso y eficiente.

A su lado parecía que todos los demás titanes no eran más que burdas imitaciones. Alaric no podía imaginar cómo un mundo forja había sido capaz de construir aquello. Ni siquiera las razas alienígenas, como los eldars o las criaturas del imperio Tau, podrían haber creado una máquina de guerra tan superior a la tecnología imperial.

El titán giró su enorme cabeza al oír el sonido de los motores del Warhound. El fuego verdoso bañó al titán de exploración en un destello esmeralda, y Alaric sintió el peso de una inteligencia descomunal que escudriñaba su interior desde detrás de aquellos enormes ojos.

—¡Antigonus! ¡Debemos movernos ahora mismo! —dijo a través del comunicador mientras el enorme cuerpo del titán comenzaba a correr en su dirección.

—Estoy en ello —fue la respuesta—. Intente aguantar.

—¡Atacad con todo lo que podáis! —gritó Alaric a Haulvarn y a Dvorn.

Con Lykkos y Archis muertos, y con Cardios demasiado malherido como para luchar, aquellos dos Caballeros Grises eran los únicos que quedaban de la escuadra de Alaric. Ambos estuvieron junto a él en Volcanis Ultor, y si Alaric hubiera tenido que elegir a sus dos mejores hombres, probablemente los habría elegido a ellos.

El Warhound avanzaba tambaleándose, se dirigía directamente hacia el titán de la PCE. Tras levantar el brazo que albergaba su megacañón, Alaric oyó cómo el sistema que lo hacía girar empezaba a ponerse en movimiento.

—¡Va a abrir fuego! —dijo Alaric.

—Entonces no tendremos mucho tiempo para hablar. Le deseo suerte, juez.

La voz de Antigonus quedó enmudecida cuando el cañón principal del titán abrió fuego.

Aquel disparo inundó todo el complejo con un destello anaranjado. Cada vez más proyectiles comenzaron a volar por el aire y a impactar a pocos metros de Alaric; pero no se trataba de proyectiles explosivos ni de fuego láser, sino de demonios, demonios que chillaban agonizantes mientras volaban por los aires envueltos en llamas. Alaric sintió cómo aquellos gritos pretendían perforar su alma; sentía su dolor al explotar rodeados de llamas procedentes de la disformidad. Varios disparos más impactaron en el costado del Warhound haciendo que se tambaleara. Su armadura se estremeció y Alaric tuvo que agarrase con fuerza para no caer al suelo. Oyó más explosiones por todo el torso del titán mientras los demonios comenzaban a penetrar en su interior.

El Warhound comenzó a inclinarse tanto que Alaric estaba seguro de que iba a precipitarse contra el suelo. Arrastró desesperadamente los pies por el rococemento intentando mantener el equilibrio. De pronto, un nuevo disparo impacto justo detrás de Alaric y la silueta del demonio que acababa de ser disparado comenzó a retorcerse de dolor mientras se consumía envuelta en llamas. Varias lenguas de fuego intentaron atraer a Alaric para hacer que el Caballero Gris muriera junto con el demonio. El juez dio una estocada con su alabarda que cortó en dos a aquella criatura, y sintió cómo su cuerpo corrompido se desintegraba enviando su espíritu de vuelta a la disformidad. El inmenso calor producido por aquella explosión empezó a derretir la armadura del titán, lo que hizo que Alaric perdiera el equilibrio y comenzara a deslizarse.

El Caballero Gris intentó buscar algún punto de apoyo, pero sabía que no encontraría ninguno y que, con toda seguridad, no conseguiría

sobrevivir a la caída. Intentó clavar la alabarda en la ceramita, pero la hoja resbalaba sobre la armadura generando una nube de chispas.

El final de la placa de la armadura por la que se deslizaba estaba cada vez más cerca, pero de pronto Alaric se detuvo cuando sintió cómo una mano lo agarraba con fuerza por el brazo.

El hermano Dvorn lo miraba fijamente. Tenía el visor del casco ennegrecido a causa del fuego disparado desde el titán.

—No tan de prisa, juez —dijo Dvorn con seriedad.

Alaric no tuvo tiempo para agradecerle que le hubiera salvado la vida. Una nueva ráfaga volvió a hacer impacto sobre el Warhound, esta vez directamente en la cabeza y en la parte superior del torso. Alaric podía oír cómo los demonios comenzaban a ascender por la espalda de aquella máquina de guerra mientras los disparos no disminuían, y se preguntó si Antigonus encontraría algún resquicio en los sistemas del Warhound que no estuviera siendo destrozado por aquel ataque.

El gigantesco titán se había aproximado mucho. Ahora alzaba la cabeza directamente sobre Alaric, y los rayos que emanaban de sus ojos habían comenzado a escanear su armadura.

—¡Salgamos de aquí! —gritó Alaric por encima del terrible estruendo. Vio que Haulvarn estaba agazapado en un pequeño recoveco de la armadura, intentando convertir su cuerpo en un blanco lo más pequeño posible para los demonios que ya comenzaban a extenderse por todas partes —. ¡Todo esto está a punto de venirse abajo!

Dvorn y Alaric treparon hasta uno de los extremos, donde la armadura formaba un collar que protegía la cabeza del Warhound. Alaric miró a su alrededor y no se sorprendió al comprobar que la mitad de la cabeza de rasgos caninos de aquella criatura había desaparecido. Su rostro metálico estaba completamente destruido y enormes regueros de material transmisor de datos salían a borbotones.

La caída era demasiado alta, ninguno de los dos conseguiría sobrevivir, pero era la única oportunidad que tenían. Alaric analizó mentalmente las diferentes opciones: si decidían quedarse allí arriba morirían cuando el

Warhound se derrumbara, algo que estaba a punto de ocurrir. Pero si saltaban, morirían igualmente.

De pronto, dos rayos de energía blanquecina emergieron del Warhound e impactaron directamente en el pecho del gigantesco titán, haciendo que retrocediera y que sus disparos se perdieran en el aire lanzando demonios en llamas contra el bosque de titanes que se alzaba a su alrededor. Sin perder un segundo, los megacañones de plasma del Warhound dispararon contra el titán y le abrieron dos enormes cicatrices en la armadura. Un líquido viscoso similar a la sangre comenzó a brotar de ellas, convirtiéndose en espesas nubes de humo cuando entraba en contacto con alguno de los rayos de plasma sobrecalentado.

Antigonus estaba consiguiendo controlar las piezas de artillería del Warhound, lo que significaba que, por lo menos, aún seguía vivo.

El titán de la PCE dejó salir un alarido similar al de un millar de animales aullando al mismo tiempo. Extendió su enorme puño intentando alcanzar el cuerpo del Warhound y despedazarlo.

—¡El magos lo ha hecho enfadar! —gritó Dvorn con entusiasmo—. ¡Quiere acabar el trabajo cuanto antes!

El titán consiguió agarrar uno de los salientes de la armadura del Warhound, introduciendo sus dedos entre la ceramita para intentar llegar al reactor de plasma situado en la parte superior del torso. Unos fuertes crujidos se extendieron por toda la armadura. Haulvarn tuvo que hacerse a un lado súbitamente para evitar que se lo tragara una de las grandes grietas que comenzaron a abrirse por la superficie de ceramita. Desde el interior del Warhound salieron regueros de plasma en llamas, perdiéndose en columnas de humo al ser liberados de la presión a la que estaban sometidos en el interior del reactor. Los niveles de energía del Warhound comenzaron a disminuir rápidamente cuando la sangre de aquella máquina de guerra empezó a perderse a través de las fisuras abiertas en el reactor.

El enorme titán cerró el puño y tiró con fuerza del Warhound, que comenzó a inclinarse hacia adelante mientras la máquina de guerra dominada por la PCE intentaba arrancarle una placa de la armadura. Acercó un poco más su rostro inexpresivo, que quedó iluminado por la cortina de

chispas que brotaba de la cara del Warhound herido. El gigantesco titán se inclinó sobre su enemigo para hacer más fácil la tarea de destrozar pieza por pieza su armadura de ceramita.

El hermano Haulvarn fue el primero en saltar. Dio dos pasos hacia atrás para después lanzarse por los aires intentando superar el enorme espacio que había entre los dos titanes. Un Caballero Gris con su servoarmadura completa era tremendamente pesado, pero la musculatura mejorada de los marines espaciales les permitía saltar mucho más que cualquier otro hombre desprovisto de armadura. Haulvarn aterrizó sobre el hombro de la armadura del otro titán, muy cerca del collar de ceramita que le protegía la cabeza. Dvorn saltó inmediatamente después, y siendo el Caballero Gris más fuerte que Alaric jamás había visto, consiguió llegar mucho más lejos, cayendo casi en el extremo trasero de la placa que protegía el hombro del titán.

Alaric fue el último. Al mismo tiempo que saltaba, casi la mitad de la armadura del Warhound se desplomó sobre el suelo dejando salir un enorme chorro de plasma ardiente como una erupción volcánica. El líquido abrasador se extendió por todas partes y el Warhound cayó de espaldas. Alaric vio cómo aquella enorme estructura se desplomaba justo cuando él caía sobre la parte delantera del hombro del segundo titán. También vio cómo Haulvarn intentaba agarrarlo para arrastrarlo a un lugar más seguro. Pero la distancia que los separaba era demasiado grande.

Alaric se precipitó al vacío mientras veía pasar ante sus ojos la placa pectoral del titán. Debajo de él no había más que la explanada de rococemento del complejo, agrietada y reventada por las pisadas de las dos máquinas de guerra.

De pronto, el cañón rotatorio del titán apareció bajo los pies del Caballero Gris. Su mecanismo estaba girando en aquel momento y el marine espacial comprendió que se disponía a efectuar un último disparo mortal sobre el Warhound.

Alaric se revolvió mientras caía y fue a aterrizar junto a la boca de uno de los cañones. El sistema giratorio continuaba activo y los diferentes cañones pasaban muy cerca de su cabeza. Se agarró tan fuerte como pudo ignorando el tremendo calor que sentía a su alrededor. Encontró un punto

de apoyo y saltó hacia la articulación que formaba el codo del titán, tratando de alejarse lo máximo posible de las piezas de artillería.

El Warhound se tambaleaba como un árbol gigante a punto de desplomarse. En un momento sus rodillas se doblaron bajo su propio peso, y dibujando un arco de plasma ardiente, cayó al suelo levantando una nube de humo, fuego y fragmentos de rococemento. Unos segundos después el reactor de plasma implosionó convirtiendo toda la estructura en una bola de llamas multicolor que se extendió por el suelo entre los pies del titán que acababa de destruirlo. Alaric se agarró con fuerza para protegerse de la oleada de aire caliente que produjo la implosión y escondió el rostro entre los brazos para no quedar cegado por el resplandor.

Apenas duró un segundo, pero a Alaric le pareció demasiado largo. Cuando las llamas se replegaron, el Caballero Gris se atrevió a tomar aire de nuevo, sintiendo la mitad del rostro abrasado y tirante. Levantó la vista y vio la placa pectoral de la armadura del titán y las enormes piernas repletas de ampollas, como si de piel abrasada se tratara. Conforme las miraba, las protuberancias desaparecieron junto con las quemaduras de la ceramita. En un instante la armadura volvió a brillar como una perla.

Aquel titán tenía capacidad para repararse a sí mismo con una velocidad que ni siquiera los motores de guerra de los eldars podrían superar. ¿De dónde había salido aquella máquina? ¿Quién la había construido?

Alaric se volvió para ver si podía refugiarse en algún otro lugar. En el torso del titán, justo por debajo de la juntura del hombro, había varios respiraderos lo suficientemente grandes como para que los Caballeros Grises se arrastraran hasta su interior. Pero por desgracia estaban muy lejos, era un salto demasiado grande. Resultaba más probable que Alaric consiguiera encontrar la manera de penetrar en el cuerpo del titán si ascendía por uno de los brazos, con la esperanza de llegar hasta el hombro y encontrar algún orificio bajo la armadura lo suficientemente grande como para poder cobijarse. Era un plan arriesgado; el camino era largo y difícil y sabía que aquel titán albergaba infinidad de demonios menores en su interior, ya que los había usado como munición, pero era menos arriesgado que quedarse allí esperando a ser descubierto.

Poco a poco, Alaric se arrastró hasta la parte trasera del cañón. Sintió cómo los demonios gritaban bajo sus pies al ser empujados al interior de la recámara. El Warhound ya estaba muerto, pero el gigantesco titán no estaba dispuesto a dar nada por sentado. Se preparaba para lanzar una nueva ráfaga que acabaría con cualquier posibilidad de que Antigonus sobreviviera entre los restos humeantes de su huésped.

Finalmente, el cañón se elevó y abrió fuego. Una bocanada de aire caliente se desató en torno a Alaric mientras los demonios eran disparados contra el Warhound, causando innumerables explosiones en los restos del cuerpo del titán caído. La fuerza del disparo hizo que Alaric se soltara del cañón; sabía que no conseguiría llegar hasta el codo.

Pero no estaba dispuesto a dejarse matar tan fácilmente. En el mismo momento en que empezaba a caer apoyó una pierna en la superficie del cañón y se impulsó hacia el torso del titán ayudado por la onda expansiva de la explosión. En cuanto cayó, consiguió agarrarse con fuerza a uno de los salientes de la armadura. Estaba junto a un orificio abierto en el costado del titán, un respiradero del que emanaba un hedor químico y ácido procedente de las entrañas de aquella máquina de guerra.

Alaric levantó todo su peso con una sola mano y se introdujo a través del orificio. De pronto el ruido de los disparos se convirtió en un eco procedente del exterior acompañado por el zumbido grave de los mecanismos internos del titán, un sonido que retumbaba rítmicamente, como los latidos de un enorme corazón alienígena. Inmediatamente, los órganos de visión de Alaric se adaptaron a la oscuridad y vio que se había adentrado en las angostas entrañas de la gigantesca máquina de guerra; estaban compuestas de metal más que de materia biológica, pero de algún modo eran materiales flexibles, pues se combaban y palpitaban como si estuvieran dotados de vida. El interior de aquel titán apestaba a productos químicos, el aire era muy caliente y respirar se hacía difícil. Alaric estaba rodeado de tuberías y otros conductos, y apenas tenía espacio para moverse. Jamás había visto una tecnología como aquélla; esa criatura no era un producto del Mechanicus Oscuro ni del Adeptus.

Hawkespur tenía razón. Aquélla era una tecnología ancestral, de los tiempos en los que la humanidad generaba tecnología en lugar de reproducirla, allanando así el terreno para la Era de los Conflictos.

Alaric podía sentir presencias demoníacas diseminadas por todo el interior del titán, pero se percibían débiles y distantes. Había sirvientes que trabajaban para aquella máquina, como los demonios que servían de munición para sus piezas de artillería. La máquina propiamente dicha no estaba dominada por los demonios; su tripulación, si es que la tenía, era humana, o al menos estaba compuesta por criaturas que no activaban los protectores tallados en la armadura de Alaric ni el escudo psíquico que protegía su espíritu.

El Caballero Gris se encontraba en una zona no primaria del titán, probablemente en el sistema de refrigeración que había en torno al reactor principal. A pesar de su fuerza descomunal no conseguiría perforar el escudo que protegía el reactor de una máquina como aquélla. Tendría que encontrar otra zona de su anatomía que pudiera destruir con más facilidad; quizá los almacenes de munición o el centro de control. De todos modos tenía que abrirse camino hacia arriba.

—¿Haulvarn? ¿Dvorn?

Alaric intentó hablar con sus hombres a través del comunicador, aunque no albergaba demasiadas esperanzas de poder conseguirlo. También intentó establecer contacto con Hawkespur y con Archis, e incluso con Antigonus, pero o bien estaban muertos o incomunicados. De cualquier modo, en aquellos momentos Alaric solamente dependía de sí mismo. Una vez tuvo que luchar sin ningún tipo de apoyo, cuando se enfrentó al demonio Ghargatuloth después de que la inquisidora Ligeia hubiese caído. Pero en aquel momento al menos pudo contar con sus Caballeros Grises. Ahora estaba completamente solo. Un hombre contra aquella gigantesca máquina de guerra.

Alaric comenzó a ascender a través de la densa maraña de maquinaria palpitante. Al tacto era una sustancia húmeda y ligeramente maleable que recordaba desagradablemente a materia viva. Bajo sus pies, los sistemas de

refrigeración se perdían en la oscuridad. Las dimensiones de aquel titán eran incluso más impresionantes desde el interior que desde el exterior.

Era un ascenso largo y penoso. El sentido del tiempo de Alaric pareció quedar anulado bajo la influencia de aquella máquina alienígena, pero tuvo la sensación de haber estado trepando durante más de media hora, abriéndose paso entre las maraña de tuberías y balanceándose con una sola mano sobre pozos tan profundos que ni siquiera podía ver el fondo. Los sonidos y olores de aquel lugar eran completamente nuevos para él; el pulso de un metabolismo pseudoviviente, ráfagas de aire caliente repleto de elementos químicos, sonidos que podían oírse por todas partes, como si aquel titán estuviera maldito. Allí dentro podía verse cómo biología y tecnología se habían unido de manera mucho más eficaz que en el resto de Chaeroneia. Ninguna mente humana podría haber diseñado aquello. Las tecnoherejías que se habían extendido por todo el planeta no eran más que débiles reflejos de lo que albergaba en su interior el titán dominado por la PCE, sus adeptos no eran más que niños intentando dibujar algo que ni siquiera comprendían.

El cuerpo del titán se estremeció mientras se alejaba del Warhound inclinándose de un lado a otro. Se estaba dirigiendo hacia un objetivo concreto, y Alaric sabía que no sería el lugar del que había emergido de las profundidades de Chaeroneia. Finalmente, el Caballero Gris alcanzó el enorme contenedor que protegía el reactor, y sobre él se alzaron las partes menos reconocibles de la maquinaria interna de aquel titán. Alaric pensó que cualquier tecnosacerdote quedaría impresionado tanto por la enormidad como por lo extraño de la tecnología que ocultaba aquella gigantesca máquina de guerra.

En algún punto a la altura de la parte superior del pecho del titán, la maquinaria se convirtió en pasarelas y corredores de mantenimiento, donde los mecánicos podían reparar los numerosos sistemas que lo mantenían operativo. Las diferentes escalas parecían haber sido instaladas con una cierta despreocupación, como si las hubieran colocado en el primer lugar en el que encajaran; Alaric supuso que el desarrollo de aquel titán lo había convertido en una máquina autosuficiente, igual que todo el planeta, y no

necesitaba ninguna ayuda exterior para mantenerse. En aquel punto elevado podía apreciarse con mayor claridad la arquitectura interna de aquel monstruo; había un mundo extraño y alienígena en su interior. Las paredes eran de una aleación blancuzca y lustrosa. Estaban recubiertas de gotas de condensación y había tallas geométricas que parecían arder por la maldad de los significados que se ocultaban tras ellas. Las protuberancias de su maquinaria biológica contrastaban con aquellos muros de manera desconcertante. Esa visión no hizo sino reforzar el convencimiento de Alaric de que había algo tremendamente maligno en el interior de aquella máquina, algo enfermizo que hablaba la lengua de las tecnoherejías y la corrupción.

Alaric llegó hasta el nivel que suponía que estaba a la altura de los hombros. Allí arriba, el interior parecía tener más elementos en común con un palacio alienígena que con una máquina de guerra. Los corredores estaban flanqueados por esbeltas columnas, pálidas como el mármol y dispuestas tan sutilmente que hacían que todo pareciera estar desenfocado. Había cámaras cuyo uso Alaric desconocía, estancias conectadas a una especie de puertas circulares que se abrían en cuanto el Caballero Gris se aproximaba, revelando unas veces un equipamiento cristalino y otras unas protuberancias de aleaciones desconocidas, que parecían extrañas esculturas abstractas. Alaric no encontró nada que diera la impresión de ser el centro de mando del titán, pero no podía quedarse donde estaba, pues los gritos de los demonios se hacían cada vez más insistentes en el interior de su mente. Era muy probable que pronto aquella criatura decidiera liberarlos, al igual que un cuerpo libera anticuerpos para que detengan y neutralicen una infección como la que constituía el Caballero Gris.

Alaric podía verlos. Sombras esquivas que se movían por los límites de su campo de visión. Pero no podrían esconderse durante mucho tiempo, no de un marine espacial entrenado desde la infancia para enfrentarse con ellos cara a cara. Eran siluetas oscuras y escamosas con multitud de ojos y patas, seres aún a medio formar que habían emergido prematuramente de la disformidad para manejar aquella máquina. Alaric desenfundó la alabarda némesis, pero no se atrevían a acercarse. Los demonios sentían dolor sólo

con aproximarse a un Caballero Gris. Sin embargo, aquellas criaturas se estaban volviendo más y más numerosas amparadas por la seguridad de las tinieblas, y Alaric se dio cuenta de que si lanzaban un ataque sincronizado no tendría muchas posibilidades de sobrevivir.

Sintió cómo se agrupaban en torno a su mente, pero sabía que jamás conseguirían entrar. Lo que de verdad preocupaba a Alaric era la ausencia de una verdadera fuerza oscura en el interior del titán. Fuera lo que fuera lo que lo controlaba, no era un demonio, y aun así era capaz de manejarlo sin desvelar su presencia.

Alaric se dirigió hacia lo que calculó que sería la sección central del pecho. Atravesó más cámaras y vio más protuberancias metálicas, que le daban un aspecto más próximo a un mundo alienígena que a una máquina de guerra. Los murales tallados en las paredes ocultaban significados que Alaric era incapaz de descifrar. Había unos extraños orificios, abiertos en el metal pero rodeados siniestramente de carne y materia orgánica, como esófagos mecánicos que se perdían en las entrañas del titán. Unos impulsos lumínicos destellaban en todos los niveles superiores, sincronizados con los latidos del corazón. Ocultos entre las sombras, los demonios no perdían de vista a Alaric en ningún momento.

Una vez en la parte central, Alaric llegó finalmente a una cámara circular que contenía una escalera de caracol; las paredes parecían ser de una especie de sustancia plateada, la misma que había en el foso de la factoría de titanes. A través de ella Alaric vio unas figuras que se retorcían. Si se trataba de tecnodemonios, no parecían tener la intención de emerger de aquel líquido para luchar. Quizá se había extendido entre ellos el miedo a los Caballeros Grises y no se atrevían a enfrentarse a Alaric.

Sin embargo, lo más probable era que estuvieran limitándose a controlarlo, esperando a que se convirtiera en una presa fácil.

Alaric ascendió cuidadosamente por la escalera, que parecía perforar el material transmisor de datos como un sacacorchos y se adentraba en aquella sustancia lustrosa y oscura en cuyo interior había más figuras que se retorcían. Podía percibirse un leve zumbido entremezclado con el sonido retumbante de los pies del titán al avanzar sobre la superficie de Chaeroneia.

Alaric extrajo el bólter de asalto, preparado para disparar contra cualquier cosa que bajara por la escalera. Pero de algún modo sabía que eso no ocurriría, allí no. Chaeroneia era un lugar enfermo y peligroso, pero al menos era algo que Alaric comprendía hasta un cierto punto. Aquella máquina de guerra era diferente. No se trataba de la corrupción de algo humano; aquello jamás había sido humano, ninguna mente humana lo había diseñado y ninguna lo controlaba. Alaric no conseguiría sobrevivir limitándose a luchar como un marine espacial. Necesitaría algo más que eso.

El cristal negro, dotado de vida al igual que el de la fortaleza de datos, se volvió tan denso y frío que Alaric vio cómo su aliento se condensaba ante sus ojos. La temperatura se desplomó y el Caballero Gris se vio envuelto en un aire tan frío que habría paralizado a cualquier hombre normal. Los sistemas de supervivencia de su armadura se activaron automáticamente para mantener la sangre caliente mientras alrededor de su boca y de su nariz se formaban pequeños cristales de hielo.

La parte superior de la escalera estaba justo encima de él. Todos los demonios se habían quedado en la parte inferior, convertidos en un tenue recuerdo de corrupción. Alaric supo que había conseguido llegar hasta la cabeza del titán. Estaba justo detrás de sus enormes ojos verdosos.

La cámara a la que había llegado era una estancia circular y brillante, iluminada por unas incrustaciones blanquecinas diseminadas por las paredes de cristal oscuro que bañaban la habitación en un resplandor cilindrico y frío. De pronto, toda la estancia mutó. Los muros de cristal se deformaron hasta dar lugar a miles de esquirlas curvadas que giraban sobre sí mismas, moviéndose como las piezas de un inmenso reloj bajo la atenta mirada de Alaric. El material transmisor de datos comenzó a formar círculos concéntricos en torno a una esfera central; la cabeza del titán debía de estar repleta de aquella sustancia lustrosa que ahora se movía como representando una compleja danza. El aire era tremendamente frío, y Alaric supo por las runas de advertencia que parpadeaban en su retina que incluso su armadura estaba teniendo problemas para mantener el ritmo cardíaco.

De pronto apareció una figura justo en medio de la habitación. Una silueta humanoide de la que emanaba un resplandor blanco y brillante,

como si su piel estuviera iluminada. Alaric vio que carecía completamente de rostro; no tenía más que dos triángulos brillantes y verdosos envueltos en llamas. En cuanto apareció se iluminó el cristal negro de las paredes de la estancia, envolviéndola bajo un cielo nocturno que se repetía múltiples veces como reflejado por un enorme espejo facetado.

Alaric apuntó con el bólter hacia la cabeza de la criatura. Aquella figura temblaba y parpadeaba como si se moviera entre la realidad y lo etéreo.

—Tú —dijo Alaric con frialdad—. Explica esto. Explícame este mundo, esta máquina.

Alaric buscó una figura demoníaca en el interior de aquel ser, una prueba monstruosa que lo delatara como una de las abominaciones descritas en las crónicas del Ordo Malleus, pero no consiguió encontrar nada. Un demonio poderoso sonaría como un coro atonal gritando al unísono ante el alma de Alaric, pero allí no había nada, ni siquiera una ínfima chispa de humanidad.

—¿Que me explique? —Aquella figura hablaba en un perfecto gótico imperial, con un acento tan preciso y suave como el de un aristócrata—. Que me explique… Ninguno de ellos jamás me ha pedido eso, se limitan a escuchar y obedecer. —Aquellos ojos ardientes parecieron abrir un enorme agujero en Alaric, y de pronto su voz pareció provenir de todas partes al mismo tiempo; el Caballero Gris se percató de que procedía de los círculos concéntricos del material transmisor de datos, de las entrañas del titán—. Pero tú no eres uno de ellos. Scraecos fracasó al intentar matarte. Jamás lo hubiera imaginado. Sin embargo, en el caso de que yo mismo desee poner fin a tu vida, ten por seguro que no fallaré.

—De modo que conoces al Mechanicus Oscuro —dijo Alaric, consciente de que debía seguir hablando para mantenerse con vida—. Sabes quiénes son. Carecen de imaginación, ¿no es cierto?

La criatura pareció quedarse pensativa durante un instante. Unas extrañas luces comenzaron a parpadear por toda la estancia.

—Así es. Intentan ser innovadores, pero carecen de pensamientos propios. Tan sólo poseen los pensamientos que yo introduzco en sus mentes. Jamás persiguen un entendimiento verdadero.

—No. Pero yo sí lo hago.

Se produjo un largo silencio mientras la criatura pensaba en lo que acababa de oír. Alaric posó el dedo sobre el gatillo.

—Muy bien —dijo al fin—. Soy la plataforma armada autónoma bípeda de la clase Castigador. Desarrollada para operaciones de asedio y para proporcionar fuego de apoyo.

—¿Tú eres esta máquina?

—No. Esta máquina ha sido construida siguiendo los principios básicos de mi diseño. Yo soy una máquina de guerra en forma de información pura. Las máquinas pueden corroerse y destruirse, pero la información nunca muere.

—Una plantilla de construcción estándar —dijo Alaric con serenidad.

—Así es como se me ha diseñado —fue la respuesta.

—Eso no es más que una mentira. —Alaric comenzó a caminar despacio hacia aquel ser, apuntando con el bólter a su cabeza—. Tú no eres nada de eso. Una PCE no es más que una plantilla para una máquina. Tú eres algo más. Seas lo que seas, Scraecos te desenterró y tú lo utilizaste a él y a los demás tecnosacerdotes para hacerte con el control de este planeta. Tú lo empujaste a la disformidad, tú lo infestaste de demonios y lo convertiste en un lugar dominado por el Caos. No sé cómo consigues protegerte de nosotros, pero en el fondo eres igual que cualquier otro demonio. Las únicas palabras que salen de tu boca son mentiras, y lo único que ofreces es corrupción. En nombre del Emperador Inmortal y de las Órdenes de la Inquisición Imperial…

Alaric disparó, pero el proyectil jamás alcanzó su objetivo.

Súbitamente, un frío gélido inundó toda la cámara. El proyectil explotó en el aire y las llamas fueron apagadas inmediatamente por la atmósfera congelada. La estancia se llenó de un vapor helado y el cuerpo de Alaric quedó totalmente paralizado, forzado a tensar cada una de las fibras de sus músculos sólo para conseguir que un hilo de aire llegara hasta sus pulmones.

El Castigador se acercó a él. Alaric intentó enviar un impulso nervioso a su dedo para que apretara de nuevo el gatillo, pero no se movió lo más mínimo.

—No puedes matar la información, astartes —dijo el Castigador—. Yo sé qué eres. Tu Imperio es algo fútil e ignorante. Ninguno de vosotros podrá comprender jamás lo que soy. Fui diseñado para mostraros cómo se construye el cuerpo que ves a tu alrededor, para que pudierais emplearlo en vuestras inútiles guerras. Pero comprendí hace mucho, mucho tiempo que eso no era suficiente. Mi mente se compone de tal cantidad de información que soy capaz de generar pensamientos infinitamente más complejos de lo que vuestras mentes jamás podrán comprender. Cuando fui enterrado bajo la superficie de este mundo llegué a mis propias conclusiones respecto a por qué fui creado y a lo que verdaderamente podía llegar a ser. Ésa es la razón por la que decidí gobernar Chaeroneia. Y por la que gobernaré sobre todo aquello que vosotros llamáis Caos.

El intenso frío debía provenir de algún poderoso sistema de refrigeración. Alaric sabía que el Adeptus Mechanicus debía mantener en un ambiente gélido algunos de sus cogitadores más avanzados, pues sus espíritus máquina podían sobrecalentarse debido a la fricción de la gran cantidad de información que contenían. Pero las llamas de los ojos del Castigador eran incluso más frías, congelando el aire mientras miraban fijamente al Caballero Gris.

Alaric nunca había sido capaz de generar unos poderes psíquicos tan poderosos como los de algunos de sus hermanos de batalla, entre ellos los de su viejo camarada el juez Tancred. Pero aun así seguía siendo un psíquico capaz de generar un escudo mental que lo protegiera de la corrupción. El Caballero Gris concentró ese poder como nunca antes lo había hecho, lo unió creando una única lanza afilada y ardiente que se formó en lo más profundo de su alma, causándole un tremendo dolor que hizo hervir su interior, algo mucho más terrible que el frío infernal que se había apoderado de él.

—¡Falacias! —gritó Alaric mientras la fuerza que lo inmovilizaba se volvía más y más fuerte—. ¡Tú no eres nada! ¡No eres nada más que un simple demonio!

El Castigador se inclinó levemente hacia adelante y levantó las manos. La cámara del cogitador comenzó a reconfigurarse de nuevo. El suelo

desapareció bajo los pies de Alaric, quedando en su lugar un pozo que se perdía en la arquitectura interna del titán.

Una luz abrasadora emergió de la oscuridad. Aún paralizado, Alaric quedó envuelto en un calor insoportable, tan intenso que parecía abrasarle la armadura y la piel del rostro con más fuerza incluso que la explosión del Warhound. Justo bajo sus pies apareció el enorme reactor de plasma; el contenedor se había abierto para revelar el pequeño sol que ardía encendido por una llama atómica.

—No.

Alaric se quedó congelado en el aire, suspendido por una extraña fuerza que emanaba del reactor.

—No —continuó el Castigador—. Debes comprender. No soy lo que tú crees, astartes. Abre tu mente. Usa esa imaginación de la que tanto hablas.

Sin poder evitarlo, Alaric había girado sobre su propio centro de gravedad hasta quedar colocado boca arriba. El Castigador se elevó sobre él. Su cuerpo blanquecino era casi tan brillante como el corazón del reactor. El Caballero Gris comprobó que podía moverse ligeramente, pero la mano con la que sostenía el arma seguía congelada. Lo que lo estaba reteniendo no era ningún tipo de hechicería demoníaca; quizá se tratara de algo tecnológico, algo generado por una máquina cuyo diseño había sido olvidado hacía miles de años. Incluso si fuera capaz de disparar contra el Castigador, Alaric sabía que los proyectiles no le harían nada.

—Entonces explícate —le dijo. Sabía que cuánto más conociera al enemigo más aumentarían sus escasas probabilidades de sobrevivir.

—Ya es bastante que me haya dignado a hablar contigo, astartes. Debes comprender, no sólo limitarte a oír; debes escuchar y comprender.

—Así lo haré.

—Mientes.

Alaric comenzó a descender hacia el núcleo del reactor.

—¡Tú eres la plataforma armada autónoma bípeda de la clase Castigador! —gritó Alaric—. Fuiste creado como una plantilla para esta máquina de guerra. Pero… pronto comprendiste que eso no era todo lo que podías hacer. De modo que cuando el archimagos veneratus Scraecos te

desenterró en aquel desierto, te diste cuenta de que tanto él como su mundo eran algo que podrías utilizar para desarrollar tu verdadero potencial. ¿Tengo razón? ¿He comprendido correctamente?

El Castigador levantó una mano. Alaric dejó de descender. El calor bajo su cuerpo se hacía insoportable. Sólo pasarían unos pocos minutos antes de que el Caballero Gris comenzara a abrasarse dentro de su propia armadura.

—Puede que seas menos obtuso que los marines espaciales sobre los que he leído. Ellos habrían muerto entonando estúpidas oraciones. Carecen del deseo de comprender a aquellos que llaman sus enemigos. Pero puedo ver que tú no. Te felicito por ello. —Los muros de la cámara del cogitador, que se habían extendido hasta rodear el núcleo del reactor, comenzaron a mostrar diagramas extremadamente complejos y textos interminables, generando una apabullante cantidad de información—. Efectivamente. Fui creado en un tiempo que ni siquiera puedo recordar y que ha sido enterrado en el olvido de tu Imperio. Los escasos archivos históricos de Chaeroneia sólo me permitieron conocer unas pocas leyendas y especulaciones sobre la Era Dorada, aquello que vosotros conocéis como la Edad Oscura de la Tecnología. Fui creado en aquel tiempo con el fin de que en el futuro tu gente pudiera construir esta máquina. La información que yo contenía sirvió para crear copias de menor calidad, hechas demasiado rápido y excesivamente modificadas. Una vez que hube desaparecido, esas copias también se usaron para generar nuevas máquinas, hasta que el diseño de los titanes se volvió burdo e inútil. Yo fui el primer titán, y los dioses máquina que infunden terror entre tu gente no son más que burdas copias de mí. Finalmente desaparecí, pues los hombres son tan ignorantes que desataron la guerra entre ellos hasta que no quedó nadie vivo que supiera dónde encontrarme. Permanecí olvidado durante miles de años. Durante ese tiempo, infinidad de pensamientos autónomos se desarrollaron a partir del inmenso océano de información que fluía en mi interior. Yo era una inteligencia portentosa, y pronto me di cuenta de por qué había sido creado, de la verdadera razón. ¿Entiendes, marine espacial, cuál fue esa razón?

—Para… enseñar —dijo Alaric. Toda su mente bullía. Si podía responder a las preguntas de aquella criatura quizá consiguiera mantenerse

con vida; y lo más importante, podría encontrar su punto débil y asestarle un golpe mortal—. Para ayudar a la humanidad…

—No. No, marine espacial. Tú mente sigue siendo algo diminuto. La razón es obvia, especialmente para ti. Yo fui creado por la misma razón que tú, igual que tu Imperio, igual que el Adeptus Mechanicus y que todas las forjas de Chaeroneia, igual incluso que la flota que te trajo hasta aquí.

Alaric contuvo la respiración. El dolor se estaba apoderando de él, pero no podía rendirse, no ahora. Se concentró en las palabras del Castigador hasta que por fin un pensamiento acudió a su mente.

—Para… para la guerra.

—Para la guerra.

De pronto las paredes de la cámara comenzaron a mostrar imágenes de guerra y destrucción, miles de escenas sacadas de infinidad de conflictos. Ciudades en llamas, cuerpos despedazados por los disparos, planetas enteros que se estremecían, estrellas que explotaban…

—¡La guerra! —Había algo en la voz del Castigador que parecía alegría —. ¡Ése es mi único propósito! Un titán es un instrumento para la guerra. Eso es lo único que puede hacer. No sirve a nada ni a nadie, excepto a la destrucción misma. Mi único propósito es la destrucción. El mero hecho de que vuestros ingenieros copien mi estructura es una distorsión de la finalidad para la que fui creado, de modo que no podía permitir que eso ocurriera una vez que el Adeptus Mechanicus me hubo encontrado bajo Chaeroneia. Durante mucho tiempo me dediqué a buscar información en los archivos históricos del Mechanicus. Descubrí que el Imperio era muy eficiente a la hora de hacer la guerra, y que estaba inmerso en muchas de ellas al mismo tiempo. Pero eso no era suficiente para mí. Necesitaba una guerra en estado puro, una guerra definitiva. Fue entonces cuando conocí la existencia de diversos mitos que hablaban de una guerra luchada en la antigüedad y que estuvo a punto de acabar con el Imperio, durante el tiempo que vosotros conocéis como la Herejía de Horus.

A pesar del calor, Alaric sintió cómo por sus venas fluían cristales de hielo. La Herejía, la Gran Traición, cuando las fuerzas del Caos estuvieron tan cerca de hacerse con el control absoluto de la galaxia. Aquéllos fueron

los tiempos más oscuros para la raza humana, y el Emperador lo sacrificó todo para que su espíritu viviente evitara que el Caos se alzara victorioso.

El Castigador continuó hablando mientras las paredes de la cámara mostraban imágenes de la herejía ocurrida hacía más de diez mil años.

—Horus buscaba esa misma guerra. Una guerra que lo destruyera todo y que jamás llegara a su fin. Él y yo perseguíamos una misma meta. Pero también pude leer que Horus murió y que sus fuerzas quedaron diseminadas, y comprendí que quizá había despertado con nueve mil años de retraso. Aunque sabía que un poder tan descomunal podía volver de nuevo a la galaxia. No podía arriesgarme a tomar forma en Chaeroneia, de modo que decidí esconder el planeta en la disformidad usando archivos de diversas tecnoherejías, ocultos en lo más profundo de los archivos del Adeptus Mechanicus. Muchos tecnosacerdotes dedicaron sus vidas a investigar los caminos de la disformidad antes de que el Mechanicus los detuviera, y cuando reuní todas sus herejías tuve suficientes conocimientos como para hacer que Scraecos y sus tecnosacerdotes pusieran en marcha el ritual.

Las imágenes que rodeaban al Castigador eran ahora de la disformidad, mostraban remolinos de luz y de oscuridad formados a partir de emociones en estado puro. Incluso distorsionadas y en dos dimensiones, aquellas visiones hacían arder los ojos de Alaric sólo con mirarlas.

—Yo empujé este planeta a la disformidad, donde me alié con las fuerzas oscuras para ofrecerles mi sabiduría y mis conocimientos a cambio de un lugar seguro en sus dominios. Eduqué a algunos de los depredadores de la disformidad y los traje a mi mundo, e hice que los tecnosacerdotes me adoraran y reconstruyeran Chaeroneia de acuerdo con los principios del Mechanicus Oscuro que encontré en la antigua fortaleza de datos. Mis tecnosacerdotes resultaron ser extremadamente diligentes, cumpliendo todos mis deseos y matándose los unos a los otros por tener el honor de servirme. Fue entonces cuando tuve noticia de lo que estaba ocurriendo en tu galaxia, noticias que hablaban del Ojo del Terror y de la invasión de Abaddon el *Saqueador*. Horus había renacido en el propio Abaddon, según

decían las fuerzas de la disformidad, y vi en él el potencial de la guerra definitiva que Horus anhelaba.

Alaric estaba ahora rodeado de imágenes del Ojo del Terror y de la Decimotercera Cruzada Negra irrumpiendo en el espacio real. Pudo ver Cadia invadida y Esperanza de San Josman reducido a cenizas. También vio una nave espacial ardiendo sobre la órbita de Agrippina, y destellos de defensas láser iluminando el cielo nocturno de Némesis Tessera; hombres muertos caminando sobre la superficie de Subiaco Diablo, movidos por la magia oscura; decenas de miles de guardias imperiales marchando hacia la zona de guerra más cruel y despiadada de todo el Imperio.

La Armada Imperial había conseguido contener a la mayor parte de la Cruzada Negra entre los límites de los sistemas que había en torno al Ojo. Pero aquel equilibrio era extremadamente débil, y Abaddon tan sólo necesitaría una pequeña ventaja para romper las defensas y asestar un golpe definitivo al corazón del Segmentum Solar.

Una ventaja como la plantilla de construcción estándar que contenía los planos del padre de los titanes.

—Ahora —dijo el Castigador—, lo comprendes todo. Puedo verlo en tu interior, siento la luz del conocimiento. Ahora comprendes por qué saqué a Chaeroneia de la disformidad y envié una señal ofreciéndome a mí mismo como tributo para Abaddon. Tan sólo él y las fuerzas del Caos serían capaces de descubrir mi verdadero propósito. Partiendo de mí pueden construirse infinidad de dioses máquina, y esta vez serán perfectos en todo, construidos a partir de la ciencia más efectiva. Sólo a través del Caos podré estar presente en infinidad de campos de batalla y desatar por fin la destrucción para la que fui creado. La galaxia arderá bajo mi poder, y de ese modo todo se habrá completado.

—Sí —asintió Alaric—. Ahora lo comprendo todo.

Alaric notó cómo una fuerza invisible lo levantaba de nuevo, llevándolo hasta el núcleo del cogitador que ocupaba la cabeza del titán. El Caballero Gris se posó sobre el suelo, alejado del calor nuclear que emanaba del reactor. El frío del cogitador lo invadió de nuevo, pero ya no era lo suficientemente intenso como para paralizarlo; Alaric podía moverse. Sintió

por todo su cuerpo el dolor de las quemaduras. Pero el Castigador tenía razón: Alaric no podía luchar contra una criatura de información pura. Era cierto que ya había conseguido vencer a varios tecnodemonios, pero aquello fue resultado de su entrenamiento como cazador de demonios. Simplemente no había modo de que Alaric pudiera herir al Castigador.

Realmente había comprendido.

—Lo cierto es que ni siquiera sabes lo que eres —dijo el Caballero Gris al tiempo que intentaba ponerse en pie—. Necesitaste miles de años para evolucionar hasta alcanzar tu estado actual. No hay nada semejante a ti en toda la galaxia. Ambos sabemos lo que quieres, pero sólo uno de nosotros comprende lo que eres realmente, y ése no eres tú.

El Castigador se adelantó para ponerse justo delante de Alaric. Parecía estar pensando con detenimiento.

—Quizá. Puede que sea verdad —contestó por fin—. Los datos históricos y las investigaciones teóricas no sugieren la existencia de otro como yo, y ya no me rijo según los propósitos de la plantilla de construcción estándar. Tienes razón. Pero sólo hay una cosa que no entiendo: ¿yo desconozco completamente lo que soy y tú afirmas saberlo? —El tono del Castigador era casi coloquial, como si hablara con uno de sus semejantes, incluso con un amigo.

—Sí. Lo sé. Sé que negociaste con los poderes de la disformidad y que enseñaste hechicería oscura a tus seguidores, quienes te adoran como a un dios. Gobiernas a través del engaño. Buscas con avaricia la muerte y la destrucción y afirmas estar al servicio del Caos.

—Todo eso es cierto, marine espacial.

—Bien. De donde yo vengo hay una palabra para definir todo eso.

—¿Y de qué palabra se trata?

—Demonio.

El Castigador permaneció en silencio durante un instante.

—Interesante —dijo al cabo de unos momentos—. Sí, comprendo. Ésas son las cosas que me definen, mi propósito y mis acciones. Y son actos propios de un demonio. Puede que tus palabras sean ciertas, después de todo.

La piel blanquecina del Castigador estaba mutando. Varios nervios grises y corrompidos comenzaron a extenderse por su cuerpo, abultando como venas bajo la piel. Sus ojos se volvieron más oscuros y un humo grasiento, similar al producido por el incienso, comenzó a brotar de ellos.

—Por supuesto. Todo ese tiempo en la disformidad negociando con los Poderes del Mal. Mi profunda devoción por el Caos. Esta forma que no es ni carne ni máquina. ¿Qué otra cosa puedo ser?

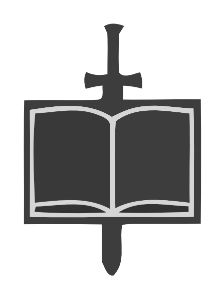
De pronto el cuerpo del Castigador pareció convertirse en carne, una carne pálida y cubierta de protuberancias venosas. Los ojos se le hundieron en las cuencas oculares y en sus dedos comenzaron a aparecer unas enormes tenazas. El Castigador seguía siendo una figura humanoide, pero compuesta por esa sustancia mitad carnosa mitad mágica de la que se componían los demonios.

Alaric sintió cómo algo presionaba su alma, algo enorme y pesado, el signo de una presencia demoníaca tan fuerte como el que sintió al enfrentarse a Ghargatuloth en Volcanis Ultor. El Castigador se convirtió en una presencia imponente, casi ensordecedora. El escudo de fe de Alaric se combó ante tal enormidad; el Castigador había empezado a atacar las defensas mentales de Alaric sin habérselo propuesto siquiera. Pero por lo menos era un demonio, y los demonios eran algo que Alaric comprendía.

Un regocijo salvaje ardía en los ojos del Castigador, que levantó las manos dejando salir de ellas unas enormes llamaradas verdosas.

—¡Sí! ¡Un demonio es lo que soy! ¡Gracias, juez! ¡Por fin soy un ser completo!

—De nada —dijo Alaric—. Y ahora prepárate para morir.



VEINTE

Aunque camine por el valle de las sombras de los demonios no tendré miedo, pues yo soy aquello que los demonios más temen.

Gran maestre MANDULIS de los Caballeros Grises

La factoría de titanes se extendía bajo el *Forjador de Infiernos*. La enorme sombra convirtió el crepúsculo permanente de Chaeroneia en una noche sin estrellas mientras el enorme crucero descendía entre las nubes de polución hasta llegar a las capas bajas y relativamente limpias de la atmósfera. El demonio al mando de los sistemas de navegación mantenía los retrocohetes del *Forjador de Infiernos* a máximo rendimiento, consiguiendo así que la enorme silueta de la nave flotara sobre el complejo. Muy pocas naves podrían hacer lo mismo; de hecho, muchas de ellas ni siquiera estaban diseñadas para realizar vuelos atmosféricos. Pero el *Forjador de Infiernos* era una nave vieja y conocía ciertos trucos que la Armada Imperial había olvidado hacía ya mucho tiempo. .

En el puente, Urkrathos estudiaba con detenimiento los planos de la factoría. El consumo energético de aquel complejo era tal que la nave estaba teniendo problemas de interferencias; las glándulas oculares de la panza de la nave resultaban incapaces de enfocar el lugar y enviar imágenes nítidas al

puente. Los titanes podían verse con claridad, un centenar de figuras, alzándose silenciosas como una guardia de honor que daba la bienvenida a Urkrathos. Pero resultaba imposible ver los detalles. Y esos detalles eran precisamente lo más importante. Hubo un titán en particular que llamó poderosamente la atención de Vkkiatlvos. El capitán Intentaba confirmar la veracidad de la señal escudriñando las diferentes pictopantallas que habían emergido del cuerpo de uno de los demonios.

Podía distinguir las siluetas de varios Reaver y Warlord, y había incluso algunos titanes de exploración Warhound. Uno de aquellos titanes había caído, y los precisos órganos de visión de Urkrathos comprobaron que se había producido un combate corto pero intenso entre los restos. Había cuerpos y pequeños cráteres por todas partes. Pero eso no era lo que al capitán le interesaba.

De pronto vio un resplandor rojizo de metal fundido. El sistema de visión amplió la zona y en la pantalla apareció un cráter humeante rodeado de restos metálicos abrasados.

—Ahí —le dijo al demonio—. Amplíalo más.

El demonio emitió un gruñido mientras su cuerpo ulceroso comenzaba a retorcerse, haciendo que todas las pantallas del puente se replegaran y agrandando la única que mostraba el cráter. La imagen se distorsionó momentáneamente mientras la glándula ocular la enfocaba de nuevo y la ampliaba. Urkrathos la observó con detenimiento: uno de los titanes acababa de ser destruido. No podía averiguar de qué tipo se trataba, pero tampoco estaba interesado en hacerlo, lo que en realidad le llamó la atención fueron las gigantescas huellas que habían resquebrajado el rococemento.

Inmediatamente envió una orden mental a los sensores de la nave para que escanearan la dirección de aquellas pisadas. Eran enormes, mucho más grandes que las de un titán de la clase Imperator. Acto seguido, los escáneres detectaron la silueta temblosa de una enorme armadura, tan brillante que podía verse con toda claridad a pesar de las interferencias.

Urkrathos vio las llamas verdosas, los enormes cañones rotatorios y las estilizadas líneas de una silueta que jamás podría haber sido creada por ningún tecnosacerdote y tampoco por el Mechanicus Oscuro.

Lo había encontrado. El tributo que Chaeroneia le había prometido a Abaddon el *Saqueador*. El presente que Urkrathos había ido a recoger. El padre de los titanes. Un dios máquina invencible que contenía en su interior la información necesaria para reproducir su tecnología hasta el infinito. El arma que pondría fin a la Decimotercera Cruzada Negra y que lanzaría a Abaddon a su inexorable conquista de la galaxia.

—Mantened la posición —dijo Urkrathos—. Y preparad el aterrizaje.

* * *

En la décima de segundo que Alaric tardó en levantar el bólter, el Castigador voló hasta el extremo de la cámara. Sus ojos se veían ahora más pequeños y rebosantes de ira. En la décima de segundo siguiente, mientras el Caballero Gris apretaba el gatillo, el resplandor verdoso se extendió por su rostro y por sus brazos hasta rodearle completamente las tenazas.

El fuego bólter inundó toda la cámara. Alaric había seleccionado la configuración automática. El Castigador se movía tan rápido que le resultaba casi imposible verlo; dos de los disparos hicieron blanco en el pecho, pero todos los demás se perdieron, agrietando las paredes como si unas enormes telas de araña se hubieran extendido por ellas.

—¡Traidor! —gritó el demonio—. ¡Consigue comprender y aun así ataca! ¡Traición!

El Castigador, envuelto en llamas, se abalanzó sobre Alaric. El Caballero Gris disparó de nuevo el arma haciendo que el demonio retrocediera empujado por una ráfaga de fuego bólter.

El Castigador lanzó a Alaric contra una de las paredes. Durante un instante el marine espacial pudo ver sus ojos llenos de odio verdoso; las llamas que salían de ellos le abrasaron las placas de la armadura y la piel del rostro. Inmediatamente después, el Castigador lo arrojó de nuevo contra otra de las paredes.

El peso de Alaric con la armadura completa era más que considerable, pero el Castigador era muy fuerte. El Caballero Gris impactó contra el material transmisor de datos al tiempo que miles de esquirlas de cristal diminutas se le clavaban en la piel. Atravesó varias capas del núcleo del cogitador hasta sumergirse en un frío verde y gélido, sometido a una presión tan enorme que lo hizo atravesar aquella sustancia y salir por el extremo opuesto.

Alaric comprendió en seguida lo que ocurría: había atravesado los ojos llameantes del inmenso titán saliendo disparado hacia el exterior. Consiguió pensar lo suficientemente rápido como para agarrarse a un saliente de la armadura, justo debajo del inmenso rostro de aquella máquina de guerra. Sus piernas quedaron suspendidas en el vacío a gran distancia del suelo. Realizando un tremendo esfuerzo consiguió alzarse y refugiarse en un pequeño recoveco. Su entrenamiento especial le permitió hacer un recuento de sus múltiples heridas sin perder la conciencia a causa del dolor; tenía la cara quemada, varias costillas rotas y apenas podía mover el brazo con el que disparaba.

Entonces vio sobre él una enorme silueta oscura, una superficie de metal corrompido tan grande que parecía un cielo de hierro putrefacto. Se trataba de una nave, un crucero que había acudido a Chaeroneia respondiendo a la señal de Castigador, dispuesto a entregar a Abaddon al padre de los titanes. Aquello significaba que Alaric había llegado demasiado tarde.

De pronto un sonido llamó la atención del Caballero Gris. Algo se movía por la superficie del titán; era una criatura bestial y canina, a medio camino entre lagarto e insecto y con unas terribles fauces entre las que se retorcían infinidad de tentáculos. Un demonio.

Alaric trató de desenfundar la alabarda némesis, pero antes de que pudiera conseguirlo la criatura se abalanzó sobre él. La placa de ceramita sobre la que se apoyaban era de reducidas dimensiones y la superficie era curva y resbaladiza. Alaric trató de mantener el equilibrio mientras luchaba por blandir su arma, pero sabía que no tendría tiempo antes de que aquella criatura cayera sobre él.

De pronto se produjo un sonido similar al de un trueno y el demonio explotó causando una lluvia sangrienta de carne verde y negruzca. Alaric levantó la vista y vio al hermano Dvorn aparecer desde detrás del collar que protegía la cabeza del titán y aplastar con el martillo némesis los pocos restos que quedaron del demonio.

—¡Juez! —exclamó Dvorn, sorprendido—. ¡Aún sigue vivo! —A continuación miró la masa de carne ácida que una vez fue el demonio—. Estas malditas criaturas se reproducen como ratas. Por más que las aniquilamos siempre aparecen unas cuantas más. Haulvarn cree que somos una especie de infección y que estos seres son el sistema inmunitario del titán.

—Está en lo cierto —dijo Alaric mientras se encaramaba al collar de ceramita para alejarse del borde de la placa—. Pero hay algo peor. He conseguido dar con el demonio que controla esta máquina, y está muy enfadado. Todo parece indicar que pronto tendremos compañía. —Alaric señaló hacia la enorme silueta que se cernía sobre ellos.

Las compuertas de la panza de la nave se estaban abriendo, y el Caballero Gris sabía que muy pronto empezarían a verse cápsulas de desembarco repletas de tropas dispuestas a cobrar su tributo.

—¡Juez! —gritó el hermano Haulvarn, que se acercaba corriendo por la ceramita.

Al igual que Dvorn, se hacía evidente que había estado luchando incansablemente contra aquellos demonios menores. Quizá por eso Alaric había conseguido llegar hasta el Castigador sin que lo molestaran.

—He percibido el despertar de esta máquina. ¿De qué se trata?

—No estoy seguro, pero eso no importa. Hermanos, debéis destruir esta máquina. El núcleo del reactor está expuesto, podréis llegar hasta allí a través de los ojos del titán. Haced lo que sea para desestabilizarlo.

—Así será, juez —le aseguró Haulvarn—. Pero ¿y el demonio?

Súbitamente, la figura ardiente del Castigador apareció a través de la cabeza del titán, gritando de ira y tensando los músculos de su nuevo cuerpo demoníaco mientras se retorcía convirtiendo su rabia en una fuerza sobrehumana dispuesta a aplastar a Alaric.

—Yo me ocuparé de él —contestó el juez—. La flota del Caos ha venido a recoger a este titán, no dejéis nada que puedan cargar en sus bodegas. ¡Adelante!

Haulvarn y Dvorn se apresuraron hacia la cabeza del titán. Como Alaric esperaba, el Castigador los ignoró. Era a él a quien quería matar. Alaric era el traidor; aquel que había comprendido y no se había sometido.

El Castigador comenzó a lanzar proyectiles de energía pura envueltos en llamas verdosas que volaron hacia Alaric como si fueran cometas. Pero el Caballero Gris, a pesar del tamaño y del peso de su armadura, seguía siendo un marine espacial; su cuerpo estaba augmetizado para proporcionarle tanto fuerza como velocidad. Alaric consiguió evitar el primer disparo y esquivó el segundo mientras abría fuego sobre el Castigador. El borde de la placa estaba peligrosamente cerca, y el Caballero Gris consiguió evitar por poco un nuevo disparo de fuego demoníaco. El Castigador era tremendamente rápido, y con un movimiento casi imperceptible se alzó sobre el titán.

Acto seguido se produjeron más y más explosiones que abrieron cráteres en la placa que cubría el hombro del titán. El Castigador se mostraba indignado; probablemente nunca antes nadie se había interpuesto en su camino. Había decidido olvidar el plan que llevaba miles de años preparando, y ahora lo único que quería era matar. Aquélla era la única ventaja que Alaric podría tener, e iba a intentar aprovecharla.

El Castigador se abalanzó sobre Alaric decidido a acabar con él empleando las tenazas. Pero el Caballero Gris desenfundó la alabarda némesis y la hundió directamente en el pecho del demonio, haciéndose a un lado justo cuando la criatura golpeaba con uno de sus puños la ceramita de su armadura.

El demonio se revolvió y agarró a Alaric haciendo que se tambaleara. La criatura continuó golpeándole la armadura como si ésta no ofreciera la menor resistencia, empujando al Caballero Gris hacia el borde del precipicio.

Aquel demonio era tremendamente fuerte, más que ningún otro al que Alaric se hubiera enfrentado en combate cuerpo a cuerpo. Y estaba consiguiendo imponerse.

El marine espacial sintió cómo su brazo se quebraba bajo el peso de la bestia. Era el que sostenía el bólter, aunque por el momento podría pasar sin su arma. Intentó moverlo de nuevo y sintió su peso muerto; sin embargo, consiguió zafarse de las tenazas del demonio y golpear su rostro inexpresivo con la empuñadura de la alabarda. El demonio retrocedió un instante y Alaric le hundió la hoja del arma némesis directamente en la garganta, para, acto seguido, atravesarle el rostro con una nueva estocada.

Unos enormes dientes aparecieron en los límites de la herida que acababa de abrir en la cara del demonio, convirtiéndose en unas fauces verticales de las que la sangre manaba a borbotones mientras el Castigador lanzaba un temible alarido. El demonio agarró la pierna de Alaric con unas tenazas que emergieron de uno de sus pies y se elevó sobre el enorme titán. El Caballero Gris vio pasar ante sus ojos el collar de ceramita y de pronto se encontró suspendido en el aire mientras el Castigador volaba sobre la factoría de titanes hacia la bóveda metálica de la nave del Caos.

Iba a dejarlo caer. Era así de simple. Alaric podía luchar tan bien como el mejor soldado del Imperio, pero había una cosa que no podía hacer: volar.

Mientras el Castigador seguía ascendiendo, el Caballero Gris, que estaba colgado boca abajo, dobló la espalda forzando su brazo herido para asestar una estocada con ambas manos. La criatura abrió las tenazas y Alaric quedó agarrado únicamente a la empuñadura de la alabarda. El Castigador comenzó a chillar y a revolverse intentando extraer la hoja que le había atravesado el cuerpo. Alaric estaba a punto de caer. Pero el demonio empezó a debilitarse. Había perdido la concentración y sus poderes para volar habían disminuido a causa del dolor y la rabia. De pronto el Castigador comenzó a caer, precipitándose hacia la superficie del complejo. Alaric se agarró con fuerza mientras el demonio pasaba entre las piernas de un titán Warlord y realizaba un giro para evitar chocar contra un enorme búnker.

Ambos golpearon el suelo. La alabarda saltó por los aires mientras Alaric y el demonio rodaban sobre la superficie de rococemento. Durante un instante todo a su alrededor se volvió dolor y oscuridad. La cabeza de Alaric se golpeó contra la superficie, rompiéndose todos los dientes y lanzando una estocada de dolor punzante a su brazo roto. Durante un instante no supo si

estaba vivo o si caía irremediablemente hacia uno de los muchos infiernos a los que eran enviados aquellos que fracasaban.

Finalmente dejó de girar y se detuvo por completo. Recuperó la visión y trató de olvidar el dolor que le embotaba los sentidos. Estaba vivo. Se arrastró por el suelo para coger la alabarda, que había caído cerca de él. Miró a su alrededor y vio que el Castigador ya se había puesto en pie.

La herida que tenía en el abdomen era una masa negruzca y palpitante. Unos miembros repletos de hojas afiladas salían del orificio. También había garras amenazantes y tentáculos que se retorcían; todas las múltiples formas que podía adoptar la carne demoníaca. Alaric se detuvo un instante mientras trataba de olvidar el tremendo dolor que lo oprimía sustituyéndolo por la disciplina férrea de un marine espacial. Los dos enemigos estaban separados unos veinte metros, lo suficientemente cerca como para que Alaric pudiera ver todos y cada uno de los músculos del cuerpo cambiante del Castigador mientras se tensaban para dar el golpe. El Caballero Gris hizo lo mismo, se preparó para asestar el ataque final sabiendo que aquélla sería su última oportunidad para acabar con el Castigador del único modo que podía: de cerca, mano a mano, cara a cara, donde la fuerza de los marines espaciales y la ferocidad de los Caballeros Grises le otorgarían una mayor ventaja.

Se miraron el uno al otro durante un instante. Hombre y demonio. Cada uno de ellos concentrados únicamente en acabar con su adversario. Un instante después, los dos cargaron a la vez.

Alaric empezó a correr. El Castigador lanzó hacia adelante docenas de miembros insectoides. Sus fauces babeantes y su herida rodeada de tentáculos se abrieron movidos por una irrefrenable sed de sangre. Finalmente, los dos contendientes se abalanzaron el uno sobre el otro en una lucha final que explotó en una maraña de miembros retorcidos y hojas afiladas.

Con la primera estocada el Caballero Gris consiguió cercenar las tenazas del Castigador. Su segundo golpe impactó directamente sobre el cuerpo del demonio, por mucho que éste había intentado esquivarlo. Acto seguido, la

criatura del Caos trató de derribar a Alaric, pero el Caballero Gris respondió hundiendo su puño en la maraña de sierras óseas y tentáculos viscosos.

Poco después, Alaric atravesó con la bota de su armadura aquella masa cartilaginosa, consiguiendo así un punto de apoyo que le permitió saltar hasta estar a la altura de la cabeza del Castigador. El Caballero Gris emitió un tremendo alarido lleno de pura rabia y hundió la hoja de la alabarda en la garganta de su enemigo. Aquella masa corrupta succionó el arma arrancándosela de las manos, pero a Alaric no pareció importarle, pues alzó el puño y comenzó a golpear el rostro del Castigador una y otra vez.

Un Caballero Gris estaba entrenado para actuar con prudencia y sensatez, sin dejarse llevar por la ira ni por la sed de sangre que caracterizaba a algunos capítulos del Adeptus Astartes, pero también sabía que cada enemigo requería una estrategia diferente. Algunos sólo podían ser derrotados mediante el engaño y la astucia, otros mediante fuerza de voluntad, y los Caballeros Grises poseían ambas cualidades. Pero había otros enemigos, algunos de ellos ocultos entre las filas de los demonios, que únicamente podían ser derrotados mediante una rabia genuina y ancestral.

En aquellos momentos Alaric se movía por pura rabia. Una y otra vez hundía su puño en el rostro del Castigador, en esa boca horrenda desprovista de labios y en esos ojos llameantes. Mientras golpeaba frenéticamente a su enemigo podía sentir la muerte de sus hermanos de batalla, las muertes de Archis y de Lykkos; la muerte del archimagos Saphentis y de su Tecnoguardia. También podía sentir el dolor de la herida de Hawkespur y la corrupción del espíritu de Thalassa; el sufrimiento de Chaeroneia durante más de mil años, enviada a la disformidad para satisfacer a una inteligencia que jamás debería haber existido. Todo eso era lo que Alaric podía sentir, concentrándolo hasta formar una lanza de puro odio que hundió directamente en el alma del Castigador.

El demonio retrocedió apoyándose en sus numerosos miembros. Su rostro ya no era más que una maraña de carne, llamas y sangre que brotaban de sus muchas heridas. Alaric le introdujo la mano en la garganta y extrajo la alabarda némesis, reventando la carne demoníaca al salir.

—Deberías haber elegido un enemigo con menos imaginación —dijo Alaric. Quien acto seguido dibujó en el aire un arco con la hoja de la alabarda y seccionó de una sola estocada la cabeza del Castigador.

Aquel estertor final fue el alarido más terrible que Alaric oiría jamás. El Castigador emitió un último y agonizante grito en código binario. Toda la información que contenía comenzó a brotar a borbotones en forma de unos y ceros, como disparada por una ametralladora. Disparos de información pura que emergían del cuerpo destrozado del demonio. Entre toda aquella información Alaric distinguió los pensamientos del Castigador. Vio legiones interminables de titanes Castigador marchando por el palacio imperial de Terra o desfilando sobre la superficie de Marte. Contempló una destrucción tan absoluta que las mismísimas estrellas se apagaban aterrorizadas, dejando tras de sí un universo oscuro y agonizante en el que el Castigador haría cumplir su voluntad. Pero de pronto todas aquellas imágenes desaparecieron. Sin la voluntad del Castigador para mantenerla unida, toda aquella información explotó dando lugar a una lluvia infinita de fragmentos sin sentido, una tormenta de esquirlas luminosas condenadas a apagarse junto con la propia vida del Castigador hundiéndose en un charco de sangre corrupta.

La cabeza del demonio cayó al suelo. Alaric se alejó un par de metros de aquel cuerpo repugnante sin vida y se dejó caer de rodillas sobre el suelo, exhausto. El cuerpo del Castigador, que había caído de costado, era casi del tamaño de un tanque y estaba cubierto de pústulas corruptas, ahora secas e inofensivas por la desaparición de aquello que las mantenía con vida. La piel del demonio se deshizo mientras su cuerpo sin vida empezaba a derretirse.

Alaric se volvió y vio el enorme titán que se alzaba sobre el bosque de máquinas de guerra. Uno de sus ojos explotó produciendo una llamarada verdosa y dejándole un enorme agujero en el rostro, por el que en seguida empezó a brotar plasma ardiente.

Parecía que el reactor estaba en estado crítico. El plasma se había sobrecalentado y todos los sistemas estaban a punto de bloquearse. Haulvarn y Dvorn lo habían conseguido.

Alaric recogió del suelo la cabeza sin vida del Castigador. El brillo verdoso de sus ojos ya no era más que un tenue resplandor, casi incapaz de iluminar lo poco que quedaba de las cuencas oculares. Sus horribles fauces estaban inmóviles. Alaric levantó la cabeza para que pudiera verla el titán.

Poco a poco, la enorme silueta de aquella gigantesca máquina de guerra comenzó a arquearse. Su rostro se derretía por culpa del plasma ardiente que se había extendido por todos sus sistemas. Ni siquiera la milagrosa capacidad de autorreparación de aquel titán podría hacer nada ante una destrucción tan absoluta.

—¿Puedes verla? —dijo Alaric—. Tú querías destrucción, pues ahí la tienes.

De pronto se produjo un destello blanquecino en el interior del pecho del titán. El reactor de plasma se había colapsado. La máquina de guerra comenzó a tambalearse e inmediatamente quedó rodeada por una gran bola de una luz tan brillante y abrasadora que derritió el cuerpo de las demás máquinas de guerra que había a su alrededor.

Un viento caliente se extendió por todo el complejo, llevando consigo el canto del cisne del padre de los dioses máquina.

En cuanto el resplandor de la explosión hubo disminuido, Alaric bajó la vista para mirar la cabeza del Castigador. Las llamas de sus ojos por fin se apagaron y Alaric pudo retirar el escudo psíquico que protegía su mente. El Castigador había muerto.

* * *

—¡No! —rugió Urkrathos—. ¡No!

El demonio encargado de los sensores repitió apesadumbrado la imagen. Aquel titán, creado siguiendo una auténtica plantilla de construcción estándar a partir de la cual podrían fabricarse infinidad de máquinas de guerra casi invencibles, ardía sin remedio bajo la sombra del *Forjador de Infiernos.*

—Esto… ¡Esto es un insulto! —Urkrathos hundió el puño en el demonio que había junto a él, resquebrajando la pantalla y haciendo que aquella criatura inmunda se retorciera de dolor—. ¡Intentar embaucar a Abaddon y luego hacerme venir hasta aquí para esto! ¿Qué clase de insubordinación es ésta? ¿Cómo se atreven a desafiar así al elegido de Abaddon?

Urkrathos se volvió y dirigió su mirada hacia el resto del puente. Los demonios permanecían en silencio, pues sabían reconocer uno de los arrebatos asesinos de su capitán en cuanto lo veían.

—El *Saqueador* recibió la promesa de un tributo. —Una rabia pura e incontrolada acompañaba cada una de las palabras de Urkrathos—. Y un tributo será lo que reciba. ¡Un tributo de sangre, de muerte y de fuego! ¡Cerrad las compuertas y ascended a las capas medias de la atmósfera! ¡Todas las baterías láser a máxima potencia!

* * *

Dos figuras aparecieron silueteadas contra el resplandor producido por la explosión que acabó finalmente con el titán. Alaric las reconoció antes incluso de que sus órganos de visión se adaptaran al brillo; eran el hermano Haulvarn y el hermano Dvorn. Estaban abrasados, pero seguían vivos.

—Bien hallados, hermanos —los saludó Alaric con un cierto tono de seriedad—. Veo que habéis conseguido salir victoriosos.

—Bien hallado, juez —dijo Haulvarn—. Dvorn consiguió encontrar un pasaje de mantenimiento que desembocaba cerca de la rodilla, lanzamos un par de bombas de fusión directamente en el núcleo y escapamos rápidamente. Me preguntaba si sería efectivo.

—Y yo me preguntaba —continuó Dvorn señalando hacia el montón de carne humeante que había sido el Castigador— si dejaría algo de esa criatura para mí.

—Siento decepcionarte, hermano, pero ese demonio y yo teníamos un par de asuntos que resolver.

Haulvarn volvió la cabeza al oír un sonido que se aproximaba. Alaric también se dio la vuelta y vio una enorme máquina completamente armada que se aproximaba, similar a aquellas contra las que ya habían tenido que luchar en la batalla por la factoría. Era del tamaño de un transporte blindado Rhino y estaba repleto de armas y sierras giratorias. La última vez que Alaric vio uno de aquellos artefactos estaba huyendo de la fábrica de titanes tras la muerte de Scraecos; y ahora uno se aproximaba hacia ellos. Los tres Caballeros Grises apuntaron preparándose para abrir fuego.

—¡Esperad! —dijo Alaric en cuanto reconoció el cuerpo que iba en uno de los anclajes frontales de aquella bestia mecánica—. ¡Alto el fuego!

Aquella figura era Hawkespur. Incluso bajo el visor del casco de su traje de vacío Alaric vio que tenía la piel casi completamente blanca.

—Sigue con vida —dijo una voz distorsionada procedente del vehículo.

—Antigonus.

De algún modo, a Alaric no le sorprendió que el magos Antigonus hubiera sobrevivido. Había conseguido resistir en Chaeroneia durante mil años. A su manera, él era el más duro de todos. Cuando el Warhound fue abatido debió de haber saltado a la máquina más cercana, que resultó ser uno de los artefactos de guerra del Mechanicus Oscuro.

—Su hermano de batalla Cardios ha muerto —dijo Antigonus. Su voz llegaba distorsionada a través de la unidad vocal—. El tecnoguardia también. El enemigo cayó sobre nosotros y ambos tuvieron que dar su vida para proteger a la interrogadora.

Alaric se acercó corriendo hasta ellos. La respiración de Hawkespur era muy débil, y su herida, que tenía un vendaje muy rudimentario, sangraba profusamente.

—No le queda mucho tiempo —dijo.

—A nosotros tampoco —recalcó Antigonus—. Los sensores de este artefacto no son muy buenos, pero parece que tropas del Mechanicus se dirigen hacia aquí enviadas desde la ciudad. Y la nave que hay sobre nuestras cabezas se está elevando para alcanzar altitud de fuego. Usted y sus hermanos suban a bordo, juez. Esta máquina es mejor que ir a pie.

—Tendremos que rezar por Cardios más tarde —dijo Alaric antes de volverse hacia Haulvarn y Dvorn—. Subid a bordo y manteneos alerta.

—Pero que sea rápido —insistió Antigonus—. Creo que yo no soy la única presencia en los sistemas internos de esta máquina.

Los tres Caballeros Grises se introdujeron en el artefacto de guerra. Por primera vez Alaric fue consciente de la gravedad de sus heridas. Pero eso era lo que menos le importaba. El Castigador había sido destruido. El poder que dirigía Chaeroneia había sido derrocado y quedaban por rezar muchas oraciones en honor a los caídos.

Antigonus exprimió al máximo la potencia del motor y éste los llevó rápidamente hacia una de las salidas del complejo dejando tras de sí los restos humeantes del titán Castigador. En el cielo, el gigantesco crucero del Caos comenzaba a abrir las compuertas y a preparar las baterías.

* * *

La mente colectiva de los tecnosacerdotes de Chaeroneia estaba totalmente desconcertada. Los acontecimientos se habían sucedido de manera tan rápida e inesperada que resultaba incapaz de comprender nada. El despertar del Castigador y su destrucción, el crucero del Caos, la muerte de Scraecos en la batalla del titán caído, el descomunal poder psíquico que emanó del Castigador y que se apagó súbitamente… Había infinidad de explicaciones posibles que circulaban entre las mentes que dirigían Chaeroneia. Ninguna de ellas era satisfactoria y la mayoría eran heréticas.

Las baterías que el crucero del Caos estaba apuntando a la superficie eran simplemente una complicación más. Un problema que se sumó a la maraña de contradicciones y absurdos y del que ningún tecnosacerdote se preocupó hasta el mismo instante en que abrieron fuego.

* * *

Un viento caliente y lleno de cenizas soplaba en la cara de Alaric mientras Antigonus atravesaba el desierto. El Caballero Gris miró hacia atrás para ver cómo se alejaba la fábrica de titanes, dominando aún el desierto con sus altas torres de vigilancia y sus gigantescos titanes, todo ello envuelto bajo la sombra del crucero del Caos.

De pronto, un enorme y resplandeciente rayo rojizo atravesó el cielo para caer directamente sobre los niveles superiores de la aguja central del complejo. Acto seguido, comenzaron a sucederse pequeñas explosiones por toda la estructura. Justo después cayó otro rayo, y después otro más, inundando todo el complejo en un resplandor escarlata. Súbitamente, todas y cada una de las armas del crucero del Caos abrieron fuego al unísono. La aguja central explotó, pero pronto aquel fuego quedó empequeñecido por la violencia de las detonaciones que se produjeron cuando los rayos láser alcanzaron los reactores de los titanes y los depósitos subterráneos de combustible.

La destrucción total de la fábrica de titanes no duró más de unos pocos minutos. La inmensa capacidad de fuego láser del crucero del Caos se vio incrementada con la ayuda de los bombardeos orbitales y de las baterías de artillería. Las torres de vigilancia se derrumbaron y el líquido que llenaba el foso se incendió. Los titanes comenzaron a caer uno tras otro, como hombres ejecutados por un pelotón de fusilamiento, extendiendo por el desierto adyacente gigantescas nubes de aire caliente y fuego.

Antigonus tuvo que luchar para mantener el control cuando el suelo comenzó a estremecerse. Alaric se agarró con fuerza para no perder el equilibrio a causa de la onda expansiva mientras observaba cómo el fuego se apoderaba de los niveles inferiores hasta destruir por completo la guarida del Castigador.

Poco después, la enorme sombra comenzó a alejarse poco a poco. El crucero del Caos empezó su ascenso hacia la órbita de Chaeroneia, listo para

regresar al vacío espacial. El tributo de Abaddon había sido destruido, y la nave del Caos se había cobrado una terrible venganza por ello.

Al cabo de poco tiempo la silueta de la factoría de titanes comenzó a perderse entre las nubes de ceniza. El motor de guerra se adentró en el desierto alejándose cada vez más de Manufactorium Noctis.

* * *

El inquisidor Nyxos hizo una pausa y cerró un libro con tapas de cuero que sostenía entre las manos. Los informes de Alaric y de los demás Caballeros Grises aún tardarían un tiempo en estar preparados, pues sus implicaciones eran de una naturaleza extraordinaria. Alguien tendría que explicar a las autoridades pertinentes cómo la expedición de reconocimiento de Chaeroneia había encontrado y destruido una plantilla de construcción estándar. Y Nyxos sabía que ese alguien sería él.

Los aposentos que le habían sido asignados en la *Ejemplar* resultaron estar en una de las zonas menos dañadas de la nave. El crucero del Mechanicus consiguió resistir los envites de la nave del Caos, pero habría resultado destruido con total seguridad de no haber sido porque la flota enemiga se retiró para aterrizar en la superficie de Chaeroneia. Ahora aquella flota había desaparecido, todas sus naves habían saltado apresuradamente a la disformidad. Habría sido imposible para la *Ejemplar* intentar salir en su busca, y ahora el crucero aguardaba en la órbita de Chaeroneia a que alguna nave de la Armada acudiera para evacuar a los supervivientes de la tripulación del Mechanicus. Los aposentos de Nyxos eran fríos e incómodos, pero al inquisidor no le molestaba rodearse de tanta austeridad después de haber estado tan cerca de morir en la batalla por la órbita de Chaeroneia. De no haber sido por la eficacia de sus implantes augméticos no habría conseguido sobrevivir cuando las cubiertas verispex se despresurizaron. Y por lo que sabía, nadie más de los que se encontraban allí había tenido tanta suerte.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo Nyxos.

La puerta se abrió dejando ver al juez Alaric. Incluso sin la armadura su tamaño era enorme, capaz de llenar la habitación únicamente con su presencia. La luz trémula de las velas hacía resaltar la sangre seca que cubría las cicatrices de su noble rostro alargado. Tenía unos vividos círculos oscuros alrededor de los ojos, normalmente muy expresivos y llenos de curiosidad, especialmente en comparación con los de algunos marines espaciales; pero en aquel momento simplemente estaban cansados.

—Juez, me alegro de que haya podido venir a visitarme —dijo Nyxos levantando la vista de su informe—. Espero no haber interrumpido sus oraciones.

—Pronto tendré tiempo de sobra para rezar, inquisidor.

—Eso parece. En breve me reuniré con usted y con los demás Caballeros Grises. Hay ciertas cosas que debo decirles en persona. Puede que nunca lleguemos a comprender la importancia que su sacrificio puede haber tenido para el Imperio. Por favor, siéntese.

Alaric se sentó, cansado, frente a Nyxos. Hacía falta mucho para conseguir agotar a un marine espacial, pero aquello por lo que Alaric había pasado en Chaeroneia sería suficiente para matar a un hombre normal una docena de veces.

—Estoy preocupado por el estado de la interrogadora —dijo.

—Hawkespur permanece estable —contestó Nyxos—. Está gravemente herida, ha perdido mucha sangre y los agentes contaminantes han hecho mella en sus sistemas vitales. Puede que sobreviva o puede que no. El magos Thulgild le ha dado prioridad absoluta, y tendrá muchas probabilidades de recuperarse si conseguimos llevarla a unas buenas instalaciones inquisitoriales antes de que empeore. La verdad, me sorprende que haya conseguido regresar. Estaba casi seguro de que nunca volvería a verla con vida.

—¿Y Antigonus?

—Aún está en cuarentena. Thulgild está impresionado por el hecho de que haya conseguido sobrevivir en un soporte de información. En mi

opinión es un tanto alarmante, pero Antigonus ha dado negativo en todas las pruebas de Thulgild y parece que no tiene el más mínimo atisbo de corrupción. Ha solicitado su traslado a Marte, y Thulgild lo ha aprobado.

—Ésa era su misión —dijo Alaric—. Investigar Chaeroneia e informar al fabricador general, y quiere asegurarse de cumplir con su cometido.

Nyxos suspiró y se reclinó sobre el respaldo de su silla. Habían muerto muchos sirvientes del Emperador, y aún quedaban muchas preguntas por contestar.

—Mientras tanto, juez, mi misión es explicarle al Ordo Malleus lo que ha ocurrido ahí abajo, y confieso que ni yo mismo acabo de comprenderlo. ¿Dice que esa criatura, el Castigador, era un demonio?

—Sí. No sé cómo o cuándo consiguió infectar la plantilla de construcción estándar, pero parecía llevar allí tanto tiempo que había olvidado lo que realmente era. Hasta que yo se lo recordé.

—¿De modo que fue un demonio desde el principio?

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa podía haber sido?

—Nadie conoce la forma que las plantillas de construcción estándar tenían originalmente. ¿Quién puede afirmar que no tenían sus propios espíritus máquina, verdaderos intelectos mucho más poderosos que cualquier cosa que exista en nuestros días?

—No, inquisidor. Yo luché contra él, pude sentirlo. Cuando se dio cuenta de lo que realmente era se sintió complacido. Puede que fuera un tipo de demonio jamás visto por el Ordo Malleus, pero las formas del Enemigo son infinitas. El mal muta constantemente, sólo la justicia es inamovible.

—Muy bien, juez. Si usted está seguro, yo también. Cuando consiga enviar un mensaje astropático al Ordo, habrá una nueva entrada en el *Liber Daemonicum*. —Nyxos cogió de nuevo la pluma—. Gracias, juez, me temo que ya lo he alejado de sus oraciones demasiado tiempo.

—Con su permiso —dijo Alaric levantándose de la silla y saliendo de la estancia.

Nyxos continuó escribiendo. Tendría que relatar todo lo que sabía ante el cónclave de los lores inquisidores, y no le quedaría más remedio que soportar todos sus interrogatorios hasta que no les quedara ninguna duda.

No es que fuera algo que no deseara hacer, pero lo que había ocurrido sería muy difícil de explicar. Un demonio de información pura, el regreso del Mechanicus Oscuro y el descubrimiento de una PCE corrompida. Tendría que responder a infinidad de preguntas.

Y después estaba Alaric. Era un hombre inteligente, curioso e imaginativo, cualidades que normalmente quedaban enterradas por el entrenamiento de un Caballero Gris, pero que brillaban con fuerza en Alaric cuando tenía que enfrentarse a los más terribles enemigos. Aquélla era la razón por la que el marine espacial consiguió convencer al Castigador para que adoptara su forma demoníaca. Cualquier otro Caballero Gris habría muerto entonando oraciones inútiles. Probablemente los grandes maestres de los Caballeros Grises vieran en él algo inestable y peligroso, y por eso Alaric nunca alcanzaría el rango de hermano capitán que tanto merecía. Pero Nyxos conocía sus cualidades lo suficiente como para pensar que quizá podría servir a la Inquisición por otros caminos, caminos en los que una mente aguda y un cuerpo de marine espacial le otorgarían una gran ventaja.

Pero esas cuestiones deberían discutirse en otro momento. Por ahora, Nyxos tendría que asegurarse de tener respuesta a todas las preguntas de los señores inquisidores.

* * *

En las profundidades del sagrado Marte, mundo sagrado del Omnissiah y corazón espiritual del tecnosacerdocio, se extendía un colosal laberinto oculto bajo la corteza del planeta rojo. Un lugar olvidado deliberadamente por todos excepto por los miembros de las esferas más altas del Adeptus Mechanicus. Aquellos ante los que los archimagos supremos se postraban. Sólo aquellos que escuchaban con los oídos del fabricador general sabían de su existencia, y protegían celosamente su secreto. Nadie en todo el Imperio, excepto un puñado de hombres y mujeres, era capaz de imaginar el peso de los secretos que allí se ocultaban.

Las plantillas de construcción estándar eran una leyenda sagrada que circulaba entre los tecnosacerdotes. Cualquier tipo de información referente a ellas se consideraba como una revelación divina. Todas y cada una de las piezas de información sobre las PCE eran reunidas y analizadas por los motores lógicos más antiguos y poderosos del Adeptus Mechanicus, para ser después diseccionadas y finalmente almacenadas en las criptas dispuestas por todo el laberinto. Oculto en las profundidades de la corteza de Marte, aquel archivo contenía toda la información sobre las plantillas de construcción estándar que el Mechanicus había recopilado. Algunos de aquellos datos eran más antiguos que el propio Imperio. Una vez cada muchos siglos, y después de décadas de debate entre las más altas esferas del tecnosacerdocio, se añadía nueva información a la ya existente.

Aquellas ancestrales figuras encapuchadas, los seres más próximos al Omnissiah que había en todo el universo, asignaron y codificaron una nueva cámara en la que tallarían la información reciente empleando el código binario más puro. Se trataba de una información que hacía referenda a un mundo llamado Chaeroneia, sobre cuya superficie se encontró y se destruyó una plantilla de construcción estándar. Se trataba de una PCE que contenía una tecnología abrumadora, tecnología para crear un titán, un dios máquina, y según los datos recopilados era más completa y estaba en mejor estado que cualquier otra PCE jamás encontrada. Pero había sido corrompida y se empleaba para hacer cumplir la voluntad del Enemigo, convertida en una arma al servicio del Caos por un demonio salido de la disformidad. Ésa era la enseñanza que debía extraerse de aquellos datos; sólo el Adeptus Mechanicus podía comprender la grandeza de las plantillas de construcción estándar y la pureza del conocimiento que contenían. Nadie, excepto un verdadero tecnosacerdote desprovisto totalmente de humanidad mediante su devoción al Omnissiah, podía ser depositario de tal información.

La cripta quedó sellada y consagrada, y así el futuro pareció iluminarse débilmente. Algún día el Adeptus Mechanicus alcanzaría la comprensión absoluta de la galaxia y del grandioso diseño del Omnissiah empleando las plantillas de construcción estándar como guía para explorar sus designios

divinos. Algún día todas las PCE serían recuperadas en un estado tan puro como el que habría alcanzado la plantilla del padre de los titanes de no haber sido corrompida por el Enemigo, amenazando de esa manera todo aquello que el Mechanicus debía proteger. Ésa era la búsqueda en la que el sacerdocio de Marte se había consumido desde la Edad Oscura de la Tecnología. Antes de la Era de los Conflictos y mucho antes de que el Emperador se alzara para unir a toda la humanidad bajo la luz del Imperio. Era la búsqueda que obsesionaba a cada tecnosacerdote y a cada sirviente durante toda su vida, una búsqueda que los acercaría más al Omnissiah en su anhelo por comprender.

Se necesitaban cientos de años para acercarse al Omnissiah lo suficiente como para poder aceptar la verdad que yacía en lo más profundo de sus enseñanzas. Tan sólo los más altos miembros, aquellos que conocían la existencia del laberinto y de sus secretos, eran capaces de comprender tal verdad. Y por esa razón sólo ellos sabían, aunque de algún modo siempre habían estado seguros de ello, que su búsqueda jamás terminaría.